LEGIONARIO EN ESPAÑA

PETER KEMP

Peter Mant MacIntyre Kemp, escritor y soldado Inglés, hijo de un juez en la India británica, alcanza un doctorado en lenguas clásicas y derecho. Nacido en un ambiente conservador y monárquico, le preocupa el ascenso del comunismo y decide dejar la teoría para pasar a la acción en noviembre de 1936, con apenas 23 años, al dejar su país para alistarse en el bando nacional durante la Guerra Civil Española. Lleno de idealismo y valentía, deja los libros o las expectativas de una vida confortable para pasar a combatir por un ideal en un medio que le es extraño.

Kemp se enrola en el tercio de requetés y luego en la Legión, donde llegó a mandar, accidentalmente, una Bandera. Pasa casi toda la guerra en primera línea, es herido varias veces y gana las estrellas de oficial.

Sus memorias de guerra constituyen uno de los testimonios más directos, vivaces y llenos de color que sobre la guerra de España se hayan escrito. Es el testimonio de un soldado que lucha en una guerra extraña, en un país al que ama entrañablemente pero al que a veces no logra comprender. Pero Peter Kemp es, además, un escritor de seguro instinto narrativo, con habilidad para ver el detalle revelador, la anécdota pintoresca, para bosquejar sobriamente el retrato de un personaje. Objetivo, elaborado sobre situaciones y hechos vividos.

Legionario en España es ya un clásico sobre la Guerra Civil Española.

Peter Kemp

Legionario en España

ePub r1.3

Titivillus 30.10.16

Título original: *Mine were of trouble*

Peter Kemp, 1957

Traducción: Carlos Paytuví de Sierra

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A Cynthia

Los pensamientos de otros
eran livianos y fugaces,
bien sobre encuentros de amor,
bien sobre fama o fortuna.
Pero de angustia los míos…

A. E. HOUSMAN

«Habiendo así cumplido vuestros deseos, sólo me queda esperar que vuestros hijos apoyen, con sus vidas, si es preciso, nuestra gloriosa Constitución, tanto en la Iglesia como en el Estado, que amen a su rey y odien a todas las repúblicas y los republicanos».

Carta de Nelson al Rvdo. *Mr*. Priestly.

PRÓLOGO

Es difícil ahora recordar la atmósfera de 1936. Cuando recibí el doctorado en Lenguas Clásicas y Leyes, en Cambridge, en el mes de junio de aquel año, la política europea era confusa y oscura. Los cimientos de la paz parecían resquebrajarse, a pesar de lo cual pocos eran los convencidos de que otra guerra mundial era inevitable, y también pocos quienes podían prever las coaliciones que se formarían, al estallar las hostilidades. El desconcierto de los pueblos de Europa se reflejaba en los errores de sus gobernantes, y en sus vacilaciones.

Hitler había alcanzado el poder supremo en Alemania, pero todo el horror y las peligros que entrañaba su régimen no eran universalmente aparentes. Por el contrario, a menudo se le aplaudía en Alemania y el extranjero, por el orden impuesto al desbarajuste provocado por la República de Weimar, y por la supresión del comunismo. Pero el renacimiento de la Wehrmacht, la retirada de Alemania de la Liga de las Naciones y la ocupación militar de la margen del Rin eran presagio de lo que se aproximaba.

En una Francia debilitada por una sucesión de gobiernos ineficaces y de corta vida, y resentida porque la victoria de 1918 no le había dado ni seguridad ni estabilidad, la ocupación de la margen del Rin por los alemanes produjo una oleada de indignación y protestas. *Monsieur* Flandin fue tomado por sorpresa y no supo obrar con la debida decisión. Entabló conversaciones con el gobierno británico, buscando la garantía del apoyo británico a la acción militar francesa contra el golpe de sorpresa alemán, no pudiendo obtenerla, por lo que debió conformarse con una situación que todos los franceses deploraron y que aterrorizó a la mayor parte de la nación gala. La censura nacional se reflejó en las siguientes elecciones, que llevaron al poder a un gobierno del Frente Popular, presidido nominalmente por *monsieur* León Blum, que tenía poderosas, aunque menos obvias, relaciones comunistas. La unión nacional provocada por la acción alemana fue seguida por la ira y la

desintegración, huelgas y demostraciones en masa, en las cuales los simpatizantes del Frente Popular chocaron con los Antiguos Combatientes, la Acción Francesa y los Cruces de Fuego. La opinión general en Inglaterra era: «los franceses andan a la greña».

Los italianos, entusiasmados por su éxito en Abisinia a pesar de la oposición británica y francesa, sentíanse amargados, más que turbados, por la política de sanciones. Se volvieron progresiva y agresivamente antibritánicos, y crecientemente truculentos hacia sus vecinos franceses y balcánicos. Se estaba forjando el Eje.

En Europa sudoriental, Yugoslavia, sumida en la crisis dos años antes con el asesinato del rey Alejandro, estaba continuamente agitada por las actividades de los *ustachis* y de la I.M.R.O., siendo los primeros apoyados por Italia, y por Bulgaria los segundos. A lo largo y ancho del país, croatas, macedonios y musulmanes reaccionaban contra la dominación serbia. Albania estaba gobernada por el rey Ahmed Zogu, económica y políticamente respaldado por Italia. En octubre de 1935, el rey Jorge de Grecia fue restaurado en el trono, por el plebiscito del pueblo.

La política rusa había sido radicalmente alterada por dos importantes sucesos acaecidos un par de años antes. En asuntos internos, el asesinato de Kirov, en Leningrado, el 12 de diciembre de 1934, puso fin a todas las esperanzas de que Stalin siguiera una política más liberal; se produjo una implacable represión, que empezó con el juicio y la subsiguiente ejecución de Zinoviev y Kamenev, culminando en la virtual eliminación de la «Vieja Guardia» bolchevique, en las grandes purgas de 1936 a 1938. Como dijo Greta Garbo en la película «Ninotchka», «habría menos y mejores rusos». El otro suceso, de efecto vital en la política exterior soviética y las actividades comunistas en Europa, fue el establecimiento de la doctrina del Frente Popular, en el VII Congreso del Komintern, en 1934. En el futuro, los comunistas de los países extranjeros habían de aliarse con todos los partidos —socialistas, liberales, radicales, e, incluso, conservadores— que quisieran unirse a ellos en un «Frente Popular para la Paz y contra el Fascismo[1]».

El dominio de los diversos Frentes Populares había de estar en las firmes, y discretas, manos de los comunistas. En el transcurso de los dos siguientes años se establecieron gobiernos del Frente Popular en Francia y España.

La Monarquía española había caído en abril de 1931, cuando el rey Alfonso XIII se expatrió voluntariamente, para evitar el riesgo de una guerra

civil; poco después Niceto Alcalá Zamora fue nombrado presidente de la República española, con Manuel Azaña como primer ministro. Un gobierno socialista domino al país durante los dos siguientes años. El 10 de agosto de 1932 se intento un golpe de estado por el general Sanjurjo, el «León de Marruecos», que fracaso en su intento. Sanjurjo había mandado la Guardia Civil en 1931, y con su actitud derrotista precipitó la partida de Alfonso XIII.

Al alzarse en armas en 1932, se declaró por el restablecimiento de la Monarquía, pero fue capturado y condenado a muerte, siendo indultado en el último instante.

En 1933, el gobierno socialista fue substituido por una coalición derechista, bajo la jefatura de Alejandro Lerroux y Gil Robles. Las izquierdas intentaron una revolución armada en 1934, que adquirió caracteres de guerra civil en Asturias, entre los inflamables mineros de aquella región. Después de dura lucha pudo aplastarse la revolución, tratándose a sus instigadores con lenidad. Diversos gobiernos derechistas se sucedieron en el poder, hasta las elecciones de 1936, tras las cuales se formó un gobierno frentepopulista, con Casares Quiroga como primer ministro.

Este gobierno fue incapaz de dominar a los extremistas de la derecha y de la izquierda, iniciándose por ambos bandos los preparativos para la Guerra Civil, en todo el país[2].

Tal era el estado de Europa cuando salí de Cambridge, con mi doctorado en Lenguas Clásicas y Leyes, un temperamento inquieto, sin dinero y lo que la revista del *Trinity College* cierta vez describió como «deplorable tendencia a sonreír bobamente».

CAPÍTULO I

Recuerdo muy bien la mañana que salí de Londres. Era un húmedo día de noviembre de 1936; en los jardines del Temple, los arboles, desnudos ya de hojas, balanceaban sus tristes y goteantes ramas batidas por el helado viento. Habíame despertado a la amanecida, desayunando después ligeramente, pues estaba demasiado excitado para sentir apetito. La maleta que constituía todo mi equipaje descansaba junto a la puerta de mi apartamento. Me volví y di una última mirada a mi alrededor. Una hora más tarde llegaría la asistenta, y por la noche, los dos abogados con quienes compartía las habitaciones, regresarían de su bufete. Cuando ellos volvieran a abrir aquella puerta; yo estaría ya al otro lado del Canal de la Mancha, camino de España y la guerra civil.

Mientras permanecía junto a la ventana de mi dormitorio, con los ojos fijos en los charcos de *King's Bench Walk*, un coche verde, descapotable, de largo capó, doblo la esquina junto a la Biblioteca y se detuvo ante la casa. Abrióse la portezuela, por la que salió la larguirucha figura de Daughleigh Hills que, desde la acera, me indicó por señas que me apresurara a bajar. Al contarle mis planes, aquel íntimo amigo y condiscípulo de Cambridge, un año menor que yo, había sugerido llevarme en su nuevo «Aston Martin» hasta el barco, en Newhaven, donde me despediría de mis padres. Me aleje de la ventana, para despedirme mentalmente del apartamento número 2 de Paper Buildings, y, cogiendo la maleta, bajé a la calle.

Casi me había llevado un mes tomar mi decisión final de ir a esa guerra y abandonar, por lo menos temporalmente, mis deseos de ejercer la profesión de abogado. Incluso en aquellos momentos, ignoraba cómo podría llevar a cabo mis planes. Desconocía el idioma español, jamás había estado en España y no conocía a nadie en el bando nacionalista[3]. Naturalmente, si hubiese querido unirme a las Brigadas Internacionales para combatir en favor de los republicanos todo hubiera sido muy sencillo; en todos los países funcionaban

organizaciones, muy hábilmente dirigidas por los respectivos partidos comunistas, con ese exclusivo fin. Pero los nacionalistas no llevaban a cabo esfuerzo alguno para reclutar voluntarios en Inglaterra.

Afortunadamente, entonces, por mediación de un amigo, fui presentado al marqués del Moral, destacado en la Agencia nacionalista en Londres. Del Moral, inglés de nacimiento que, en su juventud, habíase distinguido en África del Sur, me recibió con cierta reserva.

—Me dicen que quiere ir a España. ¿Por qué?

—Para combatir, señor.

—Bien —Su severidad disminuyo algo—. Puedo entregarle una carta para un amigo mío en Biarritz: el conde de los Andes. Tiene a su cargo un servicio de correos a través de la frontera, y creo que podrá mandarle hasta Burgos. Será preferible que no le diga que va a combatir, pues, debido a las conversaciones acerca de la no intervención, las autoridades francesas no serían tan tolerantes con sus correos, si creyeran que mandaba voluntarios para nuestras tropas, a pesar de que no parece importarles cuántos vayan a engrosar las filas rojas —sonrió casi amargamente—. ¿Puede obtener una credencial de periodista? Le sugiero que se haga con un certificado del director de alguna publicación, diciendo que esta autorizado para mandarle artículos y noticias.

—Creo que no me será difícil obtenerlo: Pero ¿qué debo hacer cuando llegue a Burgos?

—Temo no poder ayudarle en esto. Tendrá que valerse por sí mismo, aunque imagino que no tropezará con muchas dificultades. Después de todo, el Cuartel General esta establecido allí.

Poco después estaba en Northcliffe House, para ver a mi amigo Collin Brooks, que entonces era director del *Sunday Dispatch*. En aquel periodo los periódicos de *Lord* Rothermere apoyaban a los nacionalistas. Brooks, tradicionalmente amable y bondadoso, me escuchó atentamente mientras le exponía mi proyecto y le relataba mi conversación con Del Moral.

—Muchacho —dijo, mirándome, con expresión sonriente, a través de los gruesos cristales de sus gafas—, tus artículos pueden producirte entre cincuenta y quinientas libras. Buena suerte y mandanos lo que puedas.

Cuando salí de su despacho, llevaba en el bolsillo un certificado, firmado por él, que, en cuanto recuerdo, decía así:

«A quien pueda interesar. *Mister* Peter Kemp esta autorizado para mandar noticias y artículos de los frentes de guerra en España, con destino al *Sunday Dispatch*».

Guardamos silencio mientras el coche cruzaba las mojadas calles de los suburbios. Repasaba mentalmente los sucesos de los quince días anteriores. Todo parecía haber sucedido muy rápidamente desde que tomé mi decisión y escribí, con cierto temor, a mi padre. Yo sabía que él, magistrado presidente retirado del Tribunal Superior de Bombay, desaprobaba muchos aspectos de mi vida en Cambridge y Londres. Había soñado verme formando parte del equipo de remeros de la Universidad, y aprobando con mención honorífica mis estudios de Lenguas Clásicas y Leyes, y se sintió justamente decepcionado cuando abandone el equipo de remo después del primer año, y escasamente aprobé los exámenes de final de carrera, a los tres.

Por tanto, me sentí sorprendido por su generosa reacción a mi carta. Vino a verme a Londres, anunciándome que había ordenado a su Banco la apertura de un crédito mensual para mí en Burgos, me dio muchos buenos consejos y, finalmente, fuimos juntos a los almacenes de la Intendencia del Ejército y la Marina, «para comprobar que adquieres los equipos necesarios para tus planes». No tengo la menor idea de lo que adquirimos, recordando tan sólo la compra de un botiquín que parecía contener principalmente tintura de yodo, quinina e infusiones. También me hice con el libro «Español en tres meses, sin profesor», de Hugo, y rechacé el ofrecimiento que mi padre me hizo de su carabina «Mannlicher», calibre 0,275, pues probablemente me hubiera causado algunas dificultades con las autoridades aduaneras.

Pasé los días siguientes en un estado de alegre excitación, ocupado con los preparativos de mi viaje. Sólo un incidente ocurrido entonces permanece en mi memoria. Tomaba el té en casa de una amiga; a menudo habíamos hablado de mi idea de ir a España, y en aquel momento, siendo ya inminente mi partida, supongo que había adquirido cierta fascinación a sus ojos. Después de un rato su padre entró en la sala. Era un viejo militar retirado, que sirvió con distinción en la guerra europea, y en varias otras antes.

—¡Papá! —gritó ella, pues el anciano caballero era bastante sordo—. ¡Peter Kemp va a España!

—¡A España! —rugió él—. ¡A España! ¿Para qué quiere allí?

—Para combatir, papá.

—¿Qué? —El coronel se volvió hacia mí—. ¿Va usted a España a

combatir?

—Si, señor.

—¡Comete usted una estupidez, joven! ¿Sabe lo que es la guerra? ¡El infierno! ¡Le repito que es una estupidez! ¿Ha leído alguna vez «La guerra peninsular», de Napier?

No la había leído.

—Pues léala —prosiguió—. ¡Hielo, congelación, hambre! Le digo que es el infierno. Joven, usted no debe de estar bien de la cabeza.

* * *

Cruzamos East Grinstead, dejando el transito ciudadano a nuestras espaldas. El viento chocaba a grandes bocanadas contra el capó, golpeando rabiosamente las cortinillas laterales, mientras la lluvia caía en fiero diluvio sobre el parabrisas. Excitado por el rugido del motor y por nuestra necesidad de apresuramiento, Hills condujo velozmente el coche por las carreteras de Sussex, en dirección a la costa. La vibración del volante en sus manos, el chirrido de los neumáticos en el asfalto húmedo y el chapoteo del lodo en las guardabarros están vivamente presentes en mi recuerdo. Pero más lo está el terrible momento en que tomó una curva cerrada a casi ochenta millas por hora, patinando el coche hacia un poste del telégrafo y la zanja, enderezándolo, al parecer sin esfuerzo alguno, al borde mismo del desastre. Las curvas me ponían nervioso desde cierta noche, unos meses atrás y poco antes de mis exámenes finales, cuando no pude tomar la curva doble en Melbourne, en las afueras de Cambridge, conduciendo un «Bentley Speed Six», y derribe una valla y una pared, embistiendo finalmente un poste telegráfico, sufriendo sólo algunas contusiones, pero cortando las comunicaciones telefónicas y telegráficas entre Londres y Cambridge durante veinticuatro horas. «Querido Peter», empezaba una carta mecanografiada de mi padre, una semana después, «esta deplorable terminación de tu carrera en Cambridge…». Algunas veces, concluía, «pienso que Dios debió de haberte creado a causa de alguna apuesta».

—¿De qué te servirá todo esto, Peter? —preguntó Hills, de pronto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuanto sé hasta ahora —repuso—, es que vas a España, para combatir, y que lo harás contra el gobierno, o los rojos, o como quieras llamarlos. ¿Por

qué? Y también ¿por que precisamente en favor de los insurgentes? ¿O tal vez no te importa el bando por el que quieras pelear?

—Ciertamente me importa muchísimo el bando por el que pienso combatir —contesté—. Nada en el mundo podría inducirme a hacerlo por los otros. Además —añadí pomposamente—, ya sabes cuanto me interesé por la política en Cambridge.

—Sí —asintió—. Recuerdo que eras demasiado conservador para la «Conservative Association», por lo que formaste un grupo propio —Sonrió —. A mí no me importa la política; ha habido demasiados políticos en la familia. Sin embargo, creo que cuando se tiene un ideal debe combatirse por él.

—Mis razones no son enteramente políticas —observé—. En realidad, supongo que este factor es el menos importante, y que sólo influye en la elección del bando. Para serte sincero, creo francamente que esta guerra ha estallado en un momento particularmente oportuno para mí. Me he doctorado en Lenguas Clásicas y Leyes, pero no he dado aún principio a mi carrera, por lo que tengo todavía algunos meses, antes de dedicarme irrevocablemente a un trabajo que me tendrá sujeto durante el resto de mi vida. Imagino que la guerra de España no durara más de seis meses. Por tanto, constituye una esplendida oportunidad para mí, que me permite conocer un país extraño y a su gente, aprender su idioma y, también, algo de la guerra moderna. ¡Bien sabe Dios que seguramente todo esto me será de utilidad! Sobre todo, tengo la ocasión de aprender a cuidar de mí mismo, en momentos de dificultad y peligro. Hasta ahora, en realidad no he debido preocuparme de nada. Quiero decir que siempre he tenido el plato puesto a la mesa, y que, a condición de mirar en ambas direcciones antes de cruzar una calle, ningún peligro me ha acechado.

Hills me escuchaba atentamente, sin por ello disminuir la velocidad.

—Pero hay otra cosa igualmente importante —proseguí—. Si has leído las noticias publicadas al principio de la guerra, antes de que se impusiera la censura, te habrás enterado de las horribles escenas de violencia de las masas en territorio en poder del gobierno, dominado por los rojos. Se ha dado muerte a sacerdotes y monjas por el simple hecho de ser sacerdotes y monjas, se ha asesinado a gentes corrientes tan sólo porque tenían algún dinero o propiedades. Y yo voy a España para luchar contra estas cosas.

Callé para recobrar el aliento, después de esta larga tirada. Al recordarlas

ahora, encuentro aquellas palabras terriblemente ingenuas; tal vez intentaba justificar mi decisión ante mí mismo; convencerme por última vez de que obraba bien. Aquella desapacible mañana de noviembre ignoraba lo que la mayor parte de nosotros hemos aprendido desde entonces: que no se va a la guerra sólo por unos meses, y que es mucho más fácil entrar en ella que salir.

—Por lo menos —añadí—, la experiencia seguramente me será útil; además, nada tengo que perder.

Cubrimos el trayecto en tiempo asombrosamente corto, pero cuando llegamos a Newhaven averiguamos que nuestras prisas habían sido vanas. Debido a la galerna, el servicio diurno había sido cancelado, y tuve que esperar la salida del barco de la noche.

Encontré a mis padres en el muelle. Habían ido en coche hasta allí, desde Cooden, para despedirme, pero sensatamente decidieron decirme adiós en aquel momento, en lugar de permanecer juntos todo el día. A todos nos disgustaban las largas despedidas, la forzada animación, la charla trivial y los embarazosos silencios, durante los cuales aumenta la tensión, hora por hora. Comprendí que lo que para mí era una alegre aventura, para ellos significaba el principio de un largo periodo de espera y ansiedad. Me sentí profundamente conmovido por la forma en que aceptaban mi decisión, por el decidido valor, sin quejas, de mi madre, y la generosa resignación de mi padre ante un plan que debió haber encontrado insensato. Cuando nos despedimos serenamente, junto a su coche, en el muelle, viéndonos obligados a levantar la voz a causa del viento y el rugido del mar, anduve hacia el hotel en que había dejado a Hills. Sólo una vez volví la cabeza para mirarlos. Recuerdo a mi corpulento padre cubierto con impermeable y sombrero de pescador, chorreando agua, junto a la portezuela, sin apartar la mirada de mí. Jamás volvería a verle.

Para pasar el tiempo, Hills sugirió que visitáramos a unos amigos comunes, David y Anthony Holland, que vivían cerca de Newhaven, en Balcombe. Aunque me sentía impaciente por empezar el viaje, me disgustaba separarme del alegre fuego en la cómoda salita de mis amigos, saboreando —entonces creí que por última vez— el cálido refugio de una casa de campo inglesa, y la alegre hospitalidad de sus propietarios. Ciertamente jamás se siente uno tan atraído por la patria como cuando se dispone a alejarse de ella.

—Me gustaría que aceptara esto —dijo el padre de mis amigos, al despedirnos.

Sacó algo del bolsillo. Era un pequeño ídolo negro, de unas cuatro pulgadas de largo, tallado en madera, de contornos suavizados por el manoseo y los años. La cara tenía una expresión de desacostumbrada benevolencia y encanto.

—Hace años lo traje del Congo —añadió—. Me ha dado siempre suerte. Llévelo continuamente en el bolsillo.

Desde aquel instante, lo lleve encima adondequiera fui, hasta el día, dos años y medio más tarde, en que fui llevado a un hospital en camilla, perdido el conocimiento y a las puertas de la muerte. Desapareció en los siguientes días de dolor y olvido.

* * *

El conde de los Andes, sentado tras el gran escritorio de caoba de su gabinete, fue breve y conciso.

—Pediré su salvoconducto hoy. Pasado mañana lo tendrá en la frontera. Venga aquí a las diez y media de la mañana, y uno de mis coches le llevara hasta Burgos.

Salí a la soleada calle, y di un paseo por los acantilados, deleitándome en la fresca brisa que me acariciaba la cara, mientras contemplaba las grandes olas verdes del Atlántico, que estallaban en nubes de espuma al estrellarse contra las rocas a mis pies. Me estremecí de alegría al pensar en mi libertad y las aventuras que me esperaban.

Predispuesto por este humor, tomé el autobús de Bayona aquella tarde, después de una excelente comida y, ciertamente, demasiado vino. Después de recorrer la ciudad y el puerto, entré en la catedral, y allí, sentado en el silencio frío y oscuro, empecé a meditar en los sucesos de España que condujeron a la Guerra Civil.

Mis pensamientos recorrieron rápidamente las páginas de la historia reciente de España, mientras permanecía sentado, con la cabeza cogida entre las manos. Lentamente la pesadez se apodero de mí, inducida por el cansancio y el exceso de vino que tomé con la comida. Cuando me desperté había ya anochecido y la catedral estaba desierta y en completa oscuridad, excepto por unas débiles luces en el altar mayor. Me puse en pie, yendo luego hasta la puerta por la que había entrado. Estaba cerrada, al igual que todas las demás. Llamé, suavemente primero, temeroso de alzar la voz en el interior de la

catedral, pero lo hice en tono más alto después, y finalmente, abandonando todo constreñimiento, repetí la llamada a voz en grito. Tras unos momentos —que me parecieron años— oí ruido de pasos y vi una pequeña sombra, en cuyas manos tintineaba un manojo de llaves. Mi francés es bastante malo en el mejor de los casos; entonces, sintiéndome en situación ridícula, mi lengua se trabó más que de costumbre.

—*Je me suis endormi* —tartamudee varias veces, sonriendo tímidamente.

Luego deje algún dinero en la mano del sacristán y me aleje apresuradamente.

A las diez y media de una alegre mañana, dos días más tarde, pulse el botón del timbre de la quinta del conde de los Andes. Debajo de mi grueso abrigo velludo vestía calzones de montar, calzaba botas de munición y me envolvía las piernas en largas vendas de paño, reliquias de mi servicio en el Cuerpo de Adiestramiento de Oficiales de la Universidad de Cambridge. Llevaba en el bolsillo los correspondientes certificados A y B, que esperaba me dieran cierto prestigio a los ojos de las autoridades militares españolas. A las once y media un gran turismo negro se detuvo ante la casa, conducido por un caballero que se presentó a mí, en perfecto inglés, como el correo Pascual Vicuña. Cuando se hubieron colocado en el automóvil mi maleta y varias carteras de documentos, paquetes y periódicos, me senté junto al señor Vicuña y partimos.

Seguimos la carretera de la costa hacia Saint Jean-de-Luz y Hendaya. Me sentía feliz, admirando los campos y bosques a la izquierda, que se alargaban hasta la oscura línea de los Pirineos, hacia el este, en quebrada silueta.

Mientras viajábamos, el señor Vicuña, con exquisito tacto y cortesía, me preguntó mis razones para ir a España, pero yo había decidido atenerme estrictamente a mi papel de periodista, hasta haber cruzado la frontera. Me dijo que viajaba con frecuencia a Londres, donde prefería alojarse en el Hotel Dorchester, aunque en su última visita se hospedo en la nueva manzana de apartamientos en Piccadilly, llamada Athenaeum Court. ¿La conocía yo? Me parece recordar que me contó que tenía un hijo y dos hijas estudiando en Inglaterra.

Admiraba grandemente a los ingleses y su modo de vida, pero deploraba que en aquellos tiempos hubiera tan poca comprensión en Inglaterra por la causa nacionalista. La propaganda roja en el extranjero era enorme. El señor Vicuña estaba convencido de que si el gobierno inglés comprendiera

realmente los motivos por los que se combatía en España, no hubiese vacilado en ayudar a los nacionalistas. Después de todo, la batalla que se libraba era por Inglaterra tanto como por España, porque si los rojos triunfaban —lo cual era inconcebible—, el comunismo dominaría en España, pasando después a Francia. ¿En que situación se encontraría Inglaterra entonces? Los rojos habían cometido atroces crímenes en España, como pronto averiguaría por mí mismo.

Este tema, la mayor parte del cual estaba en perfecto acuerdo con mis propios puntos de vista, había de oírlo constantemente, y con creciente vehemencia, en boca de españoles de todas clases y categorías, durante los siguientes dos años y medio.

Mientras esperábamos en Hendaya que las autoridades francesas sellaran nuestros pasaportes y examinaran El equipaje, permanecí junto a la barrera en el puente internacional, mirando al otro lado del Bidasoa, a las verdes colinas de España, que dos meses antes fueron testigos de una de las más terribles batallas del año, cuando los carlistas del general Mola, tras largo y sangriento asalto, tomaron el fuerte de San Marcial, asegurándose la posesión de Irún, ciudad clave y puerta occidental de los Pirineos. Una pequeña parte de las fuerzas defensoras —republicanos vascos y mineros asturianos— escapó hacia San Sebastián, de donde fueron arrojados nueve días después. El resto, después de incendiar Irún, pasó a Francia, donde fueron desarmadas e internadas, entre la inmundicia y la miseria, hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial. El puente internacional era su única salida de España, excepto cruzando el Bidasoa a nado. Horripilantes relatos se recibieron en Londres de la asustada masa de refugiados huyendo por el puente, y, según se me informó más tarde, esto hizo que un agudo e inhumano funcionario joven del Foreign Office comentara:

—Esto es lo que sucede cuando todos los vascos utilizan la misma salida.

Sobre la cuadrada construcción del fuerte en la cima de una colina, a mi izquierda, flotaban airosamente al viento los colores rojo y gualda de la España nacionalista, que pagó la conquista de la fortaleza con parte de su mejor sangre, derramada por los valientes y heroicos carlistas de Navarra y Álava, que, como un solo hombre, formaron en las filas de Mola, al estallar la guerra. Muchachos de quince años y ancianos de setenta, se levantaron en armas para defender la fe y la tradición, siguiendo el ejemplo de sus abuelos, que lucharon a las órdenes de Zumalacárregui el siglo pasado. Carecían totalmente de instrucción militar, enseñándoseles a cargar y disparar el fusil

en los camiones que les llevaban hasta el frente, donde cayeron a centenares, en las casi inexpugnables laderas del monte en que se yergue el fuerte de San Marcial.

Después de unos cinco minutos de demora y sin preguntas comprometedoras de los funcionarios franceses, cruzamos el puente internacional, al lado de la línea férrea, por la que los trenes no circulaban ya.

Nos detuvimos al pasar la barrera española. Vicuña entró en la caseta de las autoridades aduaneras para presentarse y recoger mi salvoconducto, mientras yo estudiaba a la muchedumbre de paisanos y funcionarios que allí se encontraban. Había guardias civiles de uniforme verde, correaje amarillo y brillantes tricornios negros; carabineros uniformados de verde más claro, cubierta la cabeza con gorras de plato; soldados con gorro cuartelero, adornado con una borla, y uniformes caqui, mal ajustados, que caracterizaban entonces al Ejército nacionalista, muchos de ellos con el plato de lata en la mano, mordisqueando sus chuscos; funcionarios civiles con brazales y el aire de ocupada autoridad común a todos los funcionarios menores en todos los países del mundo. Con complacencia pensé que el último obstáculo importante que se oponía a mis propósitos había sido vencido; estaba ya en España. Poco tiempo transcurriría antes de que también yo vistiera uniforme. La gran aventura había comenzado. Mentalmente oía ya el tableteo de los disparos y el silbido de las balas cerca de mi cabeza.

Aquellos ingenuos pensamientos fueron turbados por el regreso de un desconcertado Vicuña, que me comunicó que mi salvoconducto no había llegado. Entonces tuve sobrecogedoras visiones de mi regreso a Francia, en espera de que apareciera el documento y otro correo pudiera llevarme. Sin embargo, tras un cuarto de hora de excitada charla, punteada de encogimiento de hombros y gesticulaciones, entre Vicuña y el oficial de guardia, se me expidió un pase por el que se me autorizaba a trasladarme hasta Burgos.

Pasamos entre las ennegrecidas ruinas de Irún, tomando luego por la carretera de San Sebastián. Poco después de las dos nos detuvimos ante el Hotel Continental de la capital donostiarra, precisamente a tiempo de tomar algo antes de la comida, según el horario corriente en España. Me costó algún tiempo acomodarme a la costumbre española de comer a las dos y media y cenar a las diez y media o más tarde, pero después preferí estas horas a las inglesas, lo cual tal vez era indicio de mi naturaleza perezosa.

Después de comer con la madre de Vicuña, encantadora dama de blancos

cabellos, con quien no pude conversar por su ignorancia del inglés y mi desconocimiento del español, seguimos viaje hacia Vitoria y Burgos. Contrariamente a lo sucedido en Irún, San Sebastián no había sufrido daño alguno por la guerra, cuyos únicos indicios, además de los uniformes que se veían por las calles, eran los lemas pintados en las paredes: «ALISTAOS EN LA FALANGE» y «¡ARRIBA ESPAÑA!», y el carlista «DIOS, PATRIA Y REY», este último sobre fondo rojo y gualda, y sobre rojo y negro los dos primeros. Roja y gualda era la bandera de España durante la monarquía, pero la república la cambio en rojo, amarillo y morado. Rojo y negro eran los colores de la Falange, pero también de la F.A.I., que combatía a favor de los republicanos, lo cual algunas veces causaba confusión en el combate, puesto que ambos bandos llevaban sus banderas a la lucha. Estas exhortaciones estaban junto a otras de naturaleza más práctica: «¡PIDAN SIEMPRE DOMECQ! ¡VINOS Y COÑAC DOMECQ!».

La carretera que seguíamos conducía hacia el interior, cruzando primero colinas boscosas. Las casas solariegas, de rojo tejado, punteaban el paisaje. Nuestro camino ascendía luego y pasaba por desfiladeros entre pobladas montañas, hasta que, poco antes de llegar a Vitoria, nos adentramos en la meseta de España central. En Tolosa, Villafranca y Vitoria fuimos detenidos por patrullas de vigilancia que nos pidieron nuestros pases. En Vitoria estaban compuestas por jóvenes requetés de quince y dieciséis años, a quienes las boinas rojas y los uniformes caqui daban aire marcial.

Durante el viaje conté a Vicuña los verdaderos propósitos de mi viaje a España. Le brillaron los ojos:

—Será muy bien recibido —dijo— y no tengo la menor duda de que podremos encuadrarle en una unidad combatiente. En todo caso, le presentaré a algunos amigos míos en el Cuartel General, cuando lleguemos a Burgos.

Eran las siete cuando entramos en la ciudad castellana, deteniéndonos frente al Hotel del Norte y Londres. Estaba totalmente ocupado, más encontramos luego habitación en una casa cercana en la que habitaban dos mujeres ancianas. Olía fuertemente a queso, pero era limpia y cómoda. En la calle el aire era frío, y penetraba por mi abrigo y vestidos. Luego me sentí contento al regresar al bien caldeado hotel.

Esperé en el vestíbulo a que Vicuña se reuniera conmigo, contemplando las personas que ante mí pasaban, procedentes del salón. Había mujeres de todas las edades, la mayor parte de las cuales llevaba una especie de medallón

o emblema prendido del vestido por una cinta roja y amarilla, y hombres de elegantes uniformes, o vestidos de paisano con las rojas boinas de los requetés o los azules gorros con borla de la Falange. Un hombre alto, de anchos hombros y de cabello rubio, de unos treinta y cinco años de edad, se acercó a mí, presentándose.

—¿Me permite? Veo que es usted inglés. Soy Rupert Bellville. ¿Quiére que tomemos algo?

Bellville era muy conocido en Inglaterra como experto en cuestiones españolas, gran aficionado a los toros y osado piloto aviador, que volaba en su propio avión. Se encontraba en el sur de España al estallar la Guerra Civil, alistándose entonces en una unidad de la Falange, con la que tomó parte en varias acciones en Andalucía. El frecuente espectáculo de las atrocidades cometidas por anarquistas y comunistas en pueblos y aldeas le horrorizó, por lo que sintió poca compunción cuando debió formar parte de los pelotones de ejecución que cumplían la sentencia dictada contra los criminales. Más tarde abandonó su unidad. Lo que especialmente le ponía enfermo, aparte de una natural repugnancia a fusilar prisioneros, fue que las víctimas se agitaban durante algunos minutos después de su muerte, no logrando jamás creer que estaban realmente muertas. Ciertamente, la ejecución de prisioneros era uno de los más feos aspectos de la Guerra Civil, y ambos bandos contendientes lo hicieron durante los primeros meses. Había dos importantes razones para ello: primero, la firme creencia de que los adversarios eran traidores a su patria y enemigos de la humanidad, que plenamente merecían la muerte; y segundo, el temor de que, a menos que los exterminaran, sus enemigos se levantaran después para destruirlos. Pero yo personalmente observé, a medida que la guerra progresaba, que los nacionalistas tendían continuamente a salvar la vida de los prisioneros, con excepción de los pertenecientes a las Brigadas Internacionales.

Bellville había estado presente en las funerales por Calvo Sotelo, el estadista monárquico cuyo asesinato por la policía republicana fue la señal para el estallido de la Guerra Civil, cinco días más tarde. Unas ocho mil personas asistieron a los oficios religiosos. El gobierno había prohibido el saludo fascista, pero en aquella ocasión las ánimos estaban tan excitados, que, a pesar de que sólo pocos falangistas se encontraban presentes, todos saludaban como ellos. Los guardias de Asalto, apostados en las bocacalles, montados en motocicletas, disparaban contra cuantos saludaban. Bellville calculó que hubo varias cientos de víctimas.

—Ahora tengo mi avión aquí —dijo—, pero no puedo obtener permiso para acercarme al frente. Nada hay en Burgos, excepto las esposas y novias de combatientes, que se reúnen para hablar de los últimos rumores.

En aquel momento se nos acercó una señora de unos treinta y cinco años, de cabello oscuro y modales graves y serios, a quien después fui presentado. Era la duquesa de Lécera, que me saludó con encantadora sonrisa.

—¿Qué ha venido usted a hacer a España? —me preguntó.

—Quiero combatir —contesté, sintiéndome algo turbado.

La dama me miró fríamente.

—Es muy amable por su parte. No creo que lo encuentre difícil.

Luego se alejó de nosotros.

Vicuña llegó, y entonces Bellville se separó de mí. No volví a verle durante algún tiempo, pero cierto día, en el siguiente mes de septiembre, ocupó lugar prominente en las noticias. Los nacionalistas habían desencadenado el asalto final contra Santander, cuya caída se esperaba en cualquier momento. Bellville tenía su avión en San Sebastián, cuando se recibió la noticia de la rendición de la ciudad. Dispuestos a ser los primeros en dar la bienvenida a las victoriosas tropas nacionalistas, él y un amigo suyo, de parecido temperamento, llamado Ricardo González, de la famosa familia de cosecheros de vino, cargaron el aparato de cajas de jerez y coñac, despegaron de San Sebastián y poco después llegaban al aeródromo de Santander. Un enjambre de soldados uniformados de azul rodeó el avión, del que saltaron Bellville y González con alegres gritos de «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!», comprendiendo seguidamente, con espanto, que aquellos hombres eran milicianos republicanos y que Santander se encontraba aún en poder del enemigo. Fueron bruscamente llevados a la cárcel, siendo luego trasladados a Gijón, en Asturias, poco antes de la caída de Santander. Durante alrededor de dos semanas corrieron grave peligro de ser sumariamente ejecutados. Afortunadamente, González logro hacerse pasar por inglés, debido a que había sido educado en Inglaterra; después fue puesto en libertad para arreglar el canje de ambos por dos prisioneros republicanos en manos de los nacionalistas. Entretanto, Bellville permaneció en la cárcel, animado, de vez en cuando, por sus captores con el relato de lo que le sucedería si González no lograba organizar el canje en forma satisfactoria. Finalmente los nacionalistas entregaron dos oficiales superiores republicanos, y él fue puesto en libertad.

Vicuña estaba acompañado por un comandante y tres capitanes de la Comandancia Militar, uno de los cuales hablaba inglés. Era el capitán conde de Elda, que llevaba, además de botas altas y espuelas, la ancha faja azul y oro del Estado Mayor. Después de tomar unos fuertes y extraños combinados de coñac y vermut, cenamos en un pequeño y atestado restaurante cerca del hotel, donde nos sirvieron truchas y vino clarete.

—La situación militar de los rojos es muy precaria —dijo Elda—. Madrid caerá en nuestras manos en cualquier momento.

Debieron transcurrir casi dos años y medio antes de que sus palabras se convirtieran en realidad.

CAPÍTULO II

Después del fracaso inicial del Movimiento, como los nacionalistas llamaban a su sublevación, en grandes sectores de la Península y en la Marina, los nacionalistas pronto mejoraron su situación mediante una rápida sucesión de victorias. Cuando llegué a España se encontraban ante las puertas de Madrid.

En verdad, en el momento en que salí de Inglaterra me pregunté si llegaría a tiempo de combatir antes de que la guerra terminara.

Desde las elecciones de febrero de 1936, tras las cuales se formó el gobierno de frente popular, tanto la extrema derecha, encabezada por el Ejército, como los partidos extremistas de la izquierda, se estaban preparando para apoderarse del poder por la fuerza[4]. La tensión aumentó durante la primavera y principio del verano. Las palabras de Salvador de Madariaga, personalidad liberal no ciertamente bien dispuesta hacia la causa nacionalista, dan cierta idea de lo antedicho[5]:

«…Ciento noventa y seis iglesias totalmente destruidas y doscientas cincuenta y una incendiadas o saqueadas[6], doscientas sesenta y nueve personas asesinadas y mil doscientas ochenta y siete heridas; sesenta y nueve centros políticos destruidos; ciento trece huelgas generales y doscientas veintiocho parciales, así como muchos más casos de otras formas de violencia».

El 16 de junio, en las Cortes, el gobierno fue acusado por su tolerancia ante el crimen y la violencia, por el señor Gil Robles, jefe del partido derechista C.E.D.A., y por el señor Calvo Sotelo, jefe de la monárquica Renovación Española. Cuando Calvo Sotelo, tras hablar, se sentó, la comunista Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», grito:

—¡Este es tu último discurso!

Al mediodía del 12 de julio, cierto teniente Castillo, de la Guardia de

Asalto, fue muerto en la calle, al parecer por tres fascistas. Durante las primeras horas de la siguiente madrugada, Calvo Sotelo fue sacado de la cama por guardias de Asalto uniformados, y asesinado. El gobierno no tomó otra medida que detener a los noventa hombres de la compañía del teniente Castillo.

Al mediodía del 17, la guarnición de Melilla, en la zona española de Marruecos, se sublevó. Acto seguido todo el Ejército de Marruecos, consistente, en su mayor parte, en la Legión y los Regulares, se alzo en armas.

Aquella misma tarde, el general Franco llegó a Marruecos por aire, procedente de las Islas Canarias, donde era comandante militar, poniéndose al frente de los rebeldes. Los detalles de aquel vuelo fueron arreglados en Londres por cierto comandante Hugh Pollard, uno de aquellos románticos ingleses que se especializan en las revoluciones de otros países. Pollard había tornado parte activa en la huida de Porfirio Díaz de Méjico, en 1911, y en la revolución de Marruecos, en 1913, que destrono al sultán Abdul Aziz y colocó a Muley Hafid en el trono. Para el vuelo de Canarias a Marruecos llevó a un piloto inglés llamado Bebb, y a su propia hija Diana, de dieciocho años.

Los nacionalistas contaban, desde el primer momento, con la ventaja de que la más importante de las armas combatientes, el Ejército, estaba de su parte. Su vanguardia era el Ejército de Marruecos, del cual tal vez sea conveniente hacer una somera descripción. La Legión Extranjera, o Tercio, fue fundada a principio de los años veinte por el entonces coronel Millán Astray, con la ayuda de algunos de los más capacitados oficiales del Ejército español, entre los que se encontraba el general Franco, que en aquellos tiempos tenía la graduación de comandante. Su inspiración tuvo dos orígenes: histórica y románticamente, de los tercios del duque de Alba, del siglo XVI, meollo de la Infantería española, en los tiempos en que la «disciplina española» era proverbial en Europa; militar y prácticamente, de la Legión Extranjera francesa, cuyos métodos fueron cuidadosamente estudiados por Millán Astray y sus ayudantes. Pero la Legión Extranjera española difería de la francesa en un importante aspecto: estaba compuesta casi íntegramente por españoles, aunque antes de la Guerra Civil era la única unidad del Ejército español en la que podían alistarse extranjeros. El servicio en ella era por un mínimo de cinco años, y estaba confinado a las posesiones españolas. Durante la Guerra Civil, sus efectivos aumentaron de seis banderas, o batallones, a veinte. Incluso entonces, alrededor del noventa por ciento de las tropas y casi

todos los oficiales eran españoles, siendo el resto portugueses, y algunos franceses, alemanes y rusos blancos.

Los Regulares eran tropas moras, reclutadas por el gobierno español, mandadas por españoles; a pesar de ser mercenarias, demostraron gran valor y fidelidad. Eran soldados hábiles y peligrosos, especialmente en el ataque. También estaba la Mehala, ejército del Jalifa de la zona española de Marruecos, cuyos cuadros de mando contaban con bastantes españoles, siendo especialmente buena para la guerra en las montañas.

El señor Madariaga dice que, salvo contados casos, todos los oficiales del Ejército que pudieron hacerlo se pusieron de parte de los rebeldes. Sin embargo, hubo algunas excepciones, que, en los grados más altos, alteraron vitalmente el curso de la guerra. Además, en los cuarteles de la Península estaban solamente los cuadros de los regimientos, pues las tropas habían sido licenciadas. Los oficiales de la Aviación estaban divididos en cuanto a sus simpatías, pero, debido a que la mayor parte de los aviones se encontraban en territorio republicano, los rojos conservaron el dominio del aire hasta 1937. Afortunadamente para los nacionalistas, la Aviación española no era lo bastante fuerte para convertirse en factor decisivo[7].

Mucho más grave para ellos fue el fracaso del alzamiento en la Marina, que se hubiera pasado a los nacionalistas en su totalidad, de no haber sido por las células comunistas organizadas en muchos barcos en los cuales los comunistas, con su buen olfato y adiestramiento para el mando, convencieron a los marineros para que asesinaran a sus oficiales y los arrojaran al mar. A los nacionalistas les quedaron el viejo acorazado España, el crucero Almirante Cervera, dos cruceros nuevos, el Baleares y el Canarias, no terminados aún, el viejo República, el destructor Velasco y cuatro cañoneros. Su dificultad estribaba en que todos estos barcos se encontraban en El Ferrol, en el noroeste de la Península, excepto el República y los cañoneros, mientras que la flota republicana tenía su base en Cartagena, desde donde dominaba el estrecho de Gibraltar y podía impedir el traslado del Ejército de Marruecos a España. Los republicanos tenían el viejo acorazado Jaime I, los cruceros Libertad, Miguel de Cervantes y Méndez Núñez, dieciséis destructores y doce submarinos, pero las tripulaciones, tras haber dado muerte a sus oficiales, no podían hacer navegar los barcos eficazmente, ni sabían combatir, hasta que, más tarde, fueron instruidas y mandadas por oficiales rusos.

En tierra, ambos bandos dependían grandemente de organizaciones paramilitares de voluntarios. Del lado de los nacionalistas se encontraban los

requetés, y la Falange, fundada por José Antonio Primo de Rivera, hijo del famoso dictador. Es digno de notar que los falangistas vieron grandemente aumentadas sus fuerzas después del 18 de julio, representando importante papel en la campaña de Andalucía durante los primeros meses del alzamiento. Más tarde lograron obtener abrumador poder político.

Los requetés obtenían sus principales fuerzas de las provincias vascas, especialmente Navarra, aunque su nombre se originó en Cataluña. Son producto del siglo XIX. Nominalmente, la primera guerra carlista (1833-1839) tuvo lugar para dilucidar si la sucesión del rey Fernando VII había de recaer en su hija Isabel, o en su hermano, el infante don Carlos. La ley española permitía el reinado de las mujeres, mientras que la Ley Sálica, importada por la dinastía borbónica a principios del siglo XVIII, las excluía. Por tanto, los carlistas, que defendían las tradiciones españolas, las ignoraban en esta vital cuestión. A pesar de esta contradicción, creían sincera e incluso fanáticamente en su ideal, por el cual daban gustosos la vida. En realidad, la guerra fue una disputa entre los liberales, partidarios de Isabel que querían centralizar la autoridad, reducir los fueros locales y destruir el poder político de la Iglesia, y los carlistas, cuyos ideales menciona su famoso lema «Dios, Fueros, Patria, Rey». Fue asimismo la guerra entre las ciudades y el campo, que, especialmente en las provincias vascas, Castilla la Vieja y Cataluña, era netamente carlista. La contienda fue cruel, terminando con la victoria de los liberales, y el desastroso reinado de Isabel.

Sin embargo, el movimiento carlista siguió vivo, convirtiéndose casi en una fe en sí mismo. A pesar de otra derrota en la segunda guerra carlista (1870-1876), no decayó en las provincias vascas y en puntos aislados de Cataluña y Castilla la Vieja, existiendo aún actualmente como fe política. Después de las elecciones de 1936 y durante los subsiguientes desórdenes, los requetés se preparaban para otra guerra. En ciudades y pueblos y en las montañas de Navarra y Álava, y casas solariegas y campesinas, en chozas y cabañas, la boina roja y el viejo fusil del padre o del abuelo colgaban sobre el hogar, en recuerdo de una u otra de las guerras carlistas. A pesar de su antigüedad, esas armas fueron repasadas y limpiadas, preparándolas para uso inmediato. Durante las tres primeras semanas del alzamiento, treinta mil requetés se unieron al general Mola en Pamplona. Las mujeres se alistaban como Margaritas, para cuidar heridos y toda clase de deberes, excepto empuñar las armas. Sólo los demasiado jóvenes y los muy viejos quedaron para cuidar de los campos. Una vez más, un canto carlista nos habla del

espíritu de esas semanas:

Cálzame las alpargatas,
dame la boina, dame el fusil,
que voy a matar más rojos
que flores tiene el mes de abril.

Era tal la escasez de tropas, que estos hombres fueron llevados al combate inmediatamente, sin instrucción ni disciplina, sin armas o equipos adecuados, contra las fortalezas que rodean Irún y San Sebastián, y al Guadarrama, a los pasos de Somosierra y Alto del León, hacia Madrid. Era glorioso morir en defensa de la Tradición y el Ideal, y así murieron, despreciando la vida y sin cuidar de protegerse del fuego enemigo. Las compañías eran llevadas al ataque por el capitán y el capellán, uno empuñando la pistola, otro con el breviario en la mano; pero todos, con sus rojas boinas, constituían magníficos blancos. Así murió durante los primeros meses de la guerra la mejor flor de España.

Después, el mando nacionalista, conociendo la importancia de su valor y entusiasmo, destinó a varios de sus mejores oficiales para mandar a los carlistas.

Las organizaciones paramilitares republicanas extraían sus efectivos de los diversos sindicatos laborales, los principales de los cuales eran la F.A.I., la anarco-sindicalista C.N.T., que era el mejor armado de ellos, la U.G.T., socialista y comunista, y el trotskista P.O.U.M. Al estallar el Movimiento, uno de los primeros actos del gobierno de Madrid fue abrir los arsenales y repartir las armas a estas «milicias populares». Con mayor insensatez aún abrieron asimismo las cárceles, que, como el señor Madariaga señala[8], estaban ya vacías de presos políticos, debido a la amnistía decretada por el presidente Azaña, por lo que sólo contenían entonces delincuentes comunes, que fueron inmediatamente a engrosar las diversas milicias, siendo responsables de muchos de los horrores y violencias que empañaron la España republicana durante los primeros meses de la guerra.

También las mujeres se alistaron en las milicias y combatieron junto a los hombres, a menudo con mayor valor y resolución. Asimismo se las empleaba como carceleras de las presas políticas, varias de las cuales me manifestaron más tarde que recibieran peor trato de las milicianas que de los milicianos.

En cuanto a las fuerzas policíacas, la Guardia Civil estuvo en casi su totalidad de parte de los nacionalistas, aunque en algunos lugares,

notablemente en Barcelona, su sentido de lealtad al gobierno establecido fue más fuerte que su natural antipatía hacia el gobierno de la masa. Por otra parte, la Guardia de Asalto y los carabineros se unieron a los republicanos, a quienes facilitaron un muy necesario núcleo de oficiales y sargentos.

El 18 de julio, el primer ministro republicano, Casares Quiroga, presentó la dimisión. El presidente Azaña le substituyó poco después por Giral y un ministerio integrado por amigos suyos. Pero ese gobierno, que armó a los sindicatos, se encontró después en sus manos. Las milicias obraban como les venía en gana, y aterrorizaban a la población. El 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero, socialista de extrema izquierda, ocupó la presidencia del gobierno. Su ministro de Asuntos Exteriores era Álvarez del Vayo, ocupando el ministerio de Hacienda el doctor Negrín, ministros ambos leales agentes de Moscú.

El jefe del alzamiento nacionalista debía ser el general Sanjurjo, que murió en accidente de aviación el 20 de julio, al despegar el avión que había de conducirle de Lisboa a España. Se estableció una Junta de Gobierno en Burgos, presidida por el general Cabanellas, e integrada por los generales Franco, Mola, Queipo de Llano y Varela, junto con otros dos oficiales superiores. Algunos de estos generales eran viejos republicanos. Durante los primeros días de la guerra, «la República honrada» era el lema favorito del Ejército, cuyos jefes afirmaban que se habían alzado no contra la república, sino contra el presidente y el gobierno de Madrid, que llevaban al país a la anarquía y el comunismo.

De los oficiales que conocí personalmente o por referencias, algunos eran falangistas, otros monárquicos, pero la mayoría prefería «dejar eso a los políticos y dedicarse a ganar la guerra». Esto compendiaba también la actitud de los requetés, cuyo mando político era inepto. Por otra parte, los falangistas jamás perdieron el principal objetivo de vista, y colocaron a sus hombres en los puestos clave del gobierno. El general Mola, apoyado por los requetés que tenían su fuerza principal en la norteña región de Navarra, restauró la enseña bicolor de la monarquía. Después de esto se convirtió en leyenda, como «el general requeté[9]». A pesar de ser el general de mayor antigüedad, Cabanellas no era sino figura decorativa. Después de la muerte de Sanjurjo, la elección de jefe había de recaer entre Mola y Franco, y, tras una reunión de mandos militares, Franco fue reconocido como Generalísimo y Jefe de Operaciones de las fuerzas nacionalistas. Esto ocurrió el 12 de octubre de 1936; seis meses más tarde se convirtió en Jefe del Estado.

El 18 de julio de 1936, día siguiente a la revuelta de Marruecos, el Movimiento estalló en la Península. Su resultado no fue ni el éxito inmediato que los conspiradores habían esperado, ni tampoco el fracaso total que las radios republicanas proclamaron. El general Cabanellas se apoderó de Zaragoza, el general Mola se alzo en Pamplona con cuatrocientos soldados y Queipo de Llano tomó Sevilla con ciento ochenta y cinco hombres y una prodigiosa cantidad de valor y fanfarronería. Navarra, parte de Álava, toda Castilla la Vieja y León, Galicia en el noroeste y la región occidental de Aragón se declararon por los nacionalistas. Pero en Madrid los milicianos y la Guardia de Asalto atacaran el Cuartel de la Montaña, y, tras sangriento combate, aplastaron a la guarnición nacionalista, mandada por el general Fanjul. En Barcelona, el comandante militar se declaró por los republicanos y con la ayuda de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto aplastó el alzamiento militar, cuyos jefes, los generales Goded y Burriel, fueron capturados y fusilados. Los republicanos tenían toda Cataluña, la mitad oriental de Aragón, toda Castilla la Nueva y la Mancha, toda la costa mediterránea desde la frontera francesa a Gibraltar, gran parte de Extremadura junto a Portugal y toda Andalucía, excepto Cádiz, Jerez, Sevilla, Córdoba y una pequeña bolsa alrededor de Granada. En las Baleares, Mallorca fue ganada para la causa nacionalista, pero Menorca, con la base naval de Mahón, permaneció en poder de los republicanos. En el norte, el resto de las provincias vascas —Guipúzcoa, Vizcaya y parte de Álava— fueron republicanas, junto con Santander y Asturias.

Sin embargo, Oviedo fue conservada para los nacionalistas por el general Aranda, que resistió un fuerte asedio, hasta que la plaza fue socorrida por las tropas procedentes de Galicia.

Así, aunque el Movimiento tuvo considerable éxito inicial, sufrió algunos importantes reveses, los principales de los cuales fueron los fracasos de Madrid y Barcelona, la defección de la escuadra, y la pérdida de Cataluña, Guipúzcoa y Vizcaya, con sus industrias pesadas y materias primas. Aparte de Andalucía, donde la tradición anarquista tenía fuerte arraigo entre el elemento campesino, puede afirmarse que los distritos agrícolas eran nacionalistas, mientras que las ciudades y centros industriales eran republicanos. Así se perdió Cataluña para el Movimiento. Las provincias vascas no se hubieran pasado a los republicanos, de no haber sido por la actitud de los separatistas vascos. Éstos, de sentimientos profundamente católicos, no sentían simpatía alguna por los mineros comunistas de Asturias, ni por los sindicatos anticlericales de Santander, y ni siquiera por los trabajadores industriales de

sus propias provincias, pero, creyendo que mayor autonomía política podrían obtener del gobierno republicano que de los nacionalistas, se aliaron con el primero y proclamaron la República independiente vasca, bajo la presidencia de Aguirre. A fines de diciembre de 1936, un joven oficial navarro, con quien yo servía, me dijo:

—Para mí, lo más lamentable de esta guerra no es sólo que combata español contra español, sino vasco contra vasco.

La pérdida de la escuadra, y, con ella, el dominio del estrecho de Gibraltar, pudo haber sido fatal para los nacionalistas, en el caso de que Franco no hubiese obrado rápidamente. Empleando seis aviones de transporte «Junker 52», que cierto comandante Arrauz, de la Aviación española, obtuvo de los alemanes[10], inmediatamente trasladó tropas a España, tomó Algeciras y La Línea y mandó una columna de la Legión, a las órdenes del capitán Castejón, a Sevilla, para ayudar al general Queipo de Llano a sostener la ciudad. A fines de julio, después de un combate naval en el estrecho, en el cual el cañonero nacionalista Dato, que escoltaba un convoy de tropas de Marruecos, batió a una fuerte escuadra republicana, el dominio de aquellas aguas pasó a los nacionalistas, con lo que las comunicaciones entre Marruecos y la Península quedaron ya definitivamente aseguradas.

Castejón no perdió tiempo en Sevilla. Mando columnas volantes del Tercio y Regulares, ayudadas por falangistas, por Andalucía. En poco tiempo ocupó la región hasta cerca de Málaga, en el este, y la frontera con Portugal en el oeste, incluyendo las importantes minas de Riotinto, cerca de Huelva, y Peñarroya, en Córdoba. Con los refuerzos que llegaron por mar y aire, las fuerzas del Ejército de Marruecos avanzaron hacia el norte. El 9 de agosto cayó Mérida, y el 15 Badajoz. Ambas ciudades fueron tomadas al asalto, sufriendo importantes bajas ambos bandos contendientes. Mediante la conquista de Badajoz, los nacionalistas aseguraron toda la frontera portuguesa, y, lo que era más importante, el Ejército del sur, del general Franco, estableció contacto con las tropas de Mola en el norte.

Este último, tras haberse asegurado los pasos de Somosierra y el Alto del León, sosteniéndolos contra los esporádicos ataques de los indisciplinados milicianos de Madrid, se volvió para atacar Irún y San Sebastián. Su objetivo era cerrar la frontera con Francia, aislando así a los republicanos en el norte, y asegurarse el enlace ferroviario con la vecina nación. Tolosa cayo el 15 de agosto, Irún el 5 de septiembre y San Sebastián ocho días después. Con posterioridad a estas victorias, el frente norte quedó estabilizado, con la

mayor parte de Guipúzcoa y Álava en poder de los nacionalistas, incluyendo las capitales de ambas provincias.

Después de la conquista de Mérida y Badajoz, los nacionalistas desencadenaron un ataque a lo largo del Tajo, en dirección a Madrid. Al principio parecía que nada podría detenerlo. Oropesa cayó el 29 de agosto, Talavera el 3 de septiembre. La única oposición con que tropezaba era la resistencia de los milicianos, que combatían con valor pero sin disciplina ni preparación militar. Además, estaban faltos de mandos organizados. Algunas unidades nombraban sus propios comandantes, no aceptando órdenes sino de ellos; en otras no había oficiales, y cada hombre obraba a su manera. Los veteranos del Tercio y Regulares encontraron gran facilidad para flanquearlos, atacar sus comunicaciones en la retaguardia y empujarlos, desordenadamente, hasta el próximo pueblo defendido.

El 22 de septiembre los nacionalistas llegaron a Maqueda, donde la carretera de Toledo se bifurca hacia el sur, partiendo de la carretera principal a Madrid. En el Alcázar de Toledo resistía una pequeña fuerza nacionalista, que no había podido ser vencida después de dos meses de constantes ataques. Los defensores, que sumaban alrededor de mil personas, incluyendo oficiales del Ejército, guardias civiles, cadetes de la Academia Militar de Toledo, voluntarios, mujeres y niños, conquistaron la admiración del mundo por su heroica resistencia contra repetidos ataques llevados a cabo por bombardeos artilleros y aéreos, minas, y feroces represalias contra sus propias familias. Estaban a punto de agotar las municiones y alimentos, haciendo ya tiempo que habíase acabado el material sanitario.

En Maqueda, los victoriosos nacionalistas se enfrentaron con el problema de continuar su avance sobre Madrid, principal objetivo militar, permitiendo que la guarnición del Alcázar fuera aplastada y muerta, o acudir en socorro de Toledo. El prestigio y el honor militares les impelieron a volar en auxilio de los sitiados. El 29 de septiembre, la v Bandera del Tercio y un tabor de Regulares entraron en Toledo, abriéndose paso combatiendo por las empinadas calles de la Puerta de la Bisagra hasta la Plaza del Zocodover. El sitio del Alcázar había terminado. El coronel Moscardó salió, tambaleándose, de las ruinas de su fortaleza, para recibir al general Franco, saludóle y dio el parte, en frase famosa en toda España:

—Sin novedad en el Alcázar, mi general.

Por el teniente Noel FitzPatrick y el teniente William Neagle, dos oficiales

ingleses que servían en la V Bandera, he sabido algo del frenético avance sobre Toledo y de la batalla final. No es una bonita historia. La víspera del asalto sobre la ciudad, los nacionalistas encontraron los cadáveres de dos de sus aviadores derribados el día antes, que cayeron vivos en manos de los milicianos. Estaban indescriptiblemente mutilados.

El movimiento divergente para socorrer el Alcázar costó a los nacionalistas una semana vital. De haber seguido directamente desde Maqueda hacia Madrid, poca duda existe de que hubieran tornado la capital sin dificultad. Después de anunciar por la radio que Madrid sería defendido hasta el fin, el gobierno republicano huyó a Valencia, el 7 de noviembre, acompañado por el embajador soviético. Pero ya los republicanos empezaban a recibir ayuda extranjera: aviones franceses «Potez», facilitados por *monsieur* Pierre Cot y pilotados por aviadores de las fuerzas francesas, baterías también francesas de piezas del 75, y tanques rusos, armados con cañones de 37 milímetros. El avance nacionalista fue retardado pero no detenido. El 7 de noviembre sus tropas ocupaban toda la curva del Manzanares, y se dice que un tabor de Regulares penetró hasta la Puerta del Sol. Al día siguiente el ataque fue rechazado. Las Brigadas Internacionales, integradas por voluntarios de toda Europa, reclutadas por los diversos partidos comunistas y adiestradas en el sur de Francia, habían llegado, siendo lanzadas inmediatamente al combate, con el necesario apoyo de la aviación, la artillería y los tanques. Pocos días después rechazaron a los nacionalistas, sobre quienes poseían abrumadora superioridad numérica, al otro lado del Manzanares, hacia los suburbios externos de Madrid. Una rápida retirada salvó a los nacionalistas del cerco y el aniquilamiento. Sólo en la Ciudad Universitaria pudieron mantener una precaria posición en la propia capital, que costó innumerables bajas a ambos bandos en el transcurso de los próximos dos años.

Durante las semanas siguientes, los nacionalistas, ignorando aún la magnitud de las fuerzas que se les oponían, desencadenaron una serie de fútiles ataques contra la ciudad, sufriendo bajas entre sus mejores tropas, sin obtener ventajas apreciables. Efectivamente, el frente estaba ya estabilizado cuando yo llegué a Burgos, a mediados de noviembre.

* * *

Así empezó la segunda fase de la Guerra Civil: la de la intervención extranjera. Para enfrentarse con la amenaza de las Brigadas Internacionales y

la creciente ayuda francesa a los republicanos, los nacionalistas pidieron ayuda a Italia y Alemania. Ambos países les facilitaron armas y técnicos: tanques anticuados, aviones, artillería antiaérea y anticarro, así como grupos de especialistas cuya tarea era instruir a los españoles en el uso del armamento entregado, siendo gradualmente retirados a medida que los españoles podían substituirlos. Unos pocos escuadrones de bombarderos, con su escolta de cazas, fueron pilotados por alemanes durante la guerra. Ocasionalmente, los alemanes mandaban alguna nueva arma a España para ser probada, después de lo cual era retirada.

Los italianos facilitaron tropas combatientes, mantenidas en efectivos constantes de unas dos divisiones, con todas las armas de apoyo, incluyendo tanques, artillería y aviones. También facilitaron oficiales para dos «Divisiones mixtas», en las cuales las tropas eran españolas, e italianos los oficiales superiores. No fue una combinación feliz. Además, tenían unos pocos escuadrones *Savoia* en las Baleares para bombardear los puertos republicanos del Mediterráneo. El principal material de guerra que facilitaron fueron aviones, pilotados por españoles, y armas portátiles, especialmente automáticas.

Los rusos hicieron por los republicanos más o menos lo que los alemanes por los nacionalistas: les mandaron técnicos y material de todas clases. A cambio, exigieron una mucho mayor medida de fiscalización de la política republicana y su estrategia, que la que los alemanes pudieron obtener de Franco. El precio de la cooperación rusa fue la dirección de la guerra por los soviéticos, y la completa dominación de todos los partidos y organizaciones militares republicanas por el partido comunista[11].

CAPÍTULO III

En el transcurso de la cena la noche de mi llegada a Burgos, abandoné para siempre mi papel de periodista y pregunté a mis amigos si podían ayudarme a alistarme en el Ejército nacionalista. Me explicaron que las solas unidades en las cuales podía enrolarse un extranjero eran la Legión Extranjera y las milicias de los Requetés y la Falange. Se me aconsejó encarecidamente que no me alistara en la Legión como soldado raso, alegrándome más tarde de haber presado oídos a semejante recomendación. La política de la Falange no me atraía, pero los ideales de los Requetés excitaban mi imaginación. Por tanto, al día siguiente recibí cartas de recomendación de Elda y sus amigos para los jefes carlistas Fal Conde y Zamanillo, en Ávila, junto con un pase de la Comandancia Militar y la reserva de una plaza en uno de sus coches que saldrían de Burgos por la tarde.

Burgos, la ciudad del Cid, parecía propicio punto de partida para mi aventura. Después de visitar la magnifica catedral del siglo XIII, pasé la mañana recorriendo sus calles soleadas, arropado en el ingenuo y romántico sueño que me hacía sentir moderno Campeador. En aquellos tiempos, la ciudad era el Cuartel General del general Franco, habiéndose trasladado el general Mola a Ávila, hacia el sur. Burgos era asimismo cuartel general de la sexta División. Excepto por los numerosos uniformes que se veían por las calles y los carteles en las paredes, no se observaba allí actividad de guerra. Para verla tendría que ir a Ávila, Talavera de la Reina, y Toledo, me dijeron.

Salí de Burgos hacia las tres y medía de la tarde, en coche, en compañía de dos oficiales. Seguimos la carretera de Valladolid, en dirección sudoeste, a lo largo del valle del Arlanzón. El sol teñía de oro las desnudas llanuras pardas, encendía el verde de los tamariscos que crecían junto al río, a nuestra izquierda, y hacía resaltar el agudo y oscuro contorno de la meseta que se levantaba lejos, en la distancia. Oscureció antes de que llegáramos a Valladolid, antigua capital de los reyes de Castilla, donde nos detuvimos

brevemente. Al principio de la Guerra Civil, aquella ciudad fue escenario del alzamiento dirigido por el nacionalista general Saliquet, en el cual uno de mis acompañantes había tomado parte. Saliquet era un soldado robusto, de edad avanzada, cuyos enormes bigotes y benigna expresión pronto fueron familiares y populares en el territorio nacionalista. En julio de 1936 vivía, a medía paga, en la finca de un amigo, cerca de Valladolid. Aunque los falangistas eran fuertes en la ciudad, el general comandante de la séptima División, cuyo cuartel general se encontraba allí, era republicano. El 18 de julio Saliquet vistió su uniforme militar, recogió dos o tres oficiales de la guarnición y fue a visitar al comandante de la División, a quien encontró en su despacho, acompañado de su ayudante.

—Le arresto y relevo del mando —informóle—, que me entregará inmediatamente.

El ayudante sacó la pistola y disparó contra uno de los acompañantes de Saliquet. El otro hizo fuego, a su vez, matando al ayudante. El comandante militar se rindió. Saliquet y sus seguidores tomaron el mando de las tropas, y detuvieron al gobernador civil, otro republicano, que había movilizado a la Guardia de Asalto; la cual entonces se declaró por los nacionalistas.

Parecida técnica empleó el general Queipo de Llano para hacerse con el mando de la guarnición de Sevilla. Durante aquellos primeros días, en muchas ocasiones la balanza se inclinó a favor de los nacionalistas gracias al valor y la iniciativa de jefes y generales. Al fin de la guerra, encontrándome en Madrid, oí el comentario de un inglés que había sido testigo presencial de las revoluciones rusa y española:

—Si los generales de Franco no hubieran tenido más valor que los generales rusos blancos, España sería ahora comunista.

A las nueve y medía llegamos a las murallas de Ávila, cruzando por una antigua puerta y adentrándonos en la ciudad por las estrechas calles empedradas.

Fuimos seguidamente a la Comandancia Militar, donde encontramos una multitud de oficiales y paisanos en las antesalas. Mis acompañantes lograron abrirse paso y me presentaron al oficial de servicio, un amable comandante, de edad avanzada, con gafas y cara cetrina, tan arrugada como una ciruela pasa. Nos explicó que Fal Conde y Zamanillo no se encontraban allí, sino en Toledo, convertido en base para el ataque principal a Madrid; me facilitaría seguidamente un salvoconducto y mis compañeros podrían encargarse de mi

transporte. Cinco minutos después salía de su despacho. Su despedida —«¡Buena suerte!»— seguía sonando en mis oídos.

Pasamos por la Oficina de Prensa, donde encontré al señor Melgar, secretario general del Partido Tradicionalista, el cual me confirmó que encontraría a Fal Conde y a Zamanillo en Toledo, dándome, asimismo, una carta para ellos. Me explico que en aquellos momentos estaban ocupados en la formación de un nuevo tercio de requetés, integrado por voluntarios del sector de Toledo; se llamaría Tercio del Alcázar y sería mandado por un oficial que había tomado parte en la defensa del histórico recinto.

Con Melgar encontré a Harold Cardozo, viejo amigo de Collin Brooks y corresponsal del *Daily Mail* en la España nacionalista. Cardozo se distinguió como combatiente en la Primera Guerra Mundial, después de la cual paso a formar parte del cuerpo de redactores del *Continental Daily Mail*. Era magnífico corresponsal de guerra, siguiendo la tradición de Walter Harris, Bennett Burghleigh, Gwynne y otros ilustres nombres de las guerras de los Balcanes y Marruecos; y, asimismo, uno de los hombres de mejor corazón que jamás he conocido. Como buen católico, sentía romántica así como religiosa atracción por los requetés. Su costumbre de llevar la boina roja carlista en España provoco una interpelación en la Cámara de los Comunes. A pesar de todo ello, jamás dejó que sus simpatías afectaran la objetividad de sus artículos, o empañaran su excepcionalmente aguda perceptiva. Mis planes parecieron interesarle, y, tal vez, impresionarle también.

—Observará que la guerra se conduce, más o menos, según los principios regulares. Un ejemplar del Reglamento del Servicio en Campaña debiera serle de utilidad —me dijo—. ¿Por qué no cena con nosotros esta noche? —añadió, al disponerme a marchar—. Hotel Inglés, a las nueve y media. Encontrara a bastantes de nosotros allí.

Ávila estaba a unas veinte millas de la línea del frente. Aunque la ciudad no había sufrido daño alguno, encontré que el ambiente era si no exactamente de guerra, por lo menos más grave que el de Burgos. Habíase impuesto el oscurecimiento nocturno; algunas incursiones de la aviación enemiga, dirigidas contra el aeródromo, no habían producido bajas en la ciudad. Los hoteles estaban llenos, pero pude encontrar una habitación en una casa de la plaza de la catedral, que compartí con otro inglés, James Walford, joven reposado y sardónico, de profesión artista. Por su madre, española, estaba emparentado con *sir* Basil Zaharoff. Conocía bien el país, y el idioma, y se dirigía al frente con la idea de compilar un libro de bocetos de guerra.

A las nueve y media fui a reunirme con Cardozo en el Hotel Inglés. Estaba lleno de corresponsales de guerra británicos, americanos y franceses, que intentaban narrar la batalla de Madrid desde aquel lejano lugar, con, según me dijeron, muy pocas facilidades por parte de las autoridades nacionalistas. Los periodistas británicos y americanos formaban un grupo alegre y hospitalario. Uno de mis más felices recuerdos está constituido por la incesante ayuda y apoyo que recibí de cada uno de ellos durante mi servicio en España. Su tarea no era fácil, debido a la actitud de los militares, que parecían creer que todos los corresponsales extranjeros eran espías, a quienes debía mantenerse lo más lejos posible del teatro de operaciones, y cuya estancia en el país era tan sólo tolerada, por lo que habían de contentarse con las noticias que el Ejército diera en los comunicados oficiales. Esta actitud contrastaba fuertemente con la de los republicanos, cuyos servicios de prensa y propaganda eran tan superiores a los nacionalistas, como inferiores eran sus servicios combatientes, esforzándose en dar a periodistas y escritores cuantas facilidades requirieran. Aunque ambos bandos imponían rígida censura a todos los despachos que salían del país, los nacionalistas no hacían virtualmente concesión alguna a la prensa, mientras que los republicanos gastaban sumas enormes en propaganda en el extranjero. Estos factores justifican, en gran parte, la mala prensa que tuvieron los nacionalistas —de la cual se quejaban incesantemente— en Inglaterra y los Estados Unidos.

La cena fue excelente, abundante el vino y animada la conversación en todas partes, excepto en la cabecera de la mesa, ocupada por un oficial español del servicio de prensa. Aquel oficial de caballería, de mediana edad y facciones agradables, permaneció en sombrío silencio.

—Parece tener alguna pena oculta —dije al americano que estaba sentado a mi derecha.

—En cierta forma, sí —contestó mi vecino, riendo—. Vivía en Biarritz, donde tenía una amiga muy hermosa, cuyo nombre he olvidado. Creo que ella acostumbraba ponerle los cuernos con bastante frecuencia. Sea como fuere, hace unos tres meses, poco después de estallar esta guerra, ella le mandó a paseo definitivamente y el vino a España para olvidar. —Después de una pausa prosiguió—: Lo que me sorprendió fue la descripción que nuestro amigo hizo de la escena de despedida. Cuando le preguntó: «¿No significan nada para ti las noches de amor que hemos pasado juntos?», cuanto dijo fue: «¡No seas ridículo! Dormir contigo era como hacerlo con mi propio hermano».

Ávila es una de las ciudades españolas situadas a mayor altura, y más frías. Lo recordé cuando regresé a mi alojamiento y me desnudé en la habitación de piso sin alfombrar. Pensé que la guerra, con aquella temperatura, no sería ninguna jira campestre.

Al día siguiente desayuné en el hotel. A una mesa vecina estaban sentados una docena de pilotos alemanes, vistiendo el uniforme caqui de la Legión Cóndor. Operaban desde el aeródromo situado al sur de la ciudad, pilotando cazas biplanos «Henschel», de tipo anticuado. Parecían muy hoscos aquella mañana, y sólo hablaban en monosílabos. Después supe que habían perdido a su jefe sobre Madrid, el día anterior. Estaban más alegres por la noche, cuando volví a verlos, y llenaban el hotel con sus ruidosos cantos.

En la Oficina de Prensa, Melgar nos dijo a Walford y a mí que un coche nos llevaría a Toledo, al día siguiente, a las nueve de la mañana. La carretera directa, por San Martín de Valdeiglesias y Maqueda, estaba bloqueada por los republicanos, por lo que deberíamos ir por la ruta de la Sierra de Gredos a Talavera.

Situada en una colina en el centro de una ancha llanura, rodeada de almenadas murallas y relacionada para siempre con el nombre de Santa Teresa, Ávila es renombrada como tierra de cantos y santos. Dimos un paseo por las famosa murallas, que fueron construidas hacia fines del siglo XI, habiendo sido conservadas en perfecto estado, constituyendo, según creo, el más perfecto ejemplo de fortificaciones medievales que existe. Desde las almenas miramos al sur, más allá del aeródromo, hacia el horizonte donde los picos de la Sierra de Gredos, ligeramente cubiertos de nieve ya, brillaban a la diáfana luz solar.

—He estado pensando que podría alistarme en los requetés con usted —dijo Walford—. Después de todo, esta guerra me afecta personalmente; tres familiares míos han sido asesinados en Madrid.

La Sierra de Gredos, alargamiento sudoccidental de la Sierra del Guadarrama, forma una barrera, que se eleva a ocho mil pies, entre las llanuras de Castilla la Vieja y el valle del Tajo. En invierno, la cara septentrional es áspera roca y nieve, pero la vertiente meridional está espesamente cubierta de pinos y abetos. Los más hermosos el sol alumbra sus brillantes verdes, hace fulgir los incontables torrentes, acaricia la piedra y se refleja en la cegadora nieve. La carretera que cruza estas montañas, de tierra y grava, con sus súbitas pendientes y declives, sus cerradas curvas flanqueadas

por profundos precipicios, pudiera haber sido trazada por un entusiasta de las carreras automovilísticas, como pista de prueba para un *rally* de montaña. Existe el adicional peligro de que, tras cada curva, pueden encontrarse reatas de mulas, una pesada carreta cargada de madera, o un gran camión, ya sea en el centro de la carretera o en el lado indebido. Tuve un amigo español que me dijo que invariablemente recorría aquella carretera tomando las curvas por la izquierda, lo cual, afirmaba, era la única forma de evitar colisiones.

—Siempre que el otro conductor sea también español —añadió—, pues si se tratara de un extranjero, se produciría el choque.

Nuestro conductor, aquella brillante mañana del 18 de noviembre, tenía claramente la misma idea. Era un joven de aspecto grave, y rostro melancólico, con gafas con montura de concha, que daba la impresión de estar abrumado por una intolerable carga de secretos oficiales, que había llegado al hotel con dos horas de retraso, para recogernos a Walford y a mí y a una bonita y joven «Margarita», que se dirigía a Talavera. Condujo como una exhalación hasta el pie del paso. Era el famoso Puerto del Pico, que fue conquistado para los nacionalistas durante la primera semana de septiembre por el coronel Monasterio, que salió de Ávila con dos regimientos de caballería. Fue una de las más brillantes acciones llevadas a cabo por tropas montadas durante la Guerra Civil, y hazaña notable en aquella región escarpada y quebrada. Subimos lentamente, con frecuentes paradas cada vez que el radiador hervía, pero una vez cruzado el puerto aumentamos la velocidad y rodamos hacia abajo, tomando cerradamente las curvas, rechinando los neumáticos, balanceándonos al borde de los precipicios, virando secamente para evitar choques con carros o camiones y frenando bruscamente cuando parecía que el coche no podía ser gobernado. Después de unos cuarenta minutos de viajar de esta forma, observé que la joven «Margarita» sentada a mi lado estaba mareada. Nos paramos para que se repusiera, y después de otras detenciones, debidas a un pinchazo y una avería mecánica, llegamos a Talavera a tiempo para una comida tardía en el único hotel de la población.

Durante los siguientes meses estuve repetidas veces en esa pequeña ciudad, que ocupaba una posición de considerable importancia para los nacionalistas, como punto de unión de sus comunicaciones entre el frente de Madrid y el norte, oeste y sur de España. Situada en una curva del Tajo, estaba frente al territorio republicano al otro lado del río, en la margen izquierda. El enemigo lanzaba esporádicos ataques contra la ciudad, siempre

sin éxito.

Medida de la desorganización de los republicanos en ese sector es que nunca hicieron intento alguno para conquistar tan vital centro de comunicaciones. Mientras duró la guerra fue base del Tercio, pero, en cuanto puedo saber, su guarnición fue siempre pequeña.

Anochecía cuando abandonamos la población. Poco después alcanzamos una columna de caballería requeté, integrada por hombres de aspecto fiero; cetrinos, de negra barba. Parecían haber recorrido una gran distancia y sentábanse cansadamente en las sillas, protegiéndose con sus capotes del helado viento de la Sierra. La carretera era recta y plana, pero debíamos viajar despacio, pues el firme estaba lleno de hoyos abiertos por los obuses, rápidamente reparados. Los bastidores de camiones y coches incendiados al lado de la carretera recordaban los combates del mes de septiembre en aquel sector. Después de cruzar Santa Olalla, ante nosotros se irguió la oscura mole del castillo de Maqueda, en la colina desde la cual domina la bifurcación de las carreteras de Madrid y Toledo. Tomamos por la derecha, cruzamos la línea férrea de Madrid a Talavera, en Torrijos, y poco después llegamos ante las murallas de Toledo. Entramos por la Puerta de la Bisagra, ascendimos lentamente la estrecha y empinada calle y nos detuvimos en la Plaza del Zocodover, frente a las ruinas del Alcázar.

* * *

Me asombra que aún actualmente Toledo, una de las ciudades más fascinadoras de España, esté tan pobremente provista de hoteles. En noviembre de 1936, escasamente dos meses después de su ocupación por los nacionalistas, nos consideramos afortunados al poder encontrar una habitación en el único hotel abierto entonces, falto de toda comodidad.

El siguiente día amaneció desapacible. Salimos temprano hacia el cuartel general del Requeté, cruzando estrechas calles empedradas. Al igual que Burgos, la ciudad estaba llena de tropas: Ejército regular y Legión Extranjera, moros cubiertos con fez, y capote azul sobre la guerrera caqui, requetés y falangistas. Sin embargo, la diferencia estribaba en que aquí los hombres acusaban en el rostro la fatiga del combate, en sus uniformes sucios y rotos. El frente de Madrid distaba escasamente una hora en camión y la mayor parte de las tropas se encontraban en Toledo disfrutando de un permiso de veinticuatro horas. El cuartel general estaba en un edificio de dos pisos, ante cuya puerta montaban guardia dos empapados centinelas, con boinas rojas y

capotes. Entramos y subimos las escaleras hasta una gran habitación atestada de gente. El ambiente era voluble, confuso; grupos de hombres discutían, los escribientes estaban sentados tras improvisados escritorios copiando órdenes, extendiendo pases o preparando estadillos; los ordenanzas iban rápidamente de un lugar a otro. Nadie se fijó en nosotros. Nos acercamos a un hombre joven, con la flor de lis de plata del oficial requeté, que estaba sentado tras una larga mesa. Cuando Walford le explicó que queríamos alistarnos y teníamos cartas para Zamanillo y Fal Conde, señaló hacia atrás con el pulgar.

—Están allí —dijo—, y muy ocupados. Vuelvan a las seis.

Y siguió su trabajo.

En aquel momento, una mujer menuda y de cabello negro, con uniforme de enfermera, salía de una de las antesalas.

—¡Blanquita! —gritó Walford, animado.

Me presentó a su prima, la marquesa de San Miguel, que trabajaba para la Cruz Roja en Toledo.

Era amiga de Fal Conde y nos condujo a su presencia enseguida. De no haber contado con su influencia, dudo que hubiéramos podido entrar en aquel despacho, cruzando entre los muchos centinelas, oficiales, ordenanzas y otras personas que allí había. Le encontramos hablando con Zamanillo en una pequeña habitación de la parte posterior de la casa, pero dejaron su conversación cuando vieron a doña Blanca.

Al parecer, Fal Conde se encargaba de las cuestiones políticas, y Zamanillo de la organización militar. Por tanto, nuestro asunto debía ser tratado con el último. Me preguntó acerca de mi preparación militar y pareció satisfecho con mis certificados del *Officer Training Corps*[12], que habían de asegurarme, en caso de guerra, un despacho de oficial en la infantería, caballería o artillería del Ejército británico.

—Pero —añadió— no sé si podemos aceptarle como oficial, puesto que no habla español.

Le afirme que no me importaría alistarme como hombre de tropa. Entonces recordé la columna de caballería que adelantamos al salir de Talavera. En una guerra de movimientos, como lo era aquella hasta ahora, probablemente la caballería representaría importante y excitante papel. Entonces supe que los requetés estaban organizando dos escuadrones en Sevilla, mandados por un coronel ruso blanco llamado Alkon; los jinetes que

vimos el día anterior eran el primero de esos escuadrones, mandado por el requeté capitán Barrón, que se encontraba en Toledo en aquellos momentos.

Eventualmente se decidió que nos alistáramos inmediatamente en los requetés, después de lo cual decidiríamos si pasábamos a la caballería o la infantería. La primera me pareció ofrecer mayores oportunidades, pero tal vez transcurriera algún tiempo antes de entrar en acción, mientras que el batallón de infantería, el Tercio del Alcázar, estaba ya en la línea de fuego, en el sector de la Casa de Campo, combatiendo duramente.

Después fuimos con doña Blanca a comer a un pequeño restaurante junto a las murallas de la parte norte de la ciudad, la Venta de los Aires, donde comimos la especialidad local, perdices guisadas con aceite de oliva y hierbas aromatizas. Nos sirvieron el hijo y la hija de la casa, mientras la propietaria permanecía en segundo término, llorando continuamente.

—Se sienta ahí a llorar todo el día —explicó doña Blanca—. Antes de abandonar Toledo, los rojos fusilaron a su marido. Pobre hombre; nunca les había hecho ningún daño.

Al día siguiente nos presentamos a don Aurelio González de Gregorio, oficial requeté encargado del reclutamiento en Toledo. Nos recibió con entusiasmo, nos dijo que éramos «muy bravos» y que estaba orgulloso de tenernos, invitándonos después a beber una botella de vino de Málaga. Fuimos enrolados en los requetés sin pasar por la formalidad de firmar ni un sólo documento. Por alguna razón que jamás he comprendido, no se nos dieron tarjetas de identidad, ni se nos ocurrió pedirlas, en aquellos inocentes días anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Este olvido me causó muchas dificultades y molestias, más adelante, cuando deseaba trasladarme de un sitio a otro. No recibimos paga alguna y teníamos que comprar nuestros propios uniformes, pues no quedaban en los almacenes de la intendencia[13]. Me compré una boina roja, camisas caqui de bastante mala calidad y una cazadora afelpada; hice que me bordaran el emblema carlista: la cruz de Borgoña, cruz roja de San Andrés con el águila bicéfala de los Habsburgo, bajo la Corona real de España.

Por la noche vimos al capitán de caballería Barrón, hombre muy parco en palabras, cuya edad no pude calcular porque la mayor parte de su cara estaba escondida bajo una enorme barba negra puntiaguda, al estilo de los héroes de las guerras carlistas; aquellas barbas estaban muy de moda entre los requetés, tanto en el frente como en la retaguardia, pues les daban a la vez expresión de

dignidad y gran ferocidad. Barón nos dijo que su escuadrón se encontraba en Santa Olalla, cerca de Toledo. Sugirió que lo visitáramos un par de días después; entretanto, escribiría al oficial más antiguo, anunciándole nuestra visita.

La mañana siguiente fuimos a la Plaza del Zocodover para contemplar las ruinas del Alcázar. No había sino un enorme montón de ruinas; los sótanos, e incluso los cimientos, quedaban al desnudo, con retorcidas viguetas de hierro sobresaliendo de la rota obra de albañilería; en el centro veíase un gran hoyo, donde los republicanos habían hecho estallar una mina. Las casas alrededor de la plaza estaban punteadas de impactos de bala, y sus ventanas aparecían rotas.

—Lo dejaremos tal como está —nos dijo un joven carlista gallego—, como monumento a la civilización marxista.

No se ha hecho intento de reconstruir el Alcázar. Cuando volví a visitarlo durante la primavera de 1951, estaba exactamente igual.

En la vecindad de la Casa de El Greco se nos previno que nos moviéramos con cuidado, pues las calles de los alrededores estaban batidas por tiradores de las posiciones republicanas al otro lado del río y habíanse producido algunas bajas. La casa estaba supuestamente cerrada, pero encontramos al guardián y le convencimos para que nos la enseñara. En el interior vi uno de los más extraños espectáculos que he contemplado en mi vida: en cada habitación, apiladas contra la pared como si de leña se tratara, estaban las incomparables pinturas de El Greco. Los republicanos las habían amontonado de aquella manera, para mandarlas a Madrid con el fin de venderlas en el extranjero, pero debieron abandonarlas al huir de Toledo.

En la ciudad encontrábanse algunos periodistas ingleses: George Steer de *The Times*; Cristopher Holme, de la Agencia *Reuter*, Pembroke Stephen, del *Daily Telegraph*, y un americano llamado Massock. Estaban muy disgustados porque, habiendo ido a Toledo con el firme propósito de visitar el frente de Madrid, no habían recibido aún permiso para ello, ni sus repetidas protestas parecían producir efecto alguno.

El capitán Barrón nos entregó nuestros pases y, alrededor de las cuatro de una hermosa tarde, nos dirigimos a la Puerta de la Bisagra, para detener el primer camión que saliera en dirección a Santa Olalla. Pronto encontramos uno y nos acomodamos en la parte posterior, sobre un montón de verdura, junto a dos furiosas gallinas y su propietaria. Llegamos a Santa Olalla al

atardecer; el mando del escuadrón estaba situado en una pequeña casa de la calle principal. Allí nos recibió un despierto escribiente de unos dieciséis años, a quien entregamos nuestros papeles. Unos momentos después fuimos conducidos a presencia del oficial.

El teniente Carlos Llancia, en funciones de capitán, marqués de Cocuhuella, era uno de los hombres más altos y de más robusta constitución que jamás he visto parecía moverse con nerviosa energía. Un delgado bigote y los ojos oscuros y fríos daban implacable expresión a su agradable cara; pero su verdadera naturaleza era una extraña mezcla de bondad y crueldad. A pesar de sorprenderse al vernos, lo cual era comprensible pues la carta de Barrón no había llegado aún, nos recibió muy amablemente cuando Walford le explicó por qué nos encontrábamos allí. Sugirió que pasáramos la noche con el escuadrón, si no nos importaba dormir con la tropa. Había otros dos oficiales con él: un teniente alto y delgado, de fino bigote, llamado Medina, y un alférez apellidado Elena, hombre pequeño, de voz chillona, sonrisa infantil y los rápidos y nerviosos movimientos de un pájaro. Estos dos eran sevillanos; Llancia, que hablaba algo de inglés, era catalán, y los tres, oficiales de complemento. Al parecer, los hombres de la tropa procedían de Andalucía y en su mayor parte excedían de los treinta años de edad, siendo todos ellos voluntarios. Según decía Llancia, esto último hacía algo difícil imponer la disciplina, lo cual no dejó de ser una irónica manifestación, en vista de cuanto presencie más tarde. Añadió que eran sencillos campesinos, generalmente obedientes y alegres, pero fácilmente deprimibles, ineficientes y dados a la pereza; es decir, muy poco distintos de los niños.

El pequeño escribiente, Domínguez, recibió órdenes de conducirnos al acuartelamiento. Con aire autoritario nos indicó que le siguiéramos, y nos condujo por la calle principal. Durante el camino explicónos que había estudiado inglés; temo que sin mucho éxito, pues pronunciaba cada palabra exactamente igual que se pronunciaría en español, por lo que nuestra conversación jamás pudo exceder de una o dos frases. El acuartelamiento era una casa de piedra, de dos pisos, en el extremo oriental del pueblo, frente a la cual se alineaban los hombres para la cena, consistente en un cocido de alubias y un vaso de vino tinto. El dormitorio resulto ser un granero.

—Les conseguiré un poco de paja y un par de mantas para cada uno de ustedes —dijo Domínguez, riendo—; así estarán muy cómodos.

Después de cenar con los oficiales regresamos al granero, donde encontramos nuestras yacijas preparadas. Había alrededor de doce soldados

allí, que nos recibieron sonrientes y hablándonos amistosamente, sin que me fuera dable comprender ninguna de sus palabras. Habían encendido una fogata afuera, en torno a la cual nos sentamos, mientras los hombres entonaban canciones de su Andalucía, pasando jarras de vino de uno a otro. Mientras bebía y escuchaba la extrañamente excitante música, contemplando cómo las llamas de la hoguera creaban movientes sombras sobre los barbudos rostros, sentí una nueva emoción. El escuadrón entraría en fuego en cualquier momento, habíame dicho Llancia. Entonces decidí unirme a ellos, compartiendo alegremente con aquellos hombres los peligros y las incomodidades.

Nos acostamos temprano, pero me costó dormir, debido, en parte, a los pensamientos que me cruzaban la mente, y a extrañar mi nueva cama.

* * *

Al regresar a Toledo, Walford me dijo que había decidido alistarse en la infantería. Aquella misma noche salió para la Casa de Campo, llevando su libreta de apuntes con él. Jamás he vuelto a verle, pero se que se portó con valentía en la feroz batalla que se libró en aquel sector cuando el Tercio del Alcázar fue cercado y repelió repetidos ataques de la infantería republicana y tanques rusos. Le debo mucho, pues no sé cómo hubiera podido desenvolverme durante mis primeros días en España sin él y sus conocimientos del idioma.

Después de despedirme de él, me presenté al capitán Barrón, que me dio un pase para trasladarme a Santa Olalla por la mañana. Con él estaba un hombre bajo y robusto, de complexión pastosa, boca de rana, que hablaba con profunda voz gutural. Llevaba una boina con el distintivo de teniente coronel requeté: dos flores de lis en oro. Era el ruso blanco Alkon. Cuando Barrón le explicó que me unía al escuadrón, me preguntó mi nacionalidad, meneando tristemente la cabeza al decirle que era inglés. Más tarde supe que, al igual que muchos de sus paisanos, sentía muy poco cariño por los ingleses. Conocí a otro como él, casi dos años después, en San Sebastián, que me dijo que le disgustaban tanto los ingleses, debido a la forma en que abandonaron al zar, que había dejado de beber *whisky*.

* * *

Santa Olalla había visto fuertes combates durante la marcha sobre Toledo.

Sólo quedaban en pie una docena de casas y dos o tres tabernas; en una de las primeras se estableció el mando del escuadrón y el comedor de oficiales. Cuando me presenté, encontré a Llancia hablando con un hombre bajo y gordo, de unos cuarenta años, de tez cetrina y expresión triste. Era el médico del escuadrón. Tras haber sido prisionero de los milicianos republicanos de Ronda, hasta la liberación de la ciudad por los nacionalistas, casi no podía creer que estuviera vivo aún. Hablaba muy poco, y jamás de sus experiencias como prisionero.

Llancia me explicó que el escuadrón no tenía todos los efectivos cubiertos, y que en aquellos momentos contaba tan sólo con tres secciones: en total, un centenar de sables. Diariamente se esperaban refuerzos de hombres, caballos y equipos. Los deberes operativos del batallón eran, en primer lugar, la protección de un sector de la carretera de Talavera a Toledo; después y siguiendo a esto, el reconocimiento del terreno entre Santa Olalla y el Tajo, al otro lado del cual se encontraba el territorio enemigo. La carretera era vital para las comunicaciones nacionalistas entre la retaguardia y el frente de Madrid. Había fuerzas republicanas en las montañas al norte, así como al otro lado del Tajo, hacia el sur. Un ataque combinado partiendo de ambas direcciones, con el fin de cortar la carretera durante aquel importante periodo de la batalla de Madrid, podría ser desastroso para los nacionalistas. La carretera estaba muy débilmente sostenida: una pequeña guarnición en Talavera, nosotros y una compañía de la milicia de Falange en Santa Olalla, y una compañía del Ejército en Torrijos, a unas dieciséis millas al este. El escuadrón debía establecer puestos avanzados de vigilancia durante la noche, y, durante el día, organizar patrullas entre esos puestos para enfrentarse con las filtraciones enemigas y dar aviso de los movimientos del adversario. También debía actuar como reserva móvil en caso de ataque.

—Es mucho trabajo para tan pocos hombres —quejóse Llancia—, especialmente teniendo en cuenta que no están debidamente adiestrados. Pero ¿qué podemos hacer? Todas las tropas se necesitan para Madrid, y nosotros tenemos que sostener este largo frente de la mejor manera posible.

Al igual que todos nosotros en aquel tiempo, estaba convencido de que se desencadenaría un gran ataque sobre Madrid, durante el cual, habíasele asegurado, nuestro escuadrón tomaría parte en la batalla como parte de una columna móvil.

Me dieron un caballo, hermoso corcel negro, de bonita boca, así como una carabina máuser y un sable, con vaina de metal, cuyo brillo llamaría la

atención desde alguna distancia. No había funda para la carabina en la silla, por lo que tenía que llevarla en bandolera, causándome gran incomodidad al cabalgar. La única arma automática que poseía el escuadrón era una vieja ametralladora ligera «Hotchkiss». Creo, aunque no estoy seguro de ello, que sólo había dos hombres entre nosotros que supieran manejarla.

Llancia me presto un manual español de instrucción, indicándome los movimientos, a pie o a caballo, que deberíamos realizar.

Durante aquel tiempo estudie ahincadamente español, leyendo periódicos y conversando lo mejor que podía, pero encontré que todo aquello de poco me servía cuando trataba de comprender lo que mis compañeros hablaban en su cerrado acento. Esto importaba muy poco durante la instrucción o en patrulla, pues pronto aprendí a seguir a los demás, pero dificultaba mi entrada en la vida del escuadrón. O lo hubiera hecho, de no haber estado todos aquellos hombres tan bien dispuestos para conmigo, y decididos a que me sintiera a mis anchas entre ellos.

Durante la primera semana no salí de patrulla, pero tomé parte en todas las demás actividades. A las seis de la mañana sonaba la alegre diana española. Formábamos frente al acuartelamiento para el desayuno, consistente en un chusco y una taza de café negro y dulce. El rancho, generalmente cocido de alguna clase, era a las doce y medía, siguiendo después un descanso hasta las dos y medía. La tarde se ocupaba en forma muy parecida a la mañana, abrevando y dando el pienso a los caballos a las cuatro y medía. Luego había una conferencia, seguida de oraciones, y, a las seis y medía, la cena. A las diez de la noche se tocaba silencio.

Los domingos no había instrucción, y formábamos sólo al mediodía, para la misa, que celebraba el capellán de la compañía de la Falange, pues en nuestro escuadrón no teníamos. A pesar de ser protestante, naturalmente yo asistía a ella. Al principio me extrañaba que no hubiera sacerdote en el pueblo, pero pronto averigüé la razón.

Era costumbre que una sección estuviera de patrulla, mientras las otras dos hacían ejercicios de instrucción. Yo estaba en la sección de Llancia; cuando el teniente estaba ocupado con deberes administrativos, nos mandaba el excelente sargento San Merano, de complemento, pelinegro y de barba completamente afeitada, que cuidaba mucho a sus hombres.

Me tocaba guardia de noche unas dos veces por semana. Esto significaba estar de centinela delante del acuartelamiento durante dos horas, entre los

toques de silencio y diana. No hubiera sido tarea pesada, excepto por el intenso frío y el hecho de que el centinela había de permanecer inmóvil mientras estuviera de puesto.

En la instrucción no me desenvolvía muy bien, por supuesto, pero no lo hacía peor que los demás, que eran la desesperación de nuestros oficiales, por su incapacidad para aprender los más sencillos movimientos, aunque eran muy buenos jinetes. Oficiales y sargentos llevaban fustas, que dejaban caer sobre los hombros del soldado que incurría en falta, misericordiosamente excluyéndome a mi. Este castigo era generalmente bien aceptado por la víctima, siendo acompañado de las carcajadas de sus compañeros.

Pero la disciplina tenía un aspecto más serio, que me recordó lo lejos que me encontraba del *Officers Training Corps*. El día después de mi llegada dos soldados se presentaron completamente ebrios; al parecer, eran reincidentes. La siguiente noche Llancia mandó formar a todo el escuadrón, e hizo salir de las filas a los dos hombres, gritándoles:

—¡Ya ha habido bastantes borracheras en este escuadrón! No estoy dispuesto a que haya más, como veréis.

Acto seguido dio un puñetazo en la cara de uno de los dos soldados, haciéndole saltar algunos dientes y mandándole, tambaleándose, hasta atravesar dos hileras de hombres, cayendo al suelo después. Volviéndose hacia el otro, le cruzó la cara con la fusta hasta que cayó casi sin sentido. Luego volvió a la primera víctima, levantóla del suelo y le dio un fustazo en la cara, dejándole inerte junto a su compañero. Luego se volvió hacia nosotros.

—Ya lo habéis visto —dijo—. No tolerare ni un solo borracho en este escuadrón.

Los dos hombres formaron con los demás al día siguiente, pero no volví a verles borrachos.

La compañía de la Falange acuartelada en el pueblo estaba integrada por canarios. Eran hombres alegres y despreocupados, que pasaban la mayor parte de su tiempo en las tabernas, cantando y tocando la armónica, lo que hacían notablemente bien. Parecían considerar la guerra como una broma y todo lo militar como increíblemente ridículo. Nos hicimos amigos de ellos y tomábamos parte en sus reuniones, por la noche, cantando animadamente juntos. Aunque les horrorizaba que nos hicieran trabajar tanto, no existía entre nosotros la animosidad que tan frecuentemente atirantaba las relaciones entre

el requeté y la Falange.

Estábamos en excelentes relaciones con la gente del pueblo. A menudo nos invitaban a sus casas —las pocas que quedaban— a comer o tomar un vaso de vino. Por ellos supe lo sucedido al sacerdote del pueblo. En agosto, procedentes de Madrid llegaron unos milicianos a Santa Olalla; eran extraños al pueblo. Después de asesinar a varios de los más prominentes personajes de la población, crucificaron al cura, delante de los demás. Los aldeanos, que le apreciaban, le hubieran salvado de haber podido, pero eran impotentes ante aquella chusma armada.

—En Alcabón, a cinco kilómetros de aquí —me dijeron—, los milicianos quemaron vivo al sacerdote.

Por lo que he podido averiguar, parece que gran número de semejantes atrocidades, si no todas ellas, fueron cometidas por bandas armadas procedentes de las grandes ciudades, y no por los campesinos locales.

A fines de noviembre se me permitió ir de patrulla con mi escuadrón. Era la parte más satisfactoria de nuestro trabajo. Cabalgábamos al seco y frío aire de una amanecida de diciembre, cuando la primera luz del sol alumbraba los picos nevados de la Sierra de Gredos. Generalmente patrullábamos hacia el sur, por campos y olivares, hacia el Tajo. A medida que crecía la mañana, el ondulante paisaje, con sus olivos de plateadas hojas y colinas bañadas por el sol, se abría ante nosotros, alejándose hasta el río y las montañas distantes. Allí estaba el territorio enemigo. El adversario ocasionalmente cruzaba el río y tendía alguna emboscada, por lo que debíamos movernos con cautela.

Algunas veces nos dividíamos en escuadras, al mando de un cabo, para llevar a cabo varias misiones de reconocimiento. Después de montar todo el día, con algún alto ocasional para dar descanso a los caballos o comer, nos reuníamos formando nuevamente la sección, al atardecer, y trotábamos hacia Santa Olalla, entre dos luces.

Alrededor de las tres de la madrugada de cierto día, a mediados de diciembre, fuimos despertados por gritos y el sonido de lejanos disparos. Se recibió el mensaje de que el enemigo atacaba Talavera. Nos dispusimos para la marcha. No llegaron órdenes hasta que, poco antes de amanecer, supimos que una fuerza republicana, de efectivos desconocidos, había cruzado el río, atacando un puesto de guardia entre Santa Olalla y Talavera; al mismo tiempo, la artillería bombardeaba la ciudad. Después de breve lucha, el enemigo se retiró, creyéndose que lo hacía cruzando nuevamente el río.

Debíamos interceptarlo, a ser posible.

Partimos hacia las siete; un escuadrón tomó la dirección noroeste, para el caso de que el enemigo se dirigiera hacia las montañas, y las otras dos, entre las que se encontraba la mía, hacia el Tajo. Nos dividimos en grupos de tres, para reconocer el terreno, tomando cuidado de no perder contacto con Llancia y el mando del escuadrón. Después de cabalgar durante dos horas sin observar nada, el sargento San Merano ordenó detenernos, mientras mandaba exploradores. Nos encontrábamos en un campo de sandías, con las que desayunamos.

De pronto recibimos órdenes de montar. Nos acercamos para unirnos a la sección a cubierto de unos olivos, en una pequeña colina, observando entonces que mis camaradas señalaban y hablaban excitadamente; siguiendo su mirada, vi, algo lejos, a la derecha, una masa de puntos negros que se movía en una ancha hondonada. ¿Qué podía ser aquello, sino el enemigo? Desenvainamos los sables, formamos en línea, bajamos galopando la colina y ascendimos la pendiente que enfrente teníamos, de la misma forma. Al llegar a la cima, el sargento dio orden de cargar. Espoleando los caballos, corrimos, dando alegres gritos, inclinados sobre el cuello de los caballos, con los sables apuntando hacia adelante. En aquel momento de loca excitación imaginé ser uno de los tártaros de Subotai o un *bahadur* de Tamerlán. ¿Quien, preguntábame yo, alegremente, dijo que los días de la caballería habían pasado? Preocupado con estos pensamientos y por no separarme de mis camaradas, en ningún momento pensé en mirar al frente, a nuestro objetivo; al parecer, igual cosa les sucedió a los demás, pues, sin darnos cuenta, nos encontramos en el centro de un asustado rebaño de cabras, al cuidado de tres aterrorizados pastores. Así terminó mi primera y última carga de caballería.

Cierto día estaba ante un portal en compañía de Llancia y Medina, cuando oímos el ruido de un avión que se acercaba. Al volver los ojos al cielo, vimos, al extremo de la calle, un biplano que volaba en círculos, a unos cincuenta pies de altura. Tuvimos tiempo de observar el distintivo rojo en el fuselaje, antes de que picara hacia nosotros. Cuando saltamos, buscando el cobijo del portal, las balas repiquetearon en la calle y las paredes de las casas cercanas. El avión volvió a sus círculos, disparó más ráfagas contra los acuartelamientos, y entonces se alejó en dirección al río. No hubo bajas.

—Habrá que vigilar esos pájaros cuando salgamos de patrulla —observó Llancia.

Por aquellos tiempos nos llegó un nuevo alférez, el polaco conde Orlowski. Era bajo, de cabello negro y agradables facciones. Con alegría observé que hablaba perfecto inglés y español, pronunciando ambos idiomas con claridad y precisión. Tras haber servido en la caballería polaca, no sólo era magnífico jinete, sino que asimismo poseía bastantes conocimientos de la táctica de la caballería; se sintió horrorizado por nuestra incompetencia e ignorancia. Yo era entonces sargento, debiéndose mi ascenso más a la bondad de Llancia que a mis, méritos, aunque tal vez se sintiera impresionado por mis certificados del O. T. C. El coronel Alkon confirmó mi nombramiento en la única ocasión en que nos visitó.

A pesar de lo que me gustaba la vida en el escuadrón y del aprecio que sentía por oficiales y soldados, me impacientaba la demora en entrar en fuego y nuestra falta de preparación para operar. Ninguno de los esperados refuerzos había llegado: ni un hombre, ni un caballo, ni un cartucho. Estaba claro que deberían transcurrir varios meses antes de que pudiéramos esperar operar eficazmente. Mi impaciencia era compartida por todos en el escuadrón. El capitán Barrón, que debió mandarnos, no aparecía.

De vez en cuando me concedían veinticuatro horas de permiso, que pasaba en Toledo, donde recogía mi correspondencia y mi dinero del banco. En una de esas visitas, poco antes de las navidades, cené con una delegación de seis parlamentarios conservadores británicos, que visitaban el frente de Madrid, un oficial español del Servicio de Prensa les servía de guía. Un hombre de los más notables que he conocido.

Don Gonzalo de Aguilera, conde de Alba de Yeltes, grande de España, era un viejo soldado de caballería de lo que creo se conoce como «vieja escuela». Es decir, era amigo personal del rey Alfonso XIII, gran jugador de polo y magnífico deportista; hablaba inglés, francés y alemán a la perfección (me dijo que su madre era escocesa). A pesar de que viajaba mucho, no descuidaba sus propiedades y pasaba gran parte de su tiempo cuidando de sus fincas cerca de Guadalajara. Poseía gran cultura, profundos conocimientos de literatura, historia y ciencia. Sus no menores conocimientos de vituperación durante la Guerra Civil le ganaron el apodo de «Capitán Veneno».

A pesar de ser amigo leal, audaz crítico y estimulante compañero, algunas veces me he preguntado si sus cualidades realmente le capacitaban para la tarea de interpretar la causa nacionalista a extranjeros de importancia.

Tenía algunas ideas originales sobre las causas fundamentales de la

Guerra Civil. La principal de ellas, si no recuerdo mal, era la introducción de las modernas medidas sanitarias; anteriormente a eso, la hez del pueblo había perecido gracias a varias útiles enfermedades; entonces sobrevivía y, naturalmente, se crecía. Otra curiosa teoría era que los nacionalistas debieran haber fusilado a todos los limpiabotas. (El limpiabotas es parte tan integrante de la escena española, como el vendedor de periódicos).

—Mi querido amigo —me explicó—, es algo perfectamente razonable. El individuo que se agacha a los pies de uno en un café o en la calle, seguramente es comunista; por tanto, ¿por qué no fusilarle y acabar con el de una vez? No hay necesidad de juicio; su culpabilidad es inherente a su profesión.

Para el ideal del requeté sentía divertido desprecio.

—Se llaman tradicionalistas —burlábase—. ¿Cuál es esa tradición de la que siempre hablan? La Ley Sálica, importada de Francia por los reyes borbónicos, que no tiene lugar alguno en la ley ni la costumbre españolas.

Para la Iglesia, en realidad para la fe cristiana, no parecía tener tiempo alguno; sin, embargo, no era nazi: Ciertamente odiaba todos los «ismos» y se burlaba de toda autoridad, excepto la de la nobleza hereditaria de España.

Simpatizaba con mi impaciencia por estar en servicio activo.

—Yo lo arreglaré —me dijo—. Mañana llevo a ésos —señaló a los parlamentarios— a visitar el frente. Allí hablaré con mi amigo, el coronel Rada. Es inspector general de los requetés y manda asimismo el sector central.

Volví a verle al día siguiente, por la noche.

—Ya esta arreglado —observó—. Será destinado al estado mayor de Rada. Su orden de traslado será mandada dentro de pocos días a su escuadrón. Ignoro lo que Rada hará con usted; tal vez le de una motocicleta y le convierta en enlace. De todas formas, siempre será más interesante que lo que está haciendo ahora.

En aquellos tiempos me sentí turbado al recibir una carta de mi madre, diciéndome que mi padre guardaba cama por enfermedad. Aunque no había indicación alguna de que se tratara de algo grave, estaba preocupado porque siempre habíase enorgullecido de su estado físico, y era muy poco propio de él guardar cama.

Pasé la navidad con el escuadrón. El día de San Esteban se recibió mi orden de traslado, remitida desde el cuartel general de Rada.

CAPÍTULO IV

Llegué a Toledo demasiado tarde por la noche para seguir viaje a Getafe, donde estaba el cuartel general de Rada. Después de reservar habitación en el hotel, fui a uno de los cafés de la Plaza del Zocodover, donde encontré a los periodistas Steer, Holme y Massock, con quienes pasé la velada. Tanto Steer como Holme tuvieron un altercado más adelante con las autoridades nacionalistas y fueron expulsados; regresaron a España, al territorio republicano, y narraron los combates del frente norte durante la ofensiva contra Bilbao en el verano de 1937. Ambos contribuyeron en importante grado a la formación de sentimientos adversos a los nacionalistas en Inglaterra, por el bombardeo de Guernica, del cual hablaré más adelante.

Nada sé de las razones que motivaron la expulsión de Holme, pero Steer, a quien había conocido anteriormente como hombre de iniciativa y valor, podía ser justamente descrito como rebelde por naturaleza. El incidente que precipitó su expulsión es digno de ser conocido, pues ilustra la furia de un inglés al enfrentarse con la fontanería española.

Parece que las autoridades nacionalistas eventualmente decidieron acceder a las suplicas de los periodistas para visitar el frente de Madrid, preparándose para ellos una jira especial, que partiría de Toledo. El grupo incluía periodistas ingleses, americanos, franceses, italianos, alemanes y algún sudamericano. Algunos oficiales del Estado Mayor del Ejército explicarían las situaciones que se presentaran. Un funcionario superior del Ministerio de Prensa y Propaganda dirigía el grupo. Se reunieron varios coches, para salir del hotel a las ocho y media de la mañana, pero Steer no aparecía. Después de esperar con impaciencia, disponíanse a marchar sin él, cuando apareció en la entrada del hotel, con expresión exasperada. En voz clara se dirigió a los reunidos:

—Tiras, tiras y tiras, y nada sucede. Tiras otra vez, y la m… se levanta

lentamente. ¡Eso es España, para ustedes! —rugió.

* * *

Llegué a Getafe durante un bombardeo de artillería; no era muy fuerte, pero algunas granadas caían alrededor del pueblo. El cielo plomizo estaba oscureciéndose; hacía mucho frío. Desmonte, cogí mi maleta y empecé a andar por la desierta calle principal. El viento del norte soplaba tristemente sobre los tejados de las casas, la mayor parte de las cuales estaban vacías; acá y acullá, la temblorosa luz de algunas velas se filtraba por las puertas entreabiertas. Una atmósfera de suciedad y tristeza más que de peligro, invadía el lugar. Encontré el cuartel general de Rada en una calle lateral, en una casa que pudo haber sido la quinta de un hombre rico. Un ordenanza me introdujo en la habitación donde se encontraban varios oficiales, algunos de ellos requetés, otros con el uniforme del Ejército. Fui saludado en inglés por un delgado y afeitado teniente requeté, que dijo llamarse Espa; era el médico.

—El coronel está ocupado en su despacho ahora; le veremos durante la cena.

Espa me llevó a su propia casa, al otro lado de la calle, donde nos sentamos virtualmente en la oscuridad, alumbrados por una sola vela, durante más de una hora, antes de ir a una pequeña taberna para tomar un vaso de aperitivo. Alguna granada ocasional seguía cayendo y estallando, pero el bombardeo no tardó en cesar.

—Todas las tardes sucede lo mismo —explicó—. Los rojos tienen un excelente puesto de observación en lo alto del edificio de la Telefónica, en Madrid. Estos cañones son rusos, del 12,40. Son buenos y los manejan bien. Por ahora el sector esta en calma, aunque, naturalmente, siempre sucede algo en Carabanchel Bajo. Nuestras posiciones allí están en casas contiguas a otras ocupadas por el enemigo.

El coronel Rada era un hombre alegre y bajo, que hablaba con fuerte acento andaluz. Esto hacía que fuera casi ininteligible para mí, pero afortunadamente allí estaba Espa para traducir. Después del saludo acostumbrado, Rada dijo:

—Temo que esto sea muy aburrido para usted aquí. Si quiere entrar en acción, puedo mandarle al comandante López Ibáñez, que ostenta el mando en Carabanchel Bajo. Preséntese a mí a las once de la mañana, si quiere ir allí.

Pero al día siguiente averigüé que el coronel había ido a conferenciar con el general Orgaz y no regresaría hasta por la tarde. Después de comer di un paseo en dirección a Madrid, por un sendero que discurría junto a unos campos. Una de nuestras baterías empezó a disparar a mis espaldas; no podía ver donde caían las granadas, pero oía su suspiro cuando pasaban sobre mí. La artillería enemiga contestó el fuego, silbando sus granadas antes de caer en Getafe o alrededor del pueblo. Otras baterías abrieron fuego asimismo; pronto el aire zumbaba con el rápido paso de los proyectiles. Sin hacer caso de aquella conmoción, un campesino continuó trabajando la tierra cerca del lugar en que yo me encontraba. Para él, cuanto importaba era su campo; si los demás eran lo bastante estúpidos para perder el tiempo guerreando, allá ellos.

Al presentarme al día siguiente, encontré al coronel con un teniente con uniforme del Ejército, que afortunadamente hablaba algo el inglés.

—El teniente Urmeneta —dijo Rada, presentándole— le llevará al comandante López Ibáñez, en Carabanchel Bajo. Buena suerte.

Le di las gracias.

—Vaya con Dios —añadió.

* * *

El camión se detuvo súbitamente, haciendo que mi cabeza golpeara contra el parabrisas. Urmeneta, sentado a mi lado en la cabina del conductor, sonrió, mostrando una hilera de desiguales dientes amarillentos. Saltamos a tierra y durante un momento estiramos los miembros bajo la llovizna. Cien yardas delante de nosotros la carretera acababa en una alta barricada de sacos terreros detrás de la cual se agazapaba un centinela. Era una escena deprimente: casas de ladrillo rojo sin pintar, desgarrado el pavimento de la calle por las granadas y lleno de cascote, no se oía otro ruido que el ocasional impacto de una bala contra una pared y el débil tableteo de las ametralladoras hacia el norte.

A la derecha de la barricada había un pequeño refugio construido con madera y sacos terreros; en su interior, el olor del aceite lubrificante se mezclaba con el de tabaco barato, y el que despedían los uniformes mojados y los hombres sin lavar. Tres soldados estaban echados alrededor de una ametralladora, cuyo cañón apuntaba por una tronera en un parapeto de vigas de madera y sacos terreros. Mirando por ella vi un retazo de tierra cubierta de hierba, de tres o cuatrocientos metros de anchura, y, más allá, otras casas y

otra barricada: todo cuanto era visible del enemigo.

—Parece muy tranquilo, ¿verdad? —dijo Urmeneta—. Pero no asome la cabeza, si no quiere que se la agujereen. A veces la gente se descuida…

Nos agachamos instintivamente al oírse un agudo zumbido, seguido inmediatamente por una explosión y el ruido de metralla al golpear.

—Una bomba de mortero —explicó—. Las recibimos continuamente. No se las oye hasta que es demasiado tarde. Vamos a comer algo.

Nos abrimos paso entre las ruinas de las casas y a lo largo de trincheras, hasta el refugio subterráneo donde se encontraba el puesto de mando de la sección de Urmeneta. Varias veces pasamos ante fortines provistos de ametralladoras pesadas o ligeras, con un centinela; otros hombres estaban esparcidos por allí, comiendo, fumando o durmiendo. Aquellos puestos estaban reforzados con sacos terreros y vigas de madera, y protegidos contra el fuego de los morteros en la parte superior con bastidores de camas de hierro y otros muebles. En las demás partes, las defensas consistían en trincheras de poca profundidad, en las que debíamos agazaparnos, o en barricadas, pero la mayor parte de las veces eran las paredes de las casas, cuyas ventanas estaban tapiadas o bloqueadas con sacos terreros y colchones, dejando sólo una tronera para disparar. Para las barricadas y parapetos se empleaban toda clase de artículos y materiales: sacos terreros, colchones, camas, muebles e incluso, en una parte, un viejo violín.

Mientras comíamos, Urmeneta me explicó nuestra situación. En aquellos tiempos el ataque sobre Madrid habíase convertido en sitio, que habría de durar más de dos años. Cuando los nacionalistas fueron rechazados a las puertas de la capital, por las Brigadas Internacionales, en noviembre, prepararon posiciones fortificadas en la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo y los suburbios de Carabanchel Bajo y Usera; durante los meses siguientes esos lugares fueron teatro de sangrientos combates, cuando uno u otro bando trataba de mejorar su posición o ganar algún terreno.

El octavo batallón del Regimiento de infantería de Argel, Número 27, que mandaba el comandante López Ibáñez, sostenía gran parte de Carabanchel Bajo. El sector de Urmeneta formaba una confusa serie de salientes y entrantes, que jamás logre comprender; en algunos lugares, nos encontrábamos hasta a seiscientos metros del enemigo, mientras que en otros la distancia que nos separaba de él era sólo de diez metros. Desde muchos puntos podíamos ver Madrid, sus cúpulas, espiras y casas brillando

húmedamente a través de la llovizna, con la alta torre de la Telefónica formando un claro y odioso hito.

Los hombres eran reclutas —*pipis*, como se les llama en la jerga del Ejército— de las comarcas occidentales de Extremadura, donde el batallón tenía su parque. Eran soldados admirables, animados y dispuestos, tranquilos ante el peligro, sin desmayar nunca bajo la incesante tensión del combate callejero. Eran afortunados en sus oficiales, especialmente en Urmeneta, a quien querían como a un padre; aunque tenía la misma edad que ellos —era sólo uno o dos años mayor que yo— poseía una gravedad y sentido de la responsabilidad impropios de sus años. Procedía de Pamplona, donde se alistó en los requetés al principio de la guerra. Había sido destacado a aquel batallón, después de haber completado un cursillo en una de las escuelas de infantería. En la vida civil estudiaba Leyes. Por la tarde fuimos a ver al comandante López Ibáñez. En un punto nuestro camino cruzaba un bosquecillo que Urmeneta me indicó era lugar peligroso, pues estaba expuesto al fuego enemigo. Agazapándose tras una pared, susurro:

—¡Ahora tenemos que correr! Agáchese y no se detenga hasta llegar a aquella pared, al otro lado.

No habíamos recorrido sino pocos metros entre los árboles, cuando a nuestro alrededor empezaron a silbar las balas, que cortaban ramas y se incrustaban en los troncos. Al saber que tendríamos que regresar por el mismo camino, no me sentí muy tranquilo cuando Urmeneta me dijo que el enemigo estaba empleando una nueva bala «dum-dum», fabricada en Méjico.

El comandante era un hombre bajo, robusto, de tez cetrina, que rebosaba confianza y buen humor.

—¿Adónde le gustaría ir? —preguntó—. Tenemos posiciones de todas clases. Puede escoger entre una muy tranquila, otra muy peligrosa, o —señalo a Urmeneta— permanecer con este oficial.

La cortesía me obligaba a seguir con Urmeneta, que era, en todo caso, lo que prefería.

Por la tarde de la víspera de Año Nuevo llegó un enlace que transmitió a Urmeneta la orden de presentarse en el puesto de mando de la compañía.

—Esta noche nos trasladamos a una posición muy mala, en el centro del enemigo —dijo después—. ¿Está seguro de que quiere venir?

—Naturalmente.

* * *

Era casi la medianoche, cuando, tras haber sido relevados, formamos en la calle y partimos silenciosamente a pie. Recuerdo muy bien aquel traslado: la silenciosa negrura de la amarga noche, las estrellas que fulgían fríamente en el firmamento, las órdenes susurradas pasadas a lo largo de la columna, el amortiguado entrechocar de las armas, el ruido al pisar alguien un pedazo de teja, las susurradas maldiciones y los rápidos y ocasionales haces de luz de la linterna eléctrica de Urmeneta. ¡En que forma tan distinta estarían mis amigos de Inglaterra esperando el Año Nuevo!

Ignoraba adónde íbamos, y en la oscuridad me era imposible conservar mi sentido de la dirección. Sólo me quedaba seguir al hombre que caminaba delante de mí. Había una débil luz gris en el cielo cuando Urmeneta ordenó detenernos y se adelantó para entrevistarse con el comandante de la compañía. Regresó media hora más tarde.

—Quédese aquí con el mando de la sección mientras llevo a los hombres a nuestras nuevas posiciones —me dijo.

Les oí perderse casi silenciosamente entre la penumbra.

Había amanecido ya cuando regresó.

—Vamos. No se separe de mí. Si ve que me agacho, hágalo también y corra como si le persiguiera el diablo cuando se lo diga. Algunos lugares son de cruce peligroso durante el día. Sobre todo, cuando lleguemos a la posición no hable sino en un susurro. El enemigo está muy cerca.

Me mantuve cerca de él, seguido por su ordenanza y los dos enlaces de la sección. Por dos veces dispararon contra nosotros —jamás supe desde qué dirección, pues no me detuve a mirar— pero alcanzamos la primera casa de nuestra nueva posición sin sufrir baja alguna. Era un edificio pequeño, de una sola planta, con un patio que daba a una calle. Nos detuvimos allí para descansar, mientras Urmeneta hablaba con el sargento que ostentaba el mando.

Entre ésta y la otra casa de nuestra posición corría una calle recta y ancha, ambos extremos de la cual estaban en manos del enemigo. Esta calle estaba cruzada por un túnel, construido sobre la superficie, consistente en una doble hilera de sacos terreros con troneras, y techado con vigas y sacos terreros. Estaba defendido por dos ametralladoras ligeras, apuntando cada una a un extremo de la calle; era lo bastante alto para recorrerlo a gatas, y lo

suficientemente ancho para pasar con dificultad junto a sus defensores.

Después de cruzarlo llegamos a la posición principal, sostenida por el restante pelotón. Era un edificio de dos plantas, construido alrededor de un patio, como el primero. Una galería, a la que se llegaba por una escalera abierta desde el patio, rodeaba el piso alto, cuyas ventanas estaban cerradas con barricadas, provistas de troneras. Urmeneta estableció su puesto de mando en dos habitaciones contiguas, que daban al patio; la segunda, en la que comíamos, era un cuarto desnudo, de unos cuatro metros en cuadro, alumbrado por una sola y oliente lámpara de carburo; su mobiliario consistía en una mesa plegable y unas pocas sillas, estando el resto del espacio ocupado por viejos colchones, en los cuales dormíamos seis de nosotros: Urmeneta, su sargento, los dos enlaces, su ordenanza y yo. Media sección de regulares ocupaba dos habitaciones de una casa en ruinas contigua a la nuestra; nada tenían que ver con la defensa de la posición, encontrándose allí para paqueo, reconocimientos y algunas ocasionales incursiones por sorpresa. Eran hombrecillos felices y rientes, algunos de tez más clara que la mía y uno de ellos pelirrojo. Pronto se convirtieron en amigos nuestros y nos traían vasos de té con menta.

Nuestra sola línea de comunicación con el mando de la compañía y la retaguardia era el túnel de sacos terreros. Por el habían de pasar todos nuestros abastecimientos, agua, comida y municiones, y también por él evacuábamos a nuestros heridos, lo cual sólo podía hacerse por la noche, significando a veces, que un herido moría antes de poder recibir los cuidados necesarios, pues no teníamos médico. El agua escaseaba tanto que no pensábamos en lavarnos, ni siquiera en limpiarnos los dientes. A los pocos días estábamos llenos de piojos. Nuestra comida, consistente principalmente en carne de caballo y bacalao seco, era preparada en el mando de la compañía.

El enemigo ocupaba casas que nos rodeaban por tres lados, a una distancia que oscilaba entre diez y treinta metros. Continuamente nos bombardeaban a morterazos y con bombas de mano, de día y de noche. No debíamos hablar sino en susurros, pues el enemigo sabría exactamente dónde nos encontrábamos y dejaría caer sobre nosotros una lluvia de bombas. Lo que era peor, parecía conocer el lugar en que se encontraba situada nuestra letrina: un pequeño cuarto destartalado en una esquina del patio. Sus atenciones hacían mucho para dar rapidez a los procesos de la naturaleza.

Creo que existe algo en el carácter español que el peligro y la

incomodidad estimulan, pues durante la siguiente quincena todo el mundo conservó asombroso buen humor. Aprendimos a sacar placer de las menores cosas; la llegada de una inesperada botella de coñac o una caja de cigarrillos nos hacía felices durante todo el día.

Sufríamos bajas a diario. Aunque las bombas de mortero y las granadas de mano no podían perforar los techos de las habitaciones, que estaban reforzados con vigas y sacos terreros, producían un efecto devastador en el patio. Con demasiada frecuencia una explosión afuera era seguida por el ruido de una persona al arrastrarse y gemidos; salíamos apresuradamente para recoger un cuerpo desgarrado y sangrante, que llevábamos corriendo al puesto de mando y acostábamos sobre un colchón, donde yacería en su dolor hasta la caída de la noche… si no moría antes. Incluso los muertos habían de ser evacuados por el túnel, pues no teníamos donde enterrarlos.

El paqueo nos producía graves bajas; creo que el enemigo tenía ametralladoras enfiladas a los lugares más vulnerables. Nuestros hombres eran asimismo magníficos tiradores, y en su excitación a veces se exponían al fuego enemigo, con resultados fatales. Al principio, Urmeneta no desaprobaba esta costumbre, creyendo que era buena para sostener la moral, hasta que cierta mañana trajeron al cabo más antiguo con un agujero rojo en la frente, y un pequeño chorretón blanco de cerebro saliéndole por la parte posterior de la cabeza. Había sido un agradable muchacho rubio, excelente soldado, eficiente y alegre, tranquilo ante el peligro, a quien todos querían. Parecía querer decir algo, aunque debía estar inconsciente; cuanto podíamos oír era un sordo gruñido. Urmeneta se inclino sobre él para recitar la oración de la absolución, llevando su propio crucifijo de oro a los labios del moribundo.

—Mateo tenía siempre demasiada confianza —dijo uno de los soldados, cuando Urmeneta se enderezó—. Nunca quería estar a cubierto.

Puede preguntarse por qué sosteníamos tan precaria posición, viendo que nos costaba más de lo que valía. No conozco los motivos, pero durante aquella guerra las posiciones más peligrosas e inútiles eran defendidas por ambos bandos con absurda terquedad y grandes sacrificios. Supongo que se trataba de razones de prestigio, que impedían a los contendientes la cesión voluntaria de terreno.

Los combates de noviembre y diciembre convencieron a ambos adversarios de la locura de atacar casas fortificadas durante el día; pero

estábamos sometidos a frecuentes ataques nocturnos. El primero se produjo la noche del 2 de enero. Hacia las ocho y media, Urmeneta y su sargento estaban sentados a la mesa, dándome una lección de español en susurros; todo estaba quieto afuera. De pronto oímos la ráfaga de una de nuestras ametralladoras, seguida de una serie de secas detonaciones sobre y alrededor de nosotros. Un instante después la casa temblaba con las explosiones de las bombas de mortero y granadas de mano, y la noche se convirtió en una estremecedora cacofonía de fuego de fusil y ametralladora. Cogí mi fusil y seguí a Urmeneta y al sargento. En los breves y horribles momentos de peligro mientras cruzábamos el patio corriendo y subíamos la escalera hasta la galería, vi la oscuridad punteada por rápidos fogonazos. Al agazaparme junto a una de las troneras, observé otro sonido, parecido al pedrisco: las balas que golpeaban las paredes a nuestro alrededor. Al principio no alcanzaba a distinguir blanco alguno, limitándome a disparar hacia los lugares en que se producían los fogonazos enemigos; pero entonces nuestros hombres lanzaban bombas de mano. Al relámpago de una explosión vi una figura borrosa abajo, en un balcón o tejado vecino, visión suficiente para un disparo. Apreté el gatillo una y otra vez, hasta que se me ocurrió que estaba gastando buena cantidad de munición, y que lo mismo debían estar haciendo mis compañeros.

Parecido pensamiento debió ocurrírsele a Urmeneta, pues, acercándoseme, me dijo al oído:

—No dispare a menos que se le ofrezca un buen blanco; debemos conservar nuestras municiones. Esto va también para las granadas.

Había lanzado algunas bombas de mano, más para práctica y darme la impresión de que hacía algo, que por el efecto que pudieran producir. Pero por cada bomba que lanzábamos, el enemigo nos arrojaba una docena. Afortunadamente, la bomba de mano empleada por ambos bandos era la «Lafite» de percusión. Se trata de un cilindro de metal, lleno de un alto explosivo; cuando la cinta de seguridad quedaba suelta, como sucedía durante el lanzamiento, la granada estallaba al menor impacto, pero como la lata era muy delgada, poco era el peligro de ser alcanzado por la metralla, y el efecto de la onda explosiva quedaba limitado a un radio de pocos pies. En esta y otras ocasiones durante la Guerra Civil tuve motivos para alegrarme de que no se empleara la granada «Mills».

La batalla —o, por lo menos, el fuego— continuó durante dos horas, y después murió tan rápidamente como había empezado. Cuidamos a nuestros cuatro heridos, uno de ellos de gravedad, apostamos centinelas y nos

acostamos.

Dudo que el enemigo sufriera mayor número de bajas aquella noche que nosotros mismos. Si hubiera forzado el ataque y logrado efectuar una penetración, no creo que hubiésemos sobrevivido, pues eran varias veces superiores en número a nosotros. Parecidas alarmas producíanse la mayor parte de las noches. Algunas veces, como aquélla, tratábase de ataques verdaderos; pero creo que con gran frecuencia la alarma debíase a un asustado centinela o a un ametrallador que disparaba contra una sombra; sus compañeros uníanse a él, y el enemigo, creyendo que lo atacábamos, contestaba al fuego. Mucha munición se desperdiciaba inútilmente. Los hombres cuyos nervios están atirantados por el constante peligro y la falta de sueño, tienden a ver sombras.

En aquellos tiempos corrió el rumor de que el enemigo disponíase a emplear gases, por lo que todos recibimos caretas antigás, alemanas, en recipientes cilíndricos de metal. El temor se desvaneció pronto, no tardándose en dejar las caretas y utilizar los recipientes para llevar agua.

Cierta mañana, mediada la segunda semana de enero, un sargento apareció a la puerta de nuestro despacho, pidiendo hablar a Urmeneta. Conversaron en susurros durante un rato; luego Urmeneta nos encareció que permaneciéramos silenciosos, y se agazapo, apoyando el oído contra el suelo. Permaneció en esa posición durante un minuto, indicando luego al sargento que hiciera lo mismo. Después redacto un despacho, que uno de los enlaces llevó al comandante de la compañía.

—¿Qué sucede, Miguel?

—Temo que el enemigo está abriendo un túnel. Oí el ruido de los picos.

—¿Está ya debajo de esta casa?

—Creo que todavía no, pero supongo que no tardará en llegar hasta aquí.

Un nuevo tipo de lucha se desarrollaba alrededor de Madrid. Los republicanos empleaban a los mineros de Asturias y Pozoblanco para minar las posiciones nacionalistas en Carabanchel y la Ciudad Universitaria, en cuya tarea eran muy hábiles. De esta forma infligieron graves pérdidas a los nacionalistas, a poca costa, obligándoles, incluso, a abandonar ciertas posiciones. Los nacionalistas se valieron de los mejores especialistas de Italia y Alemania, para poner fin a las minas, pero poco pudieron hacer excepto limitar sus efectos. A su vez, los nacionalistas empezaron a emplear

lanzallamas, especialmente en el sector de Usera, para expulsar a los republicanos de sus posiciones. Testigos presenciales me informaron que sus efectos, a corta distancia, eran devastadores.

Afortunadamente, no tuve experiencia de ninguno de estos dos tipos de guerra. Durante la tarde del 13 de enero recibimos órdenes de prepararnos para salir de la posición. Poco después de oscurecer fuimos relevados por una sección de infantería de otro regimiento. Formamos frente al mando en columna por la carretera de Getafe. Tres horas más tarde llegamos a los acuartelamientos donde debíamos dormir. Aunque la cena estaba ya preparada a nuestra llegada, estábamos demasiado cansados para comer y nos acostamos enseguida.

Dormimos toda la mañana siguiente. Por la tarde recibí órdenes de presentarme al coronel Rada. Me recibió cálidamente y me ordenó ostentara la flor de lis plateada, distintiva del alférez requeté.

Quince días después, la posición que habíamos ocupado en Carabanchel fue volada por una mina; toda una compañía pereció en las ruinas.

* * *

El 10 de enero recibí, de una tía, el siguiente telegrama: «Tu padre acabándose rápidamente ven en seguida».

Esta noticia me sorprendió mucho, porque últimamente habíanme escrito que mi padre estaba bastante mejor. Además, ignoraba lo que le sucedía.

Urmeneta y el comandante López Ibáñez me hicieron presente su pesar; sin embargo, el permiso para ausentarme debía ser concedido por el coronel Rada. Urmeneta me acompañó a verle. El coronel fue muy amable, aunque pareció dudar que tuviera autoridad para concederme licencia para ausentarme del país. Sin embargo, cuando le di mi palabra de que regresaría a ponerme a sus órdenes lo antes posible, me concedió un salvoconducto hasta la frontera. Dos horas después de recibir el telegrama me encontraba en un camión con destino a Toledo.

Mientras me arrebujaba en mi abrigo, para protegerme contra el frío viento, trate de apartar mi mente de la contemplación de las trágicas circunstancias que debieron haber inspirado aquel telegrama, y concentrarme en mi inmediato problema: cómo llegar a casa con el mínimo de demora. Pero no lograba concentrarme. Pensé en la última vez que vi a mi padre, en

Newhaven; en nuestro día en Londres, efectuando compras para mi viaje a España; y con remordimiento, en los frecuentes desacuerdos, incluso disputas, que habían anteriormente anublado nuestras relaciones. Pensé también en lo sola que se encontraría mi madre, con mi hermano en la Marina y yo en España, pues tenía que cumplir la palabra dada al coronel Rada. Ni por un momento podía dudar que mi padre estaba muriendo; jamás me hubiesen remitido semejante telegrama, de haber existido razonables esperanzas de su restablecimiento. Mi gran temor era que falleciera antes de mi llegada.

No tenía la menor idea de cómo llegar hasta la frontera con Francia, pero decidí marchar en dirección a Ávila, donde esperaba poder tomar un tren. Otra dificultad la constituía mi falta de vestidos de civil, por lo que tendría que cruzar Francia y llegar a Inglaterra con mi uniforme de requeté; tal vez mi abrigo y bufanda lograran ocultarlo en forma satisfactoria.

Me detuve en Toledo el tiempo suficiente para retirar del banco mi asignación mensual —alrededor de diez libras esterlinas en pesetas— y tomar un café con una copa de coñac para fortificarme contra el crudo frío. En Talavera, después de varias averiguaciones, encontré tres hombres que partían hacia Ávila en un coche pequeño y muy viejo; tuve alguna dificultad en convencerles que me llevaran con ellos, pues temían que el coche no resistiera hasta Ávila, cruzando por la nevada Sierra de Gredos. Sus temores eran fundados, dado que por dos veces sufrimos averías en el Puerto del Pico. Al llegar a Ávila, hacia las nueve de la noche, supe que a las once y media saldría un tren hasta Medina del Campo, donde debería transbordar al expreso Salamanca-San Sebastián. Tendría tiempo para mi primera comida desde el desayuno aquella mañana.

En el Hotel Inglés encontré a Harold Cardozo, Pembroke Stevens y otros periodistas. Estaban naturalmente ansiosos por conocer de primera mano el relato de los combates alrededor de Madrid. Gustosamente contesté sus preguntas, estipulando solamente que mi nombre no fuera mencionado, dado que el gobierno británico ponía en vigor la política de «no intervención» en la guerra civil española, y yo deseaba evitar toda dificultad para regresar a España.

Llegué a San Sebastián al día siguiente por la tarde, después de frío e incómodo viaje. Allí tuve la suerte de encontrar a un amigo, que me cambió mis pesetas en francos y libras, llevándome después en su coche hasta Irún. Pasé algunos ansiosos momentos al cruzar el puesto fronterizo francés en Hendaya. Temí que me hicieran quitarme el abrigo, dejando así al descubierto

mi uniforme requeté; pero pude tomar el tren de la noche para París, sin dificultad alguna, y llegué a casa a últimas horas de la tarde siguiente, un día después del entierro de mi padre.

* * *

Permanecí quince días en Inglaterra. No fue ni fácil ni agradable explicar a mi madre por qué debía regresar a España tan pronto. Tal vez obraba yo mal; pero dejemos que me juzguen quienes se hayan encontrado en parecida situación. Mi madre no se quejó e hizo cuanto pudo para ocultar su pena. Estaría muy sola, pues mi hermano, a quien se había concedido una licencia de veinticuatro horas para asistir al entierro, habíase reincorporado a su barco previamente a mi llegada.

Dos días antes de mi partida, el superintendente de la Policía local telefoneó. De alguna forma habíase enterado de mis actividades en España y de mi intención de regresar allí. No intentó impedir mi partida; tan sólo quería prevenirme que podría estar sujeto a procesamiento, de acuerdo con lo dispuesto en el Acta de Alistamiento en Fuerzas Extranjeras, de 1880 u otra fecha parecida. Repuse que dudaba que esa Acta fuera de aplicación en el caso de guerras civiles, pero que, de todas maneras, me arriesgaría. Se despidió de mí, deseándome suerte.

* * *

El jefe de día en la Comandancia Militar de Ávila estaba claramente de muy mal humor. No se sintió impresionado por el salvoconducto expedido por el coronel Rada. Aquel hombre gruñón, calvo, viejo, claramente sacado de su tranquilo retiro, me miró con no oculta sospecha. Sus pensamientos eran obvios: ¿qué creía aquel condenado inglés estar haciendo, al pedirle transporte hasta Getafe? ¿Quién había oído alguna vez hablar de un inglés en los requetés? Todo el mundo sabía que los ingleses apoyaban a los rojos, y que muchos de ellos formaban en las Brigadas Internacionales. ¡Aquel individuo debía ser un espía! Tal vez había logrado engañar a los requetés, pero no lograría continuar su superchería con el Ejército, y, mucho menos, con un viejo oficial con cuarenta años de servicio.

Tradujo sus pensamientos en palabras, fuerte y rápidamente, a través de su dentadura postiza, que oscurecía los detalles, pero dejaba suficientemente claro su significado general. Terminó diciendo que, si volvía a comparecer

ante él, me arrestaría.

—¡Hágame el favor de irse! —Fueron sus últimas palabras.

La situación era realmente desagradable. Había esperado tropezar con algunas dificultades al regresar a España, pero aquélla era la primera vez que encontraba falta de cortesía y ayuda en el país. Había cruzado Francia vistiendo las mismas ropas que antes, cubriéndome el uniforme con un abrigo y una bufanda. En Biarritz, el conde de los Andes me previno que, debido a las disposiciones de la «no intervención», me sería preciso un visado del vicecónsul británico en Bayona, para poder cruzar el puesto fronterizo francés. El vicecónsul británico resultó ser un malhumorado sueco, de blanca y puntiaguda barba, que parecía albergar muchas sospechas, satisfaciéndole sólo en parte la carta de Collin Brooks, pero me concedió el visado. Crucé la frontera sin dificultad alguna, en uno de los coches del conde de los Andes, en el que viaje hasta Salamanca, donde se encontraba entonces el Cuartel General del general Franco. Llegué allí a altas horas de la noche del domingo, 7 de febrero.

Al día siguiente las tropas nacionalistas tomaron Málaga. Esta ofensiva fue la primera ocasión en que entraron en acción tropas italianas. Tomaron importante parte en los combates, pero no se ganaron el favor de los españoles, que también combatieron duramente, debido a sus afirmaciones de haber tornado la ciudad sin ayuda alguna. Particular indignación causó la actitud de algunos oficiales italianos que mandaron imprimir las palabras *Vincitore di Málaga* en sus tarjetas de visita. Sin embargo, fue una victoria espectacular, pues Málaga había sido uno de los bastiones republicanos, escenario de las peores violencias de las turbas. Antes del asalto final, los nacionalistas cortaron las carreteras al este de la ciudad, para impedir la huida de un importante número de republicanos. Entre los capturados y subsiguientemente ejecutados se encontraba el infame García Atadell, jefe de la terrible «Brigada del Amanecer». Algunos distinguidos extranjeros fueron hechos prisioneros al mismo tiempo, siendo puestos en libertad más tarde. Entre ellos se encontraban *mister* Arthur Koestler y su anfitrión, *sir* Peter Chalmers Mitchell. Este último, decidido partidario de los republicanos, era algo ingenuo en sus esfuerzos por paliar los actos de los extremistas en Málaga. Admitió ante un amigo mío que varios millares de personas habían sido ejecutadas allí por los milicianos.

—Pero —añadió— fueron ejecuciones legales.

El lunes por la tarde tomé un autobús hasta Ávila, esperando encontrar allí transporte hasta el lugar en que se hallara el coronel Rada. Después del rechazo sufrido en la Comandancia Militar, decidí probar suerte en el Cuartel General del general Mola, donde en veinte minutos me sellaron el salvoconducto, reservándome plaza en el coche del correo oficial que salía al día siguiente por la mañana.

Cruzamos la Sierra de Gredos bajo suave tiempo primaveral, muy distinto de la ventisca de mi último cruce por allí tres semanas antes. En Talavera comí con Pablo Merry del Val, funcionario del Ministerio de Prensa y Propaganda, e hijo menor del famoso embajador. Había sido educado en Inglaterra y conservaba aún los modales y el aspecto del universitario inglés. Trabamos buena amistad y estoy en deuda con él por sus muchas bondades para conmigo.

Camino de Toledo, me crucé con mi viejo escuadrón, destacado en Torrijos entonces. Me detuve un momento para charlar con los hombres, y por ellos supe que Llancia, Elena, Medina y Orlowski habían sido trasladados a otras unidades. Llegué a Getafe a las 6.30, averiguando allí que el coronel Rada se encontraba en Pinto, a unos siete kilómetros al sudeste. Obtuve transporte hasta Pinto, pero el coronel no estaba allí ya, sino en La Marañosa, a doce kilómetros más al este, sobre el valle del Jarama. Decidí pasar la noche en Pinto, donde un oficial de infantería me permitió compartir con él su habitación.

Tres días antes, el 6 de febrero, había empezado la batalla del Jarama. Esta ofensiva nacionalista, dirigida por el general Varela, tenía como objetivo el corte de la carretera de Madrid a Valencia, y, en particular, la conquista de Arganda, en aquella carretera. Era la única línea directa de suministro que quedaba a los defensores de Madrid, desde sus bases en La Mancha y el Mediterráneo. El coronel Rada, que mandaba una de las formaciones que tomaban parte en la ofensiva de Varela, inició el ataque desde Pinto el primer día.

El terreno en que se combatía era una llanura ondulada, cubierta de maleza, en gradual declive al este, hacia el valle del Jarama. Sus más importantes características tácticas eran las alturas de La Marañosa, a unos seiscientos pies sobre el Manzanares, y el llamado Espolón de Vaciamadrid, sobre la confluencia de los ríos Manzanares y Jarama. Sembrados y olivares cubrían el valle del Jarama, a ambos lados del río. En el lado oriental del valle había colinas pobladas de olivos[14].

Cuando llegué a Pinto, el 9 de febrero, los nacionalistas habían desbordado el terreno al oeste del Jarama y ocupado las alturas de La Marañosa y el Espolón de Vaciamadrid; desde este último lugar podían bombardear la carretera de Valencia. El 11 de febrero forzaron el cruce del Jarama y ocuparon las alturas a unos cuatro kilómetros al otro lado del río, donde fueron contenidos por la tenaz resistencia de las Brigadas Internacionales, con inclusión de efectivos ingleses, que sufrieron graves pérdidas. A estas acciones siguieron fuertes combates. Los republicanos contraatacaron a todo lo largo del frente, pero no lograron reconquistar territorio alguno. El 24 de febrero terminó la batalla. Los nacionalistas fracasaron en su objetivo principal —la toma de Arganda—, pero podían dominar la carretera de Valencia con el fuego de su artillería, inutilizándola para el enemigo. Después, la única comunicación por tierra entre Madrid y Valencia se efectuaba por la carretera de Aragón, hasta Alcalá de Henares, y de allí, por vías secundarias, hacia Cuenca.

La mañana del 10 de febrero era brillante, clara y primaveral. Desde la parte posterior de un camión, recorriendo una muy mala carretera hacia La Marañosa, contemplando el tranquilo paisaje, era difícil creer que se combatía a sólo una o dos millas de distancia. Pero pronto la presencia de una batería de piezas anticarro, desplegadas junto a la carretera, con sus dotaciones alemanas agazapadas junto a ellas, me recordó la proximidad del enemigo.

La Marañosa casi no podía ser llamado pueblo; consistía en una docena de casas a ambos lados de la carretera de Pinto, y en una abandonada fábrica de municiones. Inmediatamente al norte de allí, el terreno se elevaba hasta las alturas en que estaban situadas nuestras posiciones. El cuartel general del coronel Rada estaba establecido en una pequeña casa, con huerto, a la izquierda de la carretera. Allí encontré al coronel con Espa y otros oficiales a quienes conocía, los cuales parecieron asombrarse ante mi regreso. Rada dijo que me mandaría al Tercio del Alcázar, que debía llegar a La Marañosa al día siguiente; no podía destinarme nuevamente al Batallón de Argel, porque no estaba ya bajo su mando.

Mientras hablábamos, se produjo un pequeño ataque aéreo. Rada nos llevó al huerto, para contemplarlo; media docena de «ratas» enemigos —cazas rusos— ametrallaban el sector, concentrando su fuego en las posiciones encima de nosotros y hacia el este. Arrojaron tres pequeñas bombas, que cayeron en campo abierto, sin producir, por fortuna, el menor daño.

Cuando nos sentamos a cenar aquella noche, una batería enemiga abrió

fuego, claramente dirigido contra el cuartel general de Rada. Las granadas cayeron cerca de la casa, dañando un par de edificios y produciendo varias bajas. Había expectación y tensión en el ambiente, lo cual me hizo suponer que algo importante sucedería al día siguiente. Después de oscurecido, una bandera de la Legión formó en la carretera. Aquellos soldados duros, atezados, decididos, que sentían tremendo orgullo por su porte marcial, cantaban las dos más importantes canciones de la Legión, *El Himno del Legionario* y *El novio de la muerte*, emocionándonos al entonarlos con tanto espíritu aquellos hombres que se disponían a morir. Ciertamente muchos de ellos murieron en las veinticuatro horas siguientes. Entraron en acción al amanecer, con efectivos de seiscientos hombres, para forzar el cruce del Jarama; por la noche habían quedado reducidos a escasamente doscientos.

Al día siguiente el Tercio del Alcázar llegó a La Marañosa. Me presenté a su comandante jefe, en su plana mayor, frente al cuartel general del coronel Rada. El comandante Emilio Alamán era alto y grueso, y poseía fuerte voz gutural. Era magnífico soldado, experimentado y valeroso, distinguiéndose en la defensa del Alcázar de Toledo, donde fue herido.

No hablaba inglés y claramente le desagradaba que le impusieran un inglés desconocido, pero me recibió bien. Dijo que sería preferible me quedara con él en la plana mayor, por el momento. Me asignaron un asistente y un rincón en una habitación de la casa contigua, para dormir.

Compartía aquel cuarto con otros cinco oficiales, incluyendo un alférez francés, hombre alegre, regordete, de mediana edad y carácter voluble, que sentía pasión por la comida; pasaba mucho tiempo en la cocina disputando con los cocineros. Otro compañero de habitación era un perrito de raza desconocida, que se pasaba el día en la cocina y por la noche dormía en alguna de nuestras camas. Todos le queríamos, y le hubiéramos querido más aún, de no haber sido por su costumbre de ensuciarse en la cama que elegía para pasar la noche. La principal incomodidad que sentíamos era la falta de agua, que había de ser traída de Pinto en camiones. Teníamos escasamente suficiente para beber, y ninguna para lavarnos. El vino, aunque abundante, era atroz.

Las dos primeras jornadas transcurrieron tranquilamente, salvo por algunos cañonazos desde el otro lado del río, que cesaron al tercer día. Los ataques de la aviación continuaron, generalmente a primeras horas de la mañana. Los aviones casi nunca se presentaban de día, por dos razones: en primer lugar, estábamos muy bien protegidos por nuestra artillería antiaérea;

y, en segundo lugar, los nacionalistas empezaban a quitar a los republicanos el dominio del aire. Esto último debíase principalmente a la iniciativa de un hombre, el piloto de caza García Morato, el cual mandaba una formación de biplanos «Fiat CR 42», y preparaba a sus pilotos hasta una perfección que sobrepasaba en mucho la del enemigo. Cuando les condujo al combate en los cielos del Jarama; barrieron a los republicanos del aire.

Yo generalmente dormía durante los ataques nocturnos que, naturalmente, no eran comparables con los de la Segunda Guerra Mundial. Pero en una ocasión fui despertado durante uno de ellos, por los furiosos gritos del francés.

—*¡Merde! ¡C'est la chien qui chie!*

El perrito había elegido su cama aquella noche. Uno o dos días después de mi llegada, se nos reunió un joven oficial alemán, el teniente von Gaza. Era algo misterioso, porque afirmaba ser teniente de ametralladoras de la *Reichswehr* y vestía uniforme alemán; sin embargo, parecía extraordinario que se presentara a nosotros por sí mismo. Dominaba el inglés pero no conocía el español; era cortés y sobrio en sus modales, y hablaba en forma precisa y concisa, sin casi jamás sonreír. Me dijo que era originario de Prusia Oriental, habiendo sido sus padres asesinados en Riga por los rusos, después de la Primera Guerra Mundial. En nuestra unidad había uno o dos alemanes, pero van Gaza se mantenía apartado de ellos, causándoles grave ofensa. Pronto pidió el traslado a la Legión Extranjera, donde sirvió a las órdenes del capitán Cancela, que más tarde fue comandante de mi propia compañía, y el cual me contó algo de la historia del alemán. Era ciertamente oficial del Ejército, y descendía de una familia de Junkers, pero cometió alguna grave falta, que le valió el desagrado de las autoridades militares alemanas, las cuales le dieron a elegir entre ser sometido a consejo de guerra o servir en España, a condición de que no lo hiciera con sus propios paisanos. Dos meses más tarde fue muerto por una bala perdida mientras jugaba a las cartas con tres oficiales de su bandera. Cancela me dijo que era el mejor oficial que había tenido.

Había un fotógrafo de prensa alemán, llamado Franz Roth, que se había establecido en La Marañosa, con el cual trabé buena amistad. Trabajaba para la *Associated Press*, había viajado mucho, y se encontraba en Adís Abeba cuando se produjo la invasión italiana. Ambos solíamos trepar a lo alto de las colinas que dominaban el Jarama, para contemplar los combates al otro lado. Gracias a nuestros prismáticos podíamos ver la batalla entre los olivos, las

nubecillas de humo blanco que quedaba en el aire tras la explosión de las granadas de metralla, y el incesante tableteo de las ametralladoras, que llegaba débilmente hasta nosotros desde el otro lado del valle.

Un día Roth me pidió que le acompañara al Jarama. Hasta él había llegado la noticia de que una compañía de franceses de las Brigadas Internacionales había sido destruida por un tabor de Regulares mientras trataban de cruzar un puente sobre el Jarama, diciéndose que los moros habían castrado a sus víctimas. Accedí a ir porque pensé que semejante noticia debería ser confirmada, en vista de los relatos que corrían acerca de las atrocidades cometidas por los moros. Además, quería ver el Jarama. Partimos a pie, a primeras horas de la tarde, y después de recorrer alrededor de una milla llegamos a una vega del Jarama. Junto a una destruida casa de campo encontramos un cañón anticarro alemán, con su dotación mandada por un oficial. Hicimos ademán de acercarnos y Roth hablo al oficial en alemán, pero ellos menearon la cabeza y no nos permitieron aproximarnos. El sol doraba los campos y los olivos, y caía también sobre los amontonados cadáveres de los franceses, junto al puente, donde habíamos esperado encontrarlos. La mayor parte de ellos habían sido despojados de botas y prendas de vestir por los moros, y yacían en paños menores, en actitudes grotescas, apestando hinchados por el caliente sol de dos días. Roth examino los cadáveres, animándome a que también yo lo hiciera. No encontramos trazas de mutilación, pero después de diez minutos de aquella desagradable tarea me sentí violentamente enfermo y dije a Roth que no podía continuar. Las piernas casi se negaron a devolverme a La Marañosa, donde bebí la mitad del contenido de una botella de *brandy* de Roth, antes de sentirme mejor. «Si esto es lo que debo hacer para probarme que soy hombre, creo que seguiré siendo ratón», me dije. Roth estaba muy tranquilo.

Durante el transcurso de la mañana del 15 de febrero, el comandante Alamán nos preguntó a von Gaza y a mí si nos gustaría ser destacados a una de las posiciones en las alturas de La Marañosa. Ambos aceptamos, satisfechos, pues nada teníamos que hacer en la plana mayor del batallón. Cogimos un fusil y un macuto cada uno, tomando después por un sendero junto a la casa en que estaba establecido el cuartel general del coronel Rada. Tardamos alrededor de veinte minutos en llegar a nuestra nueva posición, a la derecha de nuestra línea, en una loma que dominaba la llanura del Manzanares. Debajo de nosotros, a un distancia de unos tres cuartos de milla, divisábase una ancha faja de olivares, que se perdía hacia la izquierda, de la cual salía un camino carretero, en una extensión de alrededor de media milla,

hasta una aldea desierta, más allá de la cual discurría el Manzanares. El sector entre el río y nosotros era supuestamente tierra de nadie. Von Gaza y yo nos asombramos de que no se mandaran allí patrullas de reconocimiento por la noche, y nos ofrecimos para ir nosotros, pero se nos dijo que era innecesario.

Las defensas consistían en obras de tierra, con poco profundas trincheras y parapetos de tierra y piedras, reforzados con algunos sacos terreros. Había allí una ametralladora «Hotchkiss», y otra «Lewis». A unas cien yardas detrás de la posición levantábase una pequeña casa abandonada, en un bosquecillo, en la que se encontraba el mando de la sección. Dormíamos en ella.

Al amanecer del día 7 nos despertó el ruido de disparos, lejos, a nuestra izquierda. Corrimos a las trincheras, ocupando cada uno su puesto. Al principio no podíamos ver nada, pues el valle a nuestros pies estaba oculto por la bruma del río, pero, a medida que el sol subía en el firmamento, vimos grupos de pequeñas figuras oscuras, moviéndose hacia nosotros, a lo largo del camino carretero y por los campos. No disparamos, permitiéndoles llegar hasta la faja de olivos. Pensé que no intentarían atacar a campo abierto, sin preparación artillera, pues ello representaría un acto suicida, a pesar de que eran muy superiores en número a nosotros. Pero poco después salieron de entre los olivos y avanzaron hacia nuestra posición, a paso ligero. Esperamos hasta que estuvieron completamente fuera del abrigo de los árboles, y entonces, a la voz de mando del comandante de la sección, nuestras ametralladoras abrieron fuego. Las pequeñas figuras se detuvieron, echándose luego cuerpo a tierra. Una ametralladora entre los olivos empezó a disparar contra nosotros; las balas pasaban muy altas. Algunos de los soldados enemigos en el campo intentaron cubrir el avance de sus camaradas con pequeñas armas automáticas, pero en aquellos lugares, desprovistos de toda protección, no contaban con la menor oportunidad de defenderse de nuestro fuego. Pronto retrocedieron, corriendo, buscando abrigo, dejando a sus muertos y heridos entre la maleza; muchos más cayeron en la huida. «Es puro asesinato», me dije, pensando en lo criminales que debían ser los oficiales que mandaban las tropas enemigas, al mandarlas a la batalla de aquella forma. Posiblemente, soldados veteranos y bien preparados hubieran sabido encontrar terreno no batido en el que refugiarse, aunque dudo que así hubiera sido. Pero ningún oficial consciente podía haber lanzado a sus hombres al matadero, como lo hacían aquéllos. Tal vez confiaban en la sorpresa, pero si así era sus planes fueron desastrosamente preparados.

Por el ruido del fuego calcule que nuestros dos flancos eran asimismo

atacados. Me desconcertó algo el pensamiento de que, al parecer, nosotros no contábamos con artillería. Sin embargo, el enemigo la tenía, pues pronto oímos el silbido de una granada sobre nuestras cabezas, seguida por muchas más, que caían progresivamente más cerca de nosotros. Era afortunado que pudiéramos oír cómo se acercaban, dado que las defensas terreras eran algo débiles y la poca profundidad de las trincheras nos obligaba a agazaparnos cada vez que nuestros oídos percibían el delator silbido. Estaba claro que disparaban contra la casa, por lo que el comandante de la sección ordenó que fuera evacuada. La orden fue dada en el momento preciso; unos instantes después varias granadas cayeron sobre ella, destruyéndola. Luego el fuego se concentro en la posición, y las granadas empezaron a caer demasiado cerca para nuestra tranquilidad, causándonos una o dos de ellas algunas bajas.

El enemigo volvía a avanzar entre los cuerpos de los caídos en el primer intento. Nuevamente abrimos fuego y los obligamos a retroceder, dejando más muertos y heridos. A pesar de ello, avanzaron por tercera vez, en menor número ya, y con paso vacilante.

—¡Alto el fuego! —gritó el comandante de la sección—. ¡Dejad que se acerquen algo más, esta vez!

Nos resguardamos tras los parapetos. Avanzaban a saltos, cubriéndose mutuamente los diversos grupos. Cuando el más próximo se encontraba a unas cuatrocientas yardas, y todos estaban completamente a campo abierto, el comandante de la sección dejó nuevamente oír su voz.

Fue un asesinato. Aquellas pobres criaturas caían a montones. Los supervivientes huyeron, en busca de refugio, tirando las armas. Cuando los últimos de ellos se perdieran entre los olivos, el terreno frente a nosotros estaba cubierto de muertos y heridos. Von Gaza me dijo que vio cómo dos oficiales eran muertos por sus propios soldados, mientras trataban de contener la desbandada. Nuestras bajas no fueron superiores a la media docena.

Durante un rato no observamos movimiento alguno frente a nosotros. De pronto oímos ruido de motores, y a nuestra derecha aparecieron seis tanques rusos, armados con un cañón de 37 milímetros en la torreta. Uno tras otro cruzaron frente a los olivos, volviéronse hacia nosotros y empezaron a avanzar en línea. La situación parecía mala, y lo hubiese sido de haberles seguido la infantería, pero las tropas a pie estaban completamente desmoralizadas. Si aquellos tanques hubieran precedido a los anteriores ataques, el resultado hubiese sido muy distinto. A pesar de todo, nos

preparamos para lo peor. En aquel momento, nuestra artillería, silenciosa hasta entonces, abrió fuego. Su tiro era preciso y pronto vimos negras nubecillas de humo alrededor de los tanques. Los carros enemigos vacilaron, deteniéndose luego. Un momento después uno de ellos quedó cubierto de humo negro, al ser alcanzado de pleno por una granada, empezando a arder. Luego, otro recibió un impacto en la base de la torreta. Los restantes cuatro, huyeron.

Alrededor del mediodía, cuando el combate había muerto en nuestro frente, llegó un enlace con la noticia de que dos compañías a nuestra izquierda habían sufrido grandes bajas y necesitaban refuerzos, pidiéndose a nuestro comandante que mandara cuantos hombres pudiera al puesto de mando del batallón. Von Gaza y yo nos encontrábamos entre los que fueron. En el puesto de mando del batallón encontramos un joven catalán, Felipe Pallejá que hablaba buen inglés. Nos dijo que nuestras posiciones en el centro y a la izquierda habían sufrido fuerte fuego de artillería y morteros durante toda la mañana. El comandante Alamán se encontraba allí entonces, y Pallejá nos conduciría hasta él. Evidentemente el enemigo respetaba la hora de la siesta, pues reinaba la calma cuando llegamos. El comandante estaba muy animado, aunque esperaba que los ataques fueran reanudados por la tarde y al día siguiente. La mayor parte de nuestras ametralladoras pesadas estaban concentradas en la posición central; von Gaza fue mandado allí, pues podía ser de gran utilidad dados sus especiales conocimientos de aquellas armas. Por el momento yo permanecería junto a Alamán.

Durante la tarde estuvimos sometidos a bombardeo intermitente, sin que se produjera ataque alguno. Parecía que el enemigo estaba reagrupándose para un nuevo asalto al día siguiente. Se había establecido entre los olivares. Acompañé al comandante en su visita a nuestras dos posiciones, en la cresta de las alturas, mirando la central al norte, a través del valle del Manzanares y la faja de olivos, mientras que la izquierda se curvaba más al noroeste, hacia Madrid. El comandante esperaba que el ataque principal se produjera contra esta última, en un intento de rodear nuestro flanco izquierdo y cortar la carretera de Pinto. Dispuso que Pallejá y yo nos trasladáramos allí por la noche.

Las defensas no sufrieron daños tan graves como yo había supuesto; el calibre de la artillería enemiga no debió haber sido muy grande. La mayor parte de las bajas fueron ocasionadas por el fuego de los morteros. En los lugares en que el parapeto había sido destruido, los hombres lo reparaban con

tierra y sacos. Me llamó la atención que las trincheras estuvieran mal construidas, siendo poco profundas para ofrecer adecuada protección, y excavadas casi en línea recta, en lugar de a través. Durante la Guerra Civil observé que no podía inducirse a los soldados españoles a que excavaran trincheras adecuadas, siendo esto también el caso en la Legión. Parecían creer que protegerse debidamente era indicio de cobardía.

Regresamos al puesto de mando del batallón para comer algo, viendo allí al teniente francés, que encontró tiempo para alejarse de su posición, con el fin de regañar a los cocineros por la sopa que le habían mandado.

Al caer la noche, Pallejá y yo marchamos a nuestro nuevo destacamento. Encontramos un refugio subterráneo para dormir, que debíamos compartir con ocho más. Estábamos algo apretados, pero no nos quejamos, pues esperábamos dormir poco. Nos presentamos al jefe de la compañía que, si mal no recuerdo, se llamaba Santo Domingo, a quien encontramos en su refugio, junto con otro capitán, apellidado Frejo, y el padre Vicente, capellán de la compañía, un navarro de rostro serio y ojos de fanático, que brillaban tras los cristales de sus gafas. El capitán Santo Domingo gozaba de muy buena reputación como soldado en aquel Tercio y era muy querido por sus hombres, a quienes conducía con la simple fuerza de su ejemplo. Contaba alrededor de cuarenta y cinco años, y en su rostro de facciones agradables se reflejaba una expresión decidida. El padre Vicente, muy animado, dominaba la reunión. Era el hombre más arrojado y audaz que he conocido en España. Creo que hubiera sido mejor soldado que sacerdote.

—¡Hola, don Pedro! —gritó, al verme— ¡Con que ha venido a matar rojos! ¡Enhorabuena! ¡Procure cargarse a muchos!

La borla morada de su boina se agitó a la luz de la vela. Santo Domingo frunció el ceño.

—Usted siempre está hablando de matar, padre Vicente. Semejantes sentimientos no son muy propios de un sacerdote. Los rojos son nuestros enemigos, pero no debemos olvidar que también son españoles, y que España necesitará de sus hombres después de la guerra.

—Hombres buenos, si; pero no malos.

—Hombres buenos —repitió Santo Domingo—, y hombres malos convertidos.

Me sentí fascinado, mientras la discusión se acaloraba, al observar que los

papeles de sacerdote y soldado estaban trastocados, pero comprobé que el padre Vicente era el único de los componentes del grupo que condenaba a todos los rojos como traidores, que merecían la muerte. Pensé que no tenía por qué preocuparse, pues al día siguiente tendríamos que matar a cuantos pudiéramos, aunque sólo fuera para salvar la piel.

—El combate será duro mañana —dijo el capitán Frejo—. Nos superan por lo menos en proporción de diez a uno. Y no tenernos otras defensas a las que replegarnos. Si nosotros cedemos, todo el frente del Jarama se derrumbará.

—Dios no nos abandonará —afirmó el padre Vicente.

Ninguno de nosotros tenía ganas de dormir. Era muy pasada la medianoche cuando Pallejá y yo regresamos a nuestro refugio, donde nos echamos en el suelo, completamente vestidos. La inminente posibilidad de muerte violenta, aunque gloriosa, tiende maravillosamente a concentrar la mente en malas acciones pasadas y futuras esperanzas de salvación. Admito que rece unas oraciones aquella noche y que incluso tomé algunas firmes resoluciones, pero quisiera poder decir con justeza que la pauta de mi vida cambio radicalmente después de mis rezos. No era yo el único que no podía dormir. Debí quedar amodorrado, pues de pronto observé que alguien había encendido una vela y que mis compañeros se estaban desperezando. Me puse el cinturón, las cartucheras y el casco de hierro, cogí el rifle y salí al exterior. Quedé de pie en la loma, aspirando profundamente el aire claro y fresco, que pareció insuflarme nueva vida, después de la pesada atmósfera del refugio.

Empezaba a clarear. Sólo podía ver débilmente la forma de nuestras propias trincheras y la posición a nuestra derecha, llena de hombres tensos, a la espera. A medida que la claridad aumentaba, fije la mirada en el valle, en cuya penumbra estaba oculto el enemigo. Ningún sonido llegaba de allí. Luego vi las copas de los olivos, que aparecían entre la capa de niebla gris. A la derecha, un disparo quebró el silencio.

Un momento después el valle pareció estallar en incontables fogonazos y el estampido de los disparos; el aire a mi alrededor zumbaba al ser cruzado por las balas. Corrí las pocas yardas que me separaban de la trinchera, arrojándome contra el parapeto, con el fusil en posición de disparar, cuando nuestra posición contestó el fuego.

A todo nuestro alrededor la tierra era horadada por las granadas de los cañones y las bombas de los morteros, y el aire se desgarraba con las balas.

Una vez más las ametralladoras enemigas disparaban alto, pero su artillería rectificó el tiro y las bombas de los morteros caían en los parapetos y las trincheras. Al levantarse la niebla, vimos que, bajo su amparo, el enemigo avanzaba hacia nosotros. La llanura delante de los olivos estaba llena de soldados, acercándose otros desde el río. Como el comandante Alamán había profetizado, intentaban rodear nuestro flanco izquierdo.

Tenía la garganta seca, me ardía la cara y temblaban mis manos mientras febrilmente cargaba y disparaba el fusil. Con gran esfuerzo pude dominarme y empecé a disparar más despacio, apuntando cuidadosamente, con los codos apoyados en el parapeto. Luego me sentí mucho mejor. También yo empecé a dolerme por mis enemigos, expuestos a campo abierto a nuestro fuego, y al apuntar a uno de ellos y apretar el gatillo, con presión lenta y firme, como me habían enseñado, rezaba para que mi bala le dejara fuera de combate, pero sin lisiarlo para siempre.

Un vez más los planes enemigos habían sido mal preparados. Si cierto era que sus tropas se encontraban más cerca de su objetivo que el día anterior, no menos cierto era que la distancia que les separaba de su refugio aumentaba. Su única oportunidad parecía residir en un avance rápido, sin parar mientes en el número de bajas. A unas trescientas o cuatrocientas yardas de nuestras trincheras había una hilera de lometas, que se alargaba hacia nuestra izquierda; si podían alcanzarlas, lograrían alguna protección, que les permitiría concentrarse para el asalto final. Al principio no progresaron bajo nuestro fuego. Muchos cayeron; otros quedaron donde estaban, disparando contra nosotros, y unos más volviéronse y corrieron en todas direcciones, buscando protección, sin comprender que obraban de la mejor manera para ser muertos.

La mañana crecía, produciéndose breves intervalos en el combate, que nos daban tiempo para evacuar nuestros muertos y heridos graves, curar a los leves, reparar las defensas en lo posible, aprovisionarnos de munición y beber un trago de agua de nuestras cantimploras. Pero los morteros ocultos en los olivares no nos daban momento de descanso.

El bombardeo fue más intenso cuando una nueva oleada de tropas enemigas se lanzó al asalto, con mayores efectivos que la primera. Habían ya aprendido a valerse de los pocos accidentes del terreno, y a combinar más hábilmente que antes su fuego y los movimientos. A pesar de las pérdidas sufridas, muchos soldados enemigos lograron llegar hasta las lometas, desde donde abrieron fuego de fusil y ametralladora ligera contra nosotros, para

proteger el avance de sus camaradas.

El bombardeo estaba alcanzando su clímax. Nuestros oídos vibraban con las explosiones y teníamos los ojos llenos de polvo, pero no lo bastante para impedirnos ver que el enemigo se acercaba más, avanzando con seguridad hacia nuestro flanco izquierdo. Las balas de sus ametralladoras ligeras se enterraban en los parapetos y silbaban junto a nuestras cabezas. Algunas veces, un requeté, impulsado por la excitación, se erguía sobre el parapeto, para apuntar mejor; un instante después caía en la trinchera segado por las balas, o rodaba unas pocas yardas colina abajo. Cuando esto último sucedía —y yo personalmente lo vi varias veces— el padre Vicente saltaba de la trinchera y corría hasta donde el cuerpo del hombre se encontraba, arrodillándose junto a él, sin temor a las balas, que punteaban la tierra a su alrededor y silbaban junto a su cabeza, rezando por la salvación del alma del caído.

El comandante Alamán recorría la línea entre nosotros y la posición a nuestra derecha, ayudándose en su cojera con un grueso bastón, imperturbable en el fragor de la batalla, gritándonos palabras de aliento con su voz ronca y gutural. Al volver la cabeza, vi a Frejo y a Santo Domingo de pie en el terraplén tras la trinchera, cubiertos con sus boinas rojas, envueltos en sus capotes, dirigiendo el fuego y animando la defensa. Aquélla era la verdadera tradición de los requetés. Incluso cuando Frejo cayó con un hombro destrozado y fue evacuado, desvanecido por el dolor, la inspiración de su ejemplo siguió con nosotros.

Mis cartucheras habíanse vaciado, y el cañón del fusil estaba tan caliente que no lo podía tocar. Junto a mí yacía un requeté muerto; llene mis cartucheras con el contenido de las suyas y cogí su fusil. Al enderezarme para volver a mi posición de disparo, se produjo una explosión sobre mí, que me derribo al suelo, donde permanecí unos momentos zumbándome los oídos. Comprendí que no estaba herido y me puse en pie, ajustándome el casco, una parte del cual parecía apretarme la frente. Me lo quité, observando en él un largo desgarro, debido a un casco de metralla. Hasta aquel momento habíame sentido inclinado a burlarme de los «sombreros de hojalata».

Era ya casi el mediodía. No parecía existir posibilidad alguna de recibir refuerzos; nuestras municiones se agotaban, y el enemigo, que se encontraba sólo a una distancia de trescientas yardas, preparábase para el asalto final. Nuestra inferioridad numérica era tan grande, que no cabía duda de cual sería el resultado si el enemigo llegaba hasta nuestras trincheras. El fuego se fue

apagando, produciéndose una calma, mientras los rojos concentraban sus fuerzas para el ataque y nosotros nos preparábamos para enfrentarnos con él.

Entonces oímos un ruido procedente del flanco izquierdo, más allá del enemigo: el rugido de motores de tanques. Unos momentos después apareció una columna de unos dieciséis de nuestros carros ligeros, armados cada uno con dos ametralladoras. Se acercaban rápidamente, desplegándose en abanico, abriendo después fuego contra los no protegidos flancos y retaguardia del enemigo. La batalla estaba decidida. Los republicanos no tenían la menor oportunidad. Cogidos entre nuestro fuego y el de los carros, cayeron a montones, mientras corrían buscando la protección de los olivares. Muy pocos llegaron hasta ellos; y los que pudieron hacerlo, continuaron su huida hacia el Manzanares y más allá. Sus morteros fueron silenciados; incluso su artillería calló.

Estuvimos muy cerca del desastre. Si nuestros tanques no hubieran llegado, o se hubiesen presentado algo más tarde, el enemigo nos hubiera aplastado. No sé de dónde procedían; eran tanques alemanes, con dotaciones españolas. Como nos habían dicho que no esperáramos refuerzos, nuestra sorpresa al verlos debió ser tan grande como la del enemigo. Tengo razones para creer que aquellos carros constituían casi toda la reserva móvil del general Varela; los empleó brillantemente, para que atacaran en el momento preciso; convirtiendo la casi segura derrota en victoria total.

Así terminó la batalla de La Marañosa, de dos días de duración. Nuestras posiciones fueron pesada y frecuentemente bombardeadas aquella tarde y durante los siguientes días, pero no volvimos a ser atacados. Los asaltos formaban parte de la contraofensiva del general Miaja, que entonces trasladó a otros puntos del frente del Jarama. La formación que llevó el peso del ataque contra nosotros era una brigada española, bautizada con el nombre de «Lobos grises de la Pasionaria», apodo con que se conocía a la notoria diputado comunista Dolores Ibárruri. Su fracaso no fue ciertamente debido a falta de valor, pues aquellas tropas demostraron notable valentía en tan desesperadas circunstancias.

Nuestras pérdidas fueron considerables. Al principio de la batalla, contábamos con alrededor de trescientos hombres, de los cuales más de cien resultaron muertos y gravemente heridos. Creo que fuimos afortunados saliendo tan bien librados. El comandante Alamán, que contribuyó notablemente a la victoria, nos manifestó su satisfacción, y tanto el coronel Rada como el general Varela nos hicieron llegar mensajes de felicitación.

El 24 de febrero moría la contraofensiva republicana. No es sorprendente que no lograra éxito alguno, por la forma en que fue conducida. La batalla del Jarama pudo haber constituido una batalla decisiva para los nacionalistas, de haber contado con mayor número de tropas, pero al producirse la ofensiva del general Varela, a principios de febrero, una gran parte del esfuerzo nacionalista estaba dirigido contra Málaga.

A principios de marzo recibí carta de mi madre, preguntándome si podría obtener permiso para trasladarme a Inglaterra durante algunas semanas, con objeto de solventar ciertas cuestiones legales, subsiguientes a la muerte de mi padre. Al mismo tiempo tuve noticias de mi hermano, destacado en el crucero *Neptune*, en Gibraltar, que me ofreció pasaje hasta Inglaterra en su barco, si podía reunirme con él a mediados de mes. El Coronel Rada me concedió el permiso necesario, pero me aconsejó que lo hiciera confirmar en Salamanca, si deseaba regresar a España después. Al día siguiente marché a Salamanca.

CAPÍTULO V

Fue sorprendente encontrar un agente vestido con el uniforme de la policía metropolitana, contestándome en fluido español. Eso sucedió en el North Front de Gibraltar, cuando pregunté el camino hacia el Rock Hotel.

Gracias a Pablo Merry del Val, a quien encontré en Salamanca, no tropecé con dificultad alguna para obtener permiso para regresar a Inglaterra. En el Gran Hotel fui presentado a un español alto, de aspecto distinguido, el marqués de Manzanedo, que pertenecía al cuerpo diplomático nacionalista. Fue en extremo amable para conmigo y dos días después me llevó hasta Sevilla en su coche. Tomé allí un autobús hasta Algeciras, y crucé la frontera en La Línea, vestido igual que lo estaba al pasar la frontera francesa, y con el mismo éxito. Sin embargo, me sentí considerablemente embarazado en el bar del Rock Hotel, donde no podía continuar con el abrigo y la bufanda puestos. Mi hermano se reunió allí conmigo, con la noticia de que su barco zarpaba dos días después, y que su capitán me concedía permiso para viajar en él.

—Temo que no podrás disponer de ningún camarote, y yo no pienso cederte el mío, por lo que tendrás que dormir en un coy. En realidad, creo que lo encontrarás muy cómodo.

Jamás podré olvidar la bondad y la hospitalidad de que conmigo hicieran gala el capitán Benson y los oficiales del *H. M. S. Neptune* durante la travesía. Era un magnífico barco. Mi hermano Neil, perteneciente a la aviación de la Armada, pilotaba el hidroplano. Era cinco años mayor que yo, habiendo logrado distinción en el servicio como historiador naval y escritor de temas náuticos. Entre los oficiales era conocido como *Tres tablas*, porque, según me dijeron, al andar en cubierta cada uno de sus pies cubría tres tablas. Después de mirar los míos, me bautizaron *Dos tablas*.

Neil tenía razón en lo que dijo del coy. Cuando hube aprendido a encaramarme a él —estaba colgado más o menos a la altura del hombro de un

hombre— dormí muy bien; además, puesto que se mecía con el movimiento del barco, no se notaba balanceo alguno. Pero tenía un inconveniente; estaba colgado junto a un cuartel de escotilla, generalmente abierto, por el que se bajaba a la sala de calderas. Eso no me preocupó cuando fui a dormir, cargado de *whisky*, pero me sobresalte al despertar, con la cabeza espesa, por la mañana, y ver aquel negro agujero.

Era el último viaje de mi hermano en el *Neptune*, que visitaba Inglaterra antes de zarpar para África del Sur. Fue muy desagradable saber, en 1942, que había chocado con una mina, cuando daba caza a tres cruceros italianos en el Mediterráneo, perdiéndose con toda su tripulación.

* * *

El barbudo sueco del viceconsulado británico de Bayona saltó cuando volví a presentarme con la carta de Collin Brooks; dijo algunas palabras desagradables al sellar mi pasaporte, y casi me escupió cuando salí de su despacho. Pensé que aquel hombre no se dejaba engañar, y que, en caso de que tuviera que volver a cruzar la frontera, habría de encontrar otra forma de hacerlo.

Estábamos a mediados de abril. Después del fracaso de la ofensiva contra Guadalajara, los nacionalistas finalmente abandonaron sus esfuerzos para tomar Madrid y dieron entonces principio a la gran ofensiva contra Bilbao. A pesar de su superioridad en artillería y aviación, se enfrentaban con un enemigo tan valiente y decidido como ellos, bien atrincherado en posiciones que prepararon durante todo el invierno, en uno de los terrenos más difíciles de toda la península, sin olvidar el tiempo, que a menudo hacía imposibles las operaciones. Por tanto, parecía que Bilbao tardaría mucho tiempo en caer.

Hubiera tardado más aún de no haber desperdiciado los republicanos vascos sus mejores fuerzas, a fines de noviembre de 1936, en una desastrosa ofensiva concentrada sobre la ciudad de Villarreal, puerta de entrada a Vitoria. Alrededor de quince mil hombres, en su mayor parte gudaris o milicianos vascos, fueron lanzados al ataque contra una guarnición de seiscientos hombres, tropas del Ejército regular y requetés, que rechazaron todos los ataques, hasta ser socorridos, el 5 de diciembre, por una columna procedente de Vitoria, mandada por el coronel Camilo Alonso Vega. Los republicanos renovaron sus asaltos el 18 de diciembre, con resultados desastrosos, viéndose obligados a abandonar la ofensiva, después de sufrir enormes bajas. Desgraciadamente, ni siquiera habíanse preocupado de organizar hospitales

de sangre, o de aprovisionarse de medicamentos, tales como suero antigangrena. En una sola noche, más de cuatrocientos de sus heridos murieron de gangrena gaseosa[15].

Vi a Orlowski al pasar por París, había sido trasladado al Tercio del Alcázar, después de dejar el escuadrón de caballería en enero; fue levemente herido en acción en un lugar llamado Cabezafuerte, no lejos de La Marañosa, pero salió poco antes de mi llegada, encontrando que el temperamento del comandante era demasiado fuerte para su gusto. Por mediación de unos amigos suyos, fui presentado a la familia O'Malley-Keyes, que vivía en una casita encantadora en Anglet, cerca de Biarritz; permanecí con ellos mientras esperaba el salvoconducto que me permitiría entrar en España, y así, lo que hubiera sido un periodo de tediosa espera, se convirtió en agradable interludio.

Llegue a España el 21 de abril.

Tras haber decidido obtener el traslado a una unidad en el frente de Bilbao, me dirigí a Salamanca para obtenerlo. De allí fui mandado a Ávila, a ver al general Monasterio, antiguo jefe de la caballería, que estaba entonces al mando de todas las milicias. Fue una entrevista alarmante. El general, hombre de aspecto austero, cuyo rostro parecía más apropiado para la toga de magistrado del Tribunal Supremo que el uniforme de soldado, estaba rodeado por media docena de oficiales, ninguno de ellos de rango inferior a coronel, que me hicieron una asombrosa sucesión de preguntas en español, a las que sólo pude contestar con voz de rana, pues entonces estaba aquejado de laringitis. Salí de la habitación sudando y temblando, con instrucciones de esperar órdenes en Salamanca.

Arquitectónicamente, Salamanca es una de las ciudades más hermosas de Europa. Pasé largas horas admirando la perfección de las columnatas de la Plaza Mayor y visitando la Universidad, las dos catedrales y la Casa de Las Conchas. Menos agradable que los diversos aspectos de Salamanca, pero no menos firmemente establecida, era la figura del general O'Duffy, que mandaba la Brigada Irlandesa. Le conocí por mediación de su ayudante, el capitán Meade, hombre encantador, de sangre irlandesa y española, que poseía el tacto y la paciencia que su trabajo requería. El general estaba sentado a una mesa en un rincón del salón del Gran Hotel, con una botella de *whisky* ante él; le acompañaban Meade, otro oficial de su estado mayor y el rector del Colegio Irlandés de Salamanca. Meade, a quien había conocido antes, se acercó a mi mesa y me pidió me reuniera con ellos.

—Por favor, tenga cuidado con lo que le diga al general —me susurró mientras cruzábamos el salón—. Odia a los ingleses.

El general O'Duffy, antiguo jefe de la policía del Estado libre de Irlanda, intervino en la política irlandesa en los años treinta, formando el Partido Unido, o «Camisas azules». Al ver en la guerra civil española una oportunidad para aumentar su prestigio en Irlanda, recluto una «brigada» irlandesa, para combatir junto a los nacionalistas. En realidad, la brigada tenía los efectivos de un batallón, pero a O'Duffy se le concedió el grado honorario de general del Ejército español. Pocos generales han tenido tan poca responsabilidad en proporción a su graduación, o, por lo menos, tan poco sentido de esa responsabilidad. Sin que importara el ostensible propósito de la Brigada Irlandesa, O'Duffy jamás perdió de vista su objetivo real, que era reforzar su propia posición política. Por tanto, nombró para los puestos más responsables a sus partidarios políticos, sin tener en cuenta su experiencia militar, como hizo, por ejemplo, con un antiguo ascensorista del Jury's Hotel de Dublín, hombre totalmente desconocedor del arte de la guerra. Para favorecer a esos hombres rechazo los servicios de antiguos oficiales por el sólo hecho de no pertenecer a su partido. Al igual que otros irlandeses y algunos americanos, que, afortunadamente, constituyen minoría, y cuyas mentes recuerdan pasadas enemistades, sentía un odio patológico por los ingleses, sentimiento que jamás intentó ocultar.

Su secretario y sombra era el «capitán» Tom Gunning, brillante periodista, sobradamente conocido en Fleet Street[16], el cual afirmaba que sus simpatías políticas le impedían volver a pisar la redacción de un periódico inglés. Sin embargo, las verdaderas razones de su actitud eran otras. Hábil intrigante, logró, mientras fue secretario de O'Duffy, dividir la Brigada Irlandesa en dos facciones.

La administración de aquella unidad me fue descrita por los tenientes FitzPatrick y Nangle, los cuales, ante su disgusto, fueron sacados de la v Bandera de la Legión para servir a las órdenes del general O'Duffy, y por el teniente Lawler, que llegó de Irlanda con la brigada. Los hombres viajaron, apretujados, en la bodega de un viejo barco, con mala e inadecuada comida y casi sin agua para beber. Desembarcaron en un puerto en Galicia, con destino a Cáceres, que había de ser su base. Llegaron a Salamanca, hacia las diez de la mañana, sin haber desayunado, siendo recibidos en la estación por una delegación de las autoridades nacionalistas, formada por oficiales superiores, que les ofrecieron un vino de honor.

—Sabía que sería terrible que los muchachos bebieran, teniendo el estomago vació —me dijo Lawler—. Intente, sin resultado, obtener comida para ellos. Cuando llegó la hora de regresar al tren, estaban tan borrachos que tuvimos que empujarlos al interior de los coches. Pero eso no fue el fin de nuestros males. Cuando los hubimos acomodado a todos, la banda toco el Himno Nacional español, y todos los oficiales y generales se cuadraron y saludaron. Mientras la banda tocaba, uno de nuestros hombres, borracho como una cuba, se asomo a la ventanilla y vomitó sobre un viejo general, a quien vi continuar saludando, inmóvil, a pesar del disgusto que reflejaba su cara.

La desgracia siguió a la brigada hasta el frente. Las primeras bajas fueron a manos de sus propios aliados. Al dirigirse una de sus compañías, marchando en columna, a tomar posiciones en el Jarama, una unidad de la falange disparó sobre ellos, confundiéndolos con una formación de las Brigadas Internacionales. Los primeros disparos no causaron daño alguno, pero el comandante de la compañía, nombrado para ese puesto más por sus simpatías políticas que por experiencia militar, perdió la cabeza, permitiendo que tuviera lugar una pequeña batalla.

Justo es admitir que cuando, finalmente, los irlandeses entraron en fuego, en el sector Valdemoro-Ciempozuelos, los españoles se admiraron por el valor de aquellas tropas. La calidad de los hombres era soberbia, y estaban inspirados por el ideal de combatir por su fe. De haber tenido buenos mandos, hubiesen sido dignos sucesores del famoso Cuerpo que combatió por Francia en el siglo XVIII:

En montañas y campos, de Berlín a Belgrado,

yacen soldados de la Brigada Irlandesa.

Pero nada podían hacer con los mandos que les asignara O’Duffy. Las desavenencias con las autoridades españolas eran cada vez más frecuentes y amargas, y durante el verano de 1937 la Brigada Irlandesa regresó a su país.

* * *

Estaba impaciente por la demora de mi nuevo destino, por lo cual solicité del general Monasterio permiso para trasladarme a Vitoria, siéndome concedido. Esperaba poder apresurar las cosas allí, pues en aquella ciudad se encontraban los cuarteles generales de los generales Mola y Solchaga, el primero de los cuales tenía el mando de todas las operaciones en el frente norte, mientras que

el segundo mandaba las Brigadas navarras, que comprendían las unidades de requetés de aquel frente. La mayor parte de los corresponsales de prensa extranjeros estaban concentrados en aquella ciudad, incluyendo a Harold Cardozo, que compartía un piso con un francés llamado Botteau, corresponsal de la agencia Havas. Ambos me pidieron que viviera con ellos durante mi estancia en Vitoria. Les veía muy poco al día, pues generalmente se encontraban en el frente. Las autoridades nacionalistas habían finalmente dulcificado las restricciones de que eran objeto los movimientos de los periodistas, que podían entonces visitar frecuentemente el frente, acompañados por el capitán Aguilera y sus colegas.

Los republicanos contestaban a la ofensiva nacionalista contra Bilbao con una ofensiva de propaganda, que entonces se concentraba en el famoso incidente de Guernica, muy bien dirigida, en la que empleaban grandes sumas en el extranjero. La oficina central de Botteau le informó que los republicanos gastaron alrededor de seiscientas mil libras esterlinas en París, únicamente en propaganda sobre Guernica. La historia que circulaba —y que era ampliamente creída— afirmaba que Guernica, ciudad abierta, fue destruida con bombas incendiarias arrojadas por la aviación nacionalista. Cardozo se indignaba, por el éxito de esa propaganda en Inglaterra. Estuvo en Guernica inmediatamente después de su ocupación por los nacionalistas, pudiendo examinarla y recorrerla a sus anchas. Afirmaba estar convencido, por lo que había visto, de que los propios republicanos incendiaron la población, antes de abandonarla, como habían igualmente hecho en Irún, Eibar y Amorebieta, durante su retirada en las provincias vascas. Él, personalmente, presenció el incendio de Amorebieta. Guernica fue ciertamente bombardeada por los nacionalistas, pero entonces no era ciudad abierta, puesto que estaba llena de tropas republicanas, y, además, era cuartel general divisional. Después de contemplar el incendio de Amorebieta, Cardozo entró en la población al día siguiente y hablo con algunos de los pocos habitantes que allí quedaron. Antes de abandonar la pequeña ciudad, los milicianos penetraron en las casas, llevándose cuanta comida y ropas encontraron, incluso los vestidos que las gentes llevaban puestos, por lo que estos últimos tuvieron que cubrirse con sacos; luego incendiaron las casas.

—Sabemos quienes quemaron Amorebieta —dijeron aquellas pobres gentes a Cardozo—; por tanto, imaginamos muy bien quienes incendiaron Guernica.

Me parece que nada ilustra mejor la superioridad de la propaganda

republicana sobre la nacionalista, que el hecho de que el cuento republicano acerca de Guernica recibiera inmediata y mundial publicidad, siendo aún generalmente creído hoy, mientras que los alegatos de los nacionalistas fueron considerados sólo con un encogimiento de hombros.

A mediados de mayo caí enfermo con un ataque de ictericia, provocado por un catarro, que me dejó muy débil y deprimido. Mucho debo a Cardozo y a Botteau por los cuidados de que me hicieron objeto durante las tres semanas de mi enfermedad. Fui afortunado al tener amigos en Vitoria, que vinieron a visitarme; entre ellos se encontraba la duquesa de Lécera, a quien conocí el día de mi primera llegada a España, y una muchacha inglesa, llamada Gabrielle Herbert, que había dirigido su propio hospital en el sector de Huesca, del frente de Aragón. Huesca estaba sitiada por tres partes por el enemigo, y el hospital de *miss* Herbert se encontró bajo el fuego directo de la artillería republicana durante varios meses.

Hablé con el capitán Aguilera acerca de mi destino y, como de costumbre, le encontré amable y deseoso de ayudarme. Gracias a él tuve entrada en los cuarteles generales de los generales Mola y Solchaga, siendo admirablemente recibido —el general Mola fue particularmente afable— sin que mis deseos se convirtieran en realidades. Empezaba a desesperar de poder ni siquiera llegar al frente, cuando conocí a un inglés llamado Edward Earle, industrial establecido en Bilbao, que había subvencionado un tercio de requetés, el Tercio de Nuestra Señora de Begoña, así bautizado en honor de la Virgen protectora de Bilbao. Me prometió que formaría parte de él, cumpliendo su promesa en el espacio de una semana. Cuanto entonces necesitaba era un salvoconducto del cuartel general en Vitoria para unirme a mi nueva unidad en el frente. Lo pedí el 9 de junio, contestándoseme que primero tenía que presentar un certificado firmado por el coronel Rada, mi último jefe, concediéndome permiso para servir en el frente de Bilbao. Pensé que podían habérmelo dicho tres semanas antes, cuando hice mi primera solicitud. Sin Embargo, sólo me quedaba encontrar al coronel Rada. Nadie parecía saber donde se hallaba, aconsejándoseme que fuera a Salamanca y lo averiguara allí. Después de dos días en Salamanca oí decir que estaba en Ávila, donde le encontré, pudiendo así obtener mi certificado sin dificultad alguna.

Mis dos días en Salamanca fueron memorables debido a cierto incidente: estaba comiendo en un restaurante, que ostentaba el encantador nombre de «La Viuda del Fraile», cuando un delgado y alto teniente de la Legión se acercó y tomó asiento a mi mesa.

—Perdóneme —dijo—, pero me han dicho que es usted un requeté inglés. Me llamo Noel FitzPatrick y también soy inglés, o, mejor dicho, irlandés.

Resulto que teníamos diversos amigos comunes en Inglaterra. Era magnífico compañero, con un muy desarrollado sentido del ridículo, especialmente en cuanto concernía a sí mismo. Le vi con mucha frecuencia durante los siguientes meses, convirtiéndose, y siendo aún, uno de mis más íntimos amigos. Durante la comida me contó algo de su propia historia, y mucho acerca del general O'Duffy y la Brigada Irlandesa. Tenía entonces unos treinta años.

Después de salir de la academia militar de Sandhurst, fue destinado a un famoso regimiento de línea, que abandonó más tarde, según dijo, «con la entusiasta cooperación de mi comandante». Después fue trasladado a otro regimiento, pero decidiendo no seguir su carrera en el ejército regular, pasó a la reserva suplementaria, adscrito a la Guardia Irlandesa.

—Cuando esta guerra estalló —me dijo— tenía un negocio de automóviles en Londres, pero averigüé que mi secretaria, de la cual estaba enamorado, se acostaba con mi gerente, y pensé que se estaban burlando de mí. Por tanto cerré el negocio y me vine aquí. Eso fue en agosto.

Al llegar a España pasó a las órdenes del comandante Castejón, de la V Bandera de la Legión, donde encontró a un viejo amigo y hermano de armas, Bill Nangle. Ambos fueron mencionados en la orden del día, durante el avance sobre Toledo, encontrándose entre la primera docena de hombres que entraron en el Alcázar, cuando fue salvado. Permaneció con la V Bandera hasta noviembre de 1936, siendo entonces él y Bill Nangle trasladados a la Brigada Irlandesa. En aquellos momentos se encontraba en Salamanca, intentando regresar a la V Bandera, a la que ya le había precedido Nangle.

* * *

El 3 de junio, con grave perjuicio para la causa nacionalista, el general Mola murió en accidente de aviación. Era un hombre de gran integridad personal y poderosa influencia, no sólo con los requetés, sino en toda España. El 11 de junio, tras un intenso bombardeo de la artillería y la aviación, los nacionalistas desencadenaron la primera fase de su ofensiva, contra las defensas del famoso «cinturón de hierro», principal línea fortificada que defendía Bilbao. Las posiciones avanzadas fueron tomadas el primer día, rompiéndose las defensas principales el segundo. Guando salí de Vitoria el 19

de junio, veíase claramente que la caída de Bilbao era inminente. Nadie sabía con exactitud donde operaba mi nueva unidad, que formaba parte de la V Brigada Navarra del coronel Sánchez González. Earle creía que estaba en el sector de Las Arenas, en la margen derecha del estuario del Nervión. Encontré Las Arenas libre de enemigos, pero mi tercio no estaba allí. Era un día de brillante sol, caliente en el interior, pero fresco en aquel lugar, gracias a la brisa marina. De aguas arriba del río llegaba el fragor del combate, cuando las Brigadas navarras asaltaban las últimas defensas en las alturas que dominan Bilbao. El estuario estaba atestado de embarcaciones, desde botes de remo hasta pequeños vapores, que intentaban huir. Tenían pocas probabilidades de lograr sus propósitos, pues estaban bajo el alcance de la artillería y las ametralladoras nacionalistas. La mayor parte tuvieron que regresar. Un solo vapor intentó seguir adelante. Con los prismáticos vi las columnas de agua que se elevaban a su alrededor, mientras una batería nacionalista rectificaba el tiro; luego una granada tras otra lo alcanzaron de pleno, hundiéndolo en pocos momentos.

Anochecía cuando encontré al Tercio de Nuestra Señora de Begoña. Las tropas descansaban en las alturas de Archanda, que tomaron al asalto aquella tarde. Aquellas colinas formaban la última línea de defensa enemiga, y entonces nada se interponía entre nosotros y Bilbao, que se extendía a nuestros pies. Para mí, sin embargo, era algo decepcionante, pues ellos habían combatido todo el día, trepando por la casi vertical ladera, entre los árboles, bajo el terrible fuego de morteros y ametralladoras, desde las defensas en lo alto, defendidas por fanáticos mineros asturianos que no huían ni se rendían, sino que combatían hasta el último hombre. Aquel tercio, cuyos efectivos no estaban completos antes de la batalla, entró en fuego con ciento setenta hombres; escasamente quedaban cuarenta cuando yo llegué. Entre esa cuarentena encontré a mi viejo amigo, el padre Vicente, del Tercio del Alcázar, que fue trasladado a esa unidad al principio de la ofensiva. Aquel día condujo una de las alas al asalto, montado en un caballo blanco, cubriéndose con la boina roja de borla morada. Como muy a menudo sucede con las personas arrojadas, sólo fue herido levemente, mientras los requetés detrás de él caían como mieses bajo la hoz, y le mataban el caballo. Estaba entusiasmado, compadeciéndome por no haber podido tomar parte en la batalla. Me llevó al jefe del tercio, comandante Ricardo Uhagón, que estaba sentado, grave y silencioso, apoyado de espaldas a un árbol.

—Quédese conmigo por el momento —dijo Uhagón—. Al amanecer

entraremos en Bilbao; búsquese un lugar para dormir.

Ordenó a su asistente que buscara una manta para mí. Luego subí a lo alto de la colina, hasta un pequeño prado en el que había algunos requetés de pie, sentados o echados. Me dieron un chusco y unas sardinas. Tenía mucha sed, pero lo mismo les sucedía a los demás. No había agua, ni tampoco vino. Un sonriente requeté me ofreció una cantimplora de coñac; como un tonto bebí de ella y mi sed aumento. Cuando se la devolví, se la llevó a los labios, y aparentemente ingirió la mayor parte de su contenido en tres o cuatro tragos.

—¿Por qué lo bebes así? —le pregunté—. Baja todo de una vez y no puede causarte satisfacción alguna.

—Claro que sí —contestó, riendo—. Ahora está todo dentro de mí, y la satisfacción nace ahí.

Ésa era la forma en que casi todos los soldados españoles bebían el coñac, cuando podían hacerse con una botella.

Pasé mucho frío aquella noche, a pesar de la manta. Después de varios meses de dormir en una cama, y de mi enfermedad, la tierra me oprimía dolorosamente las caderas y los hombros. Permanecí despierto durante varias horas, avergonzándome de mi blandura y sintiéndome solo entre aquellos extraños.

Estaba oscuro aún, cuando nos despertaron. Me puse en pie para desperezar mi dolorido cuerpo. Mi amigo requeté volvió a ofrecerme la cantimplora, de la que bebí con agrado. Cuando el día amaneció estábamos formados en la carretera, esperando la orden de marcha. En el cielo no había ni una sola nube y el día prometía ser caluroso.

A las seis se dio la orden de partida y bajamos en columna por la serpenteante y casi vertical carretera, en dirección a Bilbao. Yo marchaba en cabeza, junto al comandante Uhagón. No vi al padre Vicente por ninguna parte. Nuestro tercio abría la marcha y creí que seríamos las primeras tropas en entrar en Bilbao, pero al encontrarnos a mitad de nuestro camino supimos que el enemigo había evacuado la ciudad el día anterior, y que elementos avanzados de nuestras fuerzas, principalmente tanques, penetraron en la ciudad la noche antes. Por el camino pasamos ante grupos de civiles, de aspecto delgado y cansado, que nos miraban con apatía.

Bilbao, que se encuentra en un profundo valle, rodeado de alturas casi perpendiculares, tiene una atmósfera vaporosa y relajante en días soleados.

Cuando llegamos a la Ría me sentía ya cansado. Entonces giramos a la izquierda, hasta la Plaza del Arenal. Los puentes habían sido volados y las tropas de ingenieros construían puentes de pontones. En unas cercanas cocinas de campaña nos dieron café y un chusco. Era el domingo, 20 de junio. Después del desayuno formamos en el Arenal, para oír misa. Había por lo menos cinco mil soldados en la plaza, de cara a la iglesia que se levanta en su lado este; el Tercio de Nuestra Señora de Begoña estaba al frente. A la misa asistieron generales de las tres armas, incluyendo al propio Generalísimo. Quien había de predicar el sermón sino el padre Vicente, llevando en cabestrillo la mano herida, con el extasiado rostro ascético vuelto hacia el cielo, vibrando de emoción su voz fuerte y estridente, al pronunciar palabras de fe y triunfo, repitiendo una y otra vez el lema de su sermón:

¡Contra Dios no se puede luchar!

* * *

A pesar de su aspecto triste y descuidado, Bilbao parecía haber sufrido muy pocos daños durante el largo sitio. Es una ciudad acostumbrada a los asedios, habiendo sufrido muchos durante las guerras carlistas del siglo pasado. Las calles estaban llenas de vidrios rotos y escombros; algunas ventanas estaban destruidas, otras aparecían cubiertas con sacos terreros y provistas de troneras para la defensa, pero, en general, las casas y las tiendas estaban intactas.

Parecía haber sido poco saqueada, por lo menos durante la evacuación, aunque lo fue en mayor grado en los primeros tiempos de la guerra. Las fábricas y las industrias no habían sufrido daños, pero no disponían de fuerza eléctrica. Lo más grave era la escasez de agua potable, pues el enemigo había cortado el abastecimiento de la ciudad, tardándose un mes en volverlo a la normalidad. El estado de la población civil era trágico. El primer día estuvimos constantemente asediados por demacrados y patéticos hombres y mujeres, de todas clases, de carnes flácidas, y ojos que el hambre hacía brillar, mendigando lastimeramente un pedazo de pan. Los nacionalistas se enfrentaron con el problema inmediatamente, llevando a la ciudad provisiones de carne, patatas, arroz y pan, y abriendo restaurantes donde cualquier persona civil podía obtener comida gratuitamente. La ciudad volvió rápidamente a la vida; a mediados de semana había otra vez luz y fuerza eléctrica, los tranvías circulaban, y las tiendas abrieron, aunque sus existencias eran pocas. Hubo algunos casos de fiebre tifoidea, pero no epidemia alguna.

Permanecimos quince días en Bilbao, reclutando oficiales y soldados entre los simpatizantes que permanecieron ocultos durante el dominio rojo. Las solicitudes de enrolamiento eran muy superiores al número que podíamos admitir, debido a la escasez de equipo e instructores. Se me dio el mando de una sección, y pude contar, afortunadamente para mí, con la ayuda de dos magníficos sargentos.

* * *

El verano de 1937 fue en Inglaterra uno de los tiempos más alegres, antes de la Segunda Guerra Mundial; para mí, en España, fue un periodo de gran confusión. Después de haberme esforzado tanto para ingresar en una unidad combatiente en un frente activo, llegué tarde para la batalla. Y entonces tenía que pasar el tiempo en tareas de instrucción y guarnición, en un frente estabilizado. Además, empecé a recibir cartas de bien intencionados amigos y parientes, en Inglaterra, incitándome a «pensar en mi futuro»; en otras palabras, a regresar a mi país y encontrar un empleo más lucrativo y permanente que el que me daba la guerra de España. Naturalmente, tenían razón, pero después de llevar tanto tiempo en España, no podía salir de allí antes de la terminación de la guerra. Por otra parte, la promesa de seguridad económica no me atraía entonces.

A principios de julio marchamos a Las Arenas, siendo acuartelados en lujosas quintas pertenecientes a nacionalistas vascos emigrados. Aquello fue un alivio para el calor, la humedad y la suciedad de Bilbao. Nuestros efectivos sumaban unos cuatrocientos hombres, y pasábamos el día instruyendo a los reclutas.

Dada mi calidad de inglés, mi prestigio en Las Arenas era grande. Ello se debía el magnífico valor de una institutriz inglesa, cierta *miss* Boland, que perdió la vida al tratar de salvar a la familia para la cual trabajaba, durante el régimen republicano. La familia era vasca, de apellido Zuburria, y vivía en Las Arenas. *Miss* Boland había sido institutriz de los niños, y permaneció con ellos cuando fueron mayores. Había cuatro hijos, el menor de los cuales se encontraba en edad escolar aún, mientras que el mayor llevaba ya un año casado. El día antes de que los nacionalistas entraran en Las Arenas, unos milicianos fueron a detener a los cuatro, y a la esposa del mayor. Sabiendo que serían fusilados, *miss* Boland fue con ellos, siendo ejecutada la primera, por sus esfuerzos para salvarles la vida.

Cuando la instrucción de los reclutas terminó, hacia fines de julio,

partimos para un pequeño pueblo cerca del mar, en el límite de las provincias de Vizcaya y Santander. El pueblo, llamado El Castaño, se levantaba en las montañas, a pocas millas al norte de Valmaseda. Las posiciones que señalaban el frente estaban en la cima de dos picos de una sierra, a una media milla de distancia de la casa en que establecimos la plana mayor del batallón. Entonces formábamos parte de la II Brigada Navarra mandada por el coronel Muñoz Grandes, magnífico soldado, e, incidentalmente, hombre encantador, que más tarde fue famoso como general en jefe de la División Azul española que combatió contra los rusos en 1942. Antes de salir de Las Arenas llegó una nueva promoción de oficiales, que habían terminado sus cursillos en academias de infantería. Nuestros cuadros de mando estuvieron entonces completos. Dada su calidad de oficiales debidamente instruidos, los recién llegados tenían derecho preferente a puestos de mando, sobre voluntarios como yo, por lo que revertí al estado de oficial supernumerario en la plana mayor del batallón.

Permanecimos en El Castaño durante casi un mes; estábamos en la reserva, siendo ocupadas las posiciones en los dos picos por un batallón del Ejército. Aunque personalmente no me satisfacía, nuestra vida allí era agradable. Debido a mis pocas tareas, me bañaba con frecuencia en una pequeña cala a cosa de una milla de distancia, o paseaba por las colinas de aquella hermosa región, en compañía de otros oficiales del Tercio. Algunas veces iba a Bilbao para charlar y tomar unas copas con Tom Pears el cónsul británico, y Charles Purgold, con residencia en San Sebastián, que se había trasladado a Bilbao para las emisiones de la radio nacionalista en inglés. Nuestro sector del frente estaba muy tranquilo, y sólo ocasionalmente disparaba la artillería algunas granadas. Entre nosotros y el mar estaban las Brigadas Mixtas italoespañolas, de Flechas Negras y Flechas Azules. Entre los italianos y nosotros no había mucho cariño. Los *Vincitori di Málaga* eran muy engreídos, sin tener razón alguna para ello, pues sufrieron algunos fuertes reveses, debido a su impetuosa estupidez, durante su avance hacia Bilbao, a lo largo de la costa, de los que tuvieron que ser salvados por unidades españolas vecinas. El soldado español, que combate magníficamente con oficiales de su propia nacionalidad, es raramente dócil al mando extranjero.

Durante aquel mes esperábamos continuamente proseguir nuestro avance, hacia Santander entonces. La razón de la demora hasta mediados de agosto fue la ofensiva republicana contra Brunete, en el frente de Madrid. Los

republicanos sabían que los nacionalistas habían concentrado una gran parte de sus fuerzas combatientes en la campaña del norte. Era natural esperar que intentaran aliviar la presión en aquel frente, y, al mismo tiempo, explotar la debilidad nacionalista ante Madrid, pasando ellos a la ofensiva. Tenían un muy capacitado jefe de estado mayor en el general Vicente Rojo, oficial del Ejército regular, contemporáneo y —antes de la guerra— amigo de mi viejo jefe, el comandante Alamán. Fue detenido en Madrid al estallar la Guerra Civil, y para salvar a su familia accedió a servir a la república. Esto no le excusaba a los ojos de los nacionalistas, que le hubiesen fusilado, de no haber escapado de España al fin de la guerra. A él se debió la preparación de las operaciones de Brunete, que fueron bien planeadas pero mal ejecutadas.

El 9 de julio los republicanos atacaron con cincuenta mil hombres en el sector de Brunete, al noroeste de Madrid, y con otros veinticinco mil en el sector de Villaverde, al suroeste de la capital. Su objetivo era Navalcarnero, principal centro de comunicaciones de todo el frente nacionalista. De haber sido felizmente llevada a cabo, ello hubiera representado una verdadera catástrofe para los nacionalistas. Se combatió ferozmente hasta el 26 de julio, siendo el resultado de la ofensiva la derrota total y la virtual destrucción de las fuerzas republicanas, cuyas bajas se calcularon en treinta mil. Sin embargo, los nacionalistas se vieron obligados a retirar gran número de fuerzas del norte, retrasándose así el ataque.

La ofensiva contra Santander empezó al 14 de agosto, pero desde el sur y no, como habíamos esperado, del este, donde estábamos estacionados. Por el momento nuestras órdenes eran permanecer donde nos encontrábamos, mientras el ataque principal, llevado a cabo por tres Brigadas Navarras y dos divisiones italianas, irrumpía a través de las defensas enemigas alrededor de Reinosa. Durante los dos primeros días los republicanos combatieron tercamente en terreno particularmente adaptado para la defensa, pero el 16 los navarros tomaron Reinosa, mientras los italianos, atacando osadamente frente a la vigorosa resistencia enemiga, conquistaron el Puerto del Escudo. Estas dos victorias forzaron el paso de la cordillera Cantábrica, prosiguiendo los nacionalistas su avance ante una oposición que se desintegraba rápidamente.

El 22 de agosto, la VI Brigada Navarra, que se encontraba a nuestra izquierda, ocupó las posiciones que tenía delante, sin disparar un solo tiro ni encontrar enemigo alguno. A las 10’30 de la mañana siguiente recibimos órdenes de avanzar. Trepamos durante dos horas y cuarto bajo el terrible sol, y después avanzamos a lo largo de una estribación, hacia las trincheras

enemigas. Nosotros estábamos en la retaguardia de la columna, pero no hubiéramos corrido peligro alguno de habernos encontrado en la vanguardia, pues el enemigo había huido la noche anterior. Observé que sus trincheras habían sido hábilmente excavadas. Durante la tarde proseguimos el avance hacia el oeste, por la cima de una sierra; a ambos lados de nosotros había un profundo valle, con su correspondiente sierra, más allá, por la cual vi avanzar columnas paralelas de nuestras tropas. El progreso era lento. Y cuando acampamos por la noche parecía que sólo habíamos cubierto unas pocas millas. En el lugar en que nos detuvimos había algunos refugios subterráneos, abandonados por el enemigo, con paja seca dentro. Pensé que estaría mejor abrigado allí y me acosté estúpidamente en uno de ellos, siéndome imposible dormir debido a las atenciones de millones de pulgas.

El avance continuó poco después de amanecer. Nuestro tercio recibió órdenes de proteger el flanco de la columna, lo que significaba que debíamos bajar al valle a nuestra izquierda y efectuar reconocimientos en los pueblos que encontráramos, pintorescas aldeas montañesas, con nombres encantadores y evocadores, tales como Nuestra Señora de las Nieves. No hallamos traza alguna del enemigo, pero nos cansamos bajando a los barrancos que entrecortaban el valle, y saliendo de ellos. A la anochecida llegamos a un apiñamiento de casas blancas, de rojos tejados, rodeadas de maizales y huertos, llamado Puente de Guriezo; había allí una encrucijada y un puente sobre el río Aguera, que no había sido destruido. Se nos ordenó detenernos y pasar la noche en aquel lugar. El comandante Uhagón destacó una compañía para puestos avanzados de vigilancia; otra fue mandada a patrullar por el pueblo, en busca de soldados enemigos rezagados que pudieran ocultarse allí, y para encontrar y destruir las trampas preparadas por los rojos. Pronto oímos una serie de pequeñas explosiones, que indicaron la justeza de esa última precaución. El enemigo había dejado algunas trampas en forma de bombas de mano, que fueron fácilmente descubiertas y no produjeron baja alguna. No necesitábamos preocuparnos por los enemigos rezagados, pues los aldeanos estaban hastiados de los republicanos y ellos mismos nos entregaron dos milicianos que se habían ocultado. Cuando Uhagón, persona gentil y amable por naturaleza, supo lo que aquellos hombres habían hecho en el pueblo, los mando fusilar en el acto.

La siguiente mañana llegó el resto de la II Brigada Navarra, que se detuvo en torno al pueblo. Nadie parecía saber cual sería el siguiente movimiento. Poco después de comer se recibieron noticias de que Santander estaba a punto

de rendirse, y que nuestras tropas debían entrar en la ciudad al otro día por la mañana. El día anterior la I Brigada Navarra había liberado Torrelavega, al oeste de Santander, cortando la única vía de escape hacia Asturias, quedando gran parte del Ejército republicano cercado. Uhagón me mandó llamar, sugiriéndome que me tomara quince días de permiso.

—Nada tendremos que hacer durante algún tiempo —dijo—. Por tanto, concedo permiso a cuantos oficiales sin cuyos servicios puedo pasar. Salga cuando quiera.

Resultó que las noticias de la rendición de Santander eran algo prematuras. Ya he contado como Rupert Bellville y Ricardo González lo descubrieron a su propia costa.

Cuando llegué a Bilbao aquella noche, encontré a un amigo americano, Reynolds Packard, corresponsal de la *United Press*, y a Dick Sheepshanks, de la *Reuter*. Se disponían a salir en coche hacia Santander, esperando entrar en la ciudad con nuestras vanguardias, y sugirieron que los acompañara. Salimos poco antes de la una y viajamos toda la noche, debiendo efectuar un gran rodeo al sur. A las seis de la mañana fuimos detenidos, durante dos horas, por una patrulla italiana, pero a las nueve habíamos alcanzado una colina desde la cual divisábamos Santander. En la carretera formaba una columna Italiana, encabezada por un escuadrón de tanquetas.

Después de media hora de espera vimos acercarse pesadamente a dos hombres, por la carretera, procedentes de la ciudad. Resultaron ser el comandante de la guarnición y el jefe de policía de Santander, que iban a parlamentar con los comandantes nacionalistas, generales Dávila y Bergonzoli, que se encontraban a poca distancia de la carretera. Los dos delegados estaban muy pálidos, pero mientras el policía permaneció firme y digno durante la breve discusión, el soldado parecía a punto de derrumbarse. La entrevista terminó cuando uno de ellos expresó la esperanza de que los nacionalistas perdonarían la vida a las mujeres y los niños, ante cuyo gratuito insulto el general Dávila les ordenó retirarse.

Varios escuadrones de aviones nacionalistas volaban a baja altura sobre la ciudad, en formación cerrada, mientras un materia de montaña enfilaba sus piezas hacia la población, por si se producía alguna resistencia. Nada sucedió durante la siguiente hora; entonces la columna a nuestro lado formó para avanzar. Los tanques abrían la marcha, descendiendo ruidosamente la pendiente colina, a peligrosa velocidad, seguidos por una formación de

motociclistas, cada uno de los cuales llevaba una ametralladora ligera montada en la guía de su máquina. Luego marchaban dos divisiones italianas, la *Littorio* y la *XXIII de Marzo*, cerrando la marcha la unidad italiana de milicias *Fiamme Nere*. Las tropas españolas entraban en la ciudad por otra ruta.

Dejamos el coche para caminar con las primeras unidades de infantería. El día era caluroso y pesado. Las nubes de polvo que levantaban las tanquetas y motocicletas nos asfixiaban. Partidas de la Guardia Civil acompañaban nuestra columna, a pie unas y en motocicleta otras. Por el camino encontramos grupos de hombres que abandonaban la ciudad; milicianos, la mayor parte de ellos vistiendo mono azul, que buscaban su salvación en una patética huida. Fueron apresados por la Guardia Civil, siendo obligados a marchar a la retaguardia de la columna, bajo escolta, para ser llevados a la plaza de toros, donde serían más tarde cribados.

Yo marchaba junto a un amigo español, un requeté temporalmente adscrito a la Oficina de Prensa. Nos habíamos separado de la infantería y llevábamos cierta delantera a la columna, cuando vimos un automóvil enmascarado que se acercaba a nosotros, procedente de la ciudad, con cuatro milicianos. Lo detuvimos pistola en mano, ordenando a sus ocupantes la presentación de sus documentos; al no hacerlo, los obligamos a desmontar, desarmándolos y entregándolos después a unos guardias civiles que aparecieron en aquel momento. Estaban demasiado desmoralizados para oponer resistencia. Mi amigo, que tenía su propio coche, sugirió que me apoderara de aquél, un bonito «Citroën» nuevo. Pensando que podría ser de utilidad para mi tercio, que contaba con muy pocos coches, lo saque de la carretera, cerré las portezuelas con llave y me reuní con la columna. Al acercarnos al centro de la ciudad encontramos las calles atestadas de elementos de la población civil, que nos saludaban, arrojábannos ramos de flores y gritaban como si hubieran enloquecido. Observé que las mujeres y las niñas llevaban sus mejores vestidos, patéticamente viejos, y que sus rostros, transportados de alegría, presentaban huellas de meses de hambre y miedo, que ningún maquillaje podía ocultar. La dominación de Santander por los republicanos fue extremadamente salvaje; centenares de partidarios de los nacionalistas encontraron la muerte al ser arrojados al mar desde lo alto de los acantilados, cerca del faro de Cabo Mayor.

Me separé del triunfal desfile para recorrer la ciudad a mi gusto. Lo primero que me sorprendió fue ver que las calles secundarias estaban llenas

de abatidos milicianos, algunos de ellos armados aún, paralizados por la rapidez y el grado de su derrota. Ignoraron mi presencia, no demostrando ni odio ni miedo ante mi uniforme. Por otra parte, los civiles estaban muy lejos de ser indiferentes al ver mi boina roja; los hombres se acercaban a mi para estrecharme la mano, las mujeres me abrazaban y besaban en ambas mejillas. Al observar mi estatura y lo claro de mi tez me preguntaban si era alemán. Su entusiasmo era abrumador, al contestarles que era inglés. Algunos de los soldados nacionalistas eran hijos de Santander y se produjeran emocionantes escenas al encontrar a los miembros de sus familias, o cuando ansiosamente interrogaban a sus amigos pidiendo noticias de sus seres queridos. No vi señales de destrucción en la ciudad, en contraste con los vidrios rotos y los escombros que cubrían las calles de Bilbao.

A las tres y media había visto ya bastante y decidí regresar a Bilbao. Mi «Citroën» nuevo estaba bien aprovisionado de gasolina y aceite, habiendo, por lo visto, sido preparado para un largo viaje. En las afueras de la ciudad me detuve para preguntar a un centinela italiano si la carretera estaba libre de enemigos, gran número de los cuales debieron quedar cercados entre Santander y nuestras tropas que avanzaban desde el este. Me aseguró que la carretera estaba totalmente libre. Durante las primeras veinticinco millas no encontré a nadie, ni seres humanos ni animales. El coche funcionaba magníficamente. Tras dejar a mi izquierda Santoña y sus faros, seguí viajando sin incidente alguno hasta acercarme a Laredo. Las afueras y las estrechas calles de la población rebosaban de hombres vestidos con mono azul y cubiertos con boina negra, en bandolera el fusil, y pistolas y bombas de mano en los correajes. Sólo cuando me vi obligado a aminorar la marcha a la velocidad de un hombre andando, comprendí quienes eran aquellas gentes. Me había metido en el corazón del Ejército republicano, o aquella parte de él que había quedado aislada por nuestro rápido avance sobre Santander. Era imposible retroceder; mi única posibilidad de salir con bien era seguir conduciendo despreocupadamente, confiando en ser tomado como avanzadilla de los victoriosos nacionalistas, llegado para aceptar su rendición. Naturalmente, lo pasaría muy mal si no pensaban rendirse. Al llevar la boina encarnada con la plateada flor de lis y la pistola del calibre 9, veíase claramente que pertenecía al enemigo. Irónicamente recordé entonces la letra de una bonita canción de aquella ciudad, que nuestros requetés solían cantar:

Ya no te quiero, chica,

ya no te quiero, no,

porque los mis amores

son de Laredo, son.

En aquellos momentos supe lo que los anteriores ocupantes de mi «Citroën» sintieron cuando los detuvimos en las afueras de Santander. Sin embargo, intente sonreír y seguí conduciendo, haciendo sonar la bocina para abrirme paso. Los milicianos me miraban con curiosidad, pero ninguno de ellos intento detenerme hasta que empezaba a salir de la población. Dos hombres con brazales blancos me hicieron señal de parar, aunque sin apuntarme con sus fusiles.

—¡Tercio de Nuestra Señora de Begoña! —grité con voz a la que intente dar tono autoritario.

Y seguí mi camino. Al mirar por el espejo vi la expresión de asombro que se reflejo en sus caras. Puse en práctica esta fórmula en dos subsiguientes ocasiones, con igual éxito, pero debo confesar que me sentí muy aliviado cuando, finalmente, encontré las vanguardias de nuestras Brigadas Mixtas, cerca de Castro Urdiales. Me hizo reír la noticia transmitida al día siguiente por la B. B. C. de Londres, según la cual diez mil soldados republicanos vascos habían tomado posiciones defensivas en la carretera entre Santander y Castro Urdiales.

Decidí pasar mi permiso en San Sebastián, donde estaba seguro de encontrar amigos, en aquella época del año, pero primero tenía que ir a Vitoria, para recoger la correspondencia de Inglaterra y una parte de mi equipaje, que había dejado allí. Al día siguiente emprendí orgullosamente el camino en mi coche nuevo, llegando a Vitoria sin incidente. Allí sufrí una desilusión, gracias a mi inexperiencia y estupidez. Fui lo bastante tonto para creer que podría obtener gasolina y aceite en los depósitos del Ejército, con la excusa de que el coche había de ser utilizado por mi tercio. Como no poseía documentos en los que apoyar mi aserto, y dado que el coche tenía matrícula de Santander, fue rápidamente confiscado. Además; yo no tenía tarjeta de identidad, y entre el calor de Vitoria y mi irritación por perder el «Citroën», me exalte, hablándole muy rudamente al oficial de la base, siendo afortunado que pudiera evitar un arresto.

No me engañaba en mi suposición de encontrar amigos en San Sebastián. Al llegar al Hotel Continental, fui recibido casi como un hijo por la directora, generosa francesa que con riesgo de su vida, había protegido a muchos simpatizantes de los nacionalistas durante el dominio republicano en San Sebastián. Después, al dirigirme al bar de Chicote para tomar un trago y olvidar la pérdida de mi coche, encontré a Noel FitzPatrick, con otro amigo

mío, Michael Larrinaga, hijo de un conocido naviero de Liverpool, el cual, habiendo conservado la nacionalidad española, había regresado a España durante los primeros días de la guerra, alistándose en la artillería. Estaban tomando dos combinados especiales de Perico Chicote, con el aire de extasiada concentración debido a toda obra de arte. Antes de la Guerra Civil, el bar de Chicote era ya famoso en Madrid; durante la guerra abrió otro en San Sebastián. Si existe una jerarquía mundial de *barmen*, Perico Chicote debe ser uno de sus primeros príncipes. Famoso en dos continentes, tanto por la calidez de su corazón como por la habilidad de sus manos, irradiaba en su bar de San Sebastián una atmósfera de simpatía, en la cual pasados peligros y trastornos, y futuras preocupaciones y temores, quedaban olvidados.

A los hombres les gustaba descansar y encontrarse a sus anchas en Chicote, por lo que, aunque no estaba prohibida la entrada a las mujeres, se procuraba que novias y esposas no lo frecuentaran. Iban al Bar Basque, donde los hombres solían reunirse con ellas, después de tomar unas copas en Chicote.

Había aprendido algo acerca de los requetés. A pesar de su valor y resistencia, de su patriotismo e idealismo al que todo lo sacrificaban, les faltaba la rígida disciplina y la preparación técnica tan necesarias en la guerra moderna. La Guerra Civil había cambiado radicalmente desde los primeros días, y las viejas cualidades de voluntad y valor no eran ya bastantes. Estaba convencido de que sólo en la Legión lograría aprender concienzudamente el arte de la guerra. Para las operaciones más difíciles, el general Franco confiaba siempre en las tropas legionarias. Decidí que, de alguna manera, debía enrolarme en la Legión, pero, habiendo ascendido desde soldado hasta oficial en los requetés, no me gustaba la idea de alistarme como soldado raso en aquel Cuerpo y volver a empezar. Después de meditarlo mucho, partí para Salamanca; con el objeto de averiguar si podría ingresar en la Legión con la graduación que entonces tenía.

Hice noche en Burgos, donde encontré a Pablo Merry del Val; con él se hallaba *sir* Arnold Wilson, miembro del Parlamento británico, a quien había conocido cuando yo era secretario de la Asociación Conservadora en Cambridge. *Sir* Arnold Wilson, una de las figuras más discutidas de su tiempo, había hecho una distinguida y sensacional carrera, y era profundamente conocedor de Persia y el Irak. Aquel hombre de personalidad excepcionalmente imponente, absoluta integridad y decididas creencias políticas, no toleraba la menor oposición, por sincera que fuera; por tanto, se

granjeó muchos y poderosos enemigos. Estaba dotado de verdaderamente fenomenales poderes físicos y mentales; por ejemplo, podía recitar un libro entero después de leerlo una sola vez, y su idea de un verano agradable consistía en enrolarse en un barco de carga en el golfo pérsico. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, a la edad de cincuenta y cinco años se convirtió en oficial piloto y ametrallador de cola de la R.A.F., tras haber pasado satisfactoriamente cuantas pruebas físicas se prepararon para eliminarle.

—No quiero esconderme tras una muralla de cuerpos jóvenes —dijo.

Murió aquel mismo año, cuando su avión fue derribado, envuelto en llamas, sobre Holanda. Su carácter era una notable mezcla de implacabilidad y bondad; personalmente sólo tengo que agradecerle bondades, y siempre recordaré su buena amistad.

Durante la cena les hablé de mi deseo de alistarme en la Legión.

—Tiene usted suerte —dijo Merry del Val—. El general Millán Astray se hospeda en este hotel. Después hablaré con él y veremos lo que puede hacerse.

El general Millán Astray, «Padre de la Legión», y cofundador de ella con Franco, era la más famosa e incluso fabulosa figura de la España nacionalista, debido a su legendario valor y al número de veces que fue gravemente herido. Su personalidad, con sólo un brazo y un ojo, era el centro de toda reunión. En los asuntos concernientes a la Legión su poder era absoluto.

Merry del Val habló con el durante unos minutos y luego me llamó. El general me disparó una sucesión de preguntas, como una ametralladora, concentrando la mirada de su único ojo sobre mí, sin parpadear. Al parecer mis contestaciones le complacieron.

—Hablare personalmente al Generalísimo, recomendando que sea usted admitido en la Legión como alférez. Vaya su tercio y obtenga su licenciamiento. Luego espere en Salamanca, donde recibirá órdenes de la Legión. Buena suerte.

CAPÍTULO VI

Encontré al comandante Uhagón y a su tercio en Riaño, al nordeste de León, cerca de la vertiente sur de los famosos Picos de Europa, en la raya de Asturias. La guerra en el norte había virtualmente terminado, y Uhagón creía improbable que su unidad volviera a entrar en acción. Me sentí tentado de quedarme con los requetés, en aquel delicioso pueblo junto a un retorcido riachuelo en el que abundan las truchas, donde los amarillentos abedules, bajo el claro cielo de septiembre, forman cálido contraste con la gris y sombría grandeza de los picos de dos mil seiscientos metros que se yerguen sobre el valle. Pero Millán Astray me había ordenado trasladarme lo antes posible a Salamanca, por lo que me despedí afectuosamente de Uhagón y mis demás amigos.

El ambiente de Salamanca era cosmopolita. La larga mesa central del comedor del Gran Hotel estaba reservada para los observadores militares alemanes, oficiales superiores la mayor parte de ellos, presididos por un general. Formaban un grupo grave, que parecía tomar poco gusto en la comida y la bebida, no mezclándose con los demás. A una mesa cercana, más pequeña, sentábanse los corresponsales de prensa, entre ellos Randolph Churchill, Pembroke Stevens, Reynolds Packard y su esposa, y Philby, de *The Times*. La voz clara y vigorosa de Churchill se lamentaba, en bonitas frases y variado vocabulario, de la ineficiencia del servicio, la calidad de la comida y, sobre todo, de la proximidad de los alemanes, a quienes dirigía venenosas miradas.

—Seguramente debe haber un judío en Alemania con valor suficiente para pegarle dos tiros al bastardo de Hitler —exclamo en alta voz cierta noche.

La brigada de O’Duffy había regresado a Irlanda, pero algunos de sus miembros permanecieron en España, incluyendo a mi amigo Peter Lawler, pequeño irlandés-australiano, que había combatido en la Primera Guerra

Mundial. Durante los disturbios de Irlanda había sido íntimo y leal lugarteniente de Michael Collins; en su región natal era conocido aún como «El Comandante». Aquellos días estaba en Salamanca para percibir la paga de seis meses que se le adeudaba. Cuando la recibió, regresó a Irlanda, muy amargado contra O'Duffy.

Cierto día que me encontraba en el salón del hotel, se me acercó un hombre de frente ancha y despejada, y pequeño bigote rubio, que se presentó a sí mismo, en forma casi brusca, como Archie Lyall, escritor y periodista independiente. Acababa de regresar de Santander, donde asistió a los juicios de los criminales de guerra por los nacionalistas. Como abogado experto, consideraba que las sentencias impuestas a los encontrados culpables eran justas. Anteriormente había escrito un vocabulario plurilingüe titulado *Lyall's 25 Language of Europe*, algunos libros de viajes sobre los Balcanes, África occidental portuguesa y la Rusia soviética, y una alegre sátira, que yo conocía, llamada *It Isn't Done: Or the Future of Tabu Among the British Islanders*. También había fundado y administrado un hospital para asnos en Fez, sostenido mediante contribuciones de señoras ancianas y ricas de los Estados Unidos de América. Cuando le conocí contaba él unos treinta y cinco años de edad.

Fue compañero ideal durante aquel tiempo de espera, pues no sólo era ingenioso conversador, sino que poseía la habilidad de descubrir los lugares de la ciudad en que podía obtenerse la mejor comida y bebida, y diversiones. Lo referente a la bebida era de gran importancia, por cuanto los bares tenían que cerrar a las doce de la noche, después de cuya hora el único lugar en que podíamos tomar un trago era en el «barrio chino». Lyall encontró allí un *cabaret* donde bebíamos mientras escuchábamos a un guitarrista y una cantante, que daba una brillante y emocionante interpretación de la elegía de García Lorca a Sánchez Mejía.

Algunas veces nos acompañaba Lawler, pero semejantes ocasiones presentaban explosivas posibilidades, debido a la tendencia de Lyall de fastidiar a Lawler y al mal genio de éste. Cuando Lawler empezaba a maldecir de O'Duffy y la desgracia que por su culpa se abatió sobre aquella magnífica fuerza combatiente, Lyall le interrumpía, con alguna observación como:

—No esperará usted que los irlandeses hagan algo en España ¿verdad? Aquí hay muy pocas cercas desde detrás de las cuales se pueda disparar.

Dado que yo soy mitad irlandés, repudiaba semejante calumnia, pero Lawler se excitaba, gritando:

—¡Calle, golfa fanfarrona!

Por aquel tiempo Pablo Merry del Val sugirió que le acompañara, junto con *sir* Arnold Wilson, en un rápido viaje por Castilla y las provincias vascongadas. Mis órdenes de incorporación a la Legión podían tardar un mes en llegar, pero Merry del Val dispuso lo necesario para que fuera inmediatamente avisado, si se recibían durante nuestra ausencia. Con nosotros venía también el comandante de aviación Archie James, miembro del Parlamento por el partido conservador, que se encontraba en Salamanca en breve visita. *Sir* Arnold Wilson estaba reuniendo material para un articulo que escribía para *The XIXth Century and After*, del cual era director.

Al llegar a Toledo fuimos a visitar las ruinas del Alcázar. Mirábamos al otro lado del Tajo, más allá del puente de Alcántara, cuando una batería de piezas de campaña abrió fuego a nuestra espalda; oímos las granadas estallar más allá del río. Poco después llegó hasta nosotros el intenso tableteo de las ametralladoras.

—Esto me trae recuerdos —dijo James.

Más tarde nos enteramos que una Bandera de la Legión, apoyada por dos tabores de Regulares, había atacado y tomado las posiciones enemigas, desde las cuales los republicanos podían cañonear y paquear Toledo. Aunque entonces no lo supe, la Bandera que combatió aquel día fue la XIV, a la que después sería yo destacado.

Aquella misma noche estaba sentado en la terraza de un café frente al Alcázar, esperando a mis amigos, cuando un gran grupo de oficiales legionarios entró. Por sus emblemas amarillos los identifique como pertenecientes a la V Bandera, en la cual servía Nangle. FitzPatrick me había recomendado que me diera a conocer. Me sentía ansioso por ver a Nangle, por lo que me acerque al grupo y pregunté por él. Cuando entro unos minutos después, se reunió conmigo a mi mesa.

Por FitzPatrick había sabido muchas cosas de él y de su extraña carrera. Después de salir de la academia militar de Sandhurst, ingresó en el Ejército indio, pero, aunque era buen soldado, encontró monótona aquella vida. Además, era incapaz de demostrar el debido respeto a sus superiores. Después de su periodo de mando en Fort Alexandra, en territorio fronterizo, del que se

dice es el fuerte situado a mayor altitud del mundo, se le pidió redactara un informe para el Estado Mayor en Simla. Lo hizo, empleando la adecuada fraseología oficial, pero estropeó todo el efecto añadiendo como posdata la desatinada pregunta: «¿Cuánto cordel se necesita para rodear la catedral de San Pablo?». Cuando el informe llegó al Estado Mayor, Nangle había ya partido para Inglaterra, con licencia de seis meses. Pidió el retiro, pero, sin esperar a que le fuera concedido, se alistó en la Legión extranjera francesa. Estaba disfrutando de su nueva vida, cuando el príncipe de Gales, con quien su familia tenía cierta influencia, intervino acerca de las autoridades francesas, que ordenaron su licenciamiento, con gran disgusto suyo. En aquellos momentos llevaba algo más de un año en la V Bandera, donde, según supe por sus hermanos de armas, era muy respetado y querido. Sufría episódicos ataques de melancolía, que se presentaron por primera vez durante su servicio en el Sáhara, y que hacían de él un compañero extraño y a veces peligroso. Por razones familiares debió regresar a Inglaterra en diciembre de 1937, transcurriendo casi seis años antes de que volviéramos a vernos.

Cuando hubimos dado término a nuestro viaje por el norte, regresé a Salamanca. El 26 de octubre fui destacado al Primer Tercio de la Legión, con el grado de alférez. Debía firmar mis documentos de enganche en Talavera, retirando también allí mi uniforme, y después presentarme en el Cuartel General del general Yagüe, general comandante de la Legión, en Illescas, en la carretera entre Toledo y Madrid.

En cierta ocasión, Harold Cardozo me dijo que hay dos maneras de entrar en el periodismo londinense. La primera, y la más dura, es pasar el aprendizaje en un periódico de provincias; la segunda, es buscar alguna influencia. Lo malo de esta última es que el director y el cuerpo de redacción le consideran a uno como un falderillo mal preparado, siendo objeto del resentimiento general, y considerado culpable de cuanto malo sucede en el periódico.

Parecida cosa sucede, aunque entonces no me di cuenta de ello, en la Legión. Es el *corps d'elite* del Ejército español, y durante la guerra atrajo a los mejores oficiales del Ejército regular y a los más aventureros reclutas y voluntarios. La selección estaba estrictamente basada en el mérito. Exceptuando uno o dos, que habían ascendido desde soldados rasos, los oficiales no españoles en las Banderas eran virtualmente desconocidos. FitzPatrick y Nangle eran dos excepciones; yo constituía la tercera entonces. En mi candor, la recepción de que fui objeto me sorprendió. En lugar de

gratitud por haber venido de tan lejos para luchar por su causa, al principio sólo encontré desconfianza y resentimiento entre los demás oficiales, haciéndome sentirme intruso. Debieron transcurrir dos meses antes de que me aceptaran como uno de ellos.

En la base de Talavera encontré un capitán, de rostro amargado, que me hizo firmar un enganche para la duración de la guerra y me entregó mi nuevo uniforme. Sintiéndome muy orgulloso con mi gorro verde con borla roja y oro, me presenté al comandante Merino, ayudante del general Yagüe, en Illescas. Merino, hombre de anchos hombros, encantadora personalidad y modales agradables, me dijo que había sido destinado a la XIV Bandera, que se encontraba entonces en Getafe. Llegué allí la noche del 31 de octubre, muy cansado, después de dos días de viaje, sin dormir casi. La Bandera ocupaba los cuarteles de infantería. Me presenté a su jefe, el comandante Alfonso de Mora Requejo, a quien encontré a punto de acostarse; me dijo volviera a presentarme al día siguiente, a las nueve de la mañana. Encontré habitación en una casa particular del pueblo. Después de recomendar especialmente que me llamaran lo más tarde a las ocho de la mañana, me fui directamente a la cama.

Me despertó un agitado legionario.

—Mi alférez —empezó a decir—, el comandante me manda preguntarle por qué no se ha presentado a las nueve, como le ordenó.

Consulté el reloj, viendo, horrorizado, que eran las nueve y media. Irritadamente pregunté a mi patrona por qué no me había llamado.

—Anoche vimos que estaba muy cansado —contestó tranquilamente— y como dormía tan profundamente no quisimos despertarle.

«Buen principio», pensé, mientras me endosaba el uniforme, siguiendo después al legionario.

El comandante De Mora, de unos treinta años entonces, era hombre pequeño, delgado, de facciones finamente labradas, mandíbula fuerte, nariz prominente, claros ojos grises y ancha frente. Era teniente de la IV Bandera cuando la guerra empezó y había ganado la Medalla Militar —rara condecoración para un oficial subalterno— en el asalto a Badajoz, en agosto de 1936. Su Compañía ataco la Puerta de la Trinidad a pesar de la gran concentración de fuego enemigo de fusil y ametralladora, sobreviviendo sólo un oficial y quince legionarios. De pie sobre las murallas, agitando una

bandera española para animar a sus soldados, Mora fue alcanzado por una bala que hizo estallar el cargador de la pistola que llevaba al cinto. Años después seguía un tratamiento diario por la herida abierta aún. Sin embargo, yo, que le veía todos los días, sólo me enteré de ello por otro oficial, al terminar la guerra. Ordenancista riguroso, a pesar de sus suaves modales, era magnífico oficial y brillante táctico. Durante la batalla, cuando la situación parecía desesperada, jamás le vi desazonado ni perder, por un solo momento, el dominio de sí mismo; su sola presencia nos llenaba de confianza. Sin embargo, en el transcurso de aquella entrevista yo no sentía la menor confianza. Mora rechazo despectivamente mis excusas, mirándome fríamente.

—En esta unidad exigimos disciplina —observó—. Le he destinado a una compañía de ametralladoras, la 56. ¿Sabe algo de ametralladoras?

—No, mi comandante, pero puedo aprender.

—Será mejor que lo haga. Preséntese ahora al capitán Almajach.

Acto seguido ordenó a un legionario que me condujera al capitán de mi nueva compañía.

El capitán Gutiérrez Almajach era uno de los mejores comandantes de compañía en la Legión. Era hombre de mediana estatura, bien constituido, cuyos delgados labios se abrían en perpetua pequeña sonrisa, que le daba, a primera vista, impresión de humor, incluso de jovialidad, pero los ojos detrás de los gruesos cristales de las gafas eran duros y la sonrisa muy a menudo era de desprecio. Infinitamente cuidadoso, implacablemente eficiente, sin desmayar jamás ante el peligro, era, al mismo tiempo; el hombre de mente más terrible que he conocido. Los legionarios le temían por su crueldad, pero le respetaban por su competencia y valor. Me apremiaba rigurosa e incesantemente, como resultado de lo cual aprendí mucho más de lo que hubiese aprendido con otro capitán menos riguroso.

Por la mirada que me dio cuando me presenté a él, creí que llamaría a los sanitarios; luego me preguntó mi nacionalidad.

—Me *cago* en los ingleses —dijo sencillamente.

La XIV Bandera era una unidad recientemente formada, compuesta en parte por veteranos de otras banderas, y también por oficiales y hombres nuevos en la Legión. Los cuatro comandantes de compañía eran todos veteranos. La primera compañía, la 53 (en la Legión las compañías se numeran consecutivamente en todo el cuerpo) estaba mandada por el capitán

Eduardo Cancela, gallego esbelto y apuesto, de risa rica y licenciosa, corazón cálido, y modales joviales y galantes, que conservaba incluso en el combate. Por el supe la muerte de Von Gaza, cerca de La Marañosa. Fue el único oficial que desde el principio me aceptó como amigo y camarada. Más adelante volveré a hablar de él. La 53 era la compañía más feliz de la Bandera, pero no por ello dejaba de ser menos eficiente que las demás.

Un pequeño oficial atezado, el capitán Rodríguez, mandaba la 54 Compañía. Su feo rostro era agradable y poseía placentera personalidad. Por alguna razón nunca le vi con frecuencia, como tampoco a su compañía.

Cuando llegué, la 55 Compañía estaba mandada por el capitán José Luengo, criatura extraña y errática, de cabello rufo, que siempre me daba la impresión de estar alejado de cuanto le rodeaba. Llevaba muchos años en la Legión, como oficial, pero su carrera en Marruecos y en España estuvo punteada por una serie de desoladores incidentes, que finalmente convencieron a sus superiores de que jamás se adaptaría a la disciplina. Sus excentricidades eran famosas en el Cuerpo; entre ellas recuerdo el relato de unas maniobras en Marruecos, cuando su general, que había esperado verle al frente de su sección, y tras haber comentado desfavorablemente su ausencia sin permiso, le vio al día siguiente toreando en la plaza de Málaga. Intrépido en el combate, desgraciadamente estaba demasiado inclinado a llevar la atmósfera del campo de batalla al bar; después de tomar algunas copas en un café, sacaba la pistola y lentamente y con gran dignidad, rompía las bombillas a tiros, una tras otra. Todos le querían en la Bandera, e incluso Mora sentía cierta debilidad por él, pero eventualmente fue sometido a consejo de guerra, viéndose obligado a retirarse del Ejército.

Éstas tres, eran compañías de fusiles; la de ametralladoras, como ya hemos dicho, estaba mandada por el capitán Almajach. Los oficiales de cada compañía de fusiles tenían su propio comedor; los de la compañía de ametralladoras comían con la plana mayor de la Bandera, es decir, con el Comandante, el capellán y los dos oficiales médicos. Cuando fui destinado a ella, no había subcomandante ni ayudante.

Jamás conocí el nombre de nuestro capellán castrense, a quien siempre llamábamos *Páter*. Era regordete y serio, de unos treinta años de edad, muy devoto, consciente y bueno. Su principal y casi única diversión consistía en el julepe, juego al que los oficiales de la Bandera eran muy aficionados y en el que arriesgaban mucho dinero. Me aconsejaron que no lo aprendiera, debido a las muchas disputas que vi, engendraba. Aunque el capellán deploraba mi

religión —meneó la cabeza, profundamente desconcertado, cuando le dije que los sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra podían casarse—, siempre fue en extremo cortés conmigo, haciéndome objeto de pequeñas bondades, y poniéndose de mi parte en las discusiones con los demás oficiales, sobre Gran Bretaña y su gobierno. Se sintió grandemente aliviado cuando le aseguré que no era francmasón; estaba convencido de que todos los protestantes lo eran, creencia que compartían la mayor parte de los oficiales. Era inútil intentar explicar a los españoles que la francmasonería inglesa es distinta de la variedad continental, que ellos aborrecían debido a su conexión con los gobiernos del Frente Popular de Francia y España. Mi amigo FitzPatrick me contó que lo que eventualmente dio al traste con su carrera en la Legión fue haber admitido, durante una discusión, que era masón.

El más antiguo de los oficiales médicos, el teniente Larrea, pertenecía también al Ejército regular y era como cualquier otro oficial médico en cualquier ejército. Hombre alto y grueso, de voz resonante y animado, al principio me irritaba con sus frecuentes ataques a los ingleses e Inglaterra, país del que nada sabía, y por tomarme como objetivo de sus agudezas y estallidos de mal humor. Después, cuando me sentí a mis anchas en la Bandera, se convirtió en buen amigo mío. Era imposible no apreciarle, pues era fundamentalmente consciente y hombre de buen corazón. Cuando no me azuzaba a mí, azuzaba al Páter, siendo su arma principal un chorro de juramentos que hubieran horrorizado a muchas personas no pertenecientes a las sagradas órdenes. Me parecía que era indebidamente severo con la tropa. En cierta ocasión me desconcertó al mandar a un soldado al pelotón de castigo durante quince días por haber pedido ser mandado al hospital, debido a sufrir blenorragia.

—¡Condenado gandul! —exclamó—. ¿Quién ha oído hablar de mandar a un hombre al hospital simplemente porque tiene purgaciones?

Su ayudante, el alférez Ruiz, era un simpático oficial, que lucía un pequeño bigote, alegre, trabajador y querido por todos.

El más antiguo de los otros dos oficiales de la compañía de ametralladoras era el teniente Noriega, individuo pequeño, nervioso, de cabellos grises, con muchos años de servicio, que había ascendido desde soldado raso. En general, los legionarios no querían a los oficiales de cuchara, pero Noriega era una excepción, pues les trataba con una mezcla perfecta de severidad y bondad, y ellos sabían que jamás les pediría algo que él mismo no estuviera dispuesto a hacer. Noriega no era ni remiso ni cobarde. Sus modales eran taciturnos,

poseía un seco sentido del humor y notable conocimiento del mundo. Antes de alistarse en la Legión fue marinero, habiendo servido en el yate de Pierrepoint Morgan. Después fue contrabandista de armas durante la guerra del Chaco, creo que en favor de los paraguayos.

El otro oficial, el alférez Colomer, catalán de Gerona, de mi misma edad, era hombre rencoroso y ruidoso, que disputaba siempre con los demás oficiales y apabullaba a sus soldados. Había sido gravemente herido en una batalla, lo cual tal vez afecto su temperamento. Su naturaleza pendenciera fue literalmente causa de su muerte: cierto día, después de mi salida de la Bandera, se embriagó al finalizar un combate y desafió a otro oficial a una estúpida competición, para ver cual de ellos podía recoger mayor número de bombas de mano no estalladas, frente a las trincheras. Colomer recogió una de más; le voló la cabeza.

Entre los oficiales regulares de la Bandera había varios que fueron cadetes de la Academia Militar de Zaragoza, cuando su director era Franco. El general era respetado como magnífico soldado, pero igualmente temido como ordenancista. Muchas eran las añagazas que montaba para los cadetes descuidados o indisciplinados. Por ejemplo, cuando se acercaba uno por la calle, a veces volvíase para mirar un escaparate, absorto, aparentemente, en lo que veía; si el cadete era lo bastante tonto y pasaba sin saludar, creyéndose no observado, no daba muchos pasos antes de oír aquella temida y suave voz, llamándole. Traicionado por su reflejo en el cristal del escaparate, al día siguiente quedaría arrestado.

Era igualmente severo en cuestiones no estrictamente militares, pero que indirectamente se reflejaban en la salud y eficiencia del cadete. Modelo de rectitud en su vida privada, conocía las tentaciones a las que los jóvenes sucumben tan fácilmente en las ciudades.

Como en todas las Banderas, con la excepción de la «Jeanne d' Arc», integrada completamente por voluntarios franceses, los hombres de la XIV Bandera eran españoles en un noventa por ciento. Los restantes eran en su mayor parte portugueses, buenos soldados, aunque incluso a los españoles les era difícil comprender su idioma. Había algunos alemanes, un ruso blanco y un turco. El turco era más difícil aún de comprender que los portugueses, pero aquello no tenía importancia, porque casi nunca hablaba. Pronto averigüé que mi español no era tan bueno como yo creía, ni lo bueno que debía ser, especialmente cuando se trataba de la sarta de imprecaciones que el legionario esperaba como adecuado acompañamiento de cualquier orden que le fuera

dada; tuve que remediar esa situación, al descubrir que, sin ellas, mis órdenes no eran obedecidas.

Al igual que los oficiales, los legionarios eran todos voluntarios. A algunos les atraían las posibilidades de aventura y peligro que ofrecían aquellas fuerzas de choque; a otros les interesaban la mejor paga y comida, otros más se alistaban impulsados por el *esprit de corps* y la amplia libertad concedida a los legionarios cuando estaban francos de servicio; pero la mayor parte se enrolaba por una combinación de todas esas circunstancias. Algunos se habían enganchado por cinco años, otros por tres, y la mayor parte por la duración de la guerra.

La paga de los oficiales y clases era aproximadamente el doble que en el Ejército regular; la comida era incomparablemente mejor. La comida del mediodía y de la noche generalmente consistía en sopa, seguida de pescado o pasta, un plato de carne, pastel o queso, con vino y café; además, estaba muy bien cocinada. En las bases de Ceuta y Melilla, se sirve a los hombres en vajilla de porcelana, por camareros vestidos con chaqueta blanca. Los oficiales tenían las mismas raciones que la tropa, suplementadas con artículos adquiridos con su propio dinero.

Las tropas españolas, bien mandadas y debidamente disciplinadas, poseen soberbias cualidades de valor y resistencia. La Legión se enorgullecía de fomentar plenamente esas condiciones. Desde el mismo momento de su alistamiento, se hacía comprender al recluta que pertenecía a un cuerpo distinto, la mejor fuerza combatiente del mundo; a él correspondió demostrar ser digno de semejante privilegio. El combate había de ser el propósito de su vida; la muerte en campaña, su mayor honor; la cobardía, la suprema desgracia. La divisa de la Legión es: «¡Viva la muerte!». Fácil es para naciones más flemáticas burlarse de ese «culto a la muerte», que está completamente de acuerdo con el carácter español, y produjo los mejores soldados de la Guerra Civil, hombres virtualmente insensibles al frío y al hambre, al peligro y la fatiga. Como inglés, sólo puedo decir que el orgullo de servir en ese cuerpo y mandar tales soldados fue una de las mayores experiencias de mi vida.

El aspecto y comportamiento del legionario, tanto al estar en su Bandera como al disfrutar de licencia, se esperaba que fuera, y así era, muy superior al de los demás soldados. Se le permitía la mayor libertad cuando no estaba de servicio; enseñábasele a sentir orgullo de su individualidad; y su designación oficial es «Caballero legionario». Por contraste, la disciplina durante el

servicio y en campaña era extremadamente severa, incluso comparándola con la inglesa. Las órdenes eran cumplimentadas a paso ligero, y estaban generalmente reforzadas con amenazas e imprecaciones; la menor vacilación, laxitud o ineficacia era castigada en el acto mediante varios fustazos en la cara y los hombros. Quienes cometían faltas más graves o eran reincidentes pasaban al pelotón de castigo, donde trabajaban en las más fatigosas tareas desde el amanecer hasta mucho después de anochecido, bajo la vigilancia de un cabo, generalmente escogido por su ferocidad; el alimento dado a los castigados era magro, y los golpes, frecuentes y severos. Tener el fusil sucio bastaba para que el legionario fuera mandado al pelotón durante un mes. Cualquier oficial podía imponer esos castigos. La insubordinación, aunque no fuera ante el enemigo, se castigaba con la muerte en el acto.

Los hombres adiestrados bajo semejante disciplina habían de ver su sensibilidad embotada, ser indiferentes al sufrimiento, tanto propio como ajeno, y contemplar con absoluta indiferencia los más horribles y escuálidos aspectos de la guerra. Uno de mis sargentos me cantó, con satisfacción, cómo habían logrado él y varios de sus camaradas pasar una noche cómoda, al aire libre, bajo fuerte lluvia, después de un ataque en la Casa de Campo. Explicó que el terreno estaba encharcado, pero, afortunadamente (*sic*), se hallaba cubierto de cadáveres, que recogieron, colocándolos en hileras; luego se acostaron sobre ellos, cubriéndose con los capotes. Después de la conquista de Talavera por la V Bandera, FitzPatrick encontró a un legionario golpeando la cara de un miliciano muerto con la culata del fusil. Cuando le indicó que el hombre estaba muerto, el legionario contestó tranquilamente:

—Ya lo sé, mi teniente, pero tiene dientes de oro.

* * *

La XIV Bandera recibió su bautismo de fuego alrededor de quince días antes de mi alistamiento, en la operación que Archie James y yo presenciamos desde el Alcázar de Toledo, saliendo del combate con la moral reforzada. En aquellos momentos todos creíamos que pronto tomaríamos parte en alguna gran ofensiva, que acabaría con la guerra.

En mi sección, dividida en dos pelotones, mandado cada uno por un sargento, teníamos cuatro ametralladoras «Maxim», fabricadas, y empleadas, durante la Primera Guerra Mundial, que habían sido recientemente capturadas a los republicanos. Eran armas muy poco satisfactorias, desgastadas por el

servicio, y muy dadas a quedar inutilizadas por rotura de la aguja del percutor. Había doce ametralladoras en la compañía, y dos morteros de 81 milímetros.

La Bandera permaneció en Getafe una semana desde que llegué a ella. Empleaba el tiempo en instrucción, conociendo a mis hombres y adquiriendo conocimientos acerca de las ametralladoras, siendo instruido por alguno de mis sargentos. Hubiera preferido ser destinado a una compañía de fusiles, pues nada sabía del empleo táctico de las ametralladoras y de su mecanismo. Almajach, que no toleraba la menor desidia en su compañía, me azuzaba de continuo, incitándome a que abandonara mis ideas requetés de la guerra y perfeccionara mi conocimiento de la lengua española.

Era oficial de guardia una noche, y oficial de vigilancia a la siguiente; esto último, sólo cuando la Bandera estaba en la reserva o descansaba. La vigilancia corría a cargo de las diversas compañías, por turno. Algunas veces era tarea ardua, cuando los legionarios peleaban con soldados de otras unidades; entonces se oía el grito de «¡A mi, la Legión!», que llevaba a cuanto legionario lo escuchaba en ayuda de su camarada, debiendo la vigilancia apresurarse entonces para separar a los contendientes. En las noches tranquilas, el oficial de vigilancia y su sargento podían quedar cómodamente sentados en la sala de un tranquilo burdel, tomando café y coñac con *Madame* y escuchando sus quejas acerca de la carestía de la vida, las travesuras de sus chicas y la escandalosa conducta de las tropas —no los caballeros legionarios, naturalmente— que frecuentaban su establecimiento.

El 7 de noviembre, la Bandera recibió órdenes de marcha. Debíamos trasladarnos a Leganés, a dos kilómetros de distancia, para tomar allí el tren hacia Talavera. Nuestro destino final era desconocido, pero se rumoreaba que partiríamos para el frente de Guadalajara, al nordeste de Madrid. En el espacio de dos horas, la Bandera formaba delante del cuartel. Se dio la orden de marcha, mis hombres se echaron al hombro las ametralladoras desmontadas y las cajas de munición, y partimos en dirección a Leganés.

CAPÍTULO VII

Por una vez, el rumor se convirtió en realidad. Nuestro destino eventual era el frente de Guadalajara, aunque tardamos un mes en llegar allí. Después de tres días de espera en Talavera, tomamos otro tren y viajamos durante dos días y dos noches, vía Salamanca, Valladolid y Burgos, hasta Calatayud, a unas cincuenta millas al sudoeste de Zaragoza. Los oficiales ocupábamos coches de primera clase, los suboficiales y sargentos, coches de segunda, y la tropa, vagones cerrados, en los que debían helarse por la noche. Calatayud es una ciudad antigua, agrupada en torno a un castillo moro, que domina la población desde lo alto de un farallón, y del cual se deriva el nombre (*Kalat Ayub*, o Castillo de Ayub). Existe una canción que se prohibió cantar a las tropas mientras nos encontráramos en la ciudad, para no ofender a sus habitantes. Incluso los primeros cuatro versos, que son inocuos, bastaban para excitar a los hijos de Calatayud.

Si vas a Calatayud,
pregunta por la Dolores
que es una moza lozana,
amiga de hacer favores.

Después de tomar café, embarcamos en una larga columna de camiones abiertos —los hombres agazapados en la plataforma de los vehículos, expuestos al frío viento— siendo conducidos a Calamocha, pueblo situado a sesenta y cinco kilómetros de distancia, en la carretera de Teruel, donde fuimos bien alojados, en casas particulares, los oficiales. Descansamos allí, en espera de órdenes. La instrucción era ligera y teníamos mucho tiempo libre. Calamocha es un lugar muy pintoresco, viejo de cientos de años. Según recuerdo, sus más atractivos aspectos eran la iglesia y un puente de piedra.

Las gentes de Calamocha, al igual que cuantas tratamos en Aragón, nos recibieron con gran amistosidad y hospitalidad. Los aragoneses tienen fama de perspicaces, llanos, obstinados e incluso tercos. Son frugales e íntegros. En

cuanto puedo decir, cuéntanse entre las gentes más generosas del mundo. Pasé muchos meses en Aragón, donde observé que, aunque aquella región parece pobre, la gente come y bebe bien. Sentían profundo odio y desprecio por los republicanos, actitud que se reflejaba en su trato con nosotros.

Por aquellos tiempos se me asignó un nuevo asistente, hombre de aproximadamente mi misma edad, llamado Paulino Albarrán. Era campesino, de la provincia de Salamanca, de fuerte constitución, cara sonrosada, ojos ligeramente salidos, a quien sus camaradas llamaban «Tocinito», debido a sus regordetes mejillas y la expresión de su rostro. De carácter alegre, era magnífico soldado.

Por la tarde yo acostumbraba dar un paseo por los alrededores del pueblo. Los fuertes colores del paisaje eran dulcificados por el sol del atardecer y el aire claro y fresco de fines de otoño. La vendimia había terminado, y los campesinos elaboraban el nuevo vino. Cierto día, caminando por un estrecho sendero, llegué hasta una blanca casa, cerca de la cual había una prensa para uvas, en la que trabajaba un viejo, de barba puntiaguda, rodeado de su familia.

—¡Acérquese, joven! —gritó, con voz ronca, al verme.

Mientras me aproximaba, volvió a gritar:

—¿Me conoce? ¡Soy Satanás! Me llaman así por la barba, y quizá también por el buen vino que elaboro. Usted y yo echaremos un trago juntos.

Primero me hizo probar el mosto nuevo, del que llenó una gran jarra. Cuando lo hube bebido y debidamente alabado, entró en la casa, de la que salió llevando en la mano una polvorienta botella. Su familia nos miraba, sonriente. Me hizo beber la mitad del contenido, compartiendo él el resto con sus dos hijos. Luego sacó otra botella, que bebimos, mano a mano, mientras él murmuraba:

—Si, soy Satanás.

Al hablar, movía la cabeza. Su barba blanca aparecía manchada de rojo en algunos lugares. Por fin pude dejar la buena compañía de aquellas gentes, y regresar, con paso poco firme y deteniéndome varias veces para descansar, a Calamocha. Al llegar a la plaza encontré al Páter hablando con el sargento Larios.

—¡Hola! —exclamo—. ¿Dónde ha estado?

—Bebiendo con Satanás —barboté, dejándole mientras me miraba con

asombro.

Curro Larios, hijo de una conocida familia de Algeciras, había sido educado en Inglaterra y estaba casado con una inglesa. Antes de llegar a nuestra Bandera, estuvo en la Brigada Irlandesa como sargento intérprete, llevando luego consigo a la Legión algo de la amargura e impudor producidos por aquella experiencia. Quejábase justamente de que debía ser oficial, pero el general Yagüe se negó a acceder a su petición, alegando que, a los treinta y cinco años, era demasiado mayor para ser oficial subalterno. Larios creía que, debido a las grandes simpatías de Yagüe por la Falange, el general sentía prejuicios contra las personas de apellido influyente, pues en la Legión había oficiales subalternos mayores que él. Antes de las navidades nos abandonó, al pasar a la XIII Bandera.

Después de quince días fuimos trasladados, en camiones, a Torrecilla del Rebollar, en las áridas tierras altas al este de la carretera de Teruel a Zaragoza, a unas doce millas de Calamocha y a tres de la línea del frente. Nuestra vida allí no fue más excitante que en Calamocha, excepto en que teníamos que estar dispuestos a entrar en acción en el plazo de una hora. Lo único que interrumpió la monotonía fue la festividad de la Inmaculada Concepción, el día 8 de diciembre, Patrona de la infantería española. Después de la misa, celebramos la fiesta con una gran comida, precedida por una reunión en la plana mayor de la Bandera, a la que asistimos todos los oficiales; la tropa tuvo también comida extraordinaria. Hubiera sido lamentable para nosotros que hubiésemos debido entrar en acción aquel día o al siguiente, pero la calma reinaba en todos los frentes; calma que precedió a una de las peores tormentas de la guerra.

Dos días después los camiones vinieron a buscarnos nuevamente. Partimos a las cinco de la mañana, siguiendo la retorcida carretera hasta Calamocha, de donde marchamos hacia Calatayud, y de allí, por la carretera de Madrid a Aragón, en lo que claramente era la dirección del frente de Guadalajara. Hacia el mediodía nos detuvimos en Medinaceli para comer; luego continuamos hacia el norte, cruzando Almazán, y oeste, a lo largo del curso del Duero, hasta que, a las cuatro de la tarde, llegamos a Berlanga de Duero, pueblo importante, dominado por un castillo cuadrado que se levanta en lo alto de una loma, donde desembarcamos.

El descanso había terminado; nuestra segunda ofensiva contra Guadalajara estaba a punto de empezar, por lo que teníamos que estar listos para marchar en cualquier momento. El 13 de diciembre Mora convocó a

todos los oficiales a una conferencia.

—Las operaciones contra Guadalajara y Madrid —nos dijo— están a punto de principiar. Espero recibir la orden de marcha de un momento a otro. Tres Cuerpos de Ejército tomarán parte en la ofensiva. A la izquierda, el Cuerpo de Ejército de Castilla, mandado por el general Varela; en el centro, las dos divisiones italianas y dos divisiones mixtas de Flechas; a la derecha, el Cuerpo de Ejército marroquí, del que formamos parte nosotros, al mando del general Yagüe. Junto con la XVI Bandera y elementos de caballería, artillería y carros, formamos la brigada móvil del Cuerpo de Ejército. Cuando se haya roto el frente, nuestra tarea consistirá en avanzar a la cabeza de las demás fuerzas, conquistar puntos importantes en la retaguardia enemiga, y sostenerlos, hasta recibir refuerzos. La XVI Bandera y nosotros, transportados en camiones, formaremos el grupo de infantería motorizada de la brigada, bajo el mando del teniente coronel Peñarredonda, a quien algunos de ustedes conocen.

Se oyó una risa y una voz dijo:

—¡Ah, sí! El sordo.

Mora miró fijamente al que había hablado y prosiguió:

—Les daré detalles antes de entrar en acción. Entretanto, he aquí un par de puntos generales que quiero recuerden: parece existir la idea, entre los oficiales, de que su lugar adecuado en el avance es a la cabeza de sus tropas, estando los jefes de compañía al frente de sus compañías, y los jefes de sección al frente de sus secciones; y, también, que el oficial tiene el deber de exponerse continuamente al fuego enemigo, para animar a sus hombres. Esas ideas son absurdas, y no las admito en mi Bandera. El único momento en que el lugar del oficial está al frente de sus hombres es durante el asalto final, como todos ustedes saben. Por tanto, el jefe de compañía debe encontrarse en el centro de sus tres secciones, e, igualmente, el jefe de sección ha de estar entre sus pelotones. Quiero que esta regla sea observada. Les aseguro que seré muy enérgico con el oficial a quien vea exponiéndose innecesariamente al fuego enemigo, o que permita que sus hombres lo hagan. No dudo que habrá muchas ocasiones de comportamiento heroico, pero exijo que todo oficial contenga su vanidad.

Siguió hablando de detalles técnicos: el empleo de nuestras ametralladoras, el uso del fuego de cobertura, la importancia de no perder contacto, el empleo de enlaces, etc.

—Un punto final. Procurarán que los derechos de la población civil sean escrupulosamente respetados, y que no se produzcan saqueos. Si alguien atenta contra la virtud de una mujer, será muerto en el acto. Las órdenes que acabo de darles para estas operaciones serán observadas en cuantas otras lleven ustedes a cabo bajo mi mando.

Dos días después el enemigo atacó en Teruel.

* * *

La situación de Teruel, en poder de los nacionalistas desde el principio de la Guerra Civil, había sido siempre precaria. Sólo en una contienda civil hubiérase intentado seriamente conservarla, pues su valor militar era despreciable. Formaba un saliente de las líneas nacionalistas y estaba dominada por tres lados por los republicanos, consistiendo sus únicas líneas de comunicación y avituallamiento en una sola carretera y ferrocarril en dirección nordeste, por Calamocha a Zaragoza y Calatayud. Los republicanos dominaban esa carretera desde sus posiciones en la Sierra Palomera, y la bombardeaban con su artillería. Pero Teruel era una ciudad de unos veinte mil habitantes, y, por tanto, no podía ser abandonada al enemigo.

Mientras el general Franco concentraba sus tropas para la ofensiva contra Guadalajara, los republicanos preparaban la suya contra Teruel. El 15 de diciembre atacaron con 75 000 hombres. Veinticuatro horas después habían cortado la carretera y la vía férrea a Calamocha, rodeando la ciudad. Los defensores nacionalistas —una brigada, con un total de alrededor de tres mil hombres, y una batería de artillería— se replegaron al interior de la ciudad.

El 21 de diciembre se combatía en las calles y el alto mando republicano anunció la conquista de la ciudad, anuncio que resultó ser prematuro.

Los nacionalistas fueron tomados por sorpresa. El general Franco abandonó inmediatamente su proyectado ataque contra Madrid y trasladó tropas a Teruel. Ha sido muy criticado por ello. De haber continuado con su plan original, probablemente hubiese tomado Madrid, importante ganancia para él, y enorme pérdida para el enemigo, mientras que la toma de Teruel concedería pocas ventajas militares a los republicanos. Por otra parte, la conquista de Madrid por los nacionalistas no hubiese necesariamente puesto fin a la guerra. Posiblemente un mejor medio para ello, a la larga, era destruir el ejército republicano en Teruel, abriendo el camino para el avance hacia la costa del Mediterráneo. Ésta parece haber sido la idea del Generalísimo.

La contraofensiva para socorrer a Teruel empezó el 22 de diciembre. El Cuerpo de Ejército (Galicia) del general Aranda, avanzó desde el norte; el de Varela (Castilla), retirado del frente de Guadalajara, atacó desde el sudoeste. Lentamente rechazaron a los republicanos, hasta que, el último día del año, estuvieron preparados para el asalto final, que se abriría paso hasta la guarnición sitiada. Entonces empezó a nevar. La temperatura bajó hasta veinte grados centígrados bajo cero. El avance era imposible. Sorprendidos por la nevada, a campo abierto, a una altitud de más de tres mil pies sobre el nivel del mar, sin abrigo, sin uniformes de invierno, sin posibilidad de encender fuegos, los nacionalistas sufrieron más bajas durante los siguientes tres o cuatro días por el frío que por la acción enemiga. El general García Valiño, que mandaba la Primera División navarra[17] después me dijo que entre sus hombres hubo tres mil quinientos casos de congelación. Los republicanos, mejor protegidos contra las inclemencias del tiempo, renovaron sus ataques contra la ciudad: El 8 de enero la guarnición fue aplastada; cuando los nacionalistas pudieron proseguir su avance hacia Teruel, la ciudad se encontraba en poder de los republicanos.

Nosotros, en Berlanga de Duero, nada sabíamos de esa situación, excepto lo que nos decían los comunicados oficiales. La tensión creada por la conferencia de Mora y la posibilidad de entrar inminentemente en fuego, disminuyó después de pocos días, cuando se vio claramente que los planes originales habían sido abandonados. Nos vimos obligados a volver a la rutina pacifica de instrucción y largas marchas bajo la nieve, para endurecernos. Yo conocía ya a mis hombres, a quienes admiraba por su disposición y eficiencia, por su alegría y agudeza. Observé que las relaciones entre ellos y mis sargentos eran magnificas. Incluso estaba empezando a aprender algo acerca del mecanismo de las ametralladoras y su uso táctico —aunque dudo que Almajach hubiese pensado lo mismo que yo— cuando nos enfrentamos con un nuevo riesgo, en forma de mulos para transportar las ametralladoras y las cajas de munición. Había treinta y uno en mi compañía, de los cuales ocho correspondían a mi sección: uno para cada máquina y su munición. Eso parecía poner fin a toda idea de que operáramos como unidad motorizada. Al principio las pobres bestias eran objeto de amargas quejas y maldiciones. Los legionarios encargados de su cuidado eludían aquel trabajo, nadie parecía saber cómo cargar las máquinas y la munición, y los propios mulos hacían gala de obstinada, aunque no irrazonable, repugnancia en conservar sus puestos en desfiles y marchas; además, resbalaban en las heladas calles y carreteras. Pero a medida que nos acostumbrábamos a ellos, empezamos a

apreciar el aspecto conveniente de su fuerza y resistencia. Al tratarlos bien se convirtieron en animales dóciles; durante las subsiguientes operaciones averiguamos que podían llevar grandes cargas durante todo un día, por los más abruptos terrenos montañosos, con poca comida y agua, y tampoco se asustaban por los disparos y explosiones.

Otro riesgo al que no pudimos acostumbrarnos fue la llegada a Berlanga del teniente coronel Peñarredonda, «el sordo». Era un oficial alto, de robusta constitución, de unos cincuenta años, en cuyo rostro se reflejaba casi siempre una expresión de disgusto y amenaza. Pronunciaba pacas palabras, que casi nunca eran agradables. Era terco como un mula, según averigüé más tarde. Por el momento se concentraba en mantenernos ocupados todo el día, ordenando marchas y ejercicios, criticándolo todo. Naturalmente, los comandantes de compañía objeto de sus críticas nos cargaban el muerto a nosotros, que a nuestra vez lo cargábamos a los sargentos, los cuales, naturalmente, lo pasaban a sus hombres, todo ello a una temperatura de doce grados bajo cero. La anterior atmósfera feliz se disipó, sin producirse ganancia alguna en eficiencia.

Poco antes de la navidad el capitán Luengo nos dejó, con gran alivio por parte de los propietarios de los cafés de Berlanga. Fue substituido por el capitán Alonso de Castañeda, hombre alto, rubio, de rostro agradable y modales encantadores. Era oficial legionario, inteligente, de mente independiente, puntos de vista fuera de lo corriente y de naturaleza muy dada a la discusión. Le gustaba burlarse de la Iglesia cuando el Páter se encontraba presente, o propagar dudas acerca de la maldad universal de los republicanos o la sinceridad de todos los jefes nacionalistas, cuando Mora o Cancela estaban allí para discutir con él. Se ponía de mi parte en todas las discusiones acerca de la política británica, pero yo notaba que lo hacía más por llevar la contraria a los demás, que por convicción. A pesar de todo esto, tenía una mentalidad sensible y sabía apreciar la buena literatura y la poesía. Era magnífico soldado.

Me hospedaba en una casita cerca de la Plaza Mayor, perteneciente a un trabajador de mediana edad, que la habitaba con su esposa y dos hermosas hijas de quince o dieciséis años, a la mayor de las cuales Paulino dedicaba todas sus galanterías, aunque presumo que sin mayor éxito. Fueron todos ellos muy bondadosos para conmigo, tratándome como si perteneciera a la familia. Tuve suerte al poder hospedarme allí, pues Berlanga estaba ya lleno de tropas cuando llegamos, encontrándose allí la XVI Bandera, un tercio de requetés, y

una compañía de cañones anticarro alemanes, que imagino debía estar encargada de algunas piezas nuevas que se probaban, pues sus componentes no se relacionaban con hombres ajenos a su unidad. Estaban acuartelados en el «Palacio», edificio antiguo de trescientos años, situado en la plaza. Cierta noche, una semana de navidad, en que estaba de vigilancia, me causaron muchas molestias.

Poco después de la medianoche un sofocado legionario se presentó en la plana mayor de la Bandera, informando que había estallado un incendio en el «Palacio». Cuando llegué allí, todo el edificio estaba en llamas, alumbrando el cielo, la plaza y las casas cercanas. Los alemanes no dieron la alarma sino hasta que el fuego tomó gran incremento, después de haber trasladado sus municiones y equipos a lugar seguro. No los vi durante toda la noche, aunque más tarde supe que se habían buscado nuevo alojamiento. Fue afortunado para el pueblo que se encontraran tropas allí, pues, de lo contrario, creo que toda la población hubiera sido arrasada por el incendio. Requetés y legionarios trabajaron denodadamente combatiendo las llamas. El fuego era demasiado grande para que pudiéramos esperar salvar el edificio; cuanto pudimos hacer fue evitar que se propagara. Afortunadamente, la noche era apacible y no soplaba el viento.

Estuve en pie toda la noche, mandando patrullas por las calles para limpiarlas de espectadores, organizando el transporte de agua y dirigiendo las operaciones con una manguera desde lo alto de un tejado. Hacia las tres y media observé que los legionarios habían desaparecido, dejándome solo con mi pequeño pelotón de hombres de la vigilancia y unos pocos requetés, para combatir el fuego que seguía ardiendo fieramente. Entregué el mando a uno de mis sargentos, corrí al edificio en que estaban acuarteladas dos de nuestras compañías, levanté a la tropa y destaqué a una parte para el transporte de agua y la otra para encargarse de las dos bombas contra incendios de que disponía el pueblo. A las seis de la mañana las dos compañías y los requetés habían asimismo desaparecido, helados y cansados, por lo que tuve que repetir la operación con las otras dos compañías. La vigilancia de la XVI Bandera hubiera debido ayudarme, pero estaba ocupada buscando alojamiento para sus propias compañías, que debieron evacuar los edificios que ocupaban debido al incendio.

Me sentí contento cuando deje el servicio a las siete y media de la mañana. A las ocho y media tomé una taza de café, me afeite rápidamente y forme con mis hombres, siguiendo luego un periodo de instrucción, hasta la

hora de la comida. El incendio fue finalmente sofocado por la tarde.

Llegó la navidad. El tono de los comunicados oficiales era mejor, más optimista, pero nosotros seguíamos sin recibir órdenes. Empezábamos a preguntarnos si se habrían olvidado de nuestra existencia, mientras la mayor batalla de la guerra rugía escasamente a cien millas de distancia.

El año nuevo empezó tristemente para mí. El primero de enero un coche de prensa, en el que viajaban cuatro amigos míos —Dick Sheepshanks, Kim Philby, y dos corresponsales americanos, Eddie Neil y Bradish Johnson— cruzaba el pueblo de Caude, a ocho millas al noroeste de Teruel, durante un bombardeo de la artillería enemiga, cuando una granada del 124 estalló junto al vehículo. Sheepshanks y Johnson murieron en el acto, Neil falleció pocos días después, y Philby escapó con una herida en la cabeza.

El 2 de enero, un nuevo alférez, llamado Campos, llegó a mi compañía. Siendo más antiguo que yo, tomó el mando de mi sección, y yo me encargué de los dos morteros de ochenta y un milímetros. Fue un golpe desagradable para mí, dado que apreciaba y comprendía a mis hombres. Ellos parecían pensar de la misma manera, pues un grupo de ellos, presidido por un cabo, se me presentó, rogándome que pidiera al capitán que me retuviera en la sección. Fui lo bastante tonto para trasladar aquella solicitud a Almajach.

—Claro que le quieren a usted —repuso, fríamente—. Con usted hacen lo que no harían estando mandados por un oficial español.

Campos era un hombre alto, delgado, algo estúpido y taciturno. Me dijo que fue uno de los primeros afiliados a la Falange en Granada, y tomó parte en el fusilamiento del poeta García Lorca. Prefiero pensar que mentía. Los nacionalistas, incluyendo la Falange, negaron decididamente toda responsabilidad en la muerte de Lorca, atribuyéndola a venganza de sus enemigos, que tenía en gran número. Ciertamente tenía muy buenos amigos falangistas, que le hubiesen salvado la vida, de haber podido. Su asesinato fue un crimen que robó al mundo uno de sus más grandes poetas líricos. El misterio de su muerte no ha sido jamás satisfactoriamente explicado. Digo esto con todo respeto para *mister* Gerald Brenan, que fija la responsabilidad en la Guardia Civil, en su libro *The Face of Spain*. No existen dos versiones de la tragedia que coincidan. El relato de Campos no era lo bastante circunstanciado para convencerme entonces, y él tenía gran cuidado de no mencionarlo ante Alonso Castañeda. La razón que él alegaba para la ejecución —que Lorca era comunista y debía haber conducido una columna

contra Granada— es demasiado absurda para ser considerada. En sus versos a la muerte de su amigo Sánchez Mejías, se encuentra el propio epitafio de García Lorca:

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

Un par de días después de la llegada de Campos, un subteniente fue agregado a la su compañía. Esa graduación, que había sido suprimida en el Ejército, subsistía en la Legión. Tratábase de un hombrecillo engreído, de rostro rojizo y expresión petulante, voz chillona e irritada y aspecto de mono, que hizo sentir su presencia desde el primer momento, insultando a los sargentos y golpeando a los hombres con la fusta, con el menor pretexto. Nos era imposible dominarle, pues Almajach aprobaba su actitud, o, por lo menos, sus métodos. Con los oficiales su comportamiento variaba desde la impertinencia para con nosotros, los alféreces, hasta una disgustante obsequiosidad con el capitán. De día y de noche oíanse sus quejidos e imprecaciones.

Por fin recibimos órdenes de marcha, y el 10 de enero salimos de Berlanga, en una larga columna de camiones. Con disgusto comprobamos que nuestro destino no era Teruel, sino otra parte del estático frente de Guadalajara, el destruido y virtualmente abandonado pueblo de Almadrones. Ese pequeño núcleo urbano se encuentra cerca de la carretera principal de Madrid a Zaragoza, a unas 65 millas al nordeste de Madrid, habiendo sufrido gravemente por los bombardeos durante la batalla de Guadalajara, del anterior mes de marzo. Pocas casas quedaban intactas, y sus únicos habitantes eran un puñado de campesinos miserables y hambrientos, que recorrían desconsoladamente las sucias calles. Permanecimos allí una semana, y después partimos a pie, con los mulos y todo nuestro equipo, en marcha de veinticinco millas hacia el este. Fue un recorrido duro, cruzando terreno difícil, pero el tiempo era más claro y frío y los hombres estaban de excelente humor, y cantaban picarescas canciones de distintas regiones de España, cuando ni el Páter ni el comandante se encontraban cerca. Por la noche llegamos a una aldea en las montañas, llamada Torrecuadrada, a unas dos millas de la línea del frente.

Los habitantes de aquella región eran los más pobres que he visto en España, y el país, el más desolado. Deben acreditarse a Auxilio Social, organización perteneciente a la Falange, los grandes esfuerzos llevados a

cabo, apenas terminó la guerra, para mejorar las condiciones existentes en aquel lugar. Al mediodía y por la noche, a la hora del rancho, los niños de la aldea se agrupaban a nuestras cocinas, llevando cuencos o platos, que los cocineros llenaban de carne, pescado, legumbres y pan. Después de dos días los aldeanos nos pidieron dejáramos de dar carne o pescado a los niños, pues les descompondría el estomago, al no estar acostumbrados a aquella comida, puesto que el alimento general en aquella parte del país consistía en alubias y garbanzos. Las casas eran pobres, y sucias y estrechas las calles. Pero la gente, a pesar de su aspecto macilento y miserables vestidos, era buena, y hacía cuanto estaba en su mano por sernos grata.

Después de tres días salimos de Torrecuadrada, en dirección al frente, para efectuar lo que los comunicados llamaban «una rectificación de la línea». Esto significaba ocupar y fortificar diversas alturas que dominaban el valle del Tajuña. El enemigo, que evidentemente temía un asalto en gran escala, habíase retirado al otro lado del río, por lo que pudimos ocupar aquel sector sin bajas. Noriega se encontraba ausente, disfrutando de licencia, y yo mandaba su sección de ametralladoras. Los trabajos de fortificación fueron en extremo arduos, pues la tierra era dura —en algunos sitios era roca pura—, por lo que nuestros picos y palas poco podían hacer. Después de cinco días las manos de los hombres estaban llenas de ampollas y callosidades. No había refugio alguno, y dormíamos a campo raso, envueltos en el capote y la manta, en una temperatura bajo cero. Afortunadamente el tiempo era bueno. Los hombres trabajaban con voluntad, y su moral no sufría a causa del frío, el cansancio o el dolor de las manos. Mi sección fue adscrita a la 53 compañía, mandada por el capitán Cancela, lo cual me complació grandemente, pues tanto él como sus oficiales eran magníficas personas, y era imposible sentirse descontento junto a ellos.

El Tajuña, que separaba nuestras posiciones de las del enemigo, era escasamente algo más que un riachuelo en aquel lugar, y discurría por un valle de unas cuatrocientas yardas de anchura. Por tanto, debíamos ser cuidadosos en nuestros movimientos durante el día, pues el enemigo nos cubría con sus ametralladoras y abría fuego con el menor motivo. Así sufrimos media docena de bajas, entre ellas uno de mis enlaces, que recibió un tiro en la cabeza al ir a buscar su rancho. Era un soldado eficiente y alegre, por lo que me sentí mayormente satisfecho cuando nuestros morteros volaron el nido de ametralladoras aquella tarde. Durante la tercera noche se nos presentaron tres desertores, que se arrastraron hasta nuestras alambradas. Eran catalanes, medio muertos de hambre y desastrosamente uniformados. Después

de comer y fumar, hablaron libremente. Según su relato, que su propio aspecto confirmaba, el enemigo que teníamos en frente estaba al borde del pánico, y pasaba las noches en vela, esperando nuestro ataque. Se quejaron de los bien alimentados comisarios políticos que, procedentes de Madrid o Barcelona, les daban conferencias sobre «el espíritu combatiente» o «el significado de la democracia». Muchas veces me pregunté, sin poderlo averiguar nunca, cual era el destino de los desertores, después de haber sido interrogados: si se les permitía vivir en paz o eran enrolados en nuestro ejército.

Al sexto día fuimos relevados por un batallón de infantería y regresamos a Torrecuadrada para descansar. Aunque contento por el relevo, deploré separarme de mis amigos de la 53 compañía, debido al mal humor de Almajach, la petulancia de Colomer y las imprecaciones del subteniente.

El 12 de febrero abandonamos el frente de Guadalajara definitivamente. Marchamos en camiones hacia el este, todo el día, llegando a primeras horas de la noche a Torrijos del Campo, a pocas millas al sur de Calamocha. Parecía que, por fin, tomaríamos parte en la batalla de Teruel.

Al siguiente día recibimos uniformes nuevos, antecesores del uniforme de combate del Ejército británico: cazadora verde, de sarga, pantalones del mismo color y material, recogidos sobre los tobillos, y botas de media caña. Conservamos nuestras camisas de cuello abierto y los gorros. También se nos entregaron gruesos y amplios capotes verdes, para reemplazar los viejos que llevábamos.

Aquel día fue estropeado para mí a causa de un desagradable incidente. Estaba probando el rancho de mi compañía, junto a las calderetas en una esquina de la plaza del pueblo. Los hombres formaban ante mí, y el subteniente y el brigada nos contemplaban desde alguna distancia. Después de haber probado el rancho y de dar la orden de servirlo, vigilaba la distribución, cuando oí los gritos de ira del subteniente, viéndole, con el rabillo del ojo, dirigirse hacia uno de los soldados al extremo de la fila. Al principio no preste atención, pues estaba acostumbrado al modo de ser de aquel hombre. Un momento después oí ruido de golpes, seguido de un rabioso grito. Al llegar allí, encontré al subteniente, roja la cara y temblando de ira, ante el legionario, en cuyo rostro se reflejaba una expresión de desafío y cuyo gorro estaba en el suelo, donde lo arrojara el subteniente.

—¡Cógelo! —gritó el subteniente.

—No quiero —gruñó el hombre.

—¡Quedas arrestado! —díjele—. Tú y tú —añadí, señalando a otros dos legionarios—, conducidle a la guardia. Subteniente, presente informe escrito del incidente.

Cuando se lo conté a Almajach, el capitán se indignó.

—¿No llevaba usted pistola?

—La llevaba al cinto, como también el subteniente.

—¿Por qué no le pegó dos tiros a ese legionario en aquel mismo momento? ¡Así tratamos la insubordinación en la Legión! Ahora tendremos que formarle consejo de guerra.

Me pregunté si algún día llegaría a ser buen oficial legionario.

CAPÍTULO VIII

La mañana del 5 de febrero un alegre sol, en un claro cielo azul, alumbraba el duro paisaje de la Sierra Palomera. En la llanura que habíamos dejado detrás de nosotros, seguía flotando la niebla, ocultando el valle del Jiloca y la carretera principal al norte de Teruel, que habíamos cruzado el día anterior. Estaba de pie en la ladera, a unas doscientas yardas debajo de la cresta de una loma rocosa que unía dos grandes farallones, formando un amplio anfiteatro semicircular, alrededor de media milla de circunferencia. Sus laderas estaban llenas de tropas: legionarios de verde uniforme, requetés con sus boinas rojas, infantería de uniforme caqui y sus artilleros. Hombres, caballos, mulos, cañones y equipos… La V División Navarra del coronel Sánchez González, con las XIV y XVI Banderas, estaba reunida bajo la cresta, preparándose para un gran ataque.

El día anterior habíamos salido de Torrijos a pie, cruzando el río Jiloca y la carretera de Teruel a Calatayud, por el pueblo de Caminreal; después seguimos hacia el este y el sudeste, en las montañas. El teniente Noriega había regresado de su licencia, y yo volvía a estar al mando de los morteros. El buen tiempo y la certeza de que finalmente entraríamos en fuego nos animaban a todos; incluso el subteniente estaba amable. Después de una marcha de quince millas hicimos alto para pasar la noche a campo raso, cerca de la aldea de Rubielos. Dormimos bien, a pesar del frío, levantándonos descansados y alegres en la helada amanecida. Por orden del comandante abandonamos nuestras mantas y capotes, antes de trasladarnos al punto de reunión; sólo dificultarían nuestros movimientos durante la batalla, y por la noche volveríamos a recibirlos, junto con nuestras raciones. Mientras marchábamos por un retorcido sendero, vi al teniente coronel Peñarredonda con su ayudante, que nos contemplaban. En un lugar cercano a nosotros encontrábase un jinete viejo y arrugado, con gafas y bigote blanco, que en el lado izquierdo del pecho llevaba la insignia de general.

—¡Ahí está papá Vigón! —exclamó alguien—. Estaremos bien si ha planeado él las operaciones.

El general Juan Vigón era el jefe de Estado Mayor del Generalísimo; al cuidadoso planeamiento de aquel brillante soldado debíanse la mayor parte de las victorias nacionalistas.

Al verme, Peñarredonda gritó:

—¡Hola, *mister* Peter! ¿Deseaba que llegara este día?

—Sí, mi teniente coronel. ¿Es verdad que entraremos en fuego?

—Claro que sí. Con cinco divisiones.

Mientras permanecíamos en nuestro puesto de reunión, esperando que la artillería y la aviación empezaran el bombardeo, sentí la tensión de las tropas que me rodeaban. Se hablaba en susurros; el entrechocar de las armas sonaba irrealmente fuerte, y el rebuzno de un mulo a media milla de distancia parecía un trompetazo. Oí una estridente voz femenina cerca de mí, y vi a una muchacha, vestida con el uniforme de la Legión, hablando con un sargento de la 53 compañía. Tenía unos treinta años, pero parecía más vieja; su cara era atezada, y corto su cabello negro. Era corriente ver a aquellas legionarias en todas las Banderas; generalmente cocinaban, lavaban y zurcían la ropa de los hombres, procurando ser siempre útiles, pero raramente seguían a la Bandera al entrar en fuego. Aquella muchacha llevaba mucho tiempo con la Legión; poseía grandes conocimientos sanitarios y ayudaba al practicante de la 53 compañía. Era tan fuerte y valiente como cualquiera de los hombres.

En aquel momento a mi espalda habló una voz en inglés.

—Perdóneme, pero ¿no nos conocimos en Cambridge?

Creyendo soñar, volvíme y vi un teniente de artillería de aproximadamente mi misma edad, de rostro agradable y afeitado. Se presentó como Guy Spaey. En realidad estudió en Cambridge al mismo tiempo que yo, pero él siguió los cursos en *King's College*. Teníamos varios amigos comunes. Era de origen belga, holandés y alemán; llegó a España en octubre de 1936, alistándose inmediatamente en las tropas nacionalistas. En el momento de nuestro encuentro era oficial de una batería de cañones de montaña de 105 milímetros, puesta bajo el mando del teniente coronel Peñarredonda.

Hacia las diez y media la niebla había aclarado totalmente. Oímos ruido de motores en el firmamento y vimos una formación de plateados

bombarderos bimotores, con escolta de cazas, que se acercaba desde el oeste, volando sobre nosotros en dirección a las líneas enemigas. Un minuto después percibimos el trueno de sus bombas. Al mismo momento nuestras baterías abrieron fuego a nuestro alrededor, desde las montañas a cada lado y desde las colinas y la llanura detrás. Los bombarderos regresaron, volaron en círculo sobre nuestras cabezas e hicieron una segunda incursión, volviendo a llegar hasta nosotros el estallido de sus bombas.

El furioso bombardeo continuó durante dos horas; los cañones disparaban incesantemente, mientras oleada tras oleada de bombarderos pasaba sobre nosotros para descargar sus proyectiles en las posiciones enemigas. Ni una sola granada enemiga llegó hasta nosotros, ni tampoco los aviones rojos aparecieron en el cielo. Cuando el fuego empezó, nos dispusimos a avanzar, esperando la orden de hacerlo de un instante a otro; pero a medida que observábamos que el bombardeo sería largo, la tensión se relajaba y procuramos permanecer lo más cómodos posible. Me pareció extraño que Mora no nos diera instrucciones antes de entrar en acción, por lo que ninguno de nosotros tenía la menor idea de cual sería el plan de batalla, pero me dije que, cuando llegara el momento, recibiríamos las explicaciones del caso. Mientras así pensaba, miraba cómo otra formación de nuestros bombarderos se acercaba, reflejándose el sol en sus alas y fuselaje. También se reflejó en un pequeño objeto que cayó del primer avión, seguido, un momento después, por otros de toda la formación. Sólo me llevó un segundo comprender lo que sucedía. Entonces, al oír gritar a Almajach, rugí a los hombres de mi sección:

—¡Cuerpo a tierra! ¡Coged los ronzales de los mulos! ¡La cara contra el suelo!

Al caer las bombas vi una llamarada amarilla; un gran surtidor de tierra saltó en la ladera, a cien yardas de nosotros. Me eché al suelo, apretando la cara contra la roca, protegiéndola con los brazos. Un segundo después la montaña parecía desgarrarse entre convulsiones de llamas. La tierra temblaba y el aire estaba lleno de metralla y piedras. Las explosiones nos martilleaban los oídos y desgarraban los uniformes. Luego siguió un horrible silencio. Me puse en pie, ensordecido y sacudido por las explosiones, cegado por el polvo que flotaba a todo nuestro alrededor. Gradualmente cesó el zumbido de mis oídos y empecé a oír los gritos y quejidos de los heridos, y los relinchos de los animales asustados o maltrechos y también el rugido de furia e indignación de la tropa. Al aclararse la nube de polvo vi que la mayor parte de las bombas habían caído entre nosotros, toda una división reunida sin protección en

aquella ladera, donde el suelo rocoso daba mayor fuerza y poder destructivo a las explosiones. Llame a mis hombres, entre los cuales no se produjo baja alguna. Empezaba a examinar los mulos cuando nuevos gritos me hicieron mirar otra vez al firmamento. Los bombarderos regresaban, en perfecta formación. «¡Dios mío!», pensé. «¡No pueden volver a hacerlo! ¡No permitas que lo hagan, Dios mío!». Al mirarlos con los prismáticos, vi, horrorizado, que el primer avión soltaba su carga, haciéndolo también los demás acto seguido. Algunos soldados empezaron a correr en todas direcciones, por la ladera de la montaña, en suicida intento de escapar de aquel infierno.

—¡No os mováis! —grité a mis hombres—. ¡Cuerpo a tierra y sostened los ronzales de los mulos!

Aquellas bombas tardaron una eternidad en caer. Sin darme cuenta, empecé a rezar para no ser alcanzado, o, por lo menos, no quedar mutilado para siempre. Una vez más las horrísonas explosiones me ensordecieron, silbaron en el aire la metralla y las piedras, y después el silencio. Luego, el polvo y los gritos de los heridos. Al ponerme en pie, me temblaban las piernas, que casi se negaban a sostenerme, y sólo mediante un esfuerzo pude llamar a los hombres de mi sección. Ninguno de ellos había sido muerto o gravemente herido; uno de mis legionarios tenía un corte en la frente, hecho por una esquirla de piedra, y estaba tan aturdido por una bomba que estallo a pocos pies de distancia de él, que estuvo enfermo todo el día. Dos de mis mulos habían muerto. Otro huyó pero no tardó en ser alcanzado. Me asombró la docilidad de aquellas bestias durante el bombardeo y después de él. Uno de los animales tenía un fragmento de bomba en la paletilla, pero transportó su carga durante las operaciones de los dos días siguientes, sin dar señales de dolor o cansancio. Mi Bandera fue muy afortunada, pues sólo tuvimos dos muertos y tres heridos que debieron ser evacuados. En otras partes la matanza era desoladora: más de quinientas bajas, incluyendo ciento cincuenta y seis muertos, en menos de cinco minutos. La XVI Bandera sufrió gravemente, perdiendo uno de sus mejores comandantes de compañía, a quien un casco de metralla le cercenó un pie. La montaña parecía un matadero de pesadilla, en el que caballos destripados, tiras de carne humana y ropas, miembros amputados y equipos destrozados aparecían por todas partes. Observé a la legionaria de la 53 compañía, moviéndose tranquila y eficientemente entre los heridos, aplicando torniquetes y vendajes, dando tabletas de morfina y bromeando con su voz ronca.

Aquélla fue la última vez que vimos a nuestra aviación aquel día. No se

supo a que fue debido el error. Habíamos preparado señales blancas de identificación en la cresta delante de nosotros, indicando nuestras posiciones avanzadas; pero es posible que algunas tropas más retrasadas hicieran lo mismo, en cuyo caso la aviación nos habría confundido con el enemigo. O tal vez sólo se trato de un error de navegación.

La operación que entonces empezaba sería conocida como Batalla del Alfambra o de la Sierra Palomera. El objetivo de los nacionalistas era arrojar a los republicanos de sus posiciones en la Sierra Palomera, que dominaban la carretera y el ferrocarril al norte de Teruel, y adelantar las líneas nacionalistas al este, hasta el río Alfambra. El plan era sencillo. Las posiciones a lo largo de la Sierra Palomera eran demasiado fuertes para ser tomadas por un asalto frontal; pero detrás del macizo montañoso, al este, el terreno se abría en ancha y ondulante meseta, con algunas colinas que bajaban suavemente hacia el valle del Alfambra. Los nacionalistas eligieron aquel sector como campo de batalla. La operación, movimiento de pinzas, era en mayor escala que lo indicado por el cálculo de cinco divisiones, hecho por el teniente coronel Peñarredonda. Tras el bombardeo artillero y aéreo de la montaña, el ataque fue desencadenado simultáneamente desde tres direcciones: desde el sudoeste, por el Cuerpo de Ejército de Galicia del general Aranda, compuesto de cuatro divisiones; el Cuerpo de Ejército marroquí del general Yagüe desde el nordeste, y la I División de caballería y la V División navarra, ambas bajo el mando del general Monasterio, desde el noroeste. El bombardeo destruyó las defensas enemigas, abriendo el camino para un avance general; la caballería de Monasterio cruzó el sector hasta las márgenes del Alfambra, seguida, más lentamente, por la V División navarra, mientras los dos Cuerpos de Ejército atacaban hacia adentro, firmemente, desde el noroeste y el sudoeste. Al segundo día, la V División navarra estableció contacto con las tropas del general Aranda, completando el cerco del enemigo en la Sierra Palomera. En el transcurso del tercer y último día, la caballería a su vez estableció contacto con los Cuerpos de Ejército que avanzaban desde el norte y desde el sur, completando la ocupación de la línea de Alfambra. Al mismo tiempo, la V División navarra arrojaba al enemigo de Sierra Palomera, atacando por la espalda. Durante los tres días los nacionalistas causaron alrededor de quince mil bajas al enemigo, y tomaron siete mil prisioneros, con muy pocas pérdidas por su parte. Desde aquel momento la reconquista de Teruel quedaba asegurada.

Los oficiales subalternos nada sabíamos de este plan durante la mañana

del 5 de febrero. Media hora después de nuestro desastroso bombardeo, el fuego de nuestras baterías disminuyó y recibimos órdenes de avanzar. Trepamos lentamente hasta la cresta tras la cual nos ocultamos toda la mañana, y bajamos, en fila de a uno, por un estrecho y pedregoso sendero al otro lado; las tres compañías de fusiles de nuestra vanguardia se desplegaban en abanico para cruzar el terreno abierto delante de nosotros. A lo lejos, a nuestra izquierda, la caballería galopaba, desparramada por la llanura. Nosotros avanzamos lentamente hacia una línea de bajas colinas. Esperaba oír en cualquier momento las balas punteando la tierra entre nosotros; pero lo más que encontramos fueron algunas granadas disparadas por piezas de largo alcance, y llegamos a las colinas sin bajas. El enemigo abandonó sus defensas durante aquel infierno de fuego y hierro; después de nuestra experiencia de aquella misma mañana, no podía reprochárselo. El efecto que el error de nuestra aviación produjo en mí no había pasado aún, y transcurrió mucho tiempo antes de que pudiera mirar sin aprensión a nuestros aparatos sobrevolándonos. A decir verdad, me asusté terriblemente, como, según averigüé, sucedió a muchos de nosotros. Durante un alto aquella tarde, oí al capitán Cancela diciéndole a Almajach:

—Esa muchacha —dijo, refiriéndose a la legionaria de su propia compañía— tiene mucho valor. Sigue con nosotros aún, después de lo sucedido esta mañana. Cada vez que me parece oír el motor de un avión, me entran ganas de esconderme.

A la anochecida llegamos a una desnuda cordillera nevada, desde la cual se divisaba otra ancha llanura, en la que se encontraban los pueblos de Argente y Visiedo. Los republicanos habían abandonado la cordillera, retirándose a los pueblos en la llanura. Nos preparamos para acampar allí. Se recibió la orden de no encender fuego por ningún motivo, por lo que abrimos las latas de sardinas y de atún que habíamos llevado con nosotros como raciones de urgencia, empezando a comerlas con dedos ateridos por el frío, mientras esperábamos al convoy con la impedimenta, que nos trajera los capotes y las mantas. A más de cuatro mil pies de altitud sobre el nivel del mar, la temperatura estaba bajo cero, y la brisa era helada.

—¡Daría cualquier cosa por un litro de aquel vino que no queríamos beber en Berlanga! —exclamo Colomer.

Algunos de los legionarios tenían cantimploras llenas de coñac, anís o aguardiente, de las cuales bebían a pesar de nuestras prevenciones de que después sentirían aún más el frío. Cuando comprendimos que nuestro tren de

impedimenta no nos encontraría en la oscuridad, nos echamos en la nieve. Varias veces me levanté y di unos pasos, para entrar en calor y activar la circulación de la sangre; después volví a echarme, esperando dormir algo. Debí hacerlo, pues cuando abrí los ojos, sin ni siquiera saber que había dormido, el cielo sobre el valle del Alfambra, delante de nosotros, empezaba a aclarar. Al ponerme en pie observé que la parte delantera de mi cazadora estaba blanca y rígida por la escarcha, que también tenía en la nariz, cejas y pestañas. Poco después vi un grupo de legionarios inclinado sobre un cuerpo rígido en el suelo; uno de nuestros hombres había muerto de frío.

Con las primeras luces del día llegó la impedimenta y se dio permiso para encender fuegos. Agradecidos, llenamos de hirviente café los vasos, tomándolo con tragos de aguardiente, lo cual constituyó el mejor tónico, después de la helada noche al aire libre. Cuando empezamos a caminar, el calor del día y el movimiento insuflaron nueva vida en nosotros; bajo el alegre sol olvidamos las penalidades de la noche anterior. Después de ocupar el pueblo de Argente, o lo que de él quedaba, seguimos nuestro avance en dirección este, cruzando la desnuda llanura hacia Visiedo. No vimos señal alguna del enemigo; sólo el sonido de los disparos en dirección al río Alfambra indicaba adonde había huido. Cuando llegamos a Visiedo, a última hora de la tarde, recibimos órdenes de acampar allí aquella noche. El pueblo parecía haber sufrido menos que Argente; unas pocas casas estaban aún en pie, y algunas de ellas se encontraban deshabitadas. Y, lo que fue mejor aún, hallamos el depósito de aprovisionamiento de una de las divisiones republicanas, en el que establecimos guardia, no sin antes haber distribuido cajas de múltiples clases de alimentos en conserva, a las diversas compañías.

En aquel pueblo tropezamos con la única oposición del día: una vieja furiosa que, una hora después de nuestra llegada, entró precipitadamente en la habitación donde Mora había establecido su puesto de mando, quejándose de que nuestros hombres le habían robado un pollo.

—¡Bandidos! —exclamó, amenazándonos con el puño— Creyeron que no los había visto, pero los vi bien. ¿Y vosotros sois los liberadores? ¡Sois peores que los rojos!

Mora la dejó hablar. Creo que le hubiese arañado la cara de habérsele ocurrido interrumpirla. Después le pregunto en cuánto valoraba la pérdida, le pago la suma indicada y ordenó al oficial de la vigilancia que encontrara a los culpables, que sufrieron un mes de pelotón. Imagino que el duque de Wellington, que mandaba azotar a sus soldados por parecidos delitos[18],

hubiese dado su aprobación a la orden de Mora.

Salimos temprano a la mañana siguiente. Volvimos sobre nuestros pasos del día anterior, marchando hacia el oeste, hasta que, por la noche, acampamos en una loma de la Sierra Palomera. Con alegría volví a encontrar a Spaey. Temí que no hubiera sobrevivido al bombardeo de dos días antes, pero se presentó a caballo en nuestro campamento, llevando otro corcel de las riendas, para invitarme a que cenara con él en su posición. Ni Mora ni Almajach opusieron inconveniente alguno, insistiendo tan sólo en que estuviera de regreso a la Bandera al amanecer. Me asombró observar lo bien que se cuidaba la artillería en aquellas condiciones, pues no sólo cenamos y bebimos admirablemente bien, sino que Spaey me busco una pequeña tienda de campaña para dormir. Ordenó a su asistente que me llamara media hora antes de amanecer, teniendo ya un caballo ensillado para devolverme a mi Bandera. Su batería tenía por misión cubrir las XIV y XVI Banderas. A pesar de que no debió entrar en acción, Spaey pudo formarse un cuadro bastante claro del transcurso de la batalla, que me explicó. Dijo que al día siguiente limpiaríamos Sierra Palomera de enemigos, atacando por detrás, pero que no era probable que tropezáramos con mucha resistencia. Ambos convinimos en que merecíamos unos días de licencia cuando el combate hubiese acabado, y decidimos pasarlos juntos en Zaragoza.

Al día siguiente, de madrugada, acompañado por el asistente de Spaey, recorrí las dos millas hasta mi Bandera, al trote de mi caballo, en el aire límpido de otro hermoso amanecer. Durante todo el día seguimos escalando la Sierra Palomera, rodeando los rotos restos de las fuerzas republicanas, que no podían ofrecer resistencia, y sólo deseaban rendirse lo antes posible. Eran todos españoles. Por la noche llegamos, cansados, a un derruido monasterio en las montañas, donde pasamos la noche. A pesar del cansancio, muchos de nosotros no pudimos dormir. El viento aullaba y silbaba entre las desnudas rocas, penetrando a través de nuestros capotes y mantas. Agradecimos la llegada del nuevo día, que nos trajo el sol para calentarnos. Durante la mañana completamos la limpieza de la Sierra y después bajamos, por pendientes y retorcidos senderos, a la llanura y la carretera de Teruel a Calatayud, llegando, derrengados, por la noche, a Torremocha, donde nos aguardaba una cena caliente y camas para dormir. Durante toda la operación la Bandera sufrió menos de media docena de bajas, en las compañías de fusiles, el primero y tercer días. Pero el frío causó la muerte a otros tantos.

* * *

Pasar del pedregoso suelo de Sierra Palomera a una cómoda cama en el Gran Hotel de Zaragoza, era el súbito cambio que aceptábamos como cosa natural durante la Guerra Civil. Torremocha estaba a algo más de tres horas de Zaragoza, por carretera, y Spaey y yo llegamos a la capital aragonesa dos días después de nuestro descenso de la sierra. En aquel periodo de la guerra, Zaragoza era el lugar donde siempre se encontraban viejos amigos. Cuando, después de permanecer durante media hora en las delicias de un baño caliente y cambiarme, baje al gran salón de mármol del hotel, para reunirme allí con Spaey, oí que alguien gritaba mi nombre desde una mesa al otro lado de la habitación. Sentado allí, con tres *whiskies* con soda ante si, estaba el capitán Von Hartmann, oficial de caballería finlandés, a quien había conocido en San Sebastián.

—¡Maldita sea! —gritó con acento nasal—. Os he visto a vosotros dos, bastardos, cruzar el salón hace media hora, y pedí estos *whiskies*. El *whisky* español es terrible. Probad si podéis beberlos.

Yo no pude, ni tampoco Spaey, que acababa de bajar.

—Soy de caballería y puedo beberlo todo —añadió von Hartmann—. Pero creo que será mejor que pidamos coñac.

A primera vista, von Hartmann, a pesar de su poca estatura, parecía el típico oficial prusiano del cine y del teatro, con el cabello recortado, cicatrices en la cara y monóculo. El parecido era sólo superficial. Poseía temperamento entusiasta y volátil, era generoso, valiente y poseía sentido del humor. Era sobrino del gran Mannerheim, y fue a la guerra a temprana edad, sirviendo en el ejército alemán en el frente oriental en 1914, primero como oficial de caballería, y como aviador después; luego combatió a las órdenes de su tío en la primera guerra de independencia de Finlandia. Durante los primeros meses de la guerra civil española, mando una centuria de voluntarios de la Falange, en el frente de Santander; más tarde recibió el mando de una escuela de cadetes, cerca de Salamanca. Luego se mezcló en el complot de Hedilla, siendo arrestado y privado de su mando. Cuando nos encontramos en Zaragoza, hacía poco había sido puesto en libertad y se disponía a tomar el mando de un batallón de infantería. Creo que la generosidad de que fue objeto debióse a su mucha popularidad. Tenía más heridas que el general Millán Astray, y varias cicatrices en la cara.

Comparándola con la de Londres, la vida nocturna de Zaragoza ofrecía pocas diversiones. La belleza de las muchachas debíase más al maquillaje y las luces amortiguadas, que a la juventud; el licor hubiera dado mala fama a un contrabandista. Pero a nosotros todo aquello nos parecía magnífico y alegre. Algunas veces era asimismo excitante, pues, debido a la influencia del coñac que se servía en los *cabarets* y, supongo, a la tensión de la guerra, los oficiales eran ruidosos, primero, y belicosos después; sacaban las pistolas y las balas empezaban a silbar por el local. En más de una ocasión se arrojaron bombas de mano, resultando de ello heridos y muertos. Cierta noche, un oficial de carros italiano, al que se negó entrada en un establecimiento nocturno que estaba ya lleno, regresó media hora después en su tanqueta, entrando con ella hasta la pista de baile.

La tarde del 15 de febrero Spaey y yo salimos de Zaragoza, para reincorporarnos a nuestras respectivas unidades. Alrededor de las nueve de la noche llegamos a Monreal del Campo, a unas quince millas al norte de Torremocha, donde encontramos la batería de Spaey. Allí supe que mi Bandera habíase trasladado a Torrecilla del Rebollar, donde estuvimos en diciembre. Era demasiado tarde ya para ir hasta allí entonces, pero la batería partiría en aquella dirección a la amanecida y ofrecieron llevarme con ellos.

Después de unas horas de sueño en el piso de una fría habitación, Spaey y yo montamos en un camión en la helada oscuridad anterior a la amanecida. Con el resto de la batería marchamos hacia el norte, a Calamocha, desde donde seguimos hacia el este, por la tortuosa carretera, a Torrecilla, con las primeras luces del alba. Torrecilla estaba desierta, pero un par de millas más allá encontré al comisariado de mi Bandera, donde me comunicaron que la unidad estaba en acción alrededor de una milla al noroeste. Desde allí oía el incesante tableteo de las ametralladoras y las ocasionales explosiones de granadas y bombas de mortero. Con un legionario sirviéndome de guía, me apresuré a pie hacia el campo de batalla.

Seguimos la carretera en dirección al este durante unos cientos de yardas; luego volvimos a la izquierda para descender a un rocoso valle de maleza y pinos. La marcha era difícil y avanzábamos lentamente, pero a medida que tropezábamos el ruido del combate se acercaba y parecía intensificarse; las balas silbaban entre los árboles y algunas granadas cayeron a los lados de la barranca. Unos veinte minutos después, cuando llegamos al fondo del valle, el fuego disminuyó. Vi a un hombre acercándose, lentamente, con un brazo en cabestrillo; era un joven oficial catalán, el alférez Mentasti, de la 53

compañía. Estaba muy pálido y, al parecer, sufría fuerte dolor, pero nos saludó sonriendo.

—Tenga cuidado allí, Peter —dijo entrecortadamente—. La cosa está mal. Hemos sufrido muchas bajas. Tengo una bala en la muñeca y duele como el diablo.

Siguió su camino, vacilando, y yo empecé a trepar por la loma que tenía ante mí, cruzando hacia la izquierda. Unas cien yardas debajo de la cresta, al otro lado, encontré a Mora, dos médicos, el Páter y Noriega; con ellos estaba el subteniente, que subrepticiamente se llevaba a los labios el gollete de una botella de coñac.

El día anterior los republicanos habían desencadenado un ataque por sorpresa en aquel sector, con dos Brigadas Internacionales —una canadiense y otra angloamericana— apoyadas por dos brigadas españolas. Después de la batalla del Alfambra, el frente nacionalista se dirigía hacia el norte desde la línea del Alfambra, cruzando la carretera y el empalme ferroviario de Vivel del Río y el pueblo de Segura, hacia Zaragoza. Con su primer asalto, los republicanos aplastaron las posiciones avanzadas nacionalistas, conquistando el pueblo de Segura; su avance fue contenido por una segunda línea de defensa frente a Villanueva del Rebollar, a cuatro millas al este de Torrecilla.

Las dos Banderas móviles —la XIV y la XVI, mandadas por el teniente coronel Peñarredonda— fueron trasladadas al frente con órdenes de contraatacar y reconquistar Segura y las posiciones perdidas; estaban apoyadas por un batallón de infantería y una o dos baterías de artillería de campaña. Era una operación arriesgada. El mando nacionalista, que ostentaba allí la IV División navarra del general Camilo Alonso Vega, parecía desconocer la fuerza del enemigo y la distancia que sus propias tropas habían de recorrer entre sus posiciones de partida y su objetivo. Era alrededor de una milla de difícil marcha, gran parte de ella expuesta al fuego de los defensores. Una fuerza de menos de dos mil hombres, con poco apoyo artillero y sin aviación, recibió órdenes de atacar un enemigo varias veces superior en número, firmemente atrincherado en una alta cordillera, bien provisto de armas automáticas y contando, por lo menos, con igual apoyo artillero que los nacionalistas. El plan pudo haber tenido éxito a cubierto de la oscuridad, pero las tropas españolas no habían sido adiestradas para las operaciones nocturnas.

Entre los dos adversarios corrían dos valles separados por una baja línea

montañosa cubierta de pinos; en el valle y el nacimiento de las laderas crecía la maleza. A primera luz aquella mañana, Mora, acompañado de sus jefes de Compañía, efectuó un reconocimiento personal del valle más cercano —el que yo acababa de cruzar— para elegir una ruta para su avance. Inmediatamente se encontraron bajo el fuego enemigo. El capitán Almajach recibió una herida de bala en un pie, que le astilló el hueso y le lisió de por vida. Noriega tomó el mando de la compañía. Aprovechándose de la protección que ofrecía la maleza, la Bandera avanzó bajo el fuego infernal de alrededor de un centenar de ametralladoras pesadas y ligeras. A pesar de las bajas, cruzó el primer valle y alcanzó la baja línea montañosa que se encontraba a unas seiscientas yardas del enemigo. Mora ordenó hacer alto allí y emplazó sus ametralladoras. Cuando yo llegué, se disponía a dar la orden de reanudar el avance.

Recibí el mando de una sección de ametralladoras en lo alto de las colinas, en el flanco derecho, dos de cuyas máquinas habían ya sido destruidas por fuego de la artillería o los morteros enemigos. Me apresuré para vigilar la distribución de municiones y arreglar el municionamiento durante el combate; entonces me dispuse a poner mis otras dos máquinas en acción, para cubrir el avance de las compañías de fusiles. Alcanzaba a ver la situación de las posiciones enemigas al otro lado del valle, bien ocultas entre los pinos y dominando las nuestras; mis órdenes eran mantener el mayor y más ajustado volumen de fuego sobre ellas, que posible fuera. La ametralladora a mi izquierda estaba emplazada detrás de un bajo y semiderruído muro de ladrillo, que anteriormente había formado parte de una pocilga; la otra se encontraba tras un apresuradamente construido parapeto terrero.

Apenas las compañías de fusiles empezaron a bajar la ladera, entre los árboles, el enemigo abrió fuego en toda la línea, barriendo la colina con una firme lluvia de balas, bombas de mortero y granadas. Mientras yo corría de una a otra de mis ametralladoras, agazapándome y protegiéndome en los accidentes del terreno, me preguntaba cómo podría alguien sobrevivir a tan devastador fuego. Me echaba en tierra junto a las máquinas, por turno, esforzándome en observar los impactos de las balas, valiéndome de mis prismáticos, en las posiciones enemigas, pasando las correcciones de elevación y dirección al sargento, gritando las órdenes para hacerme oír sobre el tartamudeo de la máquina. Intentaba sostener los prismáticos con firmeza, dar las órdenes sin que me temblara la voz e ignorar las balas enemigas. Los legionarios no precisaban que les animara; tranquila y eficientemente, y con

bromas ocasionales, disparaban las dos ametralladoras, manteniendo un firme volumen de fuego, como si se encontraran en un polígono de tiro.

Era difícil, desde aquella distancia, comprobar precisamente dónde caían las balas, pero cuando me convencí a mí mismo lo mejor que pude de que batíamos nuestro objetivo, me coloqué, con mis dos enlaces, entre las máquinas, desde donde podía dirigirlas a ambas. La artillería y los morteros enemigos intentaban localizarnos, y sus bombas y granadas levantaban la tierra a nuestro alrededor. Las granadas de nuestras piezas en la cordillera detrás de nosotros silbaban bajas, sobre nuestras cabezas, cayendo cortas algunas de ellas. Llevábamos veinte o treinta minutos en acción cuando una bomba de mortero cayó sobre la máquina de mi derecha desmantelándola y causando bajas entre sus servidores. Me acerqué rápidamente, encontrando muerto al ametrallador y gravemente herido en la cara y el pecho al sargento; no había otras bajas, pero la ametralladora quedó inservible. Ordené a los supervivientes que se ocultaran tras la cresta de la colina, y regresé junto a la única máquina que me quedaba. Parecía tan sólo cuestión de tiempo que también ella fuera destruida.

Un cuarto de hora después llegó un enlace del mando de la Bandera, con órdenes de hacer cesar el fuego y presentarme a Mora. Al bajar la colina me crucé con el subteniente, enrojecido y jadeante, que iba a tomar el mando durante mi ausencia. Encontré al comandante con los jefes de compañía y los otros oficiales de ametralladoras. Fue una reunión triste; incluso Cancela había perdido su acostumbrado buen humor. Las compañías de fusiles habían sufrido muchas bajas, haciendo poco progreso; incluso si llegaban hasta el objetivo, parecía imposible que pudieran tomarlo, enfrentándose con un enemigo tan superior en número. De Mora, que valoraba las vidas de los hombres que había adiestrado, formando con ellos aquella magnífica unidad combatiente, no quería sacrificarlos inútilmente en tan mal planeada operación. Por tanto, bajo su propia responsabilidad, detuvo el asalto, tras haberse cerciorado de que tampoco la XVI Bandera podía avanzar; luego mandó un informe al teniente coronel Peñarredonda y a la División, pidiendo por lo menos algún apoyo aéreo o más artillería. Debió precisar de gran dosis de valor moral para tomar semejante decisión, en vista de las órdenes recibidas. Su actitud estuvo a punto de costarle un consejo de guerra, pero salvó a la XIV Bandera, y probablemente también a la XVI, de ser aniquiladas.

Empezó a nevar. Con dedos ateridos abrimos latas de sardinas y de atún, extendiendo su helado contenido sobre pedazos de chusco seco. Desde

entonces no he podido volver a comer semejantes conservas. El enemigo cesó el fuego. Un triste silencio reinaba en el paisaje de la sierra, bajo el sucio firmamento. Jamás en mi vida habíame sentido tan desanimado. Los demás oficiales compartían mi estado de ánimo, pero los hombres, tal vez por ignorancia de nuestra situación o por su natural animación, parecían estar de excelente humor. Con gratitud y casi con un sentimiento de vergüenza, observé a uno de los supervivientes de la dotación de la ametralladora destruida bajo mis propios ojos; era un hombre enérgico y bajo, que iba de uno a otro lugar, bromeando en voz alta con sus camaradas, provocando risas y aplausos. Su irreprimible alegría, junto con la tranquila confianza de Mora, me dieron ánimos.

Los necesitaría. Por la tarde se recibieron órdenes de continuar el ataque. Indignados porque ni el teniente coronel Peñarredonda ni nadie de la División hubiera juzgado necesario comprobar por sí mismo la situación, nos dispersamos, dirigiéndonos a nuestros puestos de combate. Me condolí de los hombres de las compañías de fusiles, que serían mandados a la muerte. No tuve valor para mirar al comandante. Sentado en cuclillas ante mi única ametralladora se encontraba el subteniente, con una botella de coñac en la mano. Me ofreció un trago, que rechacé, con desgana.

—¡Vamos, *mister* Peter! —grito—. ¡Veamos si esos cabrones de ahí delante pueden matarnos!

Cogiéndome del brazo, bajo unos pasos por la ladera, deteniéndose allí, abriendo los brazos y arrojando insultos hacia las líneas republicanas, entre un coro de risas de los hombres. Me dije que era la manera más fácil de hacerse matar estúpidamente, y me maldije por no haber reprimido el exhibicionismo de aquel hombre. Sin embargo, debía poner buena cara delante de las tropas, aunque creo que me hubieran respetado más si le hubiese reconvenido allí mismo. Afortunadamente, el enemigo prefirió no hacernos caso, o tal vez no nos vio.

—El combate empezará dentro de un instante, subteniente —le dije—. Será mejor que se presente al teniente Noriega.

El subteniente corrió como conejo asustado.

Cuando las armas a mi izquierda abrieron fuego, me eché al suelo junto al sargento, dando la orden de disparar, comprobando por medio de los prismáticos el lugar batido por la ametralladora. El enemigo replicó vigorosamente, desde el frente y los flancos de sus posiciones. Sus balas caían

como granizo, con el ruido de una fuerte tormenta. Pronto sus morteros y artillería entraron en acción, como durante la mañana. Intenté aparentar que aquella situación era lo que más me agradaba, pero no creo haberlo logrado, con la garganta seca y latiéndome apresuradamente el corazón. Cuando me asusto suelo enrojecer, y no pude por menos de reír al oír a uno de mis hombres gritar:

—¡Mirad el color de la cara del alférez! ¡Está delatando nuestra posición!

Había dejado de nevar, pero la luz empezaba a desvanecerse, y era más difícil por momentos distinguir los parapetos enemigos entre los oscuros pinares. Los republicanos debieron tropezar con parecida dificultad, pues observé que empezaban a disparar alto. Horrorizado, vi que nuestra ametralladora dejaba de funcionar.

—¡Percutor! —murmuró, con lágrimas de ira en los ojos, nuestro sargento, mientras los hombres se esforzaban en repararla rápidamente.

El percutor se había roto, como frecuentemente sucedía con aquellas viejas armas. No había forma de seguir utilizándola, y no tuve otra alternativa que ordenar que la máquina y su dotación se pusieran a cubierto al otro lado de la cresta. Cuando di parte de lo sucedido a Noriega, cuanto dijo fue:

—No importa, Peter. El comandante ordenará el alto el fuego.

De Mora acababa de regresar de las compañías de fusiles avanzadas, y de una conferencia con el oficial al mando de la XVI Bandera a nuestra izquierda.

Al caer la noche recibimos órdenes de retirarnos. Una triste y diezmada Bandera regresó en silencio al punto de que partiera aquella mañana. Allí, tras apostar centinelas, nos echamos en la nieve, demasiado cansados incluso para comer, demasiado tristes para hablar de la desgracia del día.

Gracias a De Mora, nuestras bajas fueron notablemente pocas dadas las circunstancias: cuatro oficiales y alrededor de cien hombres muertos o gravemente heridos. La XVI Bandera sufrió más que nosotros, perdiendo un mayor tanto por ciento de oficiales. Esperábamos tener que reemprender el ataque en el transcurso de los dos o tres días siguientes, durante los cuales acompañé a De Mora en varios reconocimientos para intentar encontrar una mejor y más segura ruta para nuestro avance. Durante la tarde del segundo día, De Mora convocó a los oficiales a una conferencia, en la que nos dio órdenes operacionales para atacar a la amanecida del día siguiente, apoyados esta vez por la aviación y una mucho mayor concentración de fuego artillero.

Pero aquella noche se canceló el ataque. Recibimos la visita de varios oficiales generales, incluyendo al comandante de la división y al propio general Yagüe. Evidentemente, se sintieron impresionados por las palabras de De Mora, pues las siguientes órdenes fueron de atrincherarnos en la cordillera y estabilizar el frente.

La cordillera que ocupábamos entonces era alta y escarpada, pero su ladera contraria estaba densamente arbolada. Reforzamos las trincheras en la cima, añadiendo nuevos parapetos. Colocamos dos compañías en la línea, dejando la otra en reserva; todas nuestras ametralladoras se necesitaban para la defensa, pero alternábamos las dotaciones, para dar descanso a todos. Los que nos encontrábamos en reserva nos dispusimos a acomodarnos lo mejor posible, excavando refugios donde dormíamos resguardados por la noche, y nos obsequiábamos con abundantes existencias de licor, traídas de Zaragoza. Mi asistente Paulino excavó para mí un espacioso refugio, con una ingeniosamente construida chimenea. En la pared niveló un ancho bancal, sobre el que colocó abundante hierba seca y una manta, para hacer una cama cómoda, vaciando pequeños nichos que habían de servir de asientos. Finalmente montó una burda mesa de cajones de embalaje en el centro. Aquello me parecía un palacio. Con excelente comida, poco trabajo y mucho descanso, nuestros espíritus volvieron a animarse. Recuerdo esos días como unos de los más felices que pasé en la Legión.

Cada día veíamos grandes formaciones de bombarderos enemigos, escoltados por cazas, que volaban sobre nosotros en dirección a Teruel, pero jamás nos molestaron. Después de la reconquista de Teruel por los nacionalistas, el 22 de febrero, el enemigo abandonó la ofensiva en nuestro sector, atacándonos sólo ocasionalmente con el fuego de sus cañones del 75 y mayores, que causó muy pocas bajas, pero que no dejaba de originar cierta alarma, pues nuestros refugios eran algo débiles. Cierta mañana, una granada del 75 dio en un árbol al que estaban amarrados cuatro o cinco de mis mulos; corrí hacia allí esperando encontrarlos destrozados, pero comprobé que no habían sufrido el menor rasguño y que ni siquiera se habían asustado.

Por aquellos tiempos recibí una carta de mi hermano, que volvía a encontrarse en Gibraltar. Me decía que su nuevo observador, Charles Owen, tenía también un hermano en la Legión. ¿Le conocía yo? Su familia tenía sangre española y había vivido en Vigo antes de la guerra. En realidad había en la 55 compañía un teniente oriundo de Vigo, llamado Arrieta. Por él, que conocía bien a la familia Owen, supe que Charles, el mayor, había ingresado

en la Marina Real aproximadamente al mismo tiempo que mi hermano; el menor Cecil, habíase alistado en los requetés al principio de la Guerra Civil, pasando después a la Legión. Arrieta creía que era oficial de la XIII Bandera. Habiendo regresado FitzPatrick y Nangle a Inglaterra, Cecil Owen y yo debíamos ser lo dos únicos oficiales ingleses del Cuerpo, mientras nuestros hermanos estaban juntos en el mismo barco y volaban en el mismo hidro. Owen murió en la batalla del Ebro, a fines de agosto, sirviendo en la XVI Bandera.

Durante aquellos días vi frecuentemente a Cancela y sus oficiales de la 53 compañía. Pasábamos juntos muchas veladas, hablando y bebiendo jerez, coñac o vino tinto en alguno de nuestros refugios. Me enseñaron a beber en bota. Sólo se necesitaba alguna práctica, y bien vale la pena aprender a beber así, pues una bota bien curada mejora grandemente el más áspero vino tinto. Además, se lleva muy cómodamente colgada del hombro. Desde entonces siempre tuve una mientras estuve en la Legión; lo malo era que apenas había curado una bota, alguien me la robaba y tenía que repetir el proceso con otra.

El subjefe de la compañía de Cancela era el teniente Torres, agradable oficial de unos veinticinco años, cuya familia poseía una fábrica de conservas de frutas en Logroño, capital de la región vinícola llamada La Rioja. Cuando le conocí era hombre serio, reposado, y pensaba dedicarse al negocio de su familia después de la guerra; pero había sido arriscado durante la tempestuosa época del Frente Popular, jugándose la vida en Madrid como hombre de acción de su partido político: los requetés. Me explicó que todos los partidos empleaban pistoleros profesionales, para custodiar a sus jefes e intimidar al enemigo. Al estallar la guerra, Torres se alistó en las milicias requetés, siendo gravemente herido en un pulmón. Era un oficial consciente y competente, muy respetado por sus hombres. Después de la pérdida de Mentasti —el oficial herido a quien encontré cuando me dirigía a reunirme con mi Bandera en Villanueva— la compañía sólo tenía otro oficial, un joven andaluz llamado Antonio Marchán. Había sido mancebo de farmacia en Sevilla y poseía el espíritu agudo y la gracia de los sevillanos. Sentía apasionado entusiasmo por la Legión, y por Cancela como su personificación. Era alegre, valeroso y sincero. No vivió mucho.

Como oficial de ametralladoras, yo no era ni muy feliz ni muy eficiente. Algún tiempo antes había tomado la decisión de pedir mi traslado a una sección de fusiles, y en aquellos momentos ansiaba ser destinado a la compañía de Cancela. Cierta noche hice acopio de valor y le pregunté si

querría tomarme en substitución de Mentasti. Cancela accedió de buen grado y prometió arreglarlo con Mora, tan pronto marcháramos de allí.

Después de una semana de descanso se me ordenó dirigirme a la línea y tomar el mando de una de las secciones de ametralladoras. Mi puesto de mando era una fortificación en un alto que dominaba la posición, cómoda para vivir y protegida de las balas y las bombas de mortero por paredes y un bajo techo de vigas de madera y sacos terreros; pero una granada podría destruirla. Debía tener cuidado al circular por las trincheras, pues no eran lo bastante profundas para protegerme y estábamos bajo el continuo fuego de los tiradores y ametralladoras enemigas. Pronto me acostumbré a caminar agachado, pero odiaba las granadas. Dormíamos generalmente de día, permaneciendo alerta por la noche para evitar un ataque por sorpresa. En las primeras horas de la mañana, dos días después de haber tornado el mando de la sección, mis centinelas oyeron ruido cerca de nuestras alambradas, a unas veinte yardas ladera abajo; disparamos algunas ráfagas y el ruido cesó. Por la mañana vimos dos cadáveres vestidos con uniforme caqui caídos sobre el espino.

Cuando los sacamos de allí por la noche, averiguamos que eran canadienses del batallón Mackenzie-Papenac, de las Brigadas Internacionales. Jamás supimos si intentaban desertar o querían probar nuestras defensas. A las nueve de la mañana del 28 de febrero se me ordenó retirar mis ametralladoras y reunirme con la Bandera; a las diez la orden estaba cumplida. Hacia el mediodía una granada del 75 dio de pleno en lo que fuera mi puesto de mando, destrozándolo por completo.

CAPÍTULO IX

Al caer la noche de aquel mismo día, abandonamos definitivamente los pinares de Villanueva. Marchamos durante ocho horas, haciendo alto sólo una vez, caminando en dirección noroeste, por los senderos de la Sierra de Cucalón, hasta llegar a un pequeño pueblo llamado Olalla. Había rumores de que nuestro alto mando se disponía a desencadenar una gran ofensiva en Aragón, en la que nosotros tomaríamos parte. Empezaron a llegar tropas para cubrir las bajas sufridas, incluyendo un capitán para mandar la compañía de ametralladoras, hombre de mediana edad, tranquilo y reposado, muy distinto del dominante Almajach.

De Olalla fuimos en camiones a Codos, encantador lugar en las montañas al este de Calatayud. Aquella rica parte de Aragón produce abundancia de vino y aceitunas. El cálido sol caía sobre los almendros en flor, que anunciaban el fin del invierno y la llegada de la primavera. Mientras efectuábamos ejercicios en mangas de camisa, el perfumado aire que nos llenaba los pulmones hacíanos olvidar los amargos recuerdos del invierno y daba nueva vida a nuestras esperanzas de que la guerra terminara pronto. Las gentes eran amistosas y hospitalarias. Fui alojado en la casa de un viejo campesino y su mujer, que me cedieron una enorme cama con colchón de plumas y prepararon para mí algunas de las mejores comidas que he probado en España. Me trataban como si fuera su hijo favorito, y parecían encantados de tener un inglés en su casa. Por la noche, después de la cena, nos sentábamos ante el fuego, hablando y bebiendo anís que el viejo había elaborado. Cuando la Bandera salió de Olalla, la mujer lloró y ni ella ni su esposo quisieron aceptar pago alguno por mi hospedaje.

Nuestra cómoda vida terminó abruptamente el 6 de marzo, cuando llegaron los camiones para trasladarnos al frente. Cruzamos Cariñena y seguimos hacia el este, en dirección a Belchite, que el enemigo había conquistado el año anterior. Alcanzamos el mojón que señalaba el kilómetro

13 a la anochecida, saltamos inmediatamente de los camiones y pasamos rápidamente al abrigo de los espesos pinares, donde acampamos durante dos días con sus noches. El enemigo estaba tan sólo a dos millas de distancia, fuertemente atrincherado en fortificaciones que dominaban el sector. No sólo se nos prohibió encender fuegos de noche, sino que debíamos permanecer ocultos durante el día. Después de la acostumbrada cena fría de pan, sardinas y atún, nos echábamos a dormir bajo los árboles.

Al día siguiente por la mañana recibimos la triste noticia del hundimiento del nuevo crucero nacionalista Baleares, por destructores republicanos, en el Mediterráneo, perdiéndose casi toda su tripulación. Fue el primero y único éxito republicano en el mar; esa acción demostró notable alejamiento de sus generalmente tontas tácticas. Los destructores atacaron en la oscuridad de las primeras horas de la madrugada, y, después de lanzar sus torpedos, se despegaron sin pérdida alguna. Inmediatamente circularon rumores de que estaban mandados por rusos o exoficiales comunistas de la marina imperial alemana. Ciertamente los republicanos no tenían oficiales regulares españoles para mandar sus barcos. Pero la prensa nacionalista fue algo ingenua al imprecar a los destructores enemigos por «huir cobardemente entre la oscuridad», después de lanzar sus torpedos.

Mientras Paulino me estaba construyendo un abrigo de tierra y maleza, De Mora me mandó llamar para decirme que había aprobado mi traslado a la compañía de Cancela. Mi nuevo capitán me dio el mando de la tercera sección; Marchán mandaba la segunda, y un nuevo oficial, el teniente Martín, estaba al frente de la primera. Torres seguía siendo subcomandante de la compañía. Aquel día estuve ocupado conociendo a los sargentos y tropas de mi sección, familiarizándome también con sus armas. No cabía la menor duda de que pronto entraríamos en acción, y era esencial que entre nosotros reinara confianza mutua. Tenía alrededor de treinta hombres, en dos pelotones, mandado cada uno de éstos por un sargento muy capacitado. Mis legionarios formaban un grupo alegre y decidido, parecían saber lo que se esperaba de ellos y ansiaban entrar en combate. Tenía, además, dos enlaces muy inteligentes, que prestarían valioso servicio en los días por venir. Todas las compañías de fusiles habían recibido nuevas ametralladoras ligeras «Fiat», a razón de dos por sección. Eran armas buenas, ligeras, precisas y capaces de disparar considerable volumen de fuego, pero a veces se encasquillaban.

El nuevo capitán de la compañía de ametralladoras me invitó a una reunión de despedida en su refugio, aquella noche; era una estructura

espaciosa. Además de los oficiales de ametralladoras y yo, había invitado a varios otros, incluyendo a Cancela, Arrieta y un teniente joven llamado Terceño, que temporalmente mandaba la 54 compañía. De Mora había convocado a todos los oficiales a una conferencia, a las nueve de la mañana siguiente. Al principio, la conversación giró en torno al inminente ataque; aquella vez sabíamos que contaríamos con gran apoyo de la aviación y la artillería, así como que seríamos numéricamente superiores al enemigo. Pero también sabíamos que las posiciones republicanas eran muy fuertes, siendo consideradas inexpugnables por sus defensores. El refugio, alumbrado por una sola vela, estaba lleno de tensa excitación, mientras debatíamos nuestras probabilidades de éxito. Alguna persona osada había encargado un barril de vino de Cariñena, bajo cuya influencia pronto olvidamos nuestras esperanzas y temores del futuro inmediato. Nuestro anfitrión estaba decidido a no dejarnos partir antes de terminar con el contenido del barril, tarea imposible incluso para los muchos que allí nos encontrábamos. Recuerdo que mucho más tarde me puse de pie con dificultad, murmurando un irreconocible «buenas noches», y que después intente, tontamente, cuadrarme y saludar. Ese intento fue fatal. Caí de bruces al suelo. Afortunadamente Paulino estaba esperando afuera, para llevarme a dormir.

Mis recuerdos de la siguiente semana han sido algo borrados en parte por la excitación y la fatiga de aquellos días; y también por el transcurso del tiempo; pero no he olvidado aún el dolor de cabeza y de ojos con que me desperté al día siguiente. Estaba permitido encender fuego de día, y, después de tomar un vaso de café muy cargado y caliente, pude asistir a la conferencia convocada por el comandante, sintiéndome casi lúcido.

El general Franco no permitió que los republicanos se recobraran de su desastre en Teruel. Quince días después de la reconquista de la ciudad había reagrupado el ejército del norte, del general Dávila, en siete cuerpos de ejército, a lo largo de una línea que iba desde los Pirineos hasta Teruel, preparados para la mayor ofensiva de la guerra. Esa vez la campaña había de ser conducida al estilo de la *Blitzkrieg* que propugnaban los alemanes. Concentrando una abrumadora superioridad de aviación, artillería, tanques y tropas, los nacionalistas destrozaron las defensas republicanas, y en menos de seis semanas cruzaron Aragón hasta Cataluña y la costa del Mediterráneo. Al cortar la España republicana en dos, esa ofensiva virtualmente decidió el resultado de la guerra.

La campaña tuvo tres fases: la primera, del 9 al 17 de marzo, comprendió

la rotura del frente enemigo al sur del Ebro y el avance nacionalista hasta Caspe y Alcañiz; la segunda, del 22 de marzo al 20 de abril, estuvo constituida por la rotura al norte del Ebro y el avance hasta Cataluña, con la conquista de las ciudades de Lérida, Balaguer y Tremp, y las centrales eléctricas que suministraban fuerza a la industria catalana; la tercera, superpuesta a la segunda, llevó a los nacionalistas desde Caspe y Alcañiz hasta las costas del Mediterráneo, al sur de Tortosa. Mi relato concierne únicamente a la primera fase.

Ese ataque fue desencadenado por cuatro Cuerpos de Ejército: a la izquierda, con su flanco izquierdo en el río Ebro, se encontraba el Cuerpo de Ejército marroquí, mandado por el general Yagüe, compuesto por las Divisiones 15, 5 (Navarra), 13 y 150, por este orden, de norte a sur. En el centro izquierda estaba un cuerpo conocido como «Agrupación García Valiño», bautizado con el nombre de su comandante, consistente en dos Divisiones de infantería y la División de caballería del general Monasterio. En el centro derecha se encontraba el Cuerpo italiano, compuesto por dos Divisiones italianas y dos mixtas. El Cuerpo de Ejército de Galicia, del general Aranda, con cinco divisiones, formaba el flanco derecho del avance. Las XIV y XVI Banderas, mandadas por el teniente coronel Peñarredonda, componían la fuerza móvil de ataque del Cuerpo de Ejército marroquí. Por el momento operábamos como parte de la V División navarra del general Sánchez González.

De Mora nos explicó que a la anochecida avanzaríamos hasta nuestras posiciones de asalto, al este del pueblo de Villanueva del Huerva. El eje de nuestro avance sería la carretera de Belchite a Cariñena. Después de conquistar Belchite, continuaríamos en dirección este a Azaila, donde estableceríamos contacto Con la 15 División a nuestra izquierda, que avanzaría a lo largo de la margen sur del Ebro. Nuestro siguiente objetivo sería Escatrón, después de lo cual caeríamos sobre la importante bifurcación de carreteras y Cuartel General enemigo en Caspe. Gran parte del tiempo operaríamos como infantería motorizada, en conjunción con tanques. Las tres compañías de fusiles se turnarían a la vanguardia de la Bandera.

El asalto empezaría al día siguiente al amanecer, con un intenso bombardeo. Nuestro primer objetivo era una colina llamada El Frontón, posición poderosamente fortificada, con defensas naturales. Dábasele aquel nombre debido a que su cara se levantaba perpendicularmente, dominando la llanura a través de la cual avanzaríamos. Si después del bombardeo

tropezábamos con fuerte resistencia enemiga, la toma de la posición sería difícil. Una cortina de tanques avanzaría entre cien y doscientas yardas delante de nosotros, a razón de una sección de carros por cada compañía. La sección de tanques consistía en seis carros ligeros alemanes, armado cada uno con dos ametralladoras, y dos de los capturados carros rusos, con un cañón de 37 milímetros. Sus tripulaciones pertenecían a la Bandera de Tanques de la Legión.

* * *

El sol habíase ocultado tras el horizonte a nuestra espalda cuando, al frente de mi sección, seguí al resto de la compañía al salir de los bosques, tomando luego por un serpenteante sendero que nos condujo a una oscura cañada. Estábamos todos muy animados, en parte porque volvíamos a pasar a la ofensiva, también por la confianza que sentíamos por nuestros comandantes y asimismo porque creíamos tomar al enemigo por sorpresa. Ignorábamos cuán completa sería nuestra victoria; mi exaltación nacía del conocimiento de que, por fin, combatiría al enemigo a las órdenes de un capitán a quien apreciaba y en quien confiaba plenamente, y de mi satisfacción por el nuevo mando que yo ostentaba. Algunos jefes tienen el don de inspirar confianza con su sola presencia, haciendo que sus subordinados se sientan capaces de llevar a cabo acciones más allá de sus posibilidades normales; De Mora era uno de ésos y Cancela otro, como ambos habían probado y pronto probarían nuevamente. Mi sección cantaba «Mi barco velero», canción que había adoptado como propia, y que en aquellos tiempos era muy popular, cuyo ritmo se adaptaba admirablemente al rápido paso de la Legión. Se levantó una luna clara, llena, cuya plateada luz se desparramaba por los lados del valle, creando sombras más fuertes en las profundidades. En lo alto oímos los motores de un avión que se aproximaba. Se dio la orden de detenernos, arrimándonos al talud de la carretera. El avión voló en círculo sobre nosotros durante algunos minutos y luego se alejó en línea recta. Delante de nosotros y a nuestra izquierda vimos una serie de resplandores y oímos la explosión de varias bombas, que cayeron sobre Villanueva del Huerva. Llegamos al fondo del valle y empezamos a trepar por el otro lado. Poco después salimos a unos pastizales, con colinas en tres lados, cruzados por barrancas, en una de las cuales acampamos aquella noche.

Dormí bien, cálidamente envuelto en mi capote y dos mantas, despertando antes de la salida del sol, con las primeras luces del alba. La tierra, cubierta de

escarcha, estaba llena de soldados, algunos dormidos aún, otros moviéndose o pateando el suelo para entrar en calor. Paulino me trajo pan y unos pedazos de jamón ahumado, que comimos juntos, bebiendo después unos tragos de vino tinto de mi bota. El sol se elevó en un claro cielo, como promesa de un perfecto día primaveral. Me sentí excitado y feliz. Llegó un enlace del mando de la compañía, con órdenes de presentarme a Cancela. Cuando me presenté, Torres, Marchán y Martín estaban ya allí.

—El bombardeo empezará pronto —empezó a decir Cancela—. Por tanto, les daré sus órdenes ahora. Hoy nuestra compañía estará a la izquierda de la Bandera. El comandante desplegará la Bandera en forma de punta de flecha invertida para el ataque. Las 53 y 54 compañías irán en cabeza, con la 55 en el centro y algo retrasada. Nuestra compañía formará de la misma manera. Su sección, Marchán, estará a la derecha, y la de usted, Martín, a la izquierda, con la de Peter[19] en reserva. Torres y yo, con el mando de la compañía, estaremos entre las dos secciones de cabeza. Obsérvenme cuidadosamente. Sobre todo, cuando vean que me detengo, detengan a sus secciones inmediatamente y échense cuerpo a tierra. Procuren que sus hombres permanezcan siempre bien espaciados, y que conserven esa formación y la distancia en todo momento. No vacilen en contenerlos cuando sea necesario. —Rió—. Así no pensarán en las balas.

Poco después de las nueve el primer escuadrón de bombarderos voló sobre nosotros, en dirección al enemigo, y nuestra artillería abrió fuego de un volumen muy superior al que habíamos presenciado en la Sierra Palomera. El bombardeo continuó durante más de dos horas, con continuas oleadas de aviones e incesante fuego de nuestras baterías. Si el enemigo contaba con artillería en aquel sector, la mantuvo en silencio. Más allá de la baja cordillera frente a nosotros, que escondía al enemigo a nuestra vista, veíamos levantarse grandes columnas de humo y polvo.

Poco antes del mediodía oímos el rugido de motores, cuando nuestros tanques tomaban posiciones. Pocos minutos después empezó el avance. Abandonamos la protección de las colinas y empezamos a cruzar una llanura cubierta de hierba. Por vez primera, a menos de una milla delante de nosotros vi la mole de El Frontón, enorme masa de piedra negra irguiéndose sobre la llanura. Sobre ella flotaba una capa de humo gris; nubes de tierra y piedra se levantaban, mientras nuestras baterías continuaban disparando. Desplegué mi sección en orden abierto, con un pelotón adelantado a la izquierda del otro, quedando yo con mis dos enlaces en el centro. Tenía mucho en que ocupar mi

mente, observando a Cancela y procurando que mis hombres avanzaran en la forma ordenada, por lo que tardé algo en comprobar que el fuego enemigo era muy débil. Nuestras bombas y granadas no estallaban ya en El Frontón; pequeñas unidades legionarias caían sobre la posición, barriendo las trincheras con fuego de ametralladora. Los tanques se detuvieron a unas doscientas yardas delante de nosotros; al mismo tiempo, una ráfaga de ametralladora paso cerca de nuestras cabezas. Al ver detenerse a Cancela, ordené a mi sección se echara cuerpo a tierra. Vi a uno de los tanques rusos capturados disparar tres veces, y avanzar después. Cancela se puso en pie y me hizo señas de que siguiéramos adelante. Algunas balas silbaron cerca de nosotros y grité a mis sargentos que mantuvieran dispersos a los hombres. Alguien cayó herido, a mi derecha; los camilleros se apresuraron hacia allí. Un instante después pisaba alambradas aplastadas, y vi una línea de trincheras delante de mi, en cuyo fondo, y caídos contra los parapetos, había varios cadáveres. Los defensores supervivientes habían huido. En aquel momento observé que la última parte de nuestro avance había sido cuesta arriba; aquellas trincheras eran la primera línea de defensa de El Frontón. En pocos minutos las dos compañías de vanguardia ocuparon toda la posición.

No podíamos creer que hubiera sido tan fácil. Las 53 y 54 compañías sufrieron en conjunto menos de doce heridos, ninguno de ellos grave. Pero cuando miramos a nuestro alrededor para observar los efectos del bombardeo, comprendimos la razón de haber salido tan bien librados. Toda la montaña se abría en continua sucesión de cráteres. Los parapetos habíanse derrumbado, las trincheras estaban llenas de tierra y piedras, y de los fortines nada quedaba. Algunos temblorosos y asustados prisioneros recibían cigarrillos de nuestros hombres, antes de ser mandados a la retaguardia. Pertenecían a una de la divisiones de segunda línea de los republicanos.

—Si se hubiese tratado de tropas veteranas —observó Cancela— la tarea hubiera sido algo menos fácil.

Media hora después formamos en columna en la carretera de Belchite, prosiguiendo nuestro avance hacia el este. Entramos en Fuendetodos sin oposición alguna, deteniéndonos allí para comer y descansar. Goya nació en aquel pueblo; el museo existente en su casa había sido saqueado por el enemigo, y algunos de nosotros nos acercamos al monumento levantado en su honor, para admirarlo respetuosamente.

Los combates parecían haber cesado en nuestra inmediata vecindad, pero el cielo estaba lleno de aviones, y desde unas dos millas al sur llegaba hasta

nosotros el intenso tableteo de las ametralladoras y el ruido de las explosiones de las bombas. Aquel día no tropezamos con más resistencia. Otras tropas, que nos habían substituido en la vanguardia de la división, aplastaban la rápidamente organizada resistencia enemiga. Al marchar por la carretera, vimos varios «circos» de aviones nacionalistas que picaban en sucesión, para ametrallar a los republicanos que huían, atacándolos incesantemente con bombas de mano arrojadas desde la carlinga, así como con el fuego de sus armas. Más tarde, por los prisioneros tomados, supimos que aquellas granadas, a pesar de causar muy pocas bajas, los desmoralizaban grandemente. Así continuamos hasta la llegada de la noche, acampando entonces junto a la carretera.

Cancela parecía satisfecho por los resultados del día.

—Naturalmente —dijo—, ustedes no tuvieron oportunidad de demostrar de lo que son capaces en acción, pero he podido observar que saben mandar debidamente a sus secciones.

Desperté al amanecer de otro día claro y hermoso. Antes de que el sol saliera habíamos emprendido nuevamente el avance por la carretera. Después de una hora de marcha en columna, salimos de la carretera por la derecha, a campo abierto, desplegándonos en orden de combate: Delante de nosotros estaban los tanques, que nos precedían un centenar de yardas. Las otras dos compañías se encontraban a la vanguardia del ataque aquella mañana; desde nuestro lugar en la retaguardia era difícil ver lo que sucedía. Aunque aquél sector parecía ser llano como una mesa de billar, no vimos fortificaciones enemigas; sin embargo, la artillería protegía nuestro avance, usando granadas de alto explosivo así como también espoletas de percusión, para que pudiéramos saber, aproximadamente, dónde se encontraban. Asimismo, nuestros «circos» de caza trabajaban sobre ellas. Al acercarnos nos enfrentamos con fuego de armas portátiles. Nos detuvimos y echamos cuerpo a tierra, mientras nuestros tanques destruían las fortificaciones, y los carros ligeros barrían las posiciones con sus ametralladoras. Algunos de nuestros heridos fueron trasladados a la retaguardia, uno o dos de ellos en camilla, y otros andando; entre estos últimos reconocí al portaestandarte de nuestra Bandera, un cabo alto, de grandes patillas. Había sido alcanzado por una bala en un muslo, pero cojeaba sin dejar de sonreír, apoyado en uno de sus camaradas, bromeando con sus amigos en mi compañía.

Permanecimos cuerpo a tierra durante menos de diez minutos, mientras el fuego enemigo decrecía, cesando después. Cancela se puso en pie y corrimos

al ataque. Una vez más pisaba alambradas aplastadas, pero el combate terminó antes de que llegáramos a las trincheras, más allá de las cuales había unas pocas semiderruidas cabañas de pastor, contra cuyas paredes se agrupaban unos doce prisioneros, mientras algunos hombres de las tripulaciones de los tanques estaban frente a ellos, cargando sus fusiles. Al acercarme oí varios disparos y los prisioneros cayeron al suelo.

—¡Dios mío! —dije a Cancela, sintiéndome algo enfermo—. ¿Están matando a los prisioneros?

Cancela me miró.

—Son de las Brigadas Internacionales —repuso, ceñudamente.

No se nos concedió descanso alguno. Volvimos a formar en columna y nos dirigimos hacia la izquierda, en busca de la carretera de Belchite, al este, la cruzamos y escalamos una loma de la Sierra Carbonera. No habíamos comido nada en todo el día, por lo que, cuando se nos ordenó detenernos para que la artillería tomara posiciones, nos alegró la oportunidad que teníamos de tomar un bocado. Algunos de nosotros no queríamos comer, debido a la vieja teoría de que el hombre que resultara herido en el estomago tendría mayores oportunidades de sobrevivir si no había comido nada. El inconveniente de esta teoría es que no se puede combatir indefinidamente con el estómago vacío. Lo que me sucedió fue que cada vez que me sentaba para llevarme algo a la boca, se nos ordenaba seguir adelante, y tenía que guardar la comida rápidamente para no alejarme de mi sección. El espolón en el que nos encontrábamos dominaba la carretera en un punto que cruzaba entre una barranca, hacia Belchite. Más allá la carretera subía una colina, en cuya cima se encontraban el monasterio y santuario de la Virgen del Pueyo, que constituían una de las fortificaciones enemigas para la defensa de Belchite. La parte superior de la ladera estaba entrecruzada de trincheras, no defensas rápidamente preparadas como las que ocupamos aquella mañana, sino un bien planeado sistema de fortificaciones, profundamente abierto en la roca, con despejado campo de fuego en todas direcciones. Lo que vi a través de mis prismáticos no era tranquilizador.

Una batería de montaña subía una colina a nuestra espalda, para tomar posiciones a la izquierda. Vi a Spaey, de quien no había vuelto a tener noticias desde la mañana de la batalla de Villanueva del Rebollar, tres semanas antes. Un rato después se acercó a nosotros.

—Pronto abriremos fuego contra el monasterio —dijo.

—Pues a ver si apuntáis bien —contestamos—. Tenemos que tomarlo nosotros.

—No tenéis por que preocuparos. Cuando nosotros y la aviación hayamos acabado nuestro trabajo, no encontraréis resistencia alguna.

Procedente del oeste apareció un escuadrón de plateados bimotores «Junker». Escuadrilla tras escuadrilla dirigiéndose hacia el monasterio; cuando estuvieron casi sobre él, vimos los reflejos del sol en las bombas que caían. Mirando con los prismáticos contemplé cómo la colina toda arrojaba columnas de humo rojizo oscuro, que ocultaron el monasterio a nuestros ojos durante casi un minuto. Apenas habían los ecos de las explosiones dejado de reverberar en las colinas, cuando oímos acercarse otra escuadrilla. Al mismo tiempo, desde nuestra espalda y otras colinas a la derecha, las baterías de artillería abrieron fuego. Durante la siguiente hora y media el monasterio permaneció invisible, tras grandes nubes de humo y polvo. Las escuadrillas de bombarderos se sucedían sin cesar, arrojaban su carga y alejábanse. La artillería seguía disparando. Parecía imposible que pudiera quedar alguien con vida en aquella colina o, por lo menos, capaz de seguir combatiendo. Cuando el último bombardero se alejó hacia el sur y las granadas de la artillería dejaron de caer en el objetivo, cuanto pudimos ver del monasterio, entre las desvanecientes columnas de humo y polvo, era un enorme montón de ruinas.

De las colinas a nuestra derecha bajó una columna de infantería, por el serpenteante sendero hacia el barranco. Pocos minutos después estábamos de pie, avanzando por terreno quebrado hacia la falda de la colina del monasterio. Ni un disparo se hizo contra nosotros desde lo alto, mientras ascendíamos penosamente y nos abríamos paso entre lo que fueron alambradas de espino. Sólo encontramos muertos en las trincheras o bajo informes montones de cascotes.

Dos de nuestras compañías, incluyendo la 53, recibieron órdenes de acampar allí aquella noche; el resto de la Bandera lo hizo al pie de la colina. Hacia las cinco de la tarde supimos que Belchite había caído en nuestro poder.

Los últimos defensores del monasterio incluían, además de unidades españolas, a nuestros viejos adversarios de Villanueva del Rebollar: contingentes americanos y canadienses de las Brigadas Internacionales. En su huida abandonaron sus objetos personales, incluyendo gran cantidad de correspondencia, alguna de ella sin abrir aún. Cancela me pidió que revisara las cartas en inglés, mientras él y otros oficiales examinaban las españolas.

Había empezado a leer cuando me llamó; le encontré convulsionado por la risa, al enterarse del contenido de la carta que una muchacha de Valencia escribía a su amigo, insistiendo en que la leyera por mí mismo. Era una epístola chistosa y salaz, cada una de cuyas frases rebosaba impúdica jovialidad, extrañamente conmovedora en sus alegres alusiones a la suciedad e incomodidades de la vida en aquella sufriente ciudad.

«Dices que no tenéis bastante comida en el frente», había escrito ella. «Procura venir lo antes posible, apenas te concedan permiso. Por lo menos puedo prometerte que no te faltara conejo».

Algunas de las cartas que debí leer eran más trágicamente conmovedoras; misivas de novias, esposas, e incluso, en uno o dos casos, de niños. Era horrible pensar que muchos de aquellos hombres que hablaban mi propio idioma y que vinieron desde más lejos aun que yo, para combatir por una causa en la que creían tan profundamente como yo creía en la nuestra, jamás regresarían para gozar del amor que tan cálidamente emanaba de las paginas que yo leía.

«La radio toca», escribía una muchacha de Brooklyn, «y escribo cartas. Naturalmente, la tuya es la primera. Están tocando la Séptima Sinfonía. Sabes cuánto nos une esta música, cuán a menudo la hemos oído juntos. Por favor, vuelve a mí pronto».

El siguiente día, 11 de marzo, estuvo señalado por feos combates, en los cuales mi propio descuido estuvo a punto de costarme la vida. Avanzábamos desde el amanecer, después de rodear Belchite. Hacia el mediodía entramos en acción contra una línea de trincheras y alambradas parecidas a las que tomamos el día anterior. El enemigo resistía tenazmente, y sobre la desnuda llanura por la que avanzábamos silbaban las balas, afortunadamente sobre nuestras cabezas la mayor parte de ellas. Nuestra compañía formaba parte de la vanguardia y mi sección estaba a la izquierda. Al encontrarnos a unas cien yardas de la alambrada, las ametralladoras enemigas nos obligaron a echarnos al suelo. Cuando estábamos allí, reuniéndonos para el asalto final y mientras los tanques ametrallaban la posición, una granada estalló en el aire, casi sobre mi cabeza. La explosión pareció arrancarme los pantalones y sentí ligero dolor en el muslo derecho, como el toque de un hierro al rojo. Mire el desgarrón en la tela hecho por un casco de metralla, que me produjo un pequeño arañazo en la piel. Sólo tuve tiempo de comprobar que no había bajas en mi sección cuando vi que los tanques avanzaban y que Cancela me indicaba nos lanzáramos al ataque. Grité a mis hombres, y, sacando la pistola,

salte sobre los restos de la alambrada enemiga, seguido de cerca por mis dos enlaces. Un hombre se levantó frente a mi en la trinchera, llevándose el fusil a la cara. Le apunté con la pistola y oprimí el gatillo, pero nada sucedió. Había olvidado quitar el seguro. En aquel segundo de hipnotizado terror, mientras veía la culata del rifle apoyándose en el hombro del enemigo, un amargo pensamiento me cruzó la mente: «Si alguien mereció alguna vez morir, ese alguien eres tú. De tan poca utilidad eres en una compañía de fusiles como lo fuiste en la de ametralladoras». En aquel instante sonaron dos disparos de fusil, casi simultáneos, a mi espalda. El hombre se derrumbó en la trinchera. Mis dos enlaces habían sido más inteligentes que yo.

La Bandera se desparramaba por toda la posición; los legionarios se movían entre las trincheras, acabando con los últimos defensores a culatazos y bayonetazos. Eran alemanes de la Brigada Thalmann, buenos soldados y desesperados combatientes, pues incluso su propia patria les estaba prohibida. No esperaban cuartel, ni tampoco lo recibieron. Me sentí enfermo al ver a los legionarios hundir la bayoneta en los caídos, disparando contra los heridos. Decidí hablarle de ello a Cancela a la primera oportunidad. Yo no había ido a España para aquello. En nuestra compañía había un cabo alemán, llamado Egon, cuyo apellido jamás conocí, pues no pertenecía a mi sección. Era joven, reposado, con cara de niño, de tez sonrosada e inocentes ojos azules. No gozaba de mucha popularidad entre sus camaradas. Al presentarme a Cancela, mi capitán estaba interrogando a un prisionero. Egon actuaba de intérprete. Cuando hubo terminado, Cancela miró a los legionarios que le rodeaban e hizo una seña hacia el prisionero.

—A fusilarle —dijo.

—Deje que lo haga yo, mi capitán —suplicó—. Por favor, deje que lo haga yo.

Le brillaban los ojos. Cancela pareció sorprendido, pero dijo a Egon que se llevara al prisionero. Temblando de excitación, el cabo dio un culatazo al hombre en las costillas, gritándole en alemán:

—¡Media vuelta! Empieza a caminar.

Habían recorrido una docena de pasos cuando el prisionero se agachó súbitamente y emprendió la huida, zigzagueando. En aquél terreno llano no tenía la menor posibilidad de escapar. Egon le disparó dos o tres tiros; entonces los legionarios a su alrededor le imitaron. Cinco segundos después el fugitivo cayó. Egon corrió hacia él, disparándole dos tiros en la cabeza.

Parecía algo disgustado.

Pasamos la noche en una desolada y rocosa ladera, tan inclinada, que era imposible encontrar un sitio plano para dormir. Torres padecía amigdalitis aguda y el resto de nosotros teníamos los pies destrozados y estábamos de mal humor, excitándonos aún más el frío viento, del cual no podíamos protegernos. Pensé que sería preferible aplazar mi conversación con Cancela acerca del fusilamiento de prisioneros, hasta una ocasión más favorable.

Semejante ocasión no se presentó al siguiente día, que fue el más arduo de toda la ofensiva, pues el Cuerpo de Ejército marroquí efectuó un espectacular avance a pie de treinta y ocho kilómetros. Partiendo de unas pocas millas al este de Belchite, la V División navarra cruzó la bifurcación de carreteras en Azaila, a primeras horas de la tarde, y alcanzó la margen sur del Ebro, en Escatrón, avanzada la noche. Mediante aquel rápido avance, grandes fuerzas enemigas quedaron aisladas, con el Ebro a su espalda, en una bolsa entre Escatrón y Quinto, al noroeste, donde fueron destruidas. Como vanguardia de la División, la Bandera recorrió veinticinco millas a pie durante el día, marchando y combatiendo desde el amanecer hasta mucho después de oscurecido, sin casi descansar.

Nuestras operaciones siguieron una pauta parecida. Precedidos por una vanguardia de tanques, marchamos a paso forzado por la carretera principal. Nos precedían algunos aviones de caza, en misión de reconocimiento y para nuestra protección. Al primer indicio de resistencia nos desplegábamos en orden de combate, abriéndose los tanques en línea delante de nosotros. Si la posición estaba fuertemente defendida, el asalto era precedido por una breve preparación artillera, en forma igual a la de los días anteriores. Aunque repetimos ese procedimiento varias veces durante la mañana y la tarde, nuestras bajas fueron notablemente pocas. La velocidad de nuestro avance había desorganizado al enemigo, que arrojaba sus fuerzas al combate aisladamente, en vano intento de ganar tiempo para resistir más al este. Sólo en una ocasión tropezamos con fuerte oposición, por la mañana, en un lugar entre Belchite y Azaila, donde estaba la vieja línea del frente antes de la ofensiva republicana contra Belchite, en agosto de 1937. Las trincheras enemigas eran profundas y estaban bien construidas y reforzadas con hormigón. Quedaban ocultas a la observación, a pesar de lo cual tenían excelente campo de tiro. Nos contuvieron durante una hora, antes de que las tomáramos, aplastando a su guarnición de tropas de las Brigadas Internacionales.

Hacia las cinco de la tarde gozábamos de un breve descanso en la cima de un ancho farallón, desde el que se dominaba el valle del Ebro. Me había quitado las botas y los calcetines, y me frotaba loo pies con alcohol, cuando se acercó Spaey, viniendo de su batería.

—¡Hola! —le saludé—. Vuestra condenada batería ha disparado algunas granadas muy cerca de nosotros, esta mañana.

—¡Tonterías! Vosotros, los de infantería, siempre creéis que somos nosotros quienes bombardeamos, cuando en realidad se trata de la artillería enemiga.

—Sus cañones han estado bastante activos hoy, para variar —observé.

—Pero no apuntan bien, podéis consideraros afortunados de que el enemigo no tenga oficiales artilleros. Estoy dispuesto a apostar cualquier cosa a que sus baterías las mandan sargentos.

Después de la medianoche hicimos alto más allá de Escatrón, salimos de la carretera y acampamos en lo alto de un farallón, desde el cual se divisaba un pequeño afluente del Ebro. Un momento después Cancela regresó de su visita a la plana mayor de la Bandera, con la noticia de que el día siguiente sería de descanso.

—¡Y cuidado que nadie se atreva a despertarme antes de las ocho de la mañana! —exclamó, al echarse en el suelo.

Al día siguiente le hablé.

—Mire, Peter —contestó con vehemencia—. Comprendo que usted hable de leyes internacionales y de los derechos de los prisioneros. Usted no es español, ni ha visto su país devastado, y a sus parientes y amigos asesinados en una Guerra Civil que hubiera terminado hace año y medio, de no haber sido por la intervención de esos extranjeros. Ya sé que nosotros recibimos ahora ayuda de los alemanes y los italianos. Pero usted sabe tan bien como yo que la guerra hubiese terminado a fines de 1936, cuando nos encontrábamos a las puertas de Madrid. Entonces aparecieron las Brigadas Internacionales. Nosotros no habíamos recibido ayuda alguna del extranjero aún. ¿Qué nos importan los ideales de esas gentes? Lo sepan ellos o no, son simples instrumentos de los comunistas y han venido a España para destruir nuestro país. ¿Qué se les da a ellos los destrozos que aquí causen? Necesitaremos muchos años para remediar el mal que han hecho a España.

Hizo una pequeña pausa.

—Y otra cosa, además —prosiguió—. En mis palabras no hay la menor ofensa personal para usted, Peter, pero creo que todos los españoles, incluso los que nos combaten, desearíamos que esta guerra hubiese sido solucionada entre nosotros mismos. Nunca hemos querido que nuestro país se convierta en campo de batalla para potencias extranjeras. ¿Qué cree que le sucedería si cayera usted en manos de los rojos? Podría darse por muy satisfecho si se limitaran a fusilarle.

La tranquila voz de Torres habló entonces.

—Y en cuanto a esto —dijo—, ¿qué sería del legionario que cayera en manos del enemigo, especialmente de los hombres de las Brigadas Internacionales? Sabemos muy bien lo que les hicieron a los prisioneros en Brunete y Teruel.

—Comprendemos que usted no puede pensar igual que nosotros —añadió Cancela—, pero por favor, Peter, no vuelva a hablarme de esto.

Sin embargo, yo sabía que aquélla no era la política del Alto Mando nacionalista, que había internado ya varios millares de prisioneros de las Brigadas Internacionales en un campamento en Miranda de Ebro, poniéndolos a todos en libertad unos meses después. Por supuesto, los prisioneros españoles eran bien tratados en aquella fase de la guerra, con la excepción de los oficiales regulares de las fuerzas combatientes, que eran considerados traidores. Aparte de la difícil pregunta de si el Derecho Internacional puede ser aplicado en una guerra civil, creo que sus leyes no conceden protección a los voluntarios de países no beligerantes. No esperaba cuartel para mí, en caso de caer prisionero.

Mientras estábamos descansando el día 13, otras fuerzas liquidaban las numerosas grandes bolsas de tropas enemigas, aisladas por el avance de los últimos días. Aunque aquel descanso era indudablemente necesario, concedió tiempo al enemigo para reorganizar sus defensas y darnos un susto pocos días después.

* * *

Cancela me mandó un enlace con la noticia de que la Bandera reemprendía la marcha. Dos horas después formábamos en la carretera de Escatrón a Caspe, última población aragonesa que quedaba en manos de los republicanos. Esperamos allí hasta la anochecida, cuando llegó una compañía de tanques, procedente de Escatrón, seguidos de una columna de camiones, en los cuales

montamos. Había anochecido ya cuando partimos hacia Caspe, precediéndonos los tanques alrededor de media milla. Pocos minutos después apagamos las luces. El conductor de mi camión, a cuyo lado me sentaba, parecía creer que nuestro destino era la propia ciudad de Caspe, en un intento de tomar al enemigo por sorpresa. Dudé que fuéramos hasta allí en los vehículos, incluso de noche. Era imposible ver nada, pues la oscuridad era completa.

Media hora después se detuvo la columna. Delante de nosotros oíanse disparos de armas portátiles. Unos segundos más tarde, ráfagas de balas trazadoras, procedentes de terreno alto, a nuestra derecha, pasaron sobre nosotros. Era la primera vez que estaba sometido al fuego de semejantes proyectiles. Me fascinaba contemplar aquellos brillos rojos, que parecían acercarse muy despacio, acelerando súbitamente para pasar cerca de nosotros, con un desagradable silbido. Empecé a desear que alguien diera la orden de abandonar los camiones. Oí a nuestros tanques dirigirse hacia las posiciones enemigas y vi el brillo de sus propias trazadoras. El combate duró media hora, tras el cual proseguimos el avance. Alrededor de una milla más adelante se produjo otra breve acción, que nos detuvo durante quince minutos, sin abandonar los vehículos. Finalmente hicimos alto cerca del pueblo de Chipriana, a unos dieciocho kilómetros del punto de partida. Saltamos de los camiones y trepamos a las colinas que dominaban la carretera, donde pasamos una incómoda noche, prevenidos para posibles contraataques.

Progresamos firmemente la siguiente mañana, operando muy adelantados de la V División. No tropezamos con fuerte oposición, pero por la tarde estuvimos sometidos a intenso fuego artillero, la mayor parte de él, de piezas del 75. A última hora de la tarde hicimos alto al borde de los espesos olivares que cubren las cercanías de Caspe. El sol se ocultaba cuando llegó un enlace de la plana mayor de la Bandera, con órdenes de presentarme en seguida al comandante. Encontré a De Mora con sus jefes de compañía en la cima de una loma que dominaba un ancho valle, cubierto por un plateado mar de olivos, que se perdían en una distante colina. Rápidamente me dio sus órdenes:

—Su sección formará la vanguardia de la compañía en cabeza, esta noche. Quiero que efectúe un reconocimiento en los olivares ante nosotros y trate de averiguar dónde se encuentra el enemigo. Mande exploradores al frente, pero no deje que sus hombres se desparramen entre los árboles. Salga inmediatamente.

Mandé formar a la sección, expliqué nuestra misión, di las órdenes consiguientes y destaqué dos exploradores que marcharan a cincuenta yardas delante de nosotros. Lleve los demás a paso ligero al valle, Empezábamos a movernos entre los olivos, cuando una ametralladora situada en la colina que teníamos frente a nosotros disparó. Las balas se hundían en los troncos de los árboles y sentí dolor en las costillas. Comprendiendo que era una herida superficial y que nadie más había sido alcanzado, miré a mi alrededor en busca de un refugio. Delante de nosotros había una zanja con un pequeño talud. Ordené a mi sección se protegiera allí, mientras trataba de localizar la ametralladora con los prismáticos, pero no pude verla en la muriente luz. No quería perder tiempo y di orden de avanzar, esperando que la penumbra nos protegiera, a medida que nos adentráramos entre los árboles. De pronto llegamos a una vía férrea, en ángulo recto con nuestro avance. A unas veinte yardas a la derecha se encontraba el paso a nivel de la carretera de Escatrón. Al detenemos antes de cruzar la vía, uno de mis sargentos me cogió del brazo.

—Escuche, mi alférez —dijo, señalando con el pulgar hacia la carretera.

Detrás de nosotros oí el rugido de motores que se acercaban por la carretera hacia el paso a nivel.

—Nos hemos adelantado a nuestros tanques —añadió el sargento, con aspecto preocupado.

Por un momento no comprendí el significado de aquellas palabras. Después me di cuenta de que los tanques, al encontrarnos delante de ellos, nos confundirían con el enemigo; no podrían distinguir nuestros uniformes debido a la poca luz, creyendo, además, que ellos eran las más avanzadas de nuestras tropas. Era uno de aquellos momentos en que el oficial debe usar su iniciativa. El sargento se me anticipó. Sacando un pañuelo blanco, corrió hacia el paso a nivel, plantándose en el centro de la carretera, donde empezó a agitarlo con una mano, mientras con la otra hacía bocina, al gritar al primero de los tanques, cuyo servidor de pieza debía ser nervioso. Yo corría hacia él, cuando vi un fogonazo, y oí una explosión. El sargento se tambaleó hacia un lado de la carretera, llevándose las manos a la cara. Unos segundos después el tanque apareció, con la torreta abierta, asomándose un oficial a ella. Cuando nos vio se detuvo, horrorizado por su equivocación. En aquél momento se acercó Cancela, ordenándome que abandonara el reconocimiento y que regresara con la sección a la compañía. El sargento fue llevado al puesto sanitario, donde le hicieron la primera cura, mandándolo después al hospital. Se salvo milagrosamente, a pesar de la fea herida de la cara. Yo le echaría mucho en

falta. Un cabo portugués llamado Mateu, buen soldado pero sin la experiencia del sargento, tomó el mando del pelotón.

La compañía cruzó la vía férrea en orden abierto y empezó a avanzar rápidamente por los olivares que cubrían la suave ladera frente a nosotros. No estábamos ya bajo fuego enemigo, pero me costó bastante no perder contacto con Cancela, a mi derecha, en aquel terreno muy arbolado y en la creciente oscuridad. Se nos hundían los pies en la tierra, caíamos al cruzar las zanjas, sudábamos y maldecíamos, en un esfuerzo por seguir a la par de los demás. La herida en las costillas me molestaba, al rozarla la ropa. Trate de consolarme pensando que era preferible ser uno de los heroicos heridos, que de los gloriosos muertos, pero incluso así se me agrió el humor. Ignoraba donde se encontraba el resto de la Bandera y la dirección en que avanzábamos. En cuanto a mí concernía, la situación militar, empleando la terminología oficial, era «oscura».

De pronto nos detuvimos, con las últimas luces del día. Ante nosotros la colina se elevaba abruptamente. A unas cien yardas a nuestra izquierda había una carretera, más o menos paralela a nuestra línea de avance, por la que oímos transitar los tanques. Una de las compañías de fusiles fue mandada a ocupar la cima de la colina, apoyada por la sección de ametralladoras de Colomer. Permanecimos donde estábamos, cerca de Mora, dispuestos a entrar inmediatamente en acción. Al parecer tropezábamos con fuerte resistencia y no tomaríamos Caspe sin combatir.

Luego fui a la plana mayor de la Bandera, para que uno de los médicos me curara la herida en el costado. Los encontré en una pequeña cabaña, junto con el Páter y Mora, que estaba echado en el suelo, con aspecto de cansancio. Al regresar a mi compañía me obligué a comer algo e intenté dormir, pero ambas cosas me fueron difíciles. La noche estaba llena de los sonidos de inminente batalla: explosiones y ráfagas de ametralladora en la colina, y el rugido de los tanques en la carretera a nuestra izquierda. Al principio pensé que los carros eran nuestros, pero poco después me sentí desazonado al oír ruido de motores en la carretera, procedente de Caspe. Unos minutos después mi última confianza fue destruida por una serie de disparos seguidos de silbidos y explosiones entre los olivos que nos rodeaban. Los tanques eran enemigos; además, disparaban contra nosotros. Al principio permanecimos donde estábamos, confiando en que el bombardeo cesara; por el contrario, su volumen aumentó rápidamente, y las granadas caían a nuestro alrededor o estallaban entre las ramas de los árboles. Oí el tableteo de las ametralladoras

de Colomer en la cima de la colina, y la explosión de granadas. Cancela ordenó que la compañía se levantara; me sentí mejor de pie. El cañoneo continuó durante media hora, y luego murió con la misma rapidez con que había empezado, siendo seguido por un silencio casi tan enervador como las granadas, por contraste. Dudo que alguno de nosotros durmiera aquella noche.

Volvimos a estar de pie antes de la amanecida. De Mora ordenó que la compañía tomara posiciones a la derecha y se preparara para un fuerte contraataque enemigo. Nuestro descanso de los días 13 y 14 dio tiempo a los republicanos para concentrar en Caspe el grueso de sus fuerzas en retirada, que fueron aumentadas con cuatro Brigadas Internacionales y parte de una quinta. Nuestras dos Banderas y los tanques de apoyo, muy adelantados a la V División, debimos ponernos a la defensiva, en vista de la abrumadora superioridad de las fuerzas con que nos enfrentábamos. Además, el enemigo dominaba el terreno más alto. Hasta que recibiéramos refuerzos debíamos procurar sostener nuestras posiciones.

Con las primeras luces del alba ocupamos nuestras nuevas posiciones, cruzando sin incidentes los lugares desnudos de árboles o de cualquier otra protección. Cancela colocó mi sección a la izquierda, la de Martín a la derecha y la de Marchán en el centro. Originalmente había pensado dejar a la mía en reserva, pero debido a lo largo del frente que debíamos sostener y al peligro de filtraciones enemigas, sintió que no podía permitirse el lujo de reservas distintas de las de su propio puesto de mando. Cancela explicó que nuestras órdenes eran sostener las posiciones a toda costa, muriendo hasta el último hombre antes que retirarnos. Al recordar el terreno descubierto por el que deberían cruzar nuestros aprovisionamientos de munición, dude de que ni tan siquiera pudiéramos morir útilmente.

Al salir el sol oímos los primeros ruidos del combate a nuestra izquierda, donde luchaba el resto de la Bandera. Me alegró observar que, al parecer, el enemigo contaba con muy poca artillería, pues no oí otros disparos de cañón que los de 37 milímetros de los tanques.

Al intentar describir la acción que siguió, me encuentro en situación desventajosa, como comprenderá quien haya sido oficial subalterno de infantería en combate. Tenía muy poca idea de lo que sucedía lejos de mi inmediata vecindad; además, mi mente estaba tan ocupada entonces, que incluso cuando estuve en el hospital, después del combate, me fue difícil hilvanar la secuencia de los sucesos.

De Mora no podía darnos ninguna de sus ametralladoras pesadas, por lo que debíamos confiar en nuestras «Fiat» y los fusiles. Me sentí aliviado al pensar que la presencia de los olivos dificultaría el empleo de morteros por el enemigo.

Aprovechando al máximo la protección que nos ofrecían las zanjas y taludes, dispuse la sección de manera tal que la defensa fuera lo más profunda posible.

—Disparad contra cuanto se mueva delante de vosotros —había dicho Cancela.

Naturalmente, no había tiempo para cortar las ramas de los olivos que dificultaban nuestro campo de visión, facilitando excelente cubierta al atacante. Esperé el asalto enemigo, tratando de que mis hombres no comprendieran la ansiedad que sentía. No tuve mucho tiempo para pensar en ello. Estábamos esperando, agazapados los hombres detrás de sus armas, registrando yo los olivares con ayuda de los prismáticos; un instante después, las balas empezaron a silbar entre los árboles, hundiéndose en los troncos, levantando la tierra del talud delante de nosotros. Oí los disparos de las armas de la sección de Marchán un breve segundo antes que las mías. Cuanto podíamos ver del enemigo era la rápida visión de un hombre agazapado que pasaba de un árbol a otro. Los contuvimos durante un rato, pero veinte minutos después, cuando el fuego murió, yo había perdido media docena de hombres y el enemigo estaba apreciablemente más cerca.

Mande un enlace a Cancela con el relato de la acción; aquél volvió con órdenes de presentarme personalmente. Encontré al capitán con aspecto serio.

—Hay una colina a su derecha —dijo, señalándola—. Coja uno de sus pelotones, suba allí lo más rápidamente posible y sosténgase a toda costa. ¡A toda costa! —repitió.

Estaba empezando a conocer muy bien aquella frase. Regresé corriendo a mi sección, hice un rápido reajuste del plan de defensa, y ordené al cabo Mateu que me siguiera con su pelotón hasta la cima de la colina, a cuyo pie había un pequeño pedazo de terreno descubierto. Mientras lo cruzábamos corriendo, desde la izquierda dispararon unas ráfagas contra nosotros. Sentí fuerte dolor en la parte delantera de la garganta; una bala la había rozado, pero no tuve tiempo de pensar en ello, mientras subíamos rápidamente por la ladera. En lo alto había un pequeño espacio abierto, antes de los olivos plantados en la ladera opuesta. Cuando volví a presentarme a Cancela para

informarle de las disposiciones tomadas, me ordenó:

—Vaya a que le curen esa herida.

Vacilé. Había sangrado profusamente, dejando grandes manchas en la cazadora, pero no me dolía. Me dije que no era momento de pensar en trivialidades.

—No discuta —añadió—. Cuanto antes vaya, antes regresará.

Fui corriendo. El puesto de mando de la Bandera estaba sometido al intenso fuego de los cañones de los tanques. Parecía que las espoletas de las granadas estaban dispuestas para estallar al hacer impacto, por lo que muchas explotaban al dar en las ramas, produciendo efecto alarmante y causando muchas bajas. El ruido del combate se oía en todas partes. De Mora parecía algo preocupado. Vi al subteniente sentado bajo un olivo. Paulino me saludó con aspecto de amistosa preocupación.

—¡Otra vez usted! —dijo riendo el doctor Larrea.

Me excuse por molestarle, pues vi que él y Ruiz tenían más trabajo que el que podían hacer dado que continuamente llegaban heridos de todas las compañías. De Mora me miró.

—Creo que debiera ir al hospital —observó—. Esas heridas en la garganta pueden ser muy peligrosas, a veces.

No tuve valor para aceptar aquella sugerencia y corrí a reunirme con Cancela. El combate habíase reanudado. Delante de nosotros, y a la derecha, donde se encontraban Martín y Marchán, crepitaban las armas portátiles. Al llegar al puesto de mando de la compañía, apareció un enlace diciendo que la sección de Martín sufría fuerte presión de un enemigo, muy superior en número, y que corría peligro de ser flanqueada.

—Tiene que resistir —dijo Cancela.

De la colina que yo había recientemente ocupado llegaba también el estampido de los disparos. Cancela me ordenó que tomara al resto de mi sección y me reuniera con Mateu.

—La posición de la izquierda puede cuidar de sí misma, pero esa colina es vital. ¡Por el amor de Dios, sosténgala, Peter!

—Lo haré, mi capitán —contesté al alejarme.

Por alguna razón el enemigo había dejado de atacar a la izquierda, por lo

que mi pelotón no combatía cuando llegué a él. Trepamos a la colina sin dificultad y tomamos posiciones. Mateu se alegró al vernos, pues con su limitado volumen de fuego no había podido impedir que el enemigo se acercara. Maldecí los espesamente plantados olivos, que me impedían ver dónde se encontraba el enemigo, o hacia qué punto se disponía a desencadenar su ataque principal. Su fuego parecía venir directamente de enfrente y la derecha, saturándonos con un diluvio de balas que causaba bajas entre mis hombres a una velocidad espantosa.

Durante uno de esos intervalos vi a Cancela a mi lado, venido para observar la situación por sí mismo. Le dije reposadamente que si el enemigo contaba con los efectivos que yo suponía, ignoraba cómo podríamos evitar ser aplastados. El capitán asintió gravemente.

—Es una de esas clásicas situaciones en que suele encontrarse la Legión, Peter —repuso—, pero no se desanime. —Rió sonoramente para que todos le oyeran—. Cuando estemos en Zaragoza, el coñac nos parecerá mejor al pensar en este día.

—Espero que las muchachas sean más guapas que la última vez —dije yo.

Nuestra fingida alegría provocó sólo unas pocas sonrisas entre los hombres. De pronto uno de ellos nos llamó la atención señalando a la izquierda, donde vimos a un hombre arrastrándose penosamente sobre el vientre, cruzando terreno abierto en un intento por alcanzar el refugio de unos árboles.

—¿Disparamos, mi capitán? —pregunté.

Le contemplamos durante un momento con los prismáticos.

—Está herido —repuso Cancela, con voz firme—. Dejémosle.

Marchó, dejándome que tomara las últimas disposiciones para rechazar el ataque que yo sabía no tardaría en producirse. Mis dos «Fiat» seguían funcionando bien, y vi que teníamos suficiente munición y bombas de mano. Por otra parte, había perdido ya la mitad de mis hombres, incluyendo uno de los enlaces. Sin embargo, los demás estaban de buen humor y sabía que resistirían conmigo. Resolví que, antes de ceder la posición, me retiraría al borde de la cima, en una resistencia final, negando así al enemigo el uso de la posición. Había una pequeña zanja, que nos ofrecería cierta protección. Comuniqué mi decisión al sargento y a Mateu.

—¡Ahí vienen otra vez! —gritó el sargento, cuando una nueva rociada de

balas cayó sobre nosotros.

Debía ser el asalto final. Mientras descargábamos todo nuestro potencial de fuego sobre los atacantes, o lo que de ellos podíamos ver, disparando los legionarios lo más rápidamente posible, haciéndolo en largas ráfagas los sirvientes de las ametralladoras ligeras, corrí, agazapado, de uno a otro pelotón, comprobando el fuego, para que no disparásemos demasiado alto, tratando desesperadamente de averiguar el lugar por el cual vendría el más fuerte ataque enemigo. Pero, por lo que pude ver, se acercaba por ambos lados con iguales y abrumadoras fuerzas. Se aproximaba terriblemente a nosotros. Las explosiones de las bombas de mano se mezclaban con los estampidos de las armas portátiles. Comprendiendo que había llegado el momento del despegue, di órdenes de retirarnos; en pocos segundos cubrimos las veinte yardas hasta el borde de la cima de la colina. Estábamos dispuestos para la última resistencia y mandé al enlace a que así lo comunicara a Cancela.

Vi el espacio entre los árboles lleno de hombres, y cómo uno de ellos se apoyaba en un olivo para apuntar contra mí. Disparé dos veces con la pistola y desapareció. Di orden de calar las bayonetas. Recuerdo haberme sentido fascinado por un pequeño legionario a mi lado, que intentaba febrilmente afirmar el cuchillo al cañón, con expresión de ansiedad, moviéndose la borla de su gorro como un agitado yo-yo. Quedábamos escasamente una docena de hombres. El terreno a nuestro alrededor estaba cubierto por los cuerpos de nuestros camaradas. Pocos momentos después —minutos, a lo más— el enemigo se acercaría y llegaría nuestro fin. Al desenrollar la cinta de una bomba de mano, arrojándola a través del claro, comprendí que, por fin, me enfrentaba con la muerte, y que nada podía hacer para impedirlo. Con esa comprensión me invadió una extraordinaria sensación de libertad y despreocupación. A pocas yardas delante de mí vi los colores rojo y gualda de la bandera que llevaba uno de mis pelotones; estaba en tierra, junto al cuerpo de su portador. Corrí hacia adelante —comprendo ahora que se trató de un pueril gesto dramático—, la recogí y regresé con ella. Para dar ánimos a mis hombres, la hice ondear en amplio arco. Ignoro si ese gesto produjo algún efecto moral; un segundo o dos después oí un suave ruido a mi lado, el angustiado gritó de mi enlace —¡cuidado, mi alférez!— y una violenta explosión.

La onda explosiva me arrojó hacia atrás, haciéndome rodar por la ladera de la colina, hasta los pies de Cancela, que, acompañado de Torres, venía a visitar la posición. Me puse en pie, atontado aún y temblando, observando que

el brazo izquierdo sangraba. Empecé a trepar nuevamente, pero Cancela llegó a la cima antes que yo.

—¡Bajad todos! —gritó después de examinar rápidamente la situación.

Temí que dispararan contra nosotros mientras corríamos, pero el enemigo avanzó lentamente. Nos detuvimos a cien yardas del pie de la colina, detrás de un talud entre los olivos, donde encontramos el puesto de mando de Cancela.

Casi un año después supe que nuestro adversario de aquel día era un batallón británico de las Brigadas Internacionales. El capitán Don Davidson, mi informante y uno de sus jefes de compañía, me contó que sus bajas fueron muy grandes.

Aunque nos encontrábamos en un aprieto debido a la conquista de la colina por el enemigo, por su posición dominante, Cancela estaba dispuesto a continuar protegiendo el flanco derecho de Mora, sosteniéndose allí. Tras ordenar que los restos de las secciones de Marchán y Martín se nos unieran, pues corrían peligro de quedar aislados, esperó el siguiente movimiento del enemigo, pero éste no intento seguir avanzando, contentándose con someternos al fuego de sus armas portátiles. Finalmente nuestra propia artillería nos obligó a abandonar las posiciones. Entró en acción sólo entonces; supongo que acababa de llegar. Una batería de seis cañones antiaéreos de 77 milímetros, de doble uso, empezó a cañonear al enemigo en la colina. Desgraciadamente, tres granadas de cada salva caían entre nosotros. Después de lo que acabábamos de pasar, nos sentíamos profundamente irritados al pensar que pocos segundos después podíamos ser muertos por nuestras propias granadas. Tras diez minutos de fuego, durante los cuales sufrimos algunas bajas, Cancela nos hizo retroceder otras cien yardas, a un lugar donde, por comparación, la seguridad parecía ser mayor, puesto que allí sólo teníamos que preocuparnos de las balas enemigas. Pronto dejaron los rojos de disparar, suponiendo nosotros que, debido a su alta velocidad de fuego, los cañones debían estar haciendo pasar al enemigo tan mal rato como lo habíamos pasado nosotros antes.

Después de veinte minutos llegó el momento más feliz del día para nosotros. Una sección de nuestros tanques apareció entre los olivos a nuestra espalda, avanzando con gran agilidad por aquel difícil terreno.

—Parece que lo peor ha pasado ya —dijo Cancela—. Vaya a curarse ese brazo —añadió, volviéndose hacia mí.

Obedecí con alegría. La sangre se había coagulado y el brazo estaba rígido

y me dolía. Anduve cuidadosamente entre los olivos, no deseando ser alcanzado en aquella fase de la batalla por la bala de un tirador enemigo. Llegué al linde del terreno descubierto que habíamos cruzado aquella mañana; entre los árboles al otro lado vi al teniente Terceño, que me gritó lo cruzara corriendo. Comprendí lo que quería decir cuando dos balas silbaron junto a mi cabeza. Los tanques enemigos seguían cañoneando la plana mayor de la Bandera, donde Larrea y Ruiz continuaban trabajando tranquila y eficazmente, y el padre estaba ocupado entre las hileras de heridos que yacían en el suelo.

De Mora parecía fatigado y grave, pero se animó algo cuando le hablé de nuestros carros. El subteniente se quejaba de haber sido herido en el pecho por un casco de metralla. Cuando la legionaria me cortó la manga de la cazadora y la camisa, sin dejar de hablar alegremente, Larrea examinó cuidadosamente la herida. No había fractura alguna, pero en el antebrazo y sobre el codo tenía varias astillas de metal. Luego me miró poniéndose en jarras.

—¡Esta vez, maldita sea, va usted a ir al hospital! No tengo bastantes hilas y vendas para envolver a un hombre de su estatura.

Luego de vendarme el brazo y ponerlo en cabestrillo, escribió la orden de hospitalización, que me entregó.

—Encontrará un puesto sanitario de campaña en alguna parte de la carretera —díjome—. Siga caminando hasta llegar a él.

—Tenga cuidado durante la primera parte del camino —observó De Mora. Está peligrosamente expuesto al fuego enemigo.

Acompañado de Paulino, que, según comprobé con satisfacción, conservaba mi bota de vino, me alejé de la batalla. Anduvimos con gran cuidado al principio, pues Paulino me contó que varios heridos habían sido nuevamente alcanzados allí, resultando muerto un camillero. Durante la primera media milla las balas silbaban sobre nuestras cabezas, pero después estuvimos a salvo. A unos tres cuartos de milla pasamos ante el puesto de mando de Peñarredonda, bajo el talud de la vía férrea, aunque sabe Dios cómo podía dirigir las operaciones desde aquella distancia. Me saludo con efusiva cordialidad.

—¡Hola, *mister* Peter! ¿Cómo van las cosas por allí?

—Bastante arduamente, mi teniente coronel —repliqué, amargado—. Lo

verá mejor desde lo alto de la vía.

Continué mi camino. Poco después llegamos a la carretera principal, donde nos cruzamos con una columna de caballería que nos saludó alegremente. Formaba parte de la división del general Monasterio, que acababa de llegar de Alcañiz. Se me alegró el corazón al pensar que la agonía de la Bandera cesaba ya. Una milla más adelante llegamos a una tienda de campaña, señalada con una cruz roja, en un pequeño robledal. En un campo cercano, una batería de cañones de campaña del 105 disparaba. Entregué mi orden de hospitalización al oficial médico jefe, que me dijo tendría que aguardar algo hasta que una ambulancia pudiera evacuarme. Al hablar, señaló las hileras de heridos. Paulino extendió una manta bajo los árboles. Me dormí inmediatamente, sin que turbaran mi sueño los cañones que seguían disparando a cincuenta yardas de distancia.

En el tren hospital en Zaragoza donde la ambulancia me dejó aquella noche, me encontré en el mismo compartimiento que Antonio Marchán. Durante el combate no había pensado mucho en la suerte que podía correr su sección, pero, por las palabras de Cancela, inferí que no era muy mala. Marchán fue herido, poco después que yo, en la mano, por un casco de metralla. Su herida era más dolorosa que la mía, a pesar de lo cual no perdió su natural alegre. Dos días después gozábamos de las delicias de un baño caliente en el Hospital General en Bilbao.

El día después de haber sido heridos, Caspe cayó ante el asalto de grandes fuerzas nacionalistas, que atacaron desde tres direcciones. Las Brigadas Internacionales, particularmente la 14 (británica) combatieron bravamente, infligiendo terribles pérdidas a la XVI Bandera y a la nuestra. Escasamente veinte hombres quedaban en nuestra compañía, de los ciento diez con que entramos en combate.

CAPÍTULO X

Después de tres días en el hospital, la herida dejó de molestarme y me sentí mucho mejor. Sabía que mi hermano se encontraba aún en Gibraltar y deseaba verle antes de que su barco zarpara para Inglaterra. El jefe del hospital de Bilbao simpatizaba con mis deseos, aunque dudaba que estuviera en situación de efectuar tan largo viaje, pero le convencí que, con mi uniforme y el brazo en cabestrillo, no tropezaría con dificultades para ser transportado en coches y camiones, y que con los cuidados de Paulino nada malo podría sucederme. Sin embargo, insistió en que me presentara en el Hospital de la Cruz Roja en Sevilla, para que me examinaran y curaran la herida.

Llegamos a Sevilla dos días después, haciendo parte del camino en el cómodo coche de un general de división, que detuve en la carretera a la salida de Burgos. Después de pasar una noche en el Hospital de la Cruz Roja, donde me curaron el brazo, hice el resto del viaje hasta Algeciras en un incómodo y destartalado autobús; llegué al Hotel Reina Cristina por la noche, sintiendo que el jefe del hospital de Bilbao tal vez tenía razón en sus creencias.

Una llamada telefónica a Gibraltar trajo a mi hermano y a su observador Charles Owen a Algeciras, al día siguiente. Habían pedido un coche prestado en Gibraltar, en el que fuimos hasta Sevilla, deteniéndonos en Jerez al regreso, donde fuimos llevados a visitar las bodegas del marqués del Mérito, orgía deliciosa de más de dos horas de duración. Nuestro anfitrión fue el sobrino del marqués, a quien había conocido en San Sebastián. Aquel joven lamentaba no ser apto para el servicio militar; trabajaba para el S.I.M., siendo una de sus tareas tenerme en observación. Los nacionalistas no estaban menos preocupados por los espías durante la Guerra Civil, que los ingleses lo estuvieron en la última guerra o los americanos lo han estado desde entonces. En mi posición como oficial subalterno de infantería, de muy poca utilidad hubiese podido ser como espía, pero el S.I.M. probablemente pensaba que cualquier extranjero solitario debía ser vigilado. En realidad, jamás se me

había ocurrido ofrecer mis servicios al espionaje inglés, ni hubiera sabido cómo hacerlo, en caso de desearlo. Además, nadie me lo insinuó nunca; supongo que me consideraron demasiado irresponsable.

Después de despedirme de Neil y Owen, regresé a Sevilla, donde ingrese en el hospital. No sólo necesitaba descanso, después de los viajes de los días anteriores, sino que pensé que había ya abusado de la paciencia de las autoridades médicas. Los cuidados en el hospital eran adecuados, bueno el tratamiento, abundante y excelente la comida, pero las oportunidades de descansar eran pocas. En primer lugar, me colocaran en una sala con otros quince oficiales de aproximadamente mi misma edad y, como yo, ligeramente heridos; en segundo lugar, estábamos en Semana Santa, con las procesiones recorriendo las calles toda la noche, sin que a nadie pareciera importarle la hora a que regresábamos, a condición de que estuviéramos presentes por la mañana, para la visita médica. El domingo de Pascua se celebró una gran corrida de toros, la primera de la temporada. Cancela solía decirme que, desde que combatía en la guerra, no disfrutaba ya viendo corridas de toros; que la realidad de sus propias escapatorias de la muerte le dejaba insensible a la excitación de ver cómo se salvaban los matadores. Yo no podía estar de acuerdo con él; para mí, el regocijo nace tanto del color y la gracia de los movimientos de la capa y del cuerpo, la tragedia y la grandeza de la culminación, y el brillo del magnífico espectáculo, como de la cruda excitación física de contemplar a los toreros arriesgando la vida.

Hacia fines de abril fui dado de alta en el Hospital de la Cruz Roja, con una semana de licencia por convalecencia, que decidí pasar en San Sebastián. Gracias a los buenos oficios del capitán Buckhardt, de la Legión Cóndor, a quien Neil y yo habíamos conocido en Algeciras, logré pasaje en un avión de transporte «Junker 53», hasta Burgos, obteniendo plaza en algunos coches el resto del camino. Mientras estaba en San Sebastián, fui a Biarritz para visitar a mis amigos los O'Malley-Keyes. Cometí una tontería. Las autoridades españolas no opusieron inconveniente alguno, pero apenas llegué a Francia, comprendí que tropezaría con dificultades para regresar, pues oficiales de la Comisión de No Intervención patrullaban la frontera, y averigüé, sin lugar a dudas, que no lograría obtener el visado francés de salida para volver a España. Sin embargo, durante una cena en el Bar Basque, en Saint Jean-de-Luz, un amigo me indicó que la forma más sencilla sería ascender por la vía del ya inexistente funicular que subía hasta La Rhune, montaña cercana, por cuya cima pasaba la línea fronteriza.

—Muchos paseantes van hasta allí para pasar el día —me explicó—. Cuando llegue a la cumbre, no le costará encontrar un punto no vigilado, por el que pueda cruzar. De todas formas, vale la pena correr el riesgo.

Asentí, y él prometió llevarme en su coche hasta el pie del funicular, al día siguiente.

En aquellos tiempos el Bar Basque era uno de los lugares más animados de Europa, sitio de reunión de gentes de la buena sociedad, periodistas, estraperlistas y conspiradores de toda nacionalidad y color político. Parecía girar en torno a la intrigante personalidad de un barman oriundo de la Europa Central, llamado Otto, cuyo pálido rostro, ojos claros y delgados labios, habían aprendido, en el transcurso de los años, a fijarse en inexpresiva inmovilidad. Conocía a todo el mundo y cuanto a ellos se refería. Recuerdo haber encontrado a Esmond Romilly allí, el cual, a pesar de ser hombre de gran inteligencia, iniciativa y valor personal, había incurrido en el desagrado de las autoridades universitarias por editar, en colaboración con su hermano mayor, Giles, un periódico subversivo. Cuando estalló la guerra en España, se unió a los republicanos. Al encontrarle en el bar le invité a un trago, sin que a ello me impulsara otro motivo que charlar un rato con un viejo amigo. Aceptó, pero miraba continuamente a su alrededor, susurrando:

—¡Este lugar está lleno de fascistas!

En una perfecta mañana de principios de verano bajé del coche de mi amigo al pie de La Rhune, y empecé a caminar por el sendero que llevaba hasta el funicular. En una vieja caja de munición de ametralladora, que no era tan sospechosa como puede creerse, llevaba mi uniforme, el cual pensaba ponerme una vez cruzada la frontera. Había trepado unas doscientas yardas por la vía cuando oí un grito y, volviéndome, vi a un gendarme que venía tras de mí. Le esperé con lo que quería ser sonrisa de cortés atención. Cuando llegó, resoplando, pero con aire amable, le expliqué que era un turista británico que pensaba pasar el día en la montaña; señalé la caja de munición, observando que contenía una botella de vino y la comida. Sonrió, deseándome *bon appetit*. Seguí mi camino. Trepar por los riscos era fatigoso y aburrido. La Rhune tiene unos tres mil pies de altura. Temiendo que existiera algún puesto de guardia en el edificio en lo alto del funicular, me aparté de la vía alrededor de un cuarto de milla antes de llegar allí, y fui hacia la cumbre cruzando la montaña. Algo abajo de la ladera, al otro lado, había una espesa faja boscosa. Imaginé que la línea fronteriza debía pasar por la cumbre, pero que, en todo caso, seguramente estaría a salvo cuando llegara a aquellos

árboles. Sin apresurarme empecé a andar por la cima con aire despreocupado, aunque el corazón me latía violentamente. Oí un grito procedente del edificio del funicular, a unos cientos de yardas a mi derecha; fingiendo no haberlo oído, seguí caminando sin volver la cabeza ni apresurar el paso. Sonaron dos tiros, pero entonces yo estaba ya bajando la ladera opuesta, entre grandes rocas que, esperaba, me protegerían. Fui corriendo hasta un estrecho barranco, me detuve unos momentos para recobrar el aliento, y llegué al abrigo de los bosques. No me detuve allí, sino que seguí bajando precipitadamente durante un cuarto de milla, hasta encontrar un sendero en dirección sur. Me dije que, finalmente, debía encontrarme ya en España; sin embargo, decidí no arriesgarme, y conservar mi ropa de civil hasta estar del todo seguro.

Después de descansar unos momentos, seguí por el sendero durante una media milla, cuando, al doblar un recodo, encontré un soldado español, con el fusil colgado del hombro, comiendo tranquilamente mientras caminaba en dirección contraria a la mía.

—Buenas tardes —le dije—. Soy el alférez Peter Kemp, de la XIV Bandera de la Legión, que regresó de un permiso pasado en Francia. Haga el favor de acompañarme hasta el puesto de guardia, donde pueda ponerme el uniforme y tal vez obtener transporte hasta San Sebastián.

El soldado me miró, asombrado, dejando de mascar. Luego asintió y volvió sobre sus pasos, indicándome le siguiera. Media hora más tarde estaba bebiendo una jarra de chacolí con el oficial comandante del puesto fronterizo de Vera.

Al llegar al Hospital General Mola, de San Sebastián, donde debía presentarme para la revisión médica final antes de reincorporarme a la Bandera, los médicos observaron que la herida en el brazo estaba inflamada. En consecuencia, no pude volver junto a mis camaradas sino hasta mediado el mes de mayo.

No tenía la menor idea del lugar en que podría encontrar a mi Bandera, después de las operaciones subsiguientes a mi partida, pero Zaragoza, parecía el lugar más adecuado para averiguarlo. Allí conocí a una muchacha inglesa, Pip Scott-Ellis, que servía como enfermera en el Ejército nacionalista desde el otoño anterior. Había llegado a España sin conocer el idioma, aprobó en español los exámenes de la Cruz Roja a los pocos meses de su llegada y trabajó en varios hospitales de campaña durante la batalla de Teruel y la

ofensiva al sur del Ebro, durante la cual fue adscrita al Cuerpo de Ejército marroquí. Con una amiga española, Consuelo Montemar, sirvió en el hospital de Escatrón, bajo el fuerte fuego de la artillería enemiga que disparaba desde la otra margen del Ebro. Ambas muchachas habían sido propuestas para la Medalla Militar, por su comportamiento durante esos bombardeos.

Encontré a la Bandera descansando en el pueblo de Villanova de Alpicat, a pocas millas de Lérida. La pena que podía sentir por haber terminado mi licencia, fue inmediatamente borrada por la calidez de la bienvenida de que fui objeto por parte de Mora y sus oficiales. Marchán había regresado ya, por lo que, con mi llegada, la Bandera volvía a contar con todos sus antiguos oficiales; pero entre las demás graduaciones vi muchas caras nuevas, que substituían a nuestras bajas en Caspe. El teniente coronel Peñarredonda no estaba ya con nosotros, habiendo sido destinado a otro mando. Cancela me contó que, poco rato después de separarme de él, nuestros tanques atacaron la colina, disparando con todas sus armas. Cuando subió a la posición, la carnicería que encontró era indescriptible. Los cañones del 77 habían causado los mayores daños, y los carros completaron su obra, por lo que la compañía volvió a ocupar la colina sin ninguna baja. Encontró la bandera en el lugar en que la dejé caer, con el asta rota por la explosión de la bomba de mano que me arrojó ladera abajo, y me la dio como recuerdo. La Bandera no había entrado en acción desde la caída de Caspe.

Villanova de Alpicat era un agradable pueblecito en un país llano, entrecruzado de canales y zanjas de riego. Teníamos caballos para cabalgar, buena comida y mucho vino. Pero tuve la fuerte impresión de que las simpatías de aquellas gentes no eran para nosotros, aunque su actitud era cortés. El separatismo y el anarquismo eran las más fuertes fuerzas políticas en Cataluña, y me pareció que a aquella gente no le disgustaría que el pueblo cambiara de manos.

Hacia fines de mayo volvimos a encontrarnos nuevamente en el frente, que, en aquel sector, seguía el curso del Segre, en dirección sudoeste, hasta desembocar en el Ebro, aproximadamente a mitad de camino entre Lérida y Caspe. A doce millas al sur de Lérida los nacionalistas habían establecido una cabeza de puente al otro lado del río, en Serós, donde la vía acuática fluye por un profundo barranco de unas trescientas yardas de anchura. Durante los meses de junio y julio, la cabeza de puente estuvo guarnecida por la XIV Bandera. Era una posición insalubre e incómoda, que consistía en un semicírculo de trincheras de alrededor de media milla de diámetro e igual

profundidad. Estaba unida al destruido pueblo de Serós, en la margen occidental, por un estrecho puente de hierro, que estaba sometido al constante fuego de la artillería enemiga. Nuestras trincheras habían sido excavadas en terreno alto, que se levantaba abruptamente partiendo de la margen del río; cerca del puente había una porción de terreno al mismo nivel del agua, en la cual se encontraba una semiderruida casa que servía de plana mayor de la Bandera. Dos de nuestras compañías de fusiles ocupaban las trincheras, y la tercera estaba en torno a la plana mayor, como reserva.

Los republicanos estaban atrincherados en torno a nosotros, a distancias de entre cien y doscientas yardas. Eran tropas de segunda línea, de pobre calidad y moral, pero cuya situación les permitía cañonearnos y bombardearnos con los morteros desde tres direcciones, infligiéndonos un número pequeño pero constante de bajas. Algunas veces la situación era peor para la compañía que estaba en reserva que para las que se encontraban en las trincheras; la artillería enemiga era persistente en su esfuerzo por destruir la plana mayor de la Bandera, y aunque nunca lo lograron, debido al fuerte ángulo de tiro, era muy desagradable ser oficial de día durante el cañoneo y tener que permanecer sentado junto al teléfono de campaña mientras las granadas caían cerca. Nuestros peores enemigos eran las moscas, el agua mala y el calor. Jamás he visto tantas moscas como allí; volaban junto a nosotros en grandes nubes negras, cubrían nuestra comida, infectaban nuestra bebida y nos molestaban de continuo.

El 23 de julio mi compañía ocupaba las trincheras en el flanco izquierdo de la cabeza de puente, a cien yardas del enemigo. Era un día de intenso calor. Durante la mañana bombardeé con morteros las trincheras que tenía enfrente, a petición de Cancela, tratando de silenciar una molesta ametralladora. Comí, como de costumbre, con los otros oficiales, en el refugio de Cancela, permaneciendo allí después para hablar de una operación que mi capitán quería que llevara a cabo durante la noche: atacar con una sección a un grupo de trabajo enemigo que la noche anterior habíamos oído en la tierra de nadie frente a nosotros. Mientras hablábamos, el enemigo atacaba nuestra posición con bombas de mortero, supongo que en represalia por mi ataque de la mañana. Sus trincheras estaban tan cerca de nosotros, que podíamos oír el lanzamiento mucho antes de que las bombas estallaran; empleaban morteros del 50, y no los más peligrosos de 81 milímetros. Me ausenté un momento para comprobar que todos mis hombres se pusieran bajo cubierto, regresando luego al refugio de Cancela. El capitán estaba echado en su cama y yo tomé asiento en una caja cerca de la mesa en el centro del piso, frente a la puerta.

Había empezado a explicarle mi plan, gesticulando con las manos, cuando una bomba estalló en la entrada, a mi lado. Casi no oí la explosión. Sólo la noté como un rugido en los oídos, un martillazo en un lado de la cara y una sensación de fuerte mareo al caer al suelo. La boca pareció llenárseme con un alud de guijarros, y al abrirse el alud se convirtió en un diluvio de sangre, y los guijarros en fragmentos de muelas. Por dos veces se me llenó la boca de sangre, que luego formó un creciente charco en el suelo. Yo la miraba con asombro que casi se convirtió en pánico. «¡Oh, Dios mío!» —recé—. «¡No dejes que muera así, asustado!». Hice acopio de valor, recordando que alguien me había dicho antaño: «No se está muerto hasta que se cree estarlo». Cancela, echado en su cama, quedó indemne. Se puso en pie de un salto, viniendo junto a mí.

—¿Está herido, Peter? —preguntaba en tono de sincera preocupación—. ¿Está herido?

A través del fuerte zumbido de mis oídos oí su voz fuerte llamando a los camilleros. Lentamente me eché sobre la espalda, y luego levanté la cabeza para examinar mis heridas. La boca y la garganta parecían dormidas, no podía hablar y la mandíbula estaba caída. Comprendí que la tenía fracturada. En cada mano vi un sangriento corte, otro en el brazo derecho y noté algo en la parte posterior de la cabeza. Cancela me examinó, asegurándome que la hemorragia no era interna. Animado por esta noticia y lleno del regocijo que sigue a la conmoción y precede al colapso, despedí a los camilleros con un gesto y recorrí a pie las tres o cuatrocientas yardas hasta la plana mayor de la Bandera. Me detuve durante el camino para descansar. Apoyándome contra el parapeto, mire en dirección nordeste, a lo largo de la brillante faja de agua del río, a la vieja ciudadela de piedra rojiza de Lérida. La contemplación de aquel extraño paisaje llevó a mi confusa mente la firme resolución de no morir allí, lejos de mi tierra.

En la plana mayor de la Bandera, Larrea y Ruiz estaban ocupados con otros heridos del bombardeo, pero apenas me vieron gritaron a un ordenanza que me acostara cómodamente en un colchón. Transcurrió casi media hora antes de que pudieran ocuparse de mí. Estaba echado en el colchón, apoyada la cabeza en un morral cubierto con un capote, viendo cómo las moscas se posaban en las heridas de mis manos y sintiendo el hormigueo de sus patas en la mandíbula. Las contemplaba con interés, incluso fascinación, como si me encontrara a gran distancia de allí. Cuando Ruiz vino a mi lado, las moscas habían quedado prendidas en la sangre de las heridas; trabajó rápidamente,

con sorprendente suavidad, limpiando y vendando, mientras hablaba de lo bien que lo pasaría en San Sebastián cuando me dieran de alta. Larrea vino a ayudarle, y ambos intentaron animarme hablando de los gozos del permiso y del amor en un clima suave. Poco después sabría cuales eran sus verdaderos pensamientos. Tras inyectarme suero antitetánico y antigangrena y morfina, se alejaron para disponer la evacuación de los heridos. Después de unos momentos les oí susurrar; probablemente me creían dormido, pero en realidad mis oídos parecían haberse agudizado.

—De nada servirá evacuar a Peter —dijo uno de ellos—. Sólo vivirá unas horas.

A mi mente volvió la vista del Segre y la ciudadela de Lérida, llenándome de determinación para alejar a la muerte que me amenazaba. Lentamente me levanté, apoyándome en un codo, volví la cabeza, a pesar del dolor, encontré su mirada y la sostuve. Larrea sonrió.

—Le mandaremos en la primera ambulancia.

* * *

La guerra terminó antes de que volviera a ver la Bandera. En julio de 1939 la visité en un pueblo cerca de Madrid, para decirle adiós por última vez. Me dirigía a Inglaterra, bajo la amenaza y la excitación de otra guerra. Mis antiguos camaradas, a quienes esperaban años de paz, caían ya bajo la influencia de aquella reacción de posguerra que C. E. Montague llamó «desencantamiento», que se extendió por Inglaterra durante los años veinte y en España en los cuarenta. Habiendo desaparecido el estímulo de la batalla inminente, la disciplina y la rutinaria instrucción parecían haber perdido gran parte de su propósito. Los oficiales provisionales esperaban la desmovilización y la incertidumbre de la vida civil; los regulares podían sólo esperar la monotonía y los lentos ascensos del servicio en tiempos de paz. Entonces disponían de tiempo para llorar a los buenos amigos que habían perdido en acción. La Bandera había combatido duramente en los Pirineos al principio del año. Antonio Marchán cayó, destrozada la cara por una bomba de mano lanzada desde la trinchera que atacaba al frente de su sección. Arrieta encontró la muerte por una bala perdida, un momento después de despachar a un prisionero con su pistola.

Vi a De Mora en Madrid durante la primavera de 1951, cuando era teniente coronel. Había mandado un batallón de la División Azul en Rusia,

experiencia que pareció haber sido de su agrado. Me dijo que Cancela era comandante de un batallón de Infantería, en Canarias. Larrea, a quien vi también entonces, era asimismo comandante.

—Cuando le evacue de Serós en aquella ambulancia —dijo— no esperaba que viviera mucho.

* * *

Durante las semanas que siguieron experimenté algo de la abnegada generosidad que forma parte del carácter español. En la ambulancia que me llevaba al hospital de Fraga —viaje de diez millas, por una carretera tachonada de cráteres producidos por las granadas de la artillería— un teniente artillero, con el brazo destrozado por un casco de granada, estaba erguido junto a mí, sosteniendo con el pie una camilla al otro lado, y afirmándome en la mía con su brazo sano, para evitar que las sacudidas me sacaran de ella. Éramos seis heridos graves en la ambulancia, con una sola persona para cuidar de nosotros.

En el hospital de Fraga, al que llegué avanzada ya la noche, tuve la suerte, tal vez decisiva, de que el oficial médico de guardia fuera el capitán Tomas Zerolo, uno de los más eminentes cirujanos de España, canario de nacimiento, que estudió medicina y cirugía en Londres. Al oírle hablarme en inglés se me levantaron los ánimos inmediatamente. No había perdido el conocimiento ni una sola vez desde que fui herido. Zerolo me explicaba que debía operarme inmediatamente, para limpiar las heridas y extraer los fragmentos de metal alojados en ellas, pero, por razones médicas que no pude comprender, no osaba anestesiarme. Me ofreció coñac, como substituto, pero tenía la garganta tan quemada, por el metal al rojo blanco de la bomba de mortero, que ni siquiera podía pensar en el alcohol. Mientras examinaba las heridas y cortaba la carne quemada e infectada, me ayudó a alejar mi mente del dolor, hablándome, sin cesar, de Inglaterra y las cosas que le gustaban de Londres, las rosas de Regent’s Park, el Támesis entre Chiswick y Greenwich, la cocina de Ferraro en el Berkeley y sus clubs nocturnos favoritos. Cuando terminó me vendó la mandíbula tan hábilmente, que los huesos fracturados se soldaron por sí mismos.

Permanecí consciente, incapaz de dormir, toda aquella noche, y el día siguiente y su noche. Cada vez que el sueño parecía apoderarse de mí, me sobresaltaba, como si oyera una violenta explosión. En la mañana del tercer día, Zerolo se acercó a mi cama con aspecto triste.

—Lo siento, amigo, pero tengo que mandarle a Zaragoza en seguida. Me disgusta profundamente hacerlo, pero acabo de recibir órdenes de evacuar inmediatamente este hospital, para recibir un gran número de heridos.

Me metió un sobre en el bolsillo de la camisa, y añadió:

—Es para su médico en Zaragoza. Le explico que tiene aún piezas de metal en las manos y la mandíbula. Procure que lo comprenda bien.

Nada me preocupaba. Entonces ignoraba que la batalla del Ebro había empezado aquella mañana —última y desesperada ofensiva republicana— y que en el espacio de una semana todos los hospitales de Aragón rebosarían de heridos. Muchos meses más tarde Zerolo me dijo que no había esperado que sobreviviera al traslado. Pero yo se que su habilidad en aquella primera noche fue decisiva[20].

Fue un viaje desagradable: dos horas yaciendo en una camilla en el interior de una calurosa ambulancia, que corría a gran velocidad por una carretera bombardeada, en que cada salto me hacía sentir un espasmo de agonía. Recuerdo muy poco de mis primeros días en el Hospital General de Zaragoza, porque finalmente empezaba a perder el sentido durante largos periodos. Poseo claro recuerdo del cirujano dental jefe, con gafas con montura de acero y barbita puntiaguda que, después de examinarme la boca durante algunos minutos, preguntó con irritación cómo podía operar a alguien cuya garganta estuviera tan quemada. Una grave urticaria producida por los sueros que me inyectó Larrea contribuía al dolor de mis heridas y la incomodidad del calor. Después supe que aquellos días la temperatura en la calle, al mediodía, era de 42 grados centígrados. Tragar saliva constituía una verdadera agonía y sentía horror por el alimento líquido que me obligaban a tomar. Pero lo que más temía era la llegada de la hora de la cura, por la mañana. Tenía un agujero en el nudillo de mis dos pulgares, en los cuales vertían alcohol puro. Generalmente me desmayaba. Sin embargo, fui afortunado en la enfermera que cuidaba de mí, verdadero ángel de habilidad y bondad, que parecía no dormir jamás, pues sin que importara la hora del día o de la noche que la llamara, acudía rápidamente a mi lado.

Durante los periodos en que recobraba el sentido solía recibir la visita de dos amigos míos: un general americano retirado, Henry Reilly, hombre de edad avanzada, rostro enrojecido, cabello blanco y bondadoso corazón, que vivía cerca de París y visitaba España como observador, y Eileen O’Brian, muchacha decidida que representaba una organización llamada Frente

Cristiano Irlandés. Había conocido a *miss* O'Brian en Salamanca, el anterior mes de septiembre, y al general. Reilly durante mi última visita a Zaragoza. No podía hablar, pero me complacía escucharles y enterarme de las noticias que me traían del mundo más allá de mi pequeña habitación blanqueada. Recuerdo cómo me animaba al ver al general entrar en la habitación, caminando dificultosamente debido al peso de un cajón de cerveza —a pesar de que beberla constituía una agonía para mí—, sudando su rostro enrojecido y jadeando su indignación contra el Gobierno español, que había publicado un decreto prohibiendo a los civiles permanecer en mangas de camisa en público. Apareció en los periódicos, que anunciaban que sólo los zulúes (nos preguntábamos por que los habían elegido para la comparación) andaban desnudos; en un país civilizado los caballeros debían aparecer debidamente vestidos, con chaqueta y corbata.

El hospital se llenó pronto con los heridos que llegaban del Ebro. Un joven oficial navarro de los requetés, con una pierna destrozada, fue aposentado en mi habitación. Sufría horriblemente, y su cara era verde bajo el sudor. Contrariamente a mí, jamás se quejaba de su herida, y se manifestó encantado de compartir una habitación con un inglés llegado para combatir por la causa de España. Cierto día, al despertar de un periodo de inconsciencia, vi que había desaparecido. Eileen O'Brian me explicó la razón: el hospital estaba atestado, debido a los numerosos ingresos, y uno de nosotros dos debía ser trasladado a otro más lejano. Estaba inconsciente cuando llegó la orden, pero el requeté afirmó que, puesto que yo era un voluntario inglés, tenía prioridad sobre él, y a pesar de que su estado no era mejor que el mío, insistió en ser trasladado. Profundamente emocionado, pedí a Eileen que procurara encontrarle y le diera las gracias en mi nombre, pero ella negó con la cabeza.

—No puedo. Murió durante el viaje.

* * *

A fines de la primera semana de agosto fui trasladado al Hospital General Mola en San Sebastián, en el que pasaría los tres meses siguientes. A pesar de los rigores del clima, San Sebastián constituyó maravilloso alivio después del calor de Zaragoza. Los cuidados médicos eran mejores allí, por tratarse de un hospital base. Durante la primera semana sentí muy poco interés por cuanto me rodeaba. Aunque no corría ya grave peligro, los dolores eran muy fuertes y sólo podía dormir con fuertes dosis de morfina. Tuve la suerte de estar al

cuidado de tres distinguidos médicos: el catalán doctor Soler, un cirujano dental llamado Scherman y el famoso cirujano plástico irlando-americano Eastman Sheean. Este último dirigió su propio hospital para el Ejército británico durante la Primera Guerra Mundial, después de cuya terminación se trasladó a los Estados Unidos, donde ganó una fortuna arreglando la cara de viejos ricos, pero prefería viajar por Europa, tratando gratuitamente a antiguos soldados heridos. Poco antes de ir a España estuvo en Turquía con ese mismo fin. Me cuidó maravillosamente, y, cuando estuve mejor, me acompañaba en largos paseos, para ayudarme a recobrar las fuerzas. La vigilancia del Hospital General Mola estaba encomendada a monjas, almas piadosas y buenas, cuya indiferencia hacia los principios de la asepsia casi enloquecía a Sheean. Tenían la irritante costumbre de despertarme a medianoche, poco después de quedar dormido, para preguntarme si quería una taza de café. Las enfermeras eran encantadoras jóvenes a quienes, antes de la guerra, sus familias no hubiesen permitido salir solas. El efecto de su encanto y belleza en nuestra moral, compensaba las deficiencias que pudiera haber en sus conocimientos y habilidad.

A fines de agosto, Sheean me dijo que tendría que operarme la mandíbula, para extraer los fragmentos de muela, hueso y metal que se encontraban alojados allí aún. Me previno que sería doloroso, porque, por alguna razón que no alcancé a comprender, no podría anestesiarme efectivamente. El día antes de la operación recibí la visita de Michael Weaver y George Sheffield, que habían pasado una temporada con la familia Hennessey, en Cognac, y me trajeron una botella de Tres Estrellas. Al día siguiente, cuando fui llevado en camilla al quirófano, la llevé conmigo y pregunté a Sheean si podía tomarla como substituto de la anestesia.

—Naturalmente —repuso—. Incluso tal vez yo tomé un trago también.

Empecé con un enorme trago, y él con uno muy pequeño para animarme. Después se puso al trabajo. Cada vez que el dolor era excesivo para mí, le hacía señas de que parara y volvía a beber. Así di fin a la botella, sintiendo relativamente poco dolor durante la operación, pero mucho cuando pasaron los efectos del coñac. Estaba muy orgulloso de mí mismo, hasta que recordé que antes del siglo pasado las operaciones se efectuaban de aquella manera.

Unos días después fui trasladado de la gran sala en que estaba desde mi llegada, a una habitación con dos camas. Al entrar en ella, me saludaron a gritos desde la otra cama.

—¡Hola, viejo bastardo!

Entonces vi a mi amigo Goggi Von Hartmann. Tenía una bala en el brazo —la novena o décima herida de su vida—, que le había afectado el nervio principal, pero parecía sobreponerse a ello. Después de larga y dolorosa operación, con sólo anestesia local, le era difícil dormir, incluso inyectándole morfina. Por tanto, juraba como un condenado cuando, a altas horas de la noche, se despertaba al ser encendida la luz por una monja que le ofrecía, sonriente, una taza de café. Rogamos a las monjas que abandonaran aquella costumbre, pero, con la obstinación de los verdaderamente piadosos, insistieron durante tres noches más. A la tercera noche, al despertarme cuando encendieron la luz, me sobresaltaron dos ensordecedores disparos seguidos, hechos desde la cama de Hartmann. La habitación se llenó de olor a pólvora quemada; una lluvia de cristal desmenuzado cayó al piso, seguida inmediatamente por un agudo chillido y el sonido de dos tazas al romperse.

—¡La próxima vez dispararé contra usted, en lugar de hacerlo contra la bombilla! —gritó von Hartmann cuando la puerta se cerró tras la asustada monja.

Nos recobramos bien de las operaciones, ganando fuerzas rápidamente. A fines de la primera semana de septiembre, ambos nos levantábamos ya y empezamos a pasear por la ciudad, visitando el bar de Chicote todas las tardes, cenando a menudo fuera del hospital. Puede parecer sorprendente que la disciplina del hospital nos concediera semejante licencia, pero existía la teoría de que la libertad sería beneficiosa para nuestra moral, sin poner en peligro la recuperación total. En cuanto a mí, pronto averigüé que unas copas de ginebra o *whisky* me calmaban el dolor de la garganta, facilitándome la ingestión de alimentos suaves. De ahí a beber demasiado sólo hubo un paso.

—Tenga cuidado —me dijo Sheean— pues, de lo contrario, la nariz se le pondrá colorada y se convertirá en un individuo muy aburrido.

Von Hartmann estaba encantado con aquel tratamiento, y algunas veces pasaba la noche fuera, deslizándose en el hospital justamente a tiempo para el desayuno. Una mañana se dio de manos a boca con la Madre superiora, en el vestíbulo. Sin la menor vacilación, inició la conversación con un alegre y respetuoso:

—¡Buenos días, reverenda Madre! Vengo de la primera misa.

Aquella buena mujer le sonrió.

—¡Oh, capitán! ¡Si pudiera usted convencer a algunos de los demás, para que siguieran su ejemplo!

Me sentí menos divertido cierta noche, algunos días después. Habíame acostado temprano; von Hartmann llegó a medianoche, con aspecto serio y amenazador.

—Me he peleado con dos oficiales de la Legión —dijo—. Vendrán aquí para matarme.

—No llegarán muy lejos —repuse—. La guardia les impedirá la entrada.

Negó con la cabeza, mientras acababa de desnudarse.

—Vendrán, pero se llevarán una gran sorpresa cuando entren.

Montó la pistola y le quitó el seguro.

—Dormiré con ella en la mano —afirmó, al meterse en cama.

Y así fue. La pistola estaba sobre la almohada, con el cañón apuntando directamente a mi cabeza.

La crisis de Munich nos sorprendió a mediados de septiembre, llenándome de desasosiego, al considerar la dificultad de mi situación. Existía la creencia, entre los nacionalistas, de que si la guerra estallaba, los franceses atacarían inmediatamente a Franco. Sin poder abandonar el hospital, alistado para la duración de la Guerra Civil, yo estaba amenazado por una muy delicada situación que, en el mejor de los casos, podría representar mi internamiento en un campo de concentración. Sin que importaran sus términos, el acuerdo de Munich representó para mí un gran consuelo. Mis amigos nacionalistas pensaban de la misma manera en cuanto a ellos se refería. Jamás he sido invitado tantas veces a beber como la noche, en el bar de Chicote, en que supimos que el peligro de guerra inmediata había pasado. Curiosamente, al finalizar la crisis la opinión prevaleciente en España no parecía ser que el prestigio británico hubiera sufrido un fuerte golpe, sino que, debido a su iniciativa, Gran Bretaña había asumido la dirección de Europa.

A principios de octubre solicité permiso de convalecencia, para disfrutarlo en Inglaterra. Estaba claro que no podría volver al servicio activo por lo menos hasta transcurridos tres o cuatro meses, y yo no veía motivo para no pasar la licencia en Inglaterra. La solicitud tenía que ser aprobada por el Generalísimo, por lo que fui a Burgos procurando encontrar algunas influencias allí. Tuve la suerte de ser recibido por el coronel jefe de los

servicios sanitarios del Cuartel General, que simpatizó con mi intención y se encargó de recomendarla. También conocí al duque de Piñahermosa, uno de los ayudantes del general Franco, que me prometió hablar personalmente de ello al Caudillo. Tres semanas después recibí la noticia de que me habían sido concedidos dos meses de licencia en Inglaterra, que se contarían desde el día que cruzara la frontera española. Llegue a casa a fines de noviembre.

En ningún momento dudé que esa licencia me sería concedida, cuando mi solicitud llegara a conocimiento del General Franco. Insultado por sus enemigos, criticado por sus aliados e incluso por sus amigos, era, como todos los grandes capitanes, muy cuidadoso de los intereses de sus subordinados especialmente los oficiales de la Legión, de la cual fue cofundador. El siguiente mes de julio, cuando pasaba por Burgos camino de Inglaterra, después de haber sido licenciado de la Legión, el duque de Piñahermosa me informó de que el Generalísimo quería verme.

Tras cruzar las grandes puertas de su Cuartel General, recibiendo impresionante saludo de la guardia mora, recorrí el paseo de coches y subí unas gradas de piedra, siendo conducido a una larga antesala, adornada con mobiliario antiguo. Luego de larga espera, pues había varias personas antes que yo, Piñahermosa me llevó a una pequeña sala. Llamó a una puerta, dejándome sentado, solo, en un sofá junto a una ventana.

Cinco minutos después la puerta volvió a abrirse, dando paso a un hombre bajo, algo grueso, a quien empequeñecía la ancha faja encarnada con borlas de oro de capitán general. Al acercarse a mí, con paso corto y rápido, salte en pie y saludé.

—¡A sus órdenes, mi general!

Me indicó que me sentara a su lado. Después, inclinándose hacia mí y poniéndome una mano en la rodilla para dar énfasis a sus palabras, empezó a hablar con una de las voces más suaves que jamás he oído. Habló durante media hora, prácticamente sin pausa alguna. Dijo que siempre había admirado a los ingleses, especialmente su sistema educativo, que hace gran hincapié en el dominio de sí mismo, y la autodisciplina, creadores del espíritu de aventura al cual se debe que tan pequeño país se convirtiera en gobernante de un gran imperio, al que consideraba como principal baluarte contra el comunismo mundial, aunque dudaba que los ingleses comprendieran verdaderamente la amenaza que ese comunismo representa. Cuando alguno de sus amigos regresaba a España después de visitar Inglaterra, le interrogaba sobre los

diversos aspectos de la vida inglesa: política, social y económica. Le pareció que nuestras universidades —tal vez debido a su ansiedad por conservar las libertades individuales— prestaban muy poca atención a la difusión de influencias subversivas entre nuestra juventud.

Durante la entrevista, su tono fue grandemente amistoso, ni didáctico ni condescendiente. Sin duda comprendiendo el embarazo que yo sentiría si debiera expresar mis propios puntos de vista, no me pidió comentario alguno. Finalmente se puso en pie, me estrechó efusivamente la mano, agradeciendo mis servicios y deseándome suerte.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó.

—Supongo que me alistare en el Ejército británico, para la próxima guerra, excelencia.

Inclinó la cabeza, sonriendo suavemente.

—No creo que haya guerra.

Me pregunto cuales eran verdaderamente sus pensamientos.

* * *

En Inglaterra me sumí en una refriega política y social. La primera comprendió diversas actividades, como escribir artículos para *The Times* y publicaciones mensuales, hablar a miembros del Parlamento en una de las salas de comité de la Casa de los Comunes, y en un *meeting* en Northampton, junto con varios desilusionados miembros de las Brigadas Internacionales. Me asombraron la iniciativa y la vitalidad de la propaganda republicana en Gran Bretaña, reforzada, naturalmente, por el creciente temor a Alemania. Los republicanos eran ávidamente escuchados en Fleet Street, donde la voz de los nacionalistas no era sino un débil chirrido. Me vi enzarzado en amargas y, a menudo, dolorosas controversias con algunos de mis mejores amigos, pues la guerra civil española originó en el inglés corriente una intensidad de interés y sentimientos partidistas desacostumbrados en un pueblo notablemente indiferente a las cuestiones de otros países. Además de estas actividades, una serie de reuniones con amigos en Londres y con mi hermano y mi cuñada en Portsmouth, no contribuyeron a mi convalecencia. Mi madre hizo cuanto pudo para cuidar de mí; *sir* Arnold Wilson me invitó a pasar una temporada en Much Hadham, donde intentó hacerme descansar, y Archie James puso a mi disposición su cómoda casa cerca de Brackley, para descansar o escribir.

Sin embargo, cuando mi licencia tocaba a su fin en los últimos días de enero, yo no estaba completamente repuesto. Afortunadamente, el duque de Alba, representante nacionalista en Inglaterra, lo había observado por sí mismo. Me mandó llamar, para informarme de que había obtenido que mi licencia fuera prolongada dos meses más, y me prohibió regresar antes. Era típico en aquel gran hombre tomarse semejante molestia por el bienestar de alguien que de ningún interés podía ser para él.

Cuando, finalmente, pude regresar a España, la Guerra Civil había terminado. La batalla del Ebro, que causó ansiosos momentos y graves bajas a los nacionalistas, acabó el 16 de noviembre con la retirada de los derrotados restos del Ejército republicano. Dos días antes de navidad los nacionalistas empezaron la ofensiva contra Cataluña, entrando en Barcelona el 26 de enero. Después de rechazar todas las ofertas de paz, hechas ya directamente por los republicanos o por mediación de potencias extranjeras, el general Franco desencadenó la última ofensiva de la guerra, el 26 de marzo de 1939. Dos días después sus tropas entraban en Madrid. Era dueño de España.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento por las atenciones recibidas de la *Oxford University Press* y *Messrs*. Jonathan Cape, al permitirme reproducir extractos de sus respectivas publicaciones, *Stalin*, por el Dr. Isaac Deutscher, y *Spain*, por Salvador de Madariaga.

Doy particularmente las gracias a los siguientes amigos: a Tom Burns y Gavin Maxwell, sin cuyo estímulo y paciente ayuda jamás hubiese dado principio a este libro; a John Marks, Collin Brooks y Archibald Lyall, por su cuidadosa lectura de mi manuscrito, y por muchos buenos consejos; a *Mrs*. Michael Hurt y a *Mrs*. John Hanbury-Tracy, que, junto con mi esposa, corrigieron las pruebas mientras yo me encontraba en Budapest; y a Vane Ivanovic, a bordo de cuyos barcos tanto he escrito.

P.K.

NOTAS

[1] Dr. I. Deutscher: *Stalin* Oxford. 1949, pág. 419. Véase también: Arthur Koestler, *The God that failed* Hamish Hamilton, 1950, pp. 70 y 71. <<

[2] Véase Madariaga, *Spain* pp. 300 a 352. Cape, 1942. <<

[3] El traductor, denomina en toda esta obra, al bando Nacional, como bando o ejército *Nacionalista*, error producido por su semejanza con el término inglés «Nationalist», utilizado en el texto original para referirse a dicho bando (Nota del E. D.) <<

[4] Madariaga. *Spain*, p. 369. <<

[5] Madariaga. *Spain*, p. 351. <<

[6] Testigos presenciales me contaron que los saqueadores, por lo menos en Andalucía, se descubrían antes de entrar en la iglesia, doblaban la rodilla ante el altar, y sólo volvían a cubrirse al salir del templo que habían pillado e incendiado. <<

[7] Pero Toledo, que se declaró por los nacionalistas, fue reducido (excepto el Alcázar), durante la primera semana, mayormente por los ataques de la aviación republicana, lo que constituyó el primer caso en la guerra del bombardeo de una ciudad abierta. <<

[8] Madariaga, *Spain*, p, 878. <<

[9] S.A.R., el Infante Don Alfonso de Orleáns Borbón, primo del rey Alfonso XIII, y general de la Aviación española, me ha contado que cuando se presentó a Mola en Burgos, a principios de agosto de 1936, el general se negó a recibirle y le mandó, bajo escolta, a la frontera francesa, y que uno o dos días antes había hecho lo mismo con el Infante Don Juan. <<

[10] Manifestación hecha al autor por S.A.R., el Infante don Alfonso de Orleáns Borbón. <<

[11] El Dr. Isaac Deutscher (*Stalin*, pp. 422-425), manifiesta que Stalin ordenó las purgas del P.O.U.M. trotskista y de los anarcosindicalistas: «Estableció su eliminación de la administración republicana como condición para la venta de municiones soviéticas a su gobierno. Junto con Instructores militares, mandó a España agentes de su policía política, expertos en la caza de herejías y las purgas, que establecieron su propio reinado del terror en las filas republicanas… puso a Antonov-Ovseenko, héroe de 1917 y antiguo trotskista, a cargo de la purga en Cataluña, bastión de los "herejes", purgando al propio Antonov-Ovseenko después de su regreso de España». <<

[12] Cuerpo de adiestramiento de oficiales. <<

[13] Más tarde, siendo ya alférez requeté, recibía una asignación para sufragar los gastos de alimentación y la paga correspondiente a mi graduación. <<

[14] En la batalla del Jarama vi por última vez dotaciones alemanas sirviendo piezas anticarro en acción. <<

[15] Lojendio: *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona. 1940, pp. 265 y 266. <<

[16] Calle de Londres en la que se encuentra la mayor parte de las redacciones de los periódicos londinenses. <<

[17] Las antiguas Brigadas Navarras fueron ampliadas hasta convertirlas en divisiones. <<

[18] Letters of Prívate Wheeler. <<

[19] En la Bandera siempre fui conocido por mi nombre de pila, debido a que las dos consonantes al fin de mi apellido son de algo difícil pronunciación para los españoles. <<

[20] Me apenó grandemente leer la noticia de su muerte en *The Times*, a principios de 1956. <<